



Lemir 18 (2014) - Textos: 611-800

ISSN: 1579-735X

JUAN PÉREZ DE MONTALBÁN

SUCESOS Y PRODIGIOS
DE AMOR



Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

ADVERTENCIA

AMORES a primera vista —incluso de oídas—, serenatas, damiselas apostadas a las rejas bajas, padres opresores, capas, dagas y broqueles, ruido de aceros, celos y recelos, descripción de galas y perfecciones físicas femeninas, billetes que van y vienen, criadas alcahuetas, cestillas y escalas, llaves para puertas falsas, malentendidos que parece arruinarán el futuro de los amantes, lamentaciones de varios folios... Todo ello entre gente principal; pero en las salidas al campo —o por mejor decir, huidas— ahí están los pastores que lanzan a los aires sus grandezas y miserias de amor en largos romances. No pueden faltar delaciones, acogerse a sagrado, naufragios, cautividades, muertes desastradas, arrepentimientos de última hora, reencuentros sorprendentes y un final feliz que premie tanta desdicha padecida por los amantes. De todo eso hay abundancia en las novelas amorosas —«y ejemplares» ¡muy importante!— género que tan de moda estuvo unos años en España.



José Camerino y María de Zayas también salieron a ese mercado y por esos años, y con tanto éxito como el jovencísimo Pérez de Montalbán. Pero las de éste, todo y lo cansino de alguna, resultaban muy fáciles de leer, por la llaneza de estilo que acertadamente les aplicó el novel Autor. Relato y diálogos andan bastante equilibrados. Y no olvidemos el argumento escabroso de algunas (sin alcanzar a la carga erótica de las de Zayas), así como alguna escena de terror. Así, gozaron de popularidad, se reimprimieron varias veces y aún hoy se leen con cierto interés, sin llegar al que en su día puso en ellas la Santa Inquisición. En fin, estas novelas tienen todo lo que el lector de aquel tiempo esperaba, y quizá lo único censurable en nuestro Autor —hoy y ayer— sea el abrumar al lector con sentencias (quizá entresacadas de sus apuntes de estudiante de Filosofía, aún calientes), y sobre todo la gestión del factor tiempo: en ocasiones los sucesos vienen en alud, y no se sabe si acontecen en cuestión de minutos, horas, días o semanas. A veces parece que, por enredar más el ovillo, por mantener el vilo al lector, insertó nuevos contratiempos y desdichas entre los ya redactados. Y es que novelar es una disciplina con sus especificidades, como recordó aquel Avellaneda al mismísimo Miguel de Cervantes: «Conténtese con su *Galatea* y comedias en prosa, que eso son las más de sus novelas».

Para preparar esta edición *electrónica* de los *Sucesos y prodigios de amor* he utilizado las ediciones de 1626 (Madrid, por Luis Sánchez, y Bruselas, por Huberto Antonio). La *princeps* de 1624 (Madrid, por Juan González) fue publicada cuando el Autor aún no había recibido el doctorado en Teología. La novísima titulación académica se introdujo en la edición madrileña de 1626, pero la de Bruselas siempre lee «Licenciado», lo que evidencia que su modelo fue la *princeps*, no la madrileña de ese mismo año. Así pues, esas ediciones de 1626, del todo independientes y primeras copias de la *princeps*, no pueden diferir excesivamente de ésta, salvo las erratas (infinitas en la de Bruselas) y variantes ortográficas que inevitablemente en ellas se deslizarían.

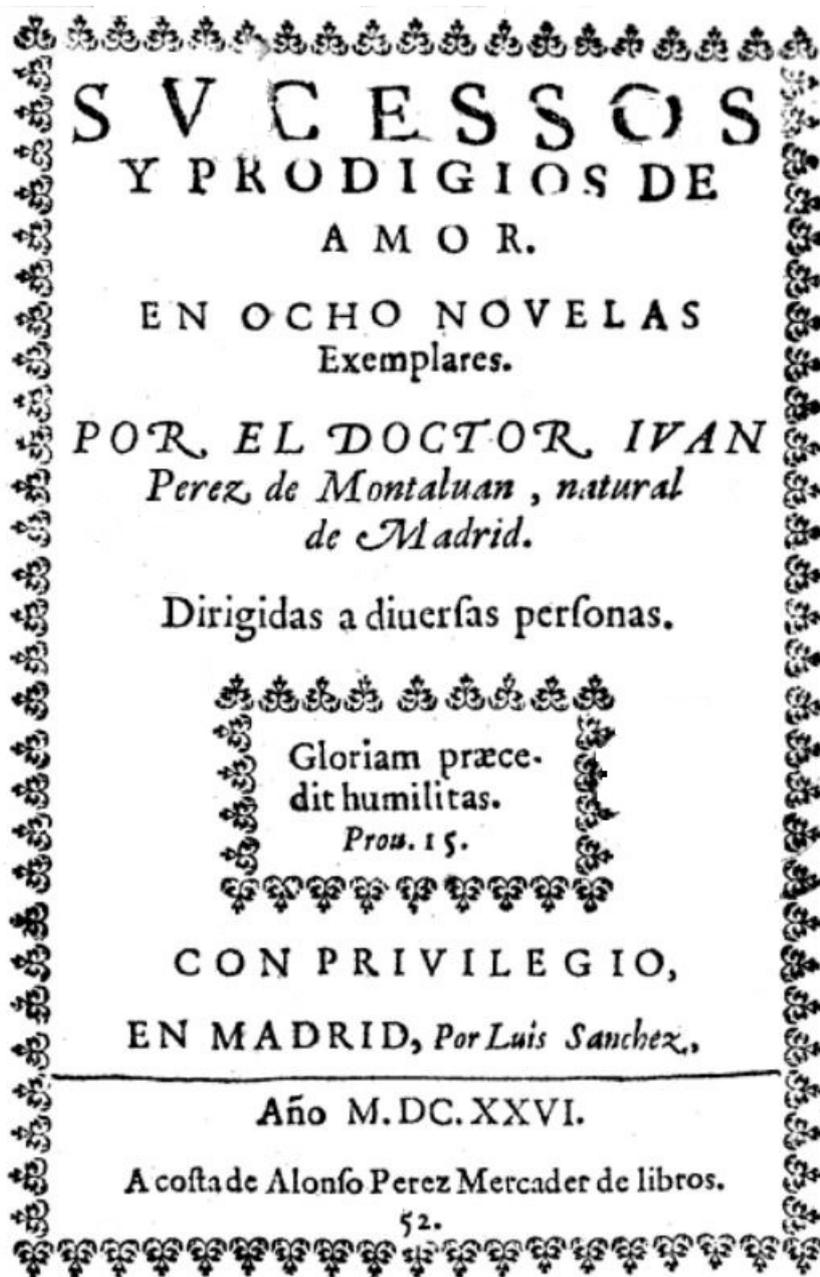
Empleé como borrador un texto *electrónico* que localicé en Internet y que debe corresponder a una edición del siglo XVIII, o aun más moderna. Adapté el borrador a la edición de Madrid 1626, con lo que lo limpié de sus muchas manipulaciones textuales gratuitas, y luego compulé el nuevo texto con la de Bruselas 1626. Para resolver las discrepancias de grafía que iba encontrando (aora/agora, efeto/efecto, etc., etc.) recurrí al texto de Luigi Giuliani (Barcelona, 1992), quien siguió la *princeps* (ejemplar R-30983 de la BNE) y que en la modernización de la ortografía aplicó los mismos criterios que suelo aplicar a mis trabajos. A lo largo del proceso he detectado varios puntos en que la lectura de Giuliani discrepa de la lectura coincidente de las ediciones de Madrid y Bruselas, así que he dado por buena la de éstas y dejo nota de la de Giuliani, que quizá metabolizó algunas ligeras desviaciones contenidas en la edición que emplearía como soporte al compular la *princeps*. Sea como fuere, no son cosas de relevancia.

En fin, de forma indirecta, pero concienzuda, espero haber devuelto —salvo alguna minucia gráfica— el texto de la *princeps*, al cual he introducido las escasas enmiendas que registro en las notas. De la de Bruselas he tomado varios poemas elogiosos que no reprodujo la segunda de Madrid, y también un pasaje de la novela *La mayor confusión*, hacia el final, que fue ligeramente alterado a *sugerencia* de la Santa Inquisición, que se tomó muy en serio el argumento y desenlace de la novela. De su final, pues, reproduzco el de la *princeps*, pero ofrezco en nota el de las ediciones de Madrid-1626, Barcelona-1640 y Sevilla-1641. En mi opinión, el de esta última fue verdaderamente escrito por el Autor, que en 1633 era Notario del Santo Oficio y quizá decidió escribir un desenlace que acabase con toda polémica.

E. S. F.

Barcelona, enero 2014

Post scriptum: Víctor Dixon en su interesantísimo artículo *La mayor confusión* (Hispanófila, 1958, núm. 3, pp. 17-26) precisa que la muy elaborada solución aplicada en la ed. de Sevilla-1641 ya se había adoptado en otra de Sevilla-1633, y que la taxativa solución de Barcelona-1640 provino de la ed. de Tortosa-1635. También Dixon opina que la versión de Sevilla es de mano del propio Pérez de Montalbán. El pequeño cambio introducido en la ed. de Madrid-1628 ya se incluyó la de Madrid-1626, de la que el articulista no llegó a ver ejemplar alguno.



Portada de la ed. de Madrid 1626,
prácticamente idéntica a la de la princeps de 1624

SUCCESSOS
Y
PRODIGIOS
DE AMOR

EN OCHO NOVELAS
Exemplares.

POR EL LICENCIADO IVAN
Perez de Montalvan, natural
de Madrid.

Dirigidas à diuersas personas.



EN BRVSSELAS,
Por Huberto Antonio, Impressor ju-
rado al Aguila de oro, cerca de
Palacio, Año de 1626.

Portada de la ed. de Bruselas 1626.
De pésima tipografía y con infinidad de erratas,
podría tratarse de una falsificación,

SUCCESSOS Y PRODIGIOS DE AMOR.

EN OCHO NOVELAS EXEMPLARES,
—
AÑADIDO EN ESTA VLTIMA IMPRESSION
el Oficio a la Decima Musa, del mismo Autor.

POR EL LICENCIADO IVAN PE-
rez de Montaluan, natural de Madrid.

Dirigidas a diuersas personas.

Año

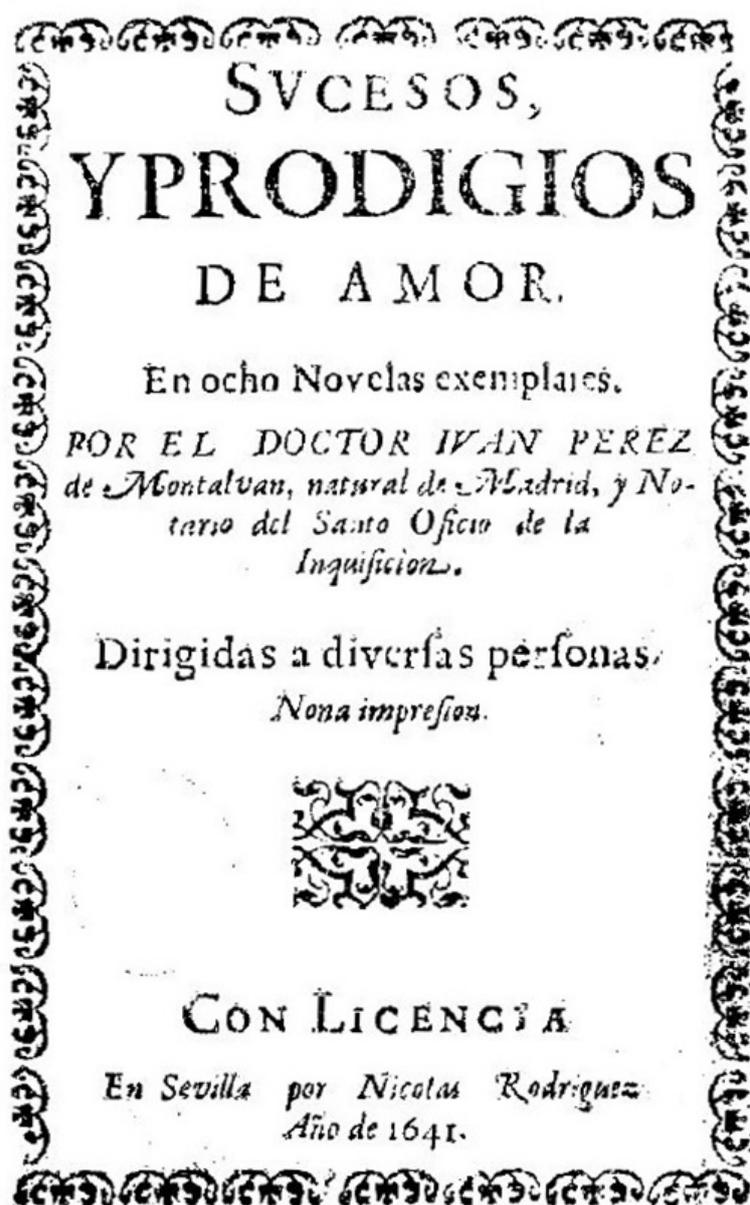


1640.

CON LICENCIA,

En Barcelona: por PEDRO LACAVALLERIA,
Y a su costa.

Vendense en la misma Imprenta.



Portada de la ed. de Sevilla 1641.

TABLA DE LAS NOVELAS DESTE LIBRO¹

1. <i>LA HERMOSA AURORA</i> , a don Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache.....	626
2. <i>LA FUERZA DEL DESENGAÑO</i> , a don fray Plácido de Tosantos, Obispo de Zamora	647
3. <i>EL ENVIDIOSO CASTIGADO</i> , al señor Licenciado Pedro de Tapia, del Real Consejo de Su Majestad.....	667
4. <i>LA MAYOR CONFUSIÓN</i> , a Lope de Vega Carpio, Procurador Fiscal de la Cámara Apostólica	685
5. <i>LA VILLANA DE PINTO</i> , a don Gutierre, Marqués de Careaga, Corregidor de la villa de Alcalá de Henares	706
6. <i>LA DESGRACIADA AMISTAD</i> , a Juan del Castillo, Secretario de Su Majestad.....	728
7. <i>LOS PRIMOS AMANTES</i> , al Licenciado Francisco de Quintana.	751
8. <i>LA PRODIGIOSA</i> , a Antonio Domingo de Bobadilla, Veinticuatro de la ciudad de Sevilla.....	774

1.- Así en la ed. de Bruselas-1626. En la de Madrid-1626: 'TABLA DE LO QVE | contiene este libro, por seguir a las novelas el largo poema *Orfeo en lengua castellana* (VI + 31 fols.). La ed. de Giuliani no reproduce la Tabla.

SUMA DE LA TASA

ESTE libro, intitulado *Sucesos y prodigios de amor*, compuesto por el Licenciado² Juan Pérez de Montalbán, está tasado por los señores del Consejo a cuatro maravedís cada pliego, como consta de la fe que dio Diego González de Villarroel en Madrid, a 12 de junio de 1624.

FE DE ERRATAS

ESTE libro, intitulado *Sucesos y prodigios de amor en ocho novelas*, compuestas por el Licenciado Juan Pérez de Montalbán, con estas erratas concuerda con su original.³ En Madrid, a 6 de junio de 1624.

El Licenciado Murcia de la⁴ Llana

SUMA DEL PRIVILEGIO

TIENE privilegio el Licenciado Juan Pérez de Montalbán por diez años para poder imprimir este libro, y con prohibición de que ninguna persona sin su licencia lo imprima, so graves penas contenidas en el dicho privilegio, firmado del Rey N. S. y despachado por Pedro de Contreras su Secretario. Fecha en el Hato de Doña Ana,⁵ a 10 de marzo, 1624 años.

APROBACIÓN DEL MAESTRO SEBASTIÁN DE MESA

POR mandado del señor Vicario desta villa de Madrid he visto un libro intitulado *Sucesos y prodigios de amor en ocho novelas*, por el Licenciado Juan Pérez de Montalbán, y no hallo en él cosa contra nuestra santa fe católica y buenas costumbres, antes lo ejemplar está tratado con decoro, buen lenguaje y elegante estilo, que todo promete más edad de la que el Autor tiene, digno de agradecimiento y mayores premios. En Madrid, a 27 de febrero de 1624 años.

El Maestro Sebastián de Mesa

2.- En la ed. de MAD-1626, siempre: 'Doctor'. Además, en esa ed. se adicionó el *Orfeo en lengua castellana* (que había sido publicado separadamente en septiembre de 1624, Madrid, por la Viuda de Alonso Martín), por lo que la Tasa es ligeramente distinta a la de la princeps.

3.- Giuliani precisa las 7 erratas que se declaraban aquí. En la ed. de 1626, simplemente: 'concuerda con su original.'

4.- En la ed. de Giuliani: 'MURCIA DE LLANA'

5.- El Coto de Doña Ana (o 'Doñana'). En todas las eds. consultadas: 'Ato', incluida la de Giuliani.

CENSURA⁶ DE LOPE DE VEGA CARPIO

Muy poderoso Señor:⁷

LOS *Sucesos y prodigios de amor*, que compuso en prosa y verso el Licenciado Juan Pérez de Montalbán, he visto por mandado⁸ y comisión de V. A.⁹ No tienen cosa alguna en todo su discurso que disuene a nuestra fe ni a las buenas costumbres. El estilo es elegante, sentencioso y grave, con muchos avisos y reprehensiones para todas edades, y donde particularmente puede ver como en espejo muchos discretos ejemplos la corta experiencia de los tiernos años. Dando esperanza los suyos con estas flores del fruto que prometen tales principios para mayores estudios, y luciendo entre los que profesa su excelente natural, con que no queda inferior al Cintio, Bandelo y Bocacio en la invención destas fábulas; y en acercarse a la verdad los excede, por el precepto horaciano que *Ficta voluptatis causa, sint proxima veris*. V. A.,¹⁰ siendo servido, podrá hacerle merced de la licencia que pide; que en este tiempo importan mucho libros que vuelvan por la honra de la lengua castellana, tan ofendida en la prosa de voces y locuciones violentas. Este es mi parecer. En Madrid, a 8 de marzo de 1624.

Lope de Vega Carpio



6.- BRU-1626: 'CENCVRA'

7.- Leen 'M. P. S.' las eds. contemporáneas compulsadas. También la de Giuliani, que entiende que 'El *Vuestra Alteza* a quien se dirige Lope es el Consejo Supremo de la Inquisición' (n. 8bis).

8.- En la ed. de Giuliani: 'mandato'; pero lo habitual era 'mandado', como leen las eds. contemporáneas compulsadas.

9.- MAD-1626: 'V. Alt'

10.- MAD-1626: 'V. Alt'

LOPE DE VEGA CARPIO
AL LICENCIADO JUAN PÉREZ DE MONTALBÁN

SI a vuestros discursos dieran
eternidad voluntades,
vencieran cuantas edades
años y siglos tuvieran;
y de la que os tengo fueran
tan eternos como raros,
si tuviera para daros
lo que es tan justo ofrecer:
como amor para querer,
ingenio para alabar.

EL MAESTRO
JOSEPH DE VALDIVIELSO
AL AUTOR

LAS locuciones floridas,
las elegantes purezas,
las delgadas agudezas
y las dulzuras lucidas
admiro en ti traducidas
de Lope, que te inspiró
sus alientos y infundió
su espíritu, por que sólo
te glorias de que Apolo
a su imagen te formó.

DEL LICENCIADO
FRANCISCO DE QUINTANA
AL AUTOR

TAN prudente dais consejo
y tan cuerdo discurrís,
que a vuestra edad desmentís,
y mozo, parecéis viejo.
De la juventud espejo,
entre *prodigios* y *amores*
nos retratáis los errores,
como médico que, astuto,
de la medicina el fruto
da disfrazado entre flores.

Si Pitágoras os viera
más su opinión confirmara,
pues vuestra elocuencia rara
de Teofrasto alma creyera.
Aunque yo su error venciera,
siendo fuerza confesar
que tan elocuente hablar
de nadie pudiera ser
que no llegara a tener
ingenio más singular.

DEL DOCTOR DON GUTIERRE,
MARQUÉS DE CAREAGA,
AL AUTOR

DE tu ingenio sutil nuevos primores
estas novelas son, que a los cuidados
en humanas deidades empeñados
desengañan con frutos y con flores.
De más heroicas obras resplandores
son, aunque agora están acobardados
y en su reciente luz menos osados,
hasta que el tiempo expela sus temores.
Son de la Fama líricos trofeos,
en cuyas alas por el orbe giras
seguro de no ser precipitado.
Prosigue (¡oh Montalbán!) tales empleos
(docto, aunque en verdes años), con que admiras
al Sol, que por mirarte se ha parado.

DE FRUTOS DE LEÓN TAPIA
AL AUTOR

AUNQUE de verse escondida
con tanta luz y hermosura
entre la mentira obscura
está la verdad corrida,
la esconden con tan lucida
prosa y verso vuestras bellas
novelas, que si por vellas
nadie la deja de ver,
por vitoria ha de tener
el verse escondida en ellas.

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

FRUTO das en vez de flor
 en el abril de tus años,
 para el cuerdo desengaños,
 preceptos para el amor.
 Prodigioso es el Autor
 que a tales *prodigios* llega;
 mas si Manzanares riega
 plantas de Apolo tributo,
 ¿qué mucho nos dé tal fruto,
 alimentado en su *Vega*?

Su memoria immortalizas,
 por que cuando Fénix quede
 todo fama, en ti se herede
 el parto de sus cenizas.
 Pues tu patria fertilizas,
 escribe sutil y diestro,
 y ocasiona al siglo nuestro
 que laureles te aperciba,
 para que en ti eterna viva
 la fama de tu Maestro.

ANARDA AL LICENCIADO JUAN PÉREZ DE MONTALBÁN

HELIODORO sois y Apolo
 de aquesta verde floresta,
 planta, en fin, de Lope puesta,
 Lope, Fénix, Sol y solo.
 Desde el uno al otro polo
 su alumno la Fama os llama;
 mas no es mucho que la Fama
 os haga tanto favor,
 inclinada a vuestro amor
 por lo que tiene de dama.

PRÓLOGO

LECTOR amigo: ahí te presento ocho novelas que llamo *Sucesos y prodigios de amor*. Ellas te dirán lo que son, y de ti fío que las darás lo que merecieren. Sólo quiero que me agradezcas que no las has de haber visto en la lengua italiana, culpa de algunos que las escriben no sin agravio de la nuestra y de sus ingenios, pues para cosa de tan poca importancia piden a otras naciones pensamientos prestados. Debe de ser porque con sólo el trabajo de traducir (que en mi opinión es lo mismo que trasladar) se hallan autores de libros (como si el título no los desmintiera). Lo que te suplico es que si hallares algunos defetos, así en el estilo como en la sustancia, los mires piadosamente, disculpándome contigo los pocos años; y si acaso te agradaren porque cumplen con lo que intentan (y al parecer de Quintiliano, *Abunde dixit quisquis rei satisfecit*), sírvete de darme toda la alabanza, porque, como te he dicho, no tiene parte en ellas ni Bocacio ni otro autor extranjero.¹¹ Vale.



11.- BRU-1626: 'estraugero'. En la ed. de Giuliani con 'x', y quizá se lea así en la princeps; pero la grafía habitual era 'estrangero'.

LA HERMOSA AURORA

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR¹²

DON FRANCISCO DE BORJA,

PRÍNCIPE DE ESQUILACHE, CONDE DE MAYALDE, COMENDADOR DE AZUAGA, GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA DEL REY
NUESTRO SEÑOR,
Y SU VIRREY EN LOS REINOS DEL PIRÚ

LAS partes que concurren en V. Excelencia para hacerle amable son tantas, que por que no se quejen de la pluma fuera justo encarecerlas con el silencio. Pues en cuanto a la nobleza (que Aristóteles¹³ en el 2 de los *Retóricos* llama *quaedam maiorum claritas*) no ha menester más pinceles que su misma verdad; y en lo que toca a la parte del alma no pienso que el entendimiento queda a deber nada a la sangre: calidad que en V. Excelencia resplandece aun con más ventajas, porque (según el Filósofo) *boni aut mali natura non effcimur*.¹⁴ Y es cierto que nadie merece ni desmerece en su nacimiento, porque es obra (como dicen) de la Fortuna, lo cual no sucede en la virtud que llamamos *adquirida*, como es el estudio de las buenas letras, de que tanto se hapreciado V. Excelencia, sin duda porque sabe que es el mejor esmalte de los príncipes. Y por eso, hablando Vegetio en esto mismo, dice: *neminem decet vel meliora scire, vel plura quam principem*, y da la razón: *cuius doctrina omnibus potest prodesse subiectis*. Escribiendo Marsilio Ficino la vida de Platón lo confirma: *principi non aliter necessaria est sapientia*¹⁵ *quam corpori anima*. Y tratando Pierio de las artes liberales, dio a entender que los romanos *liberales appellaverunt, quia earum doctrina ad ingenuos spectaret*.

Por dos cosas he querido poner a los pies de V. Excelencia (no sin recelo de mi ignorancia) esta novela: la principal, por el afecto grande que siempre he tenido a su divino ingenio, y la segunda, porque vaya con menos miedo saliendo a sombra de tales rayos. Si bien me anima Cicerón en sus *Tusculanas*, donde por su opinión *sapienti malum videri nullum potest, quod vacet turpitudine*; pero no todos lo son, aunque hay pocos que se libren de quererlo parecer.

Y volviendo a la novela, digo que en ella se trata del amor curioso y honesto de un príncipe que llevado por fama de una belleza olvida su patria aventurándose a diferentes suertes de peligros: caso que en este tiempo tiene seguro el crédito. Y lo que desta y de las demás puedo prometer a V. Excelencia¹⁶ es que están escritas dentro de los límites de nuestra lengua, sin ofender su pureza con vocablos nuevos, metáforas impropias ni locuciones forzadas, atendiendo siempre al consejo de Quintiliano: *perspicuitas summa orationis vis est*, cuyo axioma también debía entender-

12.- MAD-1626: 'SEÑOR'

13.- MAD-1626 y BRU-1626: 'Arist.'

14.- MAD-1626: 'effcimur.'

15.- BRU-1626: 'sapiencia'

16.- BRU-1626: 'V. Exc.'

se en los versos, donde son tantos los que por singularizarse se despeñan; y en lo que se conoce su yerro es en que lo hacen todos y ninguno lo confiesa. Muchos para escusarse desta¹⁷ culpa dirán que imitan; pero Aristóteles¹⁸ en su *Poética* no quiere pasar por ello, donde advierte que no todo puede imitarse: *poetae peccatum duplex est, per se et per accidens: per se, cum proposuerit imitari quod non est imitandum; per accidens, proponere non recte*. Y no porque Persio escribiese en aquel estilo ha de querer nadie seguir su aspereza, porque, fuera de que no está averiguado si acertó, él pudo tomarse esta licencia con alguna causa, porque reprehendía vicios de príncipes y no era seguro a su vida que le entendieran todos.

Yo quisiera que estos señores críticos pasaran por los ojos muchos versos que yo he visto de V. Excelencia, para que se desengañaran de que la blandura y la belleza pueden andar juntas; pero ¿quién bastará a reducirlos, si son de aquellos que quieren morir con su opinión, aunque a costa de su crédito? Y, en fin, como dice Santo Tomás, *pertinacia qui errant, non sunt facile curabiles*.

A V. Excelencia prospere el Cielo largos y felices años para honor de su casa, gloria de nuestra nación y lisonja de sus aficionados.

Criado de V. Excelencia,
el Licenciado¹⁹ Juan Pérez de Montalbán

17.– En la ed. de Giuliani: ‘excusarse de esta’

18.– MAD-1626 y BRU-1626: ‘Aristot.’

19.– MAD-1626: ‘Doctor’. Lo mismo en las dedicatorias de las otras novelas.

NOVELA PRIMERA

TUVO Dionisio, segundo tirano de Sicilia, una hija a quien por su celestial hermosura llamaron Aurora, tan bella como desgraciada. Y apenas en sus años cumplía los últimos de la puericia cuando quiso el Cielo darla a entender que había nacido hermosa escureciendo su fortuna; que en opinión de la Naturaleza debe de ser delito la hermosura, pues la castiga como si no fuese imagen suya. Murió la madre de Aurora, y Dionisio, sin que la falta de su esposa le debiese el menor sentimiento verdadero, dio a entender con lágrimas fingidas lo mucho que la había querido; pero a pocos días descubrió la hipocresía de sus ansias recibiendo en lugar de la difunta prenda a Arminda: dama francesa y principal, aunque no digna de tanto imperio, por haberla tenido muchos años en posesión de dama. Era de gallardo brío, entendida y hermosa, pero de condición tan áspera que granjeaba poco el vulgar aplauso, siendo tan dueño de las acciones de su esposo que no permitía pasase cosa en el reino sin consultarse con su voluntad: ansia propia de quien ha valido poco hacer ostentación del poder que goza, para que así se disimulen sus humildes principios; lo cual sucede al contrario, porque los ofendidos dan voces y viene a saberse aun más de lo que se imaginaba.

Parecía a Aurora que sufrir estas demasías era poner nuevas alas a su soberbia, y así, la aconsejó que no viviese tan confiada en el amor de su padre, porque era posible que faltase y después viniese a menos, por no haber ganado las voluntades de sus vasallos. Y añadía a esto que hiciese memoria de lo que había sido, para que no la desvaneciera el nuevo estado. Ofendieron de suerte estas palabras el corazón de Arminda, que desde luego procuró el fin de Aurora, y para salir con este deseo dio a entender a Dionisio que estaba celosa della, diciendo que el amarla con tanto extremo era por ser retrato del muerto original, porque como el fénix deja cenizas para su eterna sucesión, así la voluntad suele dejar para su memoria algunas prendas vivas; y era muy cierto que los descuidos que a veces tenía con ella los causaba el difunto amor, retratado en la hermosura de Aurora. Decía esto Arminda con tantas veras, que, haciendo Dionisio fineza de la impiedad, puso en sus manos la culpa de su hija, y la dio licencia para que en este pleito fuese el juez y la parte. No le disculpe esta vez a Dionisio el amor, con ser disculpa general de cualquier exceso, porque no tiene obligación un hombre a despreciar prendas que lo son de su sangre por una mujer que miente cuando llora, y llora cuando quiere.

Contentose Arminda con que Aurora estuviera en parte donde²⁰ ella no la viese, y así, su padre la mandó²¹ salir luego de Sicilia, porque más quería vivir sin una hija que tener descontenta a su esposa: afecto de ciego amante, pero temeridad de padre bárbaro. Pusieron luego a la hermosa princesa en una pequeña isla que estaba entre el Peloro y el Pachino²² y servía de corona de flores a los undosos cristales del mar Tirreno; y esto con tanto secreto, que para huir la inquietud del vulgo (que la amaba por su virtud y belleza) mandó fuese servida con un limitado número de criados, poniendo pena de la vida a quien dijese que era Aurora la que habitaba aquel breve palacio.

Con gran cordura sufría la discreta dama el desamor de su padre, divirtiéndose el alma ya con la dulce música de los lisonjeros pajarillos (que, como escuchaban su nombre, pensaban que siempre amanecía, y cantaban a todas horas), ya con el agradable viento que, tocando en los hermosos piélagos de vidrio, amorosamente los inquietaba, ya con la imaginación de sus desdichas (que suele

20.- BRU-1626: 'donte'

21.- BRU-1626: '...padre llamando'

22.- Los cabos de Faro y Passero, respectivamente.

un triste divertirse con lo mismo que le atormenta), ya con las criadas que la servían, y particularmente con Celia, que por ser de sus años y tener una misma sangre merecía justamente su privanza. Y, en efeto, cuando todo la faltaba y ninguna cosa la divertía, tomando un instrumento (que en sus manos podía preciarse de que no era mudo) lloraba y cantaba desta suerte:

¿Cuándo ha de ser el día
 que tenga fin mi vida lastimosa,
 y la fortuna mía
 (del humano poder tirana diosa)
 deje de atormentarme
 y de una vez acabe de matarme?
 ¿Cuándo en aquestas flores
 tendrán verde sepulcro mis cuidados,
 mis miedos y rigores,
 mal merecidos, aunque bien llorados?
 Y ¿cuándo el Cielo santo
 impedirá²³ la causa de mi llanto?
 ¿Qué quiere la Fortuna
 después de verme en tan humilde estado,
 sin esperanza alguna
 de volver a gozar el bien pasado?
 ¡Ay muerte si llegaras!
 ¡Qué justos sentimientos me escusaras!

Con alma cortesana
 paso en la soledad el mes y el año,
 la tarde y la mañana,
 y desta suerte mi esperanza engaño,
 llorando a cualquier hora;
 que siempre lloro, como soy Aurora.

Si el fiero mar se atreve
 a conquistar esta robusta peña
 con injurias de nieve,
 presumo que me avisa y que me enseña
 que la muerte atrevida
 llama a las puertas de mi triste vida.

Cuando el Alba despierta,
 con media luz introduciendo el día,
 suelo hallarme tan muerta
 que parece²⁴ verdad la fantasía
 que engendró el sueño esquivo,
 y no me puedo persuadir que vivo.

Todo, en fin, me atormenta,
 y más el ver que con igual cuidado
 todo crece y se aumenta
 por mejorar de calidad y estado,

23.- MAD-1626: 'Impedira.'

24.- BRU-1626: 'partece.'

y yo nunca he salido
de una fortuna, porque mala ha sido.
El árbol que en enero
sólo se vio vestido de congojas,
en el mayo primero
pintadas de colores ve las hojas,
y el campo hermoso y verde
cobra en abril lo que en agosto pierde.
Este mar, que enojado
escalas de cristal pone a los cielos,
suele esta sosegado;
y sola yo con ansias y desvelos,
temiendo el Hado injusto,
ni aguardo libertad ni espero gusto.

Dejaba Aurora la dulce música con tantas lágrimas y suspiros, que tuviera muy rústica el alma quien la escuchase sin enternecerse. Y estando una tarde entreteniéndose con la deleitosa vista del mar los rigores del abrasado julio, vio un hombre que peleando con el cristal de sus aguas (aunque más fiado en la piedad de una tabla que en la valentía de sus brazos) rompía las plateadas ondas, procurando alentar el desmayado espíritu hasta verse más cerca de aquella tierra para que alguno le ayudase a defender la vida. Aurora entonces, con una piedad noble y un dolor tierno de verle morir a sus ojos, mandó a los pocos que la servían acudiesen a favorecerle; y ellos arrojándose al mar en un pequeño esquife, le sacaron y regalaron, porque así lo había mandado Aurora y también porque el talle y cortesía de Ricardo (que este era su nombre) movían a respeto y voluntad. Y después de haberse reparado del maltratamiento que le había hecho el agua repartió entre ellos algunas joyas que el mar le había reservado en el pasado peligro, advirtiéndoles que era noble, y que hasta verse mejorado de fortuna le era forzoso vivir encubierto; y así, les rogó se sirviesen de tenerle en su compañía, que algún tiempo podría ser no les pesase. Y como tenía con el oro²⁵ y con su persona tan granjeado el afecto de los que le escuchaban, le agradecieron la lisonja que les hacía, prometiendo servirle en cuanto sus fuerzas alcanzasen.

Holgoase Ricardo de ver cuán seguramente podía estar sin riesgo de ser conocido, porque en aquella isla pocas veces había más de las cuidadosas guardas de aquel ángel que tan injustamente padecía. Y saliéndose una noche, en que la hermosa Cintia coronada de rayos alumbraba toda la selva, a entretener con los árboles su soledad, oyó una dulce voz que con blandura y gallardía contaba sus penas a las aves y al agua desta suerte:

Desde que sale el Alba
hasta que el Sol se ausenta
suspiro en este monte
y lloro en esta selva.
Mis ojos no se enjugan
de lágrimas y quejas,
que después que son fuentes
murmuran mis tristezas.
¡Ay perpetuas congojas!
¡Ay inmortales penas!

25.- BRU-1626: 'ora'

Mucho tenéis de mías,
 pues os preciáis de eternas.
 ¿Qué importa haber nacido
 con natural nobleza,
 si en esta selva vivo
 sola, afligida y presa?
 ¿Qué importa que mis ojos
 matar de amores puedan,
 si aquí sólo me escuchan
 las aves y las fieras?
 ¡Ay Cielo riguroso!
 Pues miras mi inocencia,
 o quítame la vida
 o abréviame la pena.
 Mas por no darme gusto
 con la vida me dejas,
 que es parte de lisonja
 que un desdichado muera.
 Viva quien tiene gusto;
 porque quien no le espera
 nunca tiene más vida
 que cuando está sin ella.
 No tengo en todo el día
 un hora en que no tenga
 presentes mis desdichas,
 o la memoria dellas.
 Y, en fin, tan triste vivo
 que sólo me consuela
 ver que también hay muerte
 para un alma resuelta,
 pues falta la paciencia
 cuando duran las penas como penas.

Suspendiolo a Ricardo por una parte lo sonoro de la voz, y por otra la novedad de oír en aquel sitio a quien con veras tan del alma se quejase de sus desdichas; y por no ser ingrato al favor que le habían hecho aunque sin pensar que se le hacían, para ver también si por aquel camino sabía quién era el divino dueño de tan dulce música, con suspensión de la filomena²⁶ que le escuchaba cantó este soneto:

Duro tormento de mi larga ausencia
 que siempre afliges la memoria mía:
 ¿de qué sirve matarme cada día,
 si no me das para morir licencia?
 ¿Qué me importa el vivir, si en la experiencia²⁷
 hallo que muero con mayor porfía,

26.- Ruiseñor.

27.- MAD-1626: 'esperiencia'

pues morir sin morir es tiranía
 que sólo la ha sufrido mi paciencia?
 De Narcisa gocé los ojos bellos
 (gloria que merecí por largos plazos),
 y ya me miro ausente della y dellos.
 Confirmaron mi amor prendas y lazos;
 mas si los merecí para perdellos,
 ¿qué mayor muerte que gozar sus brazos?

Con la misma duda en que estaba Ricardo quedó Aurora, por saber que sus criados no tenían tan de sobra las gracias y entendimiento que supiesen con tanta dulzura quejarse de los fuertes rigores del ausencia. Era Aurora amiga de saber, picaba en curiosa como las demás, y así, quisiera ver el Orfeo de aquellas peñas; pero la sombra de los árboles, la distancia del lugar y, sobre todo, el respeto a que la obligaba su decoro, reprimieron este deseo, y así, dejó para otro tiempo la información.

Y llamando a uno de los que la asistían, le preguntó si habitaban aquella selva más hombres de los que habían venido con ella de Sicilia. Respondió el criado que cómo se olvidaba tan presto de uno que pocos días antes había mandado favorecer, por verle a riesgo de perder la vida en aquel pedazo de mar. Preguntóle también Aurora si sabía quién era, y a esto la replicó que en aquella materia no podía decirle nada, porque solamente había dicho que se llamaba Ricardo, encubriendo siempre su calidad y patria, y sólo la podía asegurar que en las apariencias²⁸ mostraba ser de ilustre sangre, o a lo menos su talle y entendimiento lo merecían.

No quiso Aurora saber más, por no dar ocasión a que engendrarse su curiosidad alguna sospecha; y aunque sea verdad que lo que no se ha visto ni tratado no puede amarse, suele la fama, la virtud y los méritos inclinar el deseo para ver si satisface a los ojos lo que pudo aficionar el alma por los oídos. Aurora, en fin, no digamos que estaba enamorada (que aunque lo pedía su soledad no lo consentía su grandeza); mas en alguna manera puede decirse que vivía deseosa de conocer a un hombre de tantas partes. Ricardo la cumplió con brevedad este deseo, porque sin preguntar a ninguno el misterio que encerraba aquel secreto palacio, continuó el visitar el sitio donde la había oído, y Aurora tuvo lugar de verle pasar muchas tardes, tan galán que podía poner a peligro la libertad de cualquier alma que le mirase, como viviese con²⁹ más gusto que Aurora; que los desvelos de amor no son para quien tiene otras desdichas que sentir.

No pudo ver Ricardo a la hermosa Aurora, porque vidrieras y celosías se la defendían de los ojos, ni tampoco quiso descubrirse a los que tenía por compañeros, considerando que, pues tanto se recelaban dél en esta materia, les debía de importar el secreto. Y así, calló lo mismo que deseaba (que es discreta ley de prudencia no saber un hombre más de lo que quieren comunicarle); mas no por eso dejó de perseverar en su pensamiento, por si acaso en alguna ocasión podía ver la hermosa sirena de aquel mar. Hallábale el día debajo de sus rejas sin saber a quién obligaba, por ser amante de quien no conocía; y teniendo por cosa cierta que encerraban aquellas paredes más de alguna secreta dama, trazó delante del real palacio varios juegos y fiestas, para que con esta ocasión se dejase ver la deidad cuya voz había servido de hechizo a su entendimiento. Sucedióle todo a Ricardo como a quien se había criado entre las armas: perseguía gallardamente cuantas robustas fieras engendraba el bosque, haciéndoles confesar con su muerte que era dueño de sus fuerzas y de sus bríos; no había en el palacio quien no encareciese sus gracias y bizarría. Sólo a Aurora la pesaba de que luciese con tantas ventajas, porque cada día la iba enamorando con nuevos merecimientos; y aunque todo lo que miraba en Ricardo la parecía bien, con todo eso, la

28.- BRU-1626: 'aparencias'

29.- BRU-1626: 'non'

desigualdad que entre los dos imaginaba ofendía su recato, pues quien se emplea bajamente parece que no tiene disculpa con todos.

Y así, pensó si sería bien hacerle matar (que cuando un hombre humilde puede ser causa de algún grave daño se tiene por piadosa su muerte); pero no lo intentaba de veras, que quitar la vida a lo que se ama sólo porque se ama no es buena razón de estado en la voluntad. Quiso también mandar que se saliese de la isla; pero arrepintiose presto, pues nadie gusta apartar de los ojos lo mismo que tiene retratado en el alma. Y en efeto, viendo que matarle era crueldad para Ricardo, y desterrarle tiranía para ella, se resolvió a divertir sus tristezas pasando las horas de aquella soledad con más gusto; y para que no supiese en ningún tiempo que era ella quien le había querido trocó el nombre de Aurora en el de Celia, a quien dio cuenta deste engaño para que la ayudase a proseguirle, y disimulando con el nombre su grandeza pudiera entretener su nuevo amor hasta saber quién era aquel caballero que le había llevado tanta parte del alma.

Seguramente podía Aurora permitir a su grandeza la voluntad de Ricardo, porque era único hijo del rey de Polonia, que, enamorado de la fama que en versos y pinceles encarecía la perfecta hermosura de Aurora, sabiendo que otros príncipes solicitaban por embajadores su casamiento quiso él mismo fiar de su diligencia su dicha y llegar a Sicilia para ser el tercero y el amante. Este deseo le puso en el mar y desterró de su patria: tanto puede la fuerza de una gallarda resolución y tanto inquieta una hermosura imaginada, pues lleva tras sí la voluntad y el albedrío de un príncipe, que aventurando su vida a los peligros de las ondas y humillando su calidad a un aposento de lienzo y tablas quiere pasar por tantos riesgos hasta ver si a la fama corresponde la verdad.

No tuvo Ricardo tanto de³⁰ dichoso como de atrevido, porque, enojado una tarde el mar, o cansado de sustentar en tan corta esfera el peso de una majestad tan alta, empezó a embravecerse de manera que puso en duda la vida del valeroso príncipe: escureciose el cielo, y los aires se alborotaron con tanta fuerza, que sin tratar de defenderse los que acompañaban a Ricardo, esperaban por puntos el último término de su vida; y así, le obligó (temeroso de otro peor suceso) a que se arrojase a las saladas espumas y abrazado a una tabla se previniese del más dificultoso remedio. Desta suerte anduvo dos días favorecido del aire, al cabo de los cuales se halló tan cerca de la isla que pudo Aurora socorrerle, y después amarle con el extremo que hemos visto, pues se ve tan resuelta que trata de hablarle, aunque con el fingido nombre de Celia.

Aumentole este deseo Ricardo, que una noche tratando de su curiosa voluntad cantó enamorado estos versos:

Corazón, ¿qué pretendéis,
que tan desvelado andáis?
Si decís que amáis, erráis,
pues ni veis ni merecéis.
Y si amáis lo que no veis,
llámese curiosidad
vuestra inquieta libertad;
que amar, corazón, sin ver
voluntad pudiera ser,
pero es loca voluntad.
Mas diréis: ¿por qué ocasión
esta mi necia porfía
os desvela noche y día?
En parte tenéis razón;

pero mi dulce pasión
 no es amor, sino cuidado
 de aquel bien imaginado,
 y tener ansia de verle
 es principio de quererle,
 pero no amor declarado.
 Yo quiero lo que no veo,
 porque en el alma imagino
 un sujeto tan divino
 que me enciende su deseo.
 Amo, conquisto, deseo,
 obligo, espero, porfío,
 el ser doy, el alma envío,
 y sin ver a quién la doy,
 pues de ningún dueño soy
 cuando sé que no soy mío.

En acabando Ricardo le llamó Aurora, y dijo (aunque con dificultad, por estar los balcones altos) que bien podía pasar de curioso a ser amante, porque había quien le escuchaba con mucho gusto. Quedó Ricardo con el nuevo favor contento, pues aunque no había visto al dueño, por lo menos no estaban malogrados sus desvelos tanto como pensaba. Y viendo que no sería posible hablarla se determinó a escribirla, trasladando sus pensamientos a la pluma, que suele ser la más discreta lengua y dice aun más de lo que se siente. El papel fue breve (aunque la causa no lo pedía) por dejarla con deseo de recibir otro, y así, la dijo:

Bien puedo decir, señora mía, que tenéis obligación de favorecerme, pues me costáis mil cuidados sin agradecimiento. Aunque desde anoche he presumido de más dichoso, y así, estoy resuelto a morir de porfiado³¹ antes que de cobarde, porque soy noble y no sé volver atrás en nada. Lo que ahora deseo es veros, si acaso³² lo ha merecido mi amor; y pues el cielo se deja amar y vos le parecéis tanto, imitalde en la condición³³ como en la hermosura; que si me abrasan vuestros rayos, justo será conozca la esfera³⁴ de donde vienen.

Acudió Ricardo como solía, y después de haberla lisonjeado con un romance que compuso aquel mismo día, tan bien³⁵ cantado como escrito, la enseñó el papel diciendo que era una³⁶ letra estremada para la música y que se holgara mucho de oírse la puesta en la guitarra. Entendíole Aurora y agradecíole el engaño, pues lo que de otra suerte pareciera liviandad pasó entonces plaza de cortesía (que hay hombres tan discretos en lo que piden que animando el delito parece que escusan la culpa), y arrojando un listón de nácar se le restituyó Ricardo con más peso del que traía. Leyó Aurora el papel, y por satisfacer alguna parte de sus verdades le dijo se esperase un poco; y

31.- BRU-1626: 'profiado'

32.- BRU-1626: 'a casa' En la ed. de Giuliani se indica que la errata ya estaba en la princeps, pero no declarada en la fe de erratas.

33.- BRU-1626: 'coudicion'

34.- BRU-1626: 'esfera'

35.- BRU-1626: 'tambien'

36.- BRU-1626: 'vne'

mandando a Celia que escribiese (no porque ella no sabía, que era estremada en todo, sino por el peligro que había en conocer su letra), respondieron entre las dos desta suerte:

Por que no digáis, volviendo a vuestra tierra, que las mujeres de Sicilia pecan en desagradecidas, siendo lo que se pide tan justo como dejarse ver una mujer, haré lo que me mandáis, aunque después contradigan los ojos al pensamiento, pues es fuerza que en vuestra opinión sea más hermosa³⁷ ahora que lo seré después. Yo me llamo Celia, y sirvo a una señora principal que vive en este castillo. Ella y yo estaremos mañana en este puesto de manera que podáis verme. Tened buen ánimo, y agradecedme³⁸ que presto os quitaré el amor, si acaso le hay de lo que no ha pasado del pensamiento. Lo que os ruego es que tengáis secreto este desatino y me digáis vuestro nombre, estado y calidad, porque importa a entrambos.

Besó el papel Ricardo, y leyó algunas veces (que un amante nunca se contenta³⁹ con la primera), y a otro día fue a ver lo que había tantos que deseaba. Tenía Aurora mandado a las criadas se retirasen a otro cuarto, y quedando sola con Celia, hizo que se vistiese ricamente, y ella se puso a su lado. Alzó Ricardo los ojos, y viéndolas, quedó tan admirado de su belleza que no podía alcanzar a la verdad la imaginación; porque Celia, fuera de tener lindo cuerpo, era de⁴⁰ agradable hermosura, aunque lucía menos delante de Aurora, cuyos ojos eran una esfera de⁴¹ rayos; la frente, un campo de azucenas; el cabello, un tesoro de Arabia; las mejillas, un ramillete de claveles; la boca, un pequeño centro de perlas; la garganta, un mundo de alabastro; los pechos, dos pellas de nieve, y las manos, dos almas de marfil inquieto. El vestido era de tabí verde y oro, de manera que parecía diamante en caja de esmeralda; la ropa, azul con alamares negros, y, finalmente, toda ella un ángel; la gallardía, mucha, y los años, pocos.

Suspenso, pues, Ricardo, y aun temeroso de que la viera el mar, por que no la codiciase por ninfa de sus ondas, agradeciéndose a sí propio la firmeza que había tenido, se determinó a conquistar tan hermoso dueño aunque le costase no volver a su patria en muchos años. Y pareciéndole que un retrato que había visto de Aurora no igualaba a las divinas perfecciones de Celia, dio por bien empleado el tiempo que había gastado en adorar aquellas paredes, pues hallaba en ellas aun más de lo que se había prometido.

Mientras gozaba Ricardo estos favores, pasando las noches con ellos y los días con esperanzas, sucedió que envió a llamar Dionisio a uno de los que asistían al servicio de Aurora, y le dijo que el día que por su culpa o la de sus compañeros se supiese⁴² adónde su hija estaba, les había de hacer quitar afrentosamente la vida. Con este miedo volvió a los demás y les advirtió lo que importaba que Ricardo se fuese de aquella isla, pues era fácil ver a la Princesa alguna de las muchas veces que penetraba el bosque y los echase a perder a todos.

—Tan fácil será eso —respondió otro—, que pienso lo pretende, si no es que ya lo haya conseguido. Y aun he reparado⁴³ en que mira con demasiada atención a estos balcones y ella me ha preguntado quién es. Y si Ricardo porfía es fuerza la conozca y nosotros perdamos la gracia de Dionisio.

Venciolos, en efeto, el miedo, y conformándose todos en que no quedase en aquella tierra, le notificaron que le importaba la vida el ausentarse. Admiróse Ricardo de su temeraria resolución,

37.— BRU-1626: 'hremosa'

38.— BRU-1626: 'agradeceme'

39.— BRU-1626: 'contento'

40.— BRU-1626: 'del'

41.— BRU-1626: 'del'

42.— BRU-1626: 'supisse'

43.— BRU-1626: 'reperado'

y al cabo de varias imaginaciones vino a sospechar que sin duda alguno dellos debía de amar a Celia, y con la fuerza de la envidia o celos intentaba asegurarse por aquel camino. Y así, se determinó de hablarlos a todos, para satisfacer al que se tenía por ofendido y suplicarles de nuevo no le hiciesen tanto agravio que le obligasen a salir de aquella isla hasta que tuviese nuevas de su gente, cuya vida podría ser hubiese perdonado el mar. Bien echó de ver la dificultad que había en reducirlos, viendo a los que un tiempo le agasajaron que ya le miraban desabridamente (pues una mala voluntad se conoce en los ojos, en la cara y en las acciones);⁴⁴ y hallándolos una mañana juntos, les dijo:

—Señores y compañeros: mi nacimiento ha sido noble, y aunque vivo donde yo solo me conozco, no pienso que ninguno se puede quejar de mi trato, porque los que nacen con mis obligaciones nunca pagan ingratamente los beneficios; que la ingratitud y la nobleza son como la noche y el día. Vine a esta isla, o por mejor decir, me arrojó mi fortuna, no mala, pues en ella hallé amparo y amigos,⁴⁵ y aquí⁴⁶ he vivido algunos días, procurando satisfacer con deseos, ya que no con fuerzas, la merced que todos me habéis hecho. Pero no me debo de haber declarado, pues cuando pienso que sois más míos me amenazáis con la muerte si no me ausento. Yo he discurrido sobre la causa, y si os digo verdad no la hallo, si bien imagino que algún celoso debe de ser quien incita los demás a semejante exceso; y si esto es así, pudiera saber el tal que un hombre no agravia antes de saber que agravia; porque el que con ignorancia o inocencia solicita lo que por derecho es de otro, sólo se puede decir que ofende cuando después de conocida la verdad prosigue en su pensamiento. Y así, de haber mirado este castillo con deseo de ver lo que encierra o con curiosidad, después de haberlo visto no puede resultar ningún agravio, pues hasta ahora no conozco que haya a quien le pese. Y según lo que he alcanzado no pienso es sola una deidad la que vive en él; de manera que ninguno puede con razón quejarse de mí, pues cuanto a la ofensa yo no le agravo de malicia, y cuanto a la verdad, él no puede saber a quién me inclino.

Bien pensó Ricardo que con esto los dejaba obligados y satisfechos; pero fue muy al revés, porque como su mayor agravio consistía en que Ricardo supiese aquel secreto, no hubieron menester más información para sacar las espadas y acometerle con ánimo de quitarle la vida. Y no lo pudieron hacer tan presto que Aurora y sus criadas oyendo el ruido, no viesen la infame alevosía que usaban contra un hombre solo y extranjero. Y sin acordarse de su grandeza (que el amor no repara en calidades cuando ve a peligro lo que se estima) les envió a decir se quietasen⁴⁷ y viniesen todos a darle parte de aquel disgusto. Y llegando a su presencia la dijeron lo que su padre les había mandado, añadiendo que Ricardo era cierto hablaba o quería a alguna dama de las que acompañaban a Su Alteza, ocasión bastante para que se entendiese lo que Dionisio pensaba estar tan secreto que sólo el Cielo y ellos lo sabían; y que, así, para escusar el peligro que los amenazaba era forzoso quitarle la vida.

—Eso —replicó Aurora— en mí fuera poca piedad consentirlo, y en vosotros demasiada traición ejecutarlo, porque, según estoy informada, habéis recibido dese caballero buenas obras, y no es razón quitar la vida a un hombre que confesáis vosotros mismos de partes tan amables, y más por cosa que puede tener remedio sin sangre. Yo he sabido que Ricardo vio cierta noche a una de mis criadas, a quien por la novedad o por la ocasión dijo amores, y ella pienso no los escuchó de mala gana; por esto me corre también obligación de que no quede en esta⁴⁸ isla, y pues para ase-

44.— BRU-1626: 'accasiones.'

45.— BRU-1626: 'omigos.'

46.— MAD-1626: '...amigos. Aquí.'

47.— BRU-1626: 'quitassen.'

48.— BRU-1626: 'este.'

guraros basta su ausencia, ella y vuestro peligro tomo a mi cargo; que Ricardo es caballero y sabrá callar lo que hubiere visto.

Con esta esperanza se fueron contentos, y Aurora quedó entre mil confusiones, porque amaba de suerte a Ricardo que entre perder la vida y perderle sería muy poca la distancia (tanta es la fuerza del trato y comunicación), pues cuando Ricardo fuera menos digno de su belleza, viéndole y escuchándole era forzoso engendrar alguna voluntad en su pecho, y, en fin, estaba tan resuelta que ya la pesara de verse libre de aquella prisión por no carecer de la agradable vista de Ricardo; que en llegando a las mujeres a amar, ni sienten las penas ni las desdichas, como las pasen en compañía de su gusto.

Con razón dudaba el medio que había de elegir que estuviese bien a su voluntad y asegurase sus criados; porque tenerle allí a pesar de todos era aventurar su respeto y dar ocasión a sus enemigos para que intentasen alguna venganza más fiera; y así, aconsejándose primero con Celia, escribió un papel en que le dio cuenta de lo que pasaba, rogándole encarecidamente guardase su vida y previniese su ausencia, dos cosas que parecían contrarias. Vino la noche y salió la hermosa princesa a despedirse de Ricardo, y dándole el papel con un cofrecillo de plata envuelto en un tafetán leonado, sin poder hablarle se fue a llorar las penas que la esperaban. Recogiose⁴⁹ también Ricardo, porque estaba con algún recelo del pasado disgusto, y besando la firma, que decía *Vuestra Celia*, leyó, temeroso, desta suerte:

Señor mío: el cuidado que me debéis es grande. Hoy os vi sacar la espada, y os aseguro que me distes pena; yo pienso que fue amor, aunque con poca dicha, pues ha de morir cuando empezaba a nacer. La causa somos los dos, porque imagino que se ha sabido parte de nuestra voluntad. Yo soy más noble de lo que imagináis, y así, importa a entrambos que os ausentéis al punto: a vos, por que no os quiten la vida, y a mí, por que no pierda la opinión. Creedme que lo siento, porque, en fin, os tengo amor y os pierdo. Vos os podéis consolar con que era imposible ser vuestra, no por amar a otro, sino por tener más calidad que era menester. Ahí os envió mil escudos para que os regaléis en el camino, con una rosa de diamantes y esmeraldas que algún día la truje en el pecho, para que en vuestra tierra os acordéis de que fue mía, y su dueño vuestro.

Después de haber leído y llorado la rigurosa sentencia de su muerte se resolvió a obedecer al punto lo que en ella le mandaba Aurora, y para darla a entender alguna parte de su sentimiento tomó la pluma y respondió así:

A dicha tuviera que hoy me dieran la muerte mis enemigos (pues, en fin, lo eran) para no venir a esperarla de vuestras manos. Mañana antes que salga el aurora me ausentaré de la vuestra, por que digáis que supe amaros⁵⁰ y obedeceros; que lo que no hiciera por el peligro de mi vida haré por el respeto de vuestro decoro. Lo que siento en esta parte no os digo, porque escribo turbado y no acertaré en nada. Sólo os aseguro que soy tan noble que el rey de Sicilia no puede decir que es mejor. Yo vine⁵¹ de mi patria a casarme a este reino, y lo que haré por vos será volverme. El regalo agradezco, y no me escuso de pagarle algún día. La rosa guardaré como prenda vuestra. Y pues me habéis dado tanta causa de penas, dadme tiempo para llorarlas; aunque espero sentir las de suerte que cuando menos penséis os traigan nuevas de que perdió la vida quien supo amaros y no tuvo dicha para mereceros.

49.– MAD-1626: 'Rocogiose'

50.– BRU-1626: 'amoros'

51.– BRU-1626: 'viene'

Acabole Aurora temblando, y sin poder estorbar a los ojos que despreciasen⁵² cantidad de aljófar, le bañó en lágrimas. Llegó Celia y quitole de las manos⁵³ la ocasión; pero aprovechó poco, porque no se la quitó del pecho, y paseándose por una espaciosa sala se torcía las manos pidiendo al Cielo aumentase el rigor de su padre y el aborrecimiento de Arminda, para que trazasen su muerte. Asomábase al mar pensando que ya su perdido dueño navegaba el undoso piélagos, y en llegando a esto, eran tantas las lágrimas y locuras, que temió Celia no intentase algún desatino contra su vida. Y así, entre otras cosas la dijo:

—¿Es posible, señora, que un amor desigual pueda tanto que te obligue a excesos que si no los viera por los ojos no fuera posible creerlos de tu recato y cordura? Yo confieso que Ricardo merece ser querido, pero bien sabes que no es hombre de tus prendas ni puede honestamente ser tuyo. Y si no, dime, ¿qué testigo hay de su nobleza más que haberla referido él, cosa que es muy fácil⁵⁴ no ser cierta, porque el más humilde, estando donde no le conozcan, levanta mil testimonios a su sangre?

—¡Ay! —replicó Aurora—. El no saberlo me da cuidado, porque si Ricardo es tan noble como me ha significado algunas veces, pudiera ser que hiciese lo que no pensé de mi encogimiento. Y tengo para mí acertara, siquiera por salir de cautiverio; y no porque mi casamiento sea en tierra estraña perderé la acción que tengo al reino después de los días de mi padre; antes creo del amor que me tienen sus vasallos, que si me vieran en esta prisión ni tuviera seguridad⁵⁵ su reino ni su vida. Dime, Celia: ¿qué puedo esperar en este castillo sino la muerte? Mi padre está casado y enamorado, que no es poco. Arminda gobierna el reino, y me quiere tan mal que muchas veces llevo a comer con recato, pensando me ha de mandar quitar la vida. Aunque ausentándose Ricardo no será menester otro veneno. ¡Ay Celia! Si pudieras hacer que yo le hablara y me informara mejor de su calidad para no quedar con este escúpulo, no dudes que me hicieras⁵⁶ una gran lisonja; porque si es humilde moriré a manos de mi propio⁵⁷ valor antes que admitir pensamiento de manchar mi sangre, y si quisiese mi ventura que Ricardo fuese, como es posible, algún príncipe que por casos de fortuna hubiese venido a parar en esta isla, ten por cierto que arriesgara⁵⁸ mi vida por mi libertad. Aunque en todo consultara primero tu entendimiento, para no errar por sólo mi parecer.

Oyola Celia, y compadecida de sus lágrimas empezó a imaginar si podría haber algún medio para ver a Ricardo sin que se⁵⁹ aventurase su vida. Era Celia de ingenio agudo y presto, aunque acompañado de tanta cordura que siempre salía bien de lo que intentaba. Después de varios discursos se resolvió en que para asegurar a sus enemigos era forzoso que por entonces no viesan a Ricardo, pues en lo más espeso del monte podía estar algunos días, al cabo de los cuales viniese una noche avisándole con Liberio (hombre de quien ella se fiaba).

—Hasta ese punto —dijo Aurora— bien lo has dispuesto; mas, para poder hablarle, ¿qué traza queda? Porque desde aquí es peligroso.

—Si no me acabas de escuchar —replicó la discreta Celia—, ni yo podré dar a entender que deseo servirte ni tú podrás llegar a lograr tu afición. Digo, señora, que en llegando Ricardo a estas paredes ha de subir con nuestra ayuda y la de una escala a este cuarto, que está cerca del tuyo, donde, teniendo yo la llave de la última puerta, estará seguro de atreverse a tu persona, y por esos balcones que miran hacia el mar podrás hablarle hasta que te satisfagas de su nobleza. Mira tú

52.- BRU-1626: 'despreciassen'

53.- BRU-1626: 'manas'

54.- BRU-1626: 'fácil'

55.- BRU-1626: 'seguridad'

56.- BRU-1626: 'hisieras'

57.- BRU-1626: 'proprio'

58.- BRU-1626: 'ariesgara'

59.- MAD-1626: '...sin que'

ahora si te sientes con amor bastante para atreverte a esta fineza, que de mi parte te aseguro no cansarme hasta que pierda la vida en tu servicio.

Aliviose con esto Aurora, y dio mil abrazos a Celia, la cual escribió un papel a Ricardo avisándole de su determinación; y encargando a Liberio que no se apartase un punto de su lado, para que en viéndole partir se le diera y se fuera con él, hízolo así. Y cuando ya Ricardo tomaba el camino de Sicilia para ver si hallaba en ella su perdida gente, llegó Liberio y le dio el papel y recaudo de Celia. Recibiole Ricardo como quien vía resucitar sus muertas⁶⁰ esperanzas, y después de haberle leído y pagado las alegres nuevas le informó Liberio de lo que habían de hacer. Y empezando a caminar por la confusa selva llegaron a un pobre albergue de pastores donde quedó Ricardo, y Liberio se volvió a dar parte a su señora de lo que pasaba.

De esta manera estuvo cuatro días favorecido y regalado de Aurora, que cada día le enviaba a visitar con Liberio. Y una noche, tan obscura como la pudiera pintar el deseo de cualquier amante, llegó al palacio, o a la esfera del Sol de aquella isla, y despidiéndose de Liberio le rogó que le dejase solo (que no de todo puede ser testigo un criado). Hizo luego una seña, y a ella salieron Celia y Aurora, y poniendo la escala, a pocos lances se halló Ricardo en el balcón. Y después de haber besado las manos a Aurora por dueño suyo, y a Celia por señora de su dueño, le llevaron por diferentes salas, tan costosamente guarnecidas de brocados, doseles y pinturas, que no echaba menos la grandeza que había dejado en Polonia. Y llegando a un cuarto que aventajaba a los demás por estar aderezado con esperanza de huésped, le dijo Aurora que allí se había de quedar, advirtiéndole lo que importaba el recato y la obediencia, y que el intentar lo contrario era poner a manifiesto peligro su vida.

—Segura la tendré por esa parte —respondió Ricardo—, pues no tengo más voluntad que vuestro gusto.

Agradeciole Aurora la cortesía, y diciendo que por estar delante su señora no le decía⁶¹ muchas cosas que guardaba para más soledad, se despidió mostrándole el balcón por donde se podrían hablar. Quedó Ricardo tan contento como bien guardado, entreteniéndose⁶² la mayor parte del día en contemplar aquel prodigio de belleza. Crecía el amor de entrambos igualmente (que con el trato ningún amor es niño), y estando los dos una noche riñendo⁶³ sobre cuál era quien amaba con más verdad (pendencia en que a ninguno le pesaba de ser vencido), le dijo Aurora con algunas muestras de sentimiento:

—Muchos días ha, Ricardo mío, que deseo saber una verdad, aunque por no ponerme a peligro de que me mate no te la pregunto; pero por no vivir con este sobresalto habré de atreverme a mi muerte. Y así, digo que me importa no menos que el honor y el gusto saber quién eres, para disponer de mí con alguna resolución, y de esta verdad no quiero más testigos que saberla de tu boca, porque te tengo en tal opinión que haciendo confianza de ti no me has de tratar engaños. Yo soy noble, y tanto, que nadie puede decir tiene mejor sangre, porque esta señora que sirvo, aunque lo es mía, no me aventaja en ella, pues de los favores que me hace habrás colegido que la desigualdad no es mucha. La causa por que estamos en este castillo no puedo decirte, aunque si me respondes como deseo podrá ser la sepas; y entretanto, te suplico por quién soy, por lo que me estimas y por lo que me debes, me satisfagas este deseo, que te prometo me tiene el alma con notable disgusto.

Obligado de los ruegos de Aurora quiso Ricardo decir claramente quién era, pero por ser creído más fácilmente la respondió que era único hijo del Almirante⁶⁴ de Polonia: caballero tan prin-

60.- BRU-1626: 'meurtas'

61.- BRU-1626: 'dizia'

62.- BRU-1626: 'entreteniando'

63.- BRU-1626: 'riñiendo'

64.- BRU-1626: 'Admirante'

cipal y tan amado del vulgo y de Eduardo, su dignísimo rey, que ocupaba el primer lugar en su amor y en el gobierno de aquella monarquía. No quedó descontenta Aurora, pues la diferencia no era tan grande que borrara las dulces esperanzas que en el alma había escrito. Solamente Ricardo estaba enojado con su propio pecho, por parecerle que engañarla fiándose dél tocaba en especie de traición; pero la disculpa está en el propio delito, porque valerse de un leve engaño para gozar lo que se desea es culpa muy fácil de consentir, y más en el siglo que ahora pasa.

Estaba Ricardo tan adelante en sus amores y tan favorecido de los divinos ojos de Aurora, que, con haber nacido con natural desconfianza, se persuadía a que ya le amaba. Y ¿qué mucho, si las muestras que en ella vía desta verdad traían consigo el crédito de que lo era? Comunicó Aurora con su amiga Celia estas cosas, y, en fin, se resolvió en decir a Ricardo la verdadera causa de su prisión, para que la sacase della llevándola donde estuviese segura del rigor de su fiero padre, aunque primero quiso dilatarle esta gloria algunos días para ver si se cansaba de esperar. No había menester Aurora hacer tantas pruebas de la voluntad de Ricardo, porque vivía tan satisfecho con sólo amarla, que apenas solicitaba otros deseos, aunque tal vez quisiera salir de donde estaba para gozar de más cerca su hermosura, si bien con ánimo siempre de guardar a su honor el justo respeto que merecía.

Y estando con este deseo sucedió que Aurora sintiéndose con poca salud, no pudo dejarse ver en cuatro días. Ricardo llevando mal aquella ausencia (grande para quien tanto amaba), se determinó de verla; y aunque pudiera ofender este atrevimiento a la palabra⁶⁵ que había dado, parece que con la ocasión podía disimularse. Y así, rompiendo una noche la cerradura llegó con tanto temor como silencio hasta la misma cama de Aurora, que por entonces se dejaba gozar del imperio de un breve sueño. Quedose Ricardo (y con razón) suspenso de ver la más perfecta hermosura que se debía al pincel de la Naturaleza, y dejando⁶⁶ la luz que traía sobre un bufete de plata, se puso a contemplar aquella muerta belleza y aquel vivo retrato de todo el cielo. Tenía el cabello suelto sobre los hombros, sin más prisión que una colonia verde; la mano derecha en la mejilla⁶⁷ y la izquierda sobre la cama. Ricardo, con una turbación de enamorado, tomó el cristal, y aun se dice que le llevó a los labios. Sintió Aurora (que un accidente la tenía inquieta), y con los ojos a medio abrir, como suele el Sol cuando va despertando el día, vio un hombre junto a su cama, y después de haber conocido que era Ricardo, encendida en una honesta vergüenza dio lugar a que, huyendo la nieve de las mejillas, se trocase el alabastro en claveles y púrpura. Preguntóle colérica que a qué venía. Respondió que a verla.⁶⁸

—Nunca entendí —replicó Aurora— me estimaras tan poco que antepusieras tu gusto a mis ruegos y tu curiosidad a mi opinión. Yo te advertí que nos importaba el honor y la vida el no salir de donde estabas, y no lo has hecho. ¡Mira lo que de ti puedo colegir! Dirás que el amor ha sido la causa, y engaña te tu presunción, porque, como sabes mejor, las finezas pueden ser con riesgo del galán, pero no con peligro de la dama. Esa osadía, Ricardo, o por mejor decir, esa libertad, guárdala para mujeres de menos prendas; que no con todas tiene disculpa el atrevimiento. Y ten por cierto que me siento tan ofendida en esta parte, que es más lo que me has enojado con tal acción que cuanto me pudieras obligar en toda tu vida. Vuélvete a tu cuarto; y no desconfíes de la libertad, si acaso tienes por prisión el verte tan encerrado, que mañana hablaré a mi señora para que con su licencia te vayas a donde quisieres; que un hombre tan colérico no es para pretensiones altas.

Quiso responder y disculparse Ricardo, pero no se lo consintió Aurora, advirtiéndole el peligro en que la ponía si le sintieran. Y así, le fue forzoso irse, tan triste de haberlo intentado que

65.— En la ed. de Giuliani se indica que las princeps lea 'atreuimianto', errata no declarada en la fe de erratas.

66.— BRU-1626: '...naturaleza, dexando.'

67.— BRU-1626: 'mexillia'

68.— BRU-1616: '...que auerla'

quisiera más haber perdido la vida. No estaba Aurora tan enojada como parecía; mas por dar a entender la majestad de su persona y acrisolar también el amor de Ricardo, la pareció discreto acuerdo no verle en algunos días.

En cuyo tiempo sucedió que, no pudiendo sufrir el vulgo la ausencia de Aurora (a quien amaba con extremo), empezó a murmurar del rigor de su padre, diciendo que de un hombre que atropellaba su misma sangre, ¿qué esperanza podían tener sus vasallos? Y seguía a esto que con voces, y aun con las armas en las manos, decían que les diese a su princesa. Puso miedo en el corazón de Dionisio la resolución del vulgo, y así, para quietarle y cumplir el gusto de sus vasallos, amigos y deudos, prometió a todos que en breve tiempo se la pondría delante de los ojos. De suerte que hubo menester salir aquella noche de secreto con Federico, privado suyo, y llegando donde estaba Aurora, después de haberse disculpado de su rigor y dicho la causa de su venida, mandó que al punto ella y las demás que la acompañaban se apercibiesen para la partida, porque importaba que estuviesen en Sicilia con brevedad.

Turbose Aurora, tanto que pudo hacerse sospechosa. Enmudeció Celia, y fue tan de repente la ejecución de su triste ausencia que aun no tuvo Aurora tiempo para llorar. Aunque Celia lo trazó de manera que pudiese hablar a Ricardo,⁶⁹ pero tan turbada y temerosa que apenas pudo ser entendida, porque con mal formadas razones le dijo:

—Ya, señor mío, ha llegado el tiempo en que podréis salir desta prisión y lograr el deseo que tenéis de ver a Sicilia, pues ha de ser fuerza dividirnos, aunque del amor que os tengo bien creo que os buscará en cualquiera parte. Un dueño que me dio mi fortuna más riguroso de lo que pedía el nombre, me obliga a que viva ausente de lo que más estimo. La ocasión es forzosa, y quien manda, poderoso, y así, perdonadme, y creed que no lo he podido escusar. Aquí vendrá un criado que os pondrá en Sicilia, aunque con menos brevedad de la que yo quisiera. Y porque me están mirando más testigos que solían, Dios os dé la vida que deseo.

Triste y confuso se halló Ricardo en esta ocasión: triste, porque las palabras de Celia paraban en decir que le perdía, y confuso, porque ignoraba la causa. No podía entender lo mismo que había escuchado: unas veces imaginaba que en castigo del pasado atrevimiento le notificaba la sentencia de que se fuese, y otras le parecía que ella era la que se ausentaba. Y lo que más le suspendió fue reparar en que también le dijo que un dueño que le había dado su fortuna menos piadoso de lo que pedía el nombre, la obligaba a que no le viese: cosa que siempre le había encubierto. Y dejando al tiempo (que es el espejo de los desengaños) la averiguación desta verdad, se pasó el siguiente día sin que Celia ni una criada que tenía cuenta de su regalo le visitase.

Llegó la noche, y haciendo señas desde el balcón le respondieron sus mismos ecos, y llegándose a escuchar a las puertas vio que todo estaba en silencio. Entonces Ricardo sospechó una de dos cosas: o que había sucedido algún extraño caso o que Celia ya no habitaba aquel palacio. Y después de vencer algunas dudas se resolvió a no dejarse morir, y abriendo la primera puerta con una daga llegó hasta el cuarto de su ausente dueño, y volviendo los ojos a todas partes, hallando solamente una soledad oscura pensó que habían resucitado los engaños y cautelas de Circe, y, en fin, creyó su muerte; pero como se preciaba de segundo Ulises, así en el valor como en la desdicha y el ingenio, sacó la espada y anduvo todo el castillo con ánimo de ver si podría librarse de sus encantamientos.

Entró en una sala (que a su parecer era la última): vio una pequeña luz, y más adelante cuatro hombres; y acercándose a ellos les dijo que le dejasen salir libre o se previniesen a su muerte, porque venía tan desesperado que le parecían sus vidas pocas para su cólera. Admirados de ver un hombre donde apenas podía entrar el sol (con ser el mayor lince del cielo), sacaron por cumplir con su oficio las temerosas espadas contra Ricardo, y fuera cierto que peligrara la vida de todos, si uno dellos no llegara con una alabarda y se la pusiera a los pechos. Alterose el valiente mance-

69.— BRU-1626: 'Ricordo.'

bo (que tiene disculpa el temor cuando los enemigos son tantos que pueden⁷⁰ ofender por todas partes); pero advirtiéndole también que si se rendía era ponerse a riesgo de que le prendiesen y por entonces le llevaran afrentosamente a Sicilia, quiso más aventurarse a su peligro que reservar la vida con muestras de cobarde. Y así, les notificó a todos procurasen matarle, porque de no hacerlo había de intentar que se trocase la suerte.

Palabras fueron éstas que turbaron a todos el alma (que el miedo aun para herir no tiene ánimo), y, en efeto, se convinieron no sólo en que se fuese, sino que uno dellos le acompañase hasta ponerle en lo más seguro del camino, por ser aquel pedazo de tierra tan cercado de montes y árboles que solía perderse quien más experimentaba⁷¹ sus asperezas.

Agradeciéndole Ricardo el beneficio (aunque más nacido de miedo que de voluntad), y despidiéndose dellos salió a la selva en compañía de uno que se preciaba de más alentado,⁷² y antes que se volviese le pidió con grandes encarecimientos dijese quién era el dueño de aquel castillo, y para obligarle más fácilmente le puso en las manos una sortija de lucidos diamantes. Apenas la recibió (aunque con muestras de no haber menester interés alguno para servirle) cuando⁷³ le confesó la verdad, diciendo que era una quinta donde solía Dionisio divertir el alma del cuidado que daban los negocios de todo un reino; aunque había mucho tiempo que no la frecuentaba, por estar en ella de secreto una hermosa hija que tenía, llamada Aurora, a quien la noche antes, movido de los importunos ruegos de sus vasallos, llevó a la Corte.

—Esa señora —dijo Ricardo— ¿no tenía en su compañía algunas damas que la sirviesen?

—Sí tenía —replicó el temeroso lisonjero—, aunque una solamente, que se llama Celia, merece su voluntad; y con razón, porque, fuera de ser tan singular su hermosura como su entendimiento, es hija del duque Arsindo: caballero que en Sicilia es de los más poderosos y principales.

Con esto se despidió Ricardo menos triste, y determinó llegar a la Corte encubierto para ver su querida y ausente Celia.

Dejemos en este monte a Ricardo en tanto que Aurora busca trazas para avisarle del repentino suceso; y escribiendo Celia en su nombre (como solía) un papel, dándosele a Liberio le mandó que fuese donde estaba Ricardo y, si fuera posible, le sacase sin que ninguno lo sintiese. No sucedió como Aurora y Celia deseaban, porque Federico, un caballero de quien el Rey se fiaba en cualquier negocio, había muchos días que amaba tiernamente a Celia, y ella le favorecía no sólo con los ojos y la voluntad, sino con la pluma, asegurándole por muchos papeles que solamente él había de ser dueño de su hermosura. No erraba Celia en esta elección, porque Federico era su igual en todo, y tenía tan de su parte la voluntad del Rey que nunca faltaba de su lado. Este amor era tan secreto que sola ella y el Cielo lo sabían.

Y preguntando acaso Federico a Liberio a dónde iba, no rehusó decirle que a un recaudo de Celia; y viéndole con un papel en las manos sospechó mal de su constancia, porque un hombre que había estado sin verla muchos días fácilmente podía presumir su agravio. Disfrazose lo más que pudo, y tomando un caballo le fue siguiendo. No pudo⁷⁴ colegir el fin de su camino, viendo que se enderezaba hacia el mar, y como le viese entrar en una barca de pescadores y que era ya de noche, metiendo su caballo pasó con ellos y Liberio a la otra parte (cosa que no les causó poca admiración). En llegando los dos al bosque le dijo Federico⁷⁵ que dejase allí cuanto llevaba. Liberio

70.- BRU-1626: 'puedan'

71.- MAD-1626: 'esperimentaba'

72.- BRU-1626: 'alantado'

73.- BRU-1626: 'quandn'

74.- BRU-1626: 'puedo'

75.- BRU-1626: 'Ricardo'. En la ed. de Giuliani se indica como errata no declarada en la fe de erratas de la princeps. La enmienda se introdujo en la de Madrid-1626.

pensando ser algún salteador, sacó unos escudos que le había dado Celia y se los puso a los pies, y luego empezó a desnudarse, para satisfacerle⁷⁶ de que no le quedaba otra cosa.

Vio Federico el papel, y prometiéndole la vida si le decía para quién era, le obligó de suerte que confesó el triste Liberio la verdad de cuanto sabía. Confirmó Federico su pensamiento, y dándole doblados los escudos guardó el billete y le mandó se volviese a Sicilia. Quedó Federico muerto y desengañado (que siempre viene lo uno con lo otro), y viendo que a pocos pasos estaba una cabaña de humildes pastores, dejando el caballo al pie de un árbol llegó lo más presto que pudo, y tomando una encendida tea que le sirvió de hacha, sacó el papel, rompió la nema y leyó lo siguiente:

Por muchas causas he sentido esta ausencia, y en particular por ser de modo que no pude⁷⁷ darte a entender lo que la sentía. La disculpa que tengo es la misma verdad, y que después sabrás más despacio, si vista ésta te vienes a la Corte y descubres a Su Majestad; que de su grandeza fio hará de ti la estimación que mereces. Y por que tardes menos en hacer lo que te suplico, no digo más de que soy tuya como siempre. Celia.

No puede la pluma encarecer el enojo, el sentimiento y la razón con que se quejaba el desengañado amante del mal trato de Celia y de la injusticia que usaba con su voluntad. Volvió a tomar su caballo con ánimo de llegar al castillo para hacer pedazos a quien era causa de sus celos; pero no se lo consistió un piadoso pastor, rogándole pasase el rigor de la noche en aquella choza, porque intentar otra cosa era un género de desesperación, por ser el camino demasiado áspero. Obedecióle Federico, aunque con poco gusto, y echándose en una olorosa cama de espadañas y heno, vio cerca de donde estaba un hombre dormido, que en su gallarda disposición daba señas de ser principal, y preguntando quién era, le respondió el pastor que habría cuatro horas que llegó a aquella cabaña, donde quiso quedarse para huir del rigor de la noche en su abrigo.

Despertó Ricardo (que él era quien dormía tan seguro teniendo a su lado su mayor enemigo, porque, cansado de caminar, tuvo a dicha hallar aquel pobre albergue⁷⁸ donde recogerse), y reparando en que no estaba solo, oyó que el que le acompañaba maldecía con lastimosas quejas su amor, sus celos y su fortuna. Confuso y atento le escuchaba Ricardo, y más lo estuvo cuando le oyó tratar de Celia, nombre que le alborotó el alma; y atendiendo con más cuidado oyó que, hablando con su mismo pecho, decía:

—¿Es posible, ingrata, que has tenido ánimo para malograr un amor de tantos años y de tantas penas? ¿Es posible que siendo principal no te libraste de liviana? Pues ¿cómo, Celia, es buen trato para quien profesa tanta nobleza dar palabras a uno y engañar a otro? ¿A un hombre que te ha querido con tanto recato pagas con tanta infamia? Pero ¿quién duda que por no dar celos a ese Ricardo, que llamas dueño tuyo, me pedías que no hiciese demostración⁷⁹ de mi voluntad? Pues ¡vive el Cielo que no me ha de ver la cara Sicilia sin que primero me pague los celos que he padecido por su ocasión! Yo le mataré, ingrata, por empezar a vengarme en lo que más quieres. Yo diré a voces tus liviandades: el mundo sabrá que ha seis años que te adoro, tan favorecido de tus pensamientos que no tomaste vez la pluma que no fuese para asegurarme que eras mía. Mentiste, villana, como mujer, pues me dejas por un extranjero que te engaña diciendo que es principal. ¿Qué me puedes negar, si este papel que le escribes está diciendo tus bajezas y mis desdichas?

Estaba Ricardo oyendo estas cosas tan fuera de sí que aún no creía que había despertado; y celoso de que un hombre blasonase de favorecido de Celia, para volver por su opinión y castigar

76.- BRU-1626: 'satisfazeele.'

77.- BRU-1626: 'puede.'

78.- En la ed. de Giuliani se indica que la princeps lee 'albegue', errata no incluida en la fe de erratas.

79.- BRU-1626: 'demonstracion.'

su loca arrogancia se puso en pie y le dijo que le había lastimado tanto escucharle⁸⁰ alguna parte de sus ansias, que casi le tenían con tanto cuidado como a él mismo; mas si viéndose con Ricardo le parecía que cesarían sus congojas, él había estado la tarde antes con un caballero del mismo nombre, y podría ser que lo hallasen en lo espeso de aquella selva.

—No seré yo tan venturoso⁸¹ —dijo Federico—, porque conozco mi poca fortuna en llegando a desear una cosa.

—Sí pienso que seréis —replicó Ricardo.

Y encendiendo un pedazo de olivo seco le rogó que le siguiese, prometiendo enseñarse antes de muchas horas. Salieron los dos con esta conformidad, y cuando ya estaban en lo más intrincado⁸² del bosque, arrió Ricardo la luz a un árbol, y sacando la espada airosamente, le dijo:

—Yo soy Ricardo: yo soy tu mayor enemigo. Yo quiero a Celia, y he de gozarla aunque lo estorbase el mismo rey de Sicilia; y pues dices que me buscas con tanto deseo, goza de la ocasión que te ofrece mi temeridad. Y si acaso te excusas de sacar la espada conmigo porque no me conoces, advierte que soy tan noble que se engaña quien imagina que puede aventajarme en calidad. Yo he servido a Celia, si no con tanto secreto, a lo menos con más amor. Si te ha querido y te olvida, quéjate de⁸³ tu fortuna, no de su facilidad. Y pues ese papel que gozas injustamente dices que le enviaba para mí, dámele, por que le junte con otros que tengo suyos, si no quieres que te le pida o quite de otra manera.

—No pienses —respondió Federico— que me alborotan el ánimo tus amenazas, así porque tengo hecho el corazón a mayores empresas como porque sé que antes de mucho te has de arrepentir de⁸⁴ loca osadía. Mas por que sepas la causa que me obliga a buscarte con tanta codicia y la razón que tengo para quejarme⁸⁵ de Celia, escucha sus traiciones, y después me confesarás que no es mucho hable en ella tan demasiado. Celia y yo ha muchos años que nos correspondemos con un amor honesto y recatado; pero como se ausentase de mí por ciertas causas, fui tan poco dichoso que en este tiempo te vio y te amó. Y si por amarte a ti se descuidara con mi voluntad no tuviera tanta queja; pero ha sido tan diferente que nunca me ha favorecido con tantos extremos. Y por que no pienses que son palabras de celoso, sino verdades de caballero,⁸⁶ mira si es mentirosa esta información.

Y sacando del pecho cantidad de cartas y papeles, se los arrojó a los pies. Leyó Ricardo algunos, y entre ellos el suyo y otro que aquel mismo día se había escrito para Federico. En gran rato no quitó los ojos de aquellas letras, pareciéndole que no era posible hubiese en el mundo mujer tan fácil y cautelosa. Y satisfecho de sus traiciones, juntó los falsos papeles de una y otra parte y los entregó al fuego, para que consumiese (si pudiera) tantos engaños. Y al punto Federico, con la espada en la mano, le dijo que para que conociese haber nacido con obligaciones de caballero se previniese a la defensa, pues no sería bien se dijese en Sicilia que habiendo tenido a su enemigo en el campo le dejase con vida.

—No será menester prevenirme —respondió Ricardo—, porque lo estoy desde que te saqué a este bosque.

Y acometiéndole fuertemente se empezó la batalla, sin conocerse ventaja de ninguna parte, si bien Federico andaba más fatigado, como menos diestro en el ejercicio de las armas. Y dejándose

80.- BRU-1626: 'escusarle.'

81.- BRU-1626: 'veturoso.'

82.- BRU-1626: 'intrincado.'

83.- BRU-1626: 'del.'

84.- BRU-1626: 'de essa.'

85.- BRU-1626: 'quexame.'

86.- BRU-1626: 'Cauaillero.'

atajar Ricardo, dio un compás de pies, y formando un revés y un tajo le alcanzó en la cabeza una peligrosa herida. No perdió Federico el valor por ver bañado el rostro en su noble sangre, antes encendido con el deseo de su venganza se metía por la espada tan ciego, que hubo menester Ricardo todo lo que sabía para que no le desbaratase.

El ruido de las espadas despertó el descuido de los pastores, que con silbos andaban recogiendo un copioso ejército de ganado, y llegando a tiempo que ya la falta de sangre en Federico le iba disminuyendo las fuerzas, no la cólera, acudieron todos a él, por verle más necesitado, y llevaronle a su cabaña, donde con yerbas saludables le curaron y regalaron.

Suspense quedó el valiente príncipe, tanto del mucho valor de Federico como de la fácil condición de Celia, y esperando⁸⁷ a que llegase el día con ánimo de embarcarse y volver a los ojos de sus vasallos, se acercó al mar, y discurriendo⁸⁸ sobre los varios sucesos de su fortuna, vio una nave que en su poca hermosura y mucha falta de jarcias y velas daba a entender que había padecido las iras del inconstante Neptuno. Reparó en las armas que traía, y conociendo que eran suyas llegó más cerca para satisfacerse de la verdad; pero durole poco esta duda, porque saltando en tierra Ladislao, hijo del almirante de Polonia, con los demás que le habían venido acompañando, le conoció; y ellos viéndole vivo, dieron gracias al Cielo por el favor que les había hecho. Contáronle cómo después de haberse⁸⁹ visto en aquella tempestad con la muerte a los ojos, quiso su fortuna que se quietase el mar, y llorando todos la ausencia de su príncipe, se determinaron a no volver sin él a Polonia, pues era posible haber salido del agua con vida.

Agradecioles Ricardo con favores y mercedes sus nobles intentos, y haciendo que se reparasen en aquella selva, se determinó a que entrasen encubiertos⁹⁰ en Sicilia, por no volver a Polonia con aquel deseo, y también por ver si le aficionaba la hermosura de Aurora, para vengarse de la mudable Celia. Con este intento llegó a la Corte, mas no pudo estar tan oculto que no viniese a noticia de Dionisio, que luego⁹¹ le fue a visitar, honrándole con tanto exceso que le faltaban a Ricardo palabras para dar a entender cuán agradecido le tenían tantos favores. Llevole Dionisio a ver a la Infanta, porque conoció que la principal causa de su venida era su hermosura.

Cuando Ricardo vio que hablaba con Celia y que todos la llamaban Aurora, se admiró de manera que quiso a voces quejarse de Dionisio porque le trataba con semejante engaño. Mas viendo que Ladislao (que había estado por embajador en Sicilia) le aseguraba de que era Aurora pensó perder el juicio, y sin tratar a Dionisio en cosa que tocase a aquella materia intentó volverse a Polonia, pues no era para esposa suya mujer que había tenido amor a otro.

Bien diferentes pensamientos tenía Aurora, porque viendo cuán de su parte estaba la Fortuna en que Ricardo fuese su igual en todo, contaba las horas buscando trazas para que se lograra⁹² su honesto deseo. Ya Celia sabía el disgusto que habían tenido Federico y el Príncipe, y estando Aurora quejándose dél porque no solicitaba lo que tenía tan deseado, la dijo Celia que la causa de estar tan tibio en su amor era el engaño de sus papeles. Y luego contó lo que había pasado, advirtiéndola que también era causa aquel engaño de perder ella a Federico, porque tenía los mismos celos, de suerte que a entrambas importaba se deshiciese la secreta cautela que había en aquella voluntad. Y disculpando Aurora la tibieza del Príncipe (nacida más de su honor que de su descuido),⁹³ llamó a Federico y le refirió todo el suceso, por que no sospechase cosa en desprecio

87.- BRU-1626; '...Celia, esperando'

88.- MAD-1626: 'descurriendo'

89.- BRU-1626: 'auese'

90.- BRU-1626: 'encubirtos'

91.- BRU-1626: 'luege'

92.- BRU-1626: 'llograrse'

93.- BRU-1626: 'decuído'

del honor de Celia, y le mandó fuese a ver de su parte a Ricardo y le diese a entender el engaño en que le tenían sus celos.

Obedeció Federico (libre ya de las pasadas sospechas), y habiendo besado la mano al Príncipe, le pidió perdón de haber sacado con él la espada, aunque sin conocerle. Entonces Ricardo le dijo que antes estaba inclinado a su valor y le quería tener por amigo.

—Yo pagaré a Vuestra⁹⁴ Alteza esa honra —respondió Federico— dándole unas nuevas que merecen albricias.

Y luego le contó la causa por que Aurora vivió retirada en aquel castillo, y cómo por imaginarle desigual a su grandeza disimuló su nombre, trocándole por el de Celia hasta informarse mejor de su calidad; y por no estar a peligro de que alguna persona conociese su letra hizo a Celia escribir de su mano. Y que la razón de ir él a buscar a Su Alteza a aquella selva era por haber muchos años que amaba a Celia (según podía colegir de sus palabras), y viendo la letra y firma suya había confirmado sus injustos celos en agravio de la honesta voluntad de Celia.

Admirado y contento le dejaron al Príncipe las palabras de Federico, y echándole al cuello los brazos en señal de su amor y del gusto que había recibido, le dijo que las nuevas eran tan conformes a su deseo que el tiempo solamente diría cómo las estimaba. Fuese luego a hablar a Dionisio en razón de su voluntad. El cual, por pagarle la fineza de haber dejado su patria y porque ninguno como Ricardo merecía tan dignamente a la Princesa, se la prometió. Y en tanto que escribían a Eduardo, padre del Príncipe, sobre los conciertos, tuvo lugar Ricardo de verla y murmurar del gracioso engaño con que había creído sus celos.

Hiciéronse las capitulaciones con las mayores fiestas que había visto Sicilia, celebrando juntamente los desposorios de Federico y Celia (que la firmeza de entrambos mereció tan dichoso fin). Y después de algunos días se embarcaron para Polonia acompañados de toda la grandeza de la Corte.

Recibiólos Eduardo con el gusto que se puede creer de un padre que, habiendo imaginado a su hijo perdido o muerto, le hallaba tan mejorado en todo. Y viéndose cargado de años, y que sus achaques no le consentían ser Atlante de tanto peso, trasladó la corona en la cabeza de su hijo. Y para que el gusto de tan grande amor estuviese más cumplido quiso el Cielo darle a los primeros años un hermoso nieto, viviendo siempre Ricardo y Aurora tan conformes y tan amantes, que siempre parecía que se acababan de casar.

FIN DE LA NOVELA PRIMERA

LA FUERZA DEL DESENGAÑO

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

DON FRAY PLÁCIDO DE TOSANTOS,
OBISPO DE ZAMORA, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD

NACIÓ conmigo, ilustrísimo señor, tan fuerte inclinación a los grandes ingenios, que desde el principio de mis estudios contemplaba por imágenes⁹⁵ y ideas los antiguos, que con tan altos escritos hicieron de sus libros templos a la inmortalidad de su nombre, como si los tuviera presentes. Ni esto es nuevo a nuestra naturaleza, pues entre los deseos vehementes que tuvieron algunos, de San Agustín⁹⁶ se escribe que deseaba haber visto al Dueño soberano de las divinas obras en el hábito mortal con que andaba en el mundo, a Roma cuando fue cabeza y a San Pablo predicando. Esto último, en imitación, vieron en V. Señoría muchos años los que en esta Corte tuvieron tanta dicha. Los pocos míos y las ausencias que della hice a la Universidad de Alcalá me privaron deste bien; pero no de los deseos, que juntos con mi inclinación me obligaron a amarle⁹⁷ y a tenerlos siempre de servirle, sin necesidad de más premio que mi propio amor (que el verdadero se paga de sí mismo, parecido en esto a la virtud, *divitiis animosa suis*; porque, en opinión de Quintiliano, menos ama quien por necesidad ama), consolado de que sirviendo a señor discreto, cuando en admitirme no pueda pagarme, por lo menos conocerá qué me debe. Y aunque debiera loar a V. S. por muchas causas de obligación y congruencia, con todo eso, la grandeza de sus virtudes, milagroso ingenio y copiosas letras en diversas facultades (de que han dado insigne testimonio tantas cátedras, púlpitos y disputas en España y en Italia, donde V. S. fue tan honrado y favorecido del Romano Pontífice) detiene mi humildad a imaginarlas, cuanto más a describirlas.

Esta excusa es para V. S., y para mí de haber escrito estas novelas será la comparación del Evangelista con la cuerda del arco a la ocupación continuada del entendimiento, y haber querido probar la pluma como los pintores los pinceles menos sutiles en las primeras líneas. V. S. con este advertimiento, reciba en su protección y servicio la segunda novela, cuyo título es *La fuerza del desengaño*, como suelen los grandes maestros los renglones de los temerosos discípulos: hallando en los rasgos alguna esperanza de mejor forma. Guarde Dios a V. S. muchos años.

Su criado,
el Licenciado Juan Pérez de Montalbán

95.- BRU-1626: 'imagines'

96.- BRU-1626: 'Augustin'

97.- BRU-1626: '...obligaron a marle'

NOVELA SEGUNDA

SEIS leguas de la Corte tiene su asiento la insigne villa de Alcalá, cuyo nombre quiere decir *castillo* (rico, por la abundancia de ingenios que la ilustran). Su nobleza es tan antigua que en tiempo de Leovegildo, rey de los godos, fue catedral,⁹⁸ siendo su primero obispo Asturio, a quien sucedieron Novelo y Venerio, según afirma el doctísimo padre Juan de Mariana en el libro cuarto de su *Historia*. El temple del cielo es de los mejores de Europa; sus edificios,⁹⁹ muchos y buenos, y la grandeza de las Escuelas como sabe el mundo. Obra, en fin, de aquel santo príncipe¹⁰⁰ de la Iglesia fray Francisco Jiménez de Cisneros, que a imitación de la de París fundó en ella esta tan célebre Universidad. Riégala Henares, tan apacible y caudaloso como celebrado de los poetas, corriendo entre una fresca y hermosa alameda guarnecida de árboles y flores.

Aquí vino a estudiar un caballero llamado Teodoro *el Galán* (con tanto extremo lo era). No quiso la Naturaleza deslucir su buen talle con algún defeto del alma; porque aunque muchas veces reparte en diversos sujetos las gracias y bienes de fortuna, haciendo al discreto, pobre; a la hermosa, necia; al ignorante, rico, y a la fea entendida, Teodoro tuvo alguna excepción en esta parte, gozando con una misma igualdad la riqueza, el valor, el ingenio y la cortesía. Y como el amor y los pocos años andan tan juntos, empleó el suyo en una dama principal llamada Narcisa, en quien tenía todo el lugar puestos los ojos, tanto por su nobleza como por su hermosura.

Servía también a Narcisa otro caballero de la misma villa cuyo nombre era Valerio, que aunque en la sangre pudiera tener más ventajas, con su mucha riqueza disimulaba esta falta. Sentía el padre de Narcisa que Valerio se atreviese a mirarla, sabiendo que todos conocían a sus abuelos; mas era tan liberal y tenía tan de su parte las criadas de Narcisa, que pensaba a costa de su hacienda no haber menester a su padre. No iba Valerio muy lejos de la verdad, porque el mejor medio para lograr cualquiera voluntad es tener dentro de una casa quien acredite y defienda el amor de un hombre.

Aunque esta costumbre o esta ley salió incierta, porque Narcisa aborrecía a Valerio y adoraba a Teodoro (que su gallardía la había rendido el alma); pero esto con tanto recato que ni Teodoro sabía su dicha ni Valerio alcanzaba a entender su mala fortuna; porque en las ocasiones donde suelen los ojos informar de las travesuras del pecho estaba más indiferente, teniendo siempre tan cubierto el rostro que eran pocos los que se podían alabar de haberla visto, y si alguna vez se descuidaba, era con tanta modestia que sin descomponerse mataba y favorecía.

Quisiera Teodoro darla a entender su mucho amor, y así, una tarde viéndola salir de su casa, se llegó a ella, y dejando con disimulación caer un lienzo a sus pies, le volvió a levantar, y besándole, la dijo:

—Mire vuestra merced¹⁰¹ que se le ha caído este lienzo.

Bien conoció Narcisa que no era suyo, pero la curiosidad y el amor la obligaron a que con una honesta cortesía le recibiese; y desenvolviéndole, halló que era rebozo de un papel, que en fe del amor de su dueño decía:

98.— BRU-1626: 'Catedral'

99.— BRU-1626: 'edeficios'

100.— BRU-1626: 'Pricipè'

101.— MAD-1626 y BRU-1626: 'v. m,' y probablemente así lee la princeps; pero aquí procede deshacer la abreviatura, como hizo Giuliani.

Siempre he oído decir que los amantes son atrevidos; y yo, con serlo tanto, sólo sé padecer los desdenes de vuestros ojos. Llamo desdenes, porque no permitís que los goce quien los adora. Y si lo¹⁰² hacéis por tenerme lástima sabiendo que han de abrasarme sus rayos, doy por recibida esa piedad; y en tanto que soy más dichoso sólo quiero sepáis que os adoro, y paséis los ojos por esos versos hijos de mi cuidado; y estad muy consolada de que los entenderéis sin consultar a nadie, que en este tiempo no es la menor fineza:

*Divina causa del desdén que lloro:
mi amor no os encarezco, ni pudiera;
que intentar resumirle contar fuera
del mar las conchas, y de Arabia el oro.
Sin ver la cara del favor, adoro
de vuestros soles la divina esfera,
y de una voluntad tan verdadera
no se puede agraviar vuestro decoro.
El pensamiento y el amor engaño
con la esperanza que les doy de veros,
aunque con ella mueren todo el año.
No os lastime el amor que he de teneros,
porque después, mi bien, de hacer el daño,
poco importa matarme ni esconderos.*

No había menester Teodoro ser tan bien entendido para agradar a Narcisa, porque ya le había entregado de todo punto el imperio de su albedrío. Pasaba lo más de la noche en su calle, sin que se lo estorbase el yelo ni el agua; pero ¿qué mucho, si ya Narcisa le acompañaba en una reja hasta que el aurora salía a estorbar sus honestos amores? Las músicas estaban en este tiempo más validas, y así, muchas noches despertaba los oídos de Narcisa la suavidad de varios instrumentos, aunque ya se han reducido los galanes a pretender por medios más seguros y de¹⁰³ menos ruido.

Mucho quisiera la hermosa dama que Teodoro descubriera a sus padres su amor, para que tuviese el suceso que entrambos deseaban, y así, le persuadió a que los hablase. Hízolo el caballero, pareciéndole que siendo su igual en todo tendría fin dichoso su confianza; pero no le sucedió como imaginaba, porque aunque Teodoro era noble, discreto y bienquisto, tenía opinión de travieso por haber sacado en algunas ocasiones la espada, si bien después que amaba a Narcisa vivía tan olvidado de sus travesuras que sólo trataba del aumento de sus estudios, con fin de obligarla y merecerla. Los padres de Narcisa temerosos de la condición y bríos de Teodoro, le dijeron que les perdonase, porque la tenían casada y era imposible dejar de cumplir lo que una vez habían prometido. Desesperado escuchó Teodoro esta respuesta,¹⁰⁴ y en llegando la noche fue a verse con Narcisa, y triste y enternecido la dijo:

—Mucho ha sido, bien mío, sabiendo que he de perderte, venir a tus ojos con vida. Hoy hablé a tus padres, y me respondieron que te habían casado, o que estaba empeñada su palabra; de suerte que con gusto suyo ha de ser imposible que puedas ser mía. ¡Mira tú cuál puede estar un hombre que te ha querido algunos años! Yo te pierdo, y si no te atreves a alguna temeridad es fuerza que te mires en otros brazos. Esto digo para que si me tienes algún amor lo remedies; porque si tú estás de parte de mi voluntad seré tu esposo aunque lo estorbe todo el mundo.

102.— BRU-1626: 'los.'

103.— BRU-1626: 'del'

104.— BRU-1626: 'repuesta.'

—Si se puede casar una mujer sin que ella lo sepa —respondió Narcisa—, posible será que yo lo esté; pero si ha de ser con gusto mío, bien puedes creer, Teodoro, que sólo tu amor ha de merecerme. Y cuando con mis padres no bastasen¹⁰⁵ ruegos y resistencias, te estimo de manera que intentaré cualquiera locura; pero mientras ellos no me hacen fuerza no será razón darles pesadumbre.

Y con esto se despidió Teodoro más asegurado de su temor. Tenía Narcisa un hermano algo atrevido, y viendo una noche a Teodoro junto a la puerta de su casa, pareciéndole que no cumplía con su obligación si no le echaba de la calle quiso reconocerle, y como Teodoro estaba tan ajeno de disgustar a Narcisa procuró con buenas palabras obligarle para que no porfiase en lo que intentaba; mas viendo que ni con ruegos ni cortesías podía reducirle se determinó a defenderse retirándose, así por no ofenderle como por escusarse de que le conociera. Pareciéndole a su contrario que el sacar tantos pies era falta de valor, le dijo, llamándole por su nombre, que le esperase, si acaso no tenía costumbre de huir en viéndose solo.

—No imagino —replicó Teodoro— que podrá decir ninguno que me ha visto cobarde. Y quien lo pensare se engaña, por no decirle que miente, pues si me he retirado de vos no es por haberos temido, sino por mirar en vuestro espejo a Narcisa, a quien amo tiernamente. Y pues ya me habéis conocido, para que tenga de aquí adelante mejor opinión con vos, ¡mirad quién es ahora el que se retira!

Y acometiéndole enojado y corrido, le dio una estocada por debajo de los pechos, de que estuvo algunos días en la cama, y Teodoro en un monasterio. El sentimiento de los padres de Narcisa viendo esta desdicha fue grande, y el de Teodoro sin comparación mayor, por el disgusto que tendría ella, pues de todo la habían de dar la culpa como causa de aquellos efetos.

En tanto que se hacían las amistades entre Teodoro y su enemigo (que ya estaba bueno) puso Valerio tanto cuidado en su amor que vino a concertar (ayudado del oro) con una criada de Narcisa le pusiese en su aposento, para gozar por ardid lo que no podía por méritos. Y estando una noche la descuidada doncella aguardando a Teodoro para arrojarle un papel en que le daba parte de la resolución que tenía, vio que de las cortinas de la cama salía un hombre, y aunque con el sobresalto quiso dar voces, sólo la reportó dudar si¹⁰⁶ sería Teodoro. Mas fue tanto el ruido de una perrilla, que despertó a su hermano, y subió con la espada desnuda a tiempo que Narcisa estaba averiguando quién era. Hallose Valerio confuso viendo que le habían sentido, y para que no le conociesen procuró volverse a la puerta por donde había entrado, y cubriendo con el broquel la cara se fue retirando hacia la escalera.¹⁰⁷ Alborotose toda la casa, levantose el viejo medio desnudo, y hallose Valerio tan turbado, que en lugar de salir a la calle, por huir de los que le seguían se metió en un patio de la misma casa.

Bajaron en su alcance padre y hijo, y hallando la puerta principal abierta tuvieron por sin duda que habría salido por ella, y dando vuelta a la primera calle vieron en ella un hombre solo, a quien sin otra información le empezaron a cuchillar,¹⁰⁸ y mucho más cuando conocieron que era Teodoro, que cansado de esperar a que Narcisa saliese como otras noches, se iba a recoger a su casa, y conociendo a los dos imaginó que sin duda por vengarse del pasado disgusto intentaban aquel desatino. Llegó a este tiempo la justicia de la Universidad, y sabiendo dellos mismos la causa, le llevaron a la cárcel y depositaron a Narcisa en casa de un deudo suyo. Ya Valerio, viendo su dicha en que no le buscasen, había salido y se hallaba presente a todo esto (que muchas veces sucede que el mismo que ha hecho un delito vuelve a informarse del suceso).

105.— BRU-1626: 'bastaisen.'

106.— BRU-1626: 'y.'

107.— BRU-1626: 'escaler.'

108.— Acuchillar. No es preciso enmendar 'a acuchillar', como en la ed. de L. Giuliani.

Reparó Teodoro en que el padre y hermano de Narcisa juraban haberle hallado con ella, y volviéndose a ellos les dijo que no era buen medio para no dársela valerse de aquel fingimiento, pues antes era hacer su negocio.

—No es eso lo que procuro —respondió el airado viejo—, sino castigar la maldad con que afrentáis mi casa, rompiendo las puertas y sobornando las infames criadas para engañar una doncella principal.

Perdía Teodoro el juicio con estas cosas, y lo que más le hacía desatinar era que Narcisa lo confirmase; porque viendo que él fue a quien hallaron su padre y hermano, le tuvo por autor de aquel hecho. Y Teodoro reparando más despacio¹⁰⁹ en que lo decían todos, vino a sospechar si algún amante, o por más favorecido o por más osado, había merecido aquella noche el favor de Narcisa. Ayudole a creer este pensamiento ver¹¹⁰ que los mismos que siempre habían impedido su amor solicitaban que se efetuase, porque no podía restaurarse el honor de Narcisa de otra manera. Y cuando todos sus deudos se conformaron en que fuese suya, respondió que no le estaba bien, porque si la causa era haberla hallado con un hombre que decían era él, y de sí sabía lo contrario, claro estaba que otro sería quien hubiese gozado aquella ocasión.

Supo Narcisa esta respuesta, y dio como loca voces, quejándose al Cielo de la sinrazón de Teodoro. Y después de harta de llorar, viendo perder junto con la opinión el gusto, se echó a los pies de su padre pidiéndole con lágrimas la quitase la vida en pena de haber puesto los ojos en un hombre tan ingrato. Asegurándole también de su inocencia en lo demás, por no haber sido parte en aquella liviandad ni poder decir con certeza quién era el traidor que se atrevió a su casa.

Sacole de confusión al padre de Narcisa un papel que le escribió Valerio confesándole la verdad y ofreciéndose por esclavo suyo. Y él, por que la virtud de su hija no anduviese¹¹¹ en opiniones, envió a llamar a Valerio y le casó con ella, sin decirle lo que había¹¹² sabido, por que no tuviese ocasión de disculpar a Teodoro. Y la afligida dama, por vengarse de su inconstancia, quiso ofrecerse a vivir muriendo, pues fue lo mismo dar la mano a un hombre que aborrecía.

Dejaron con esto de perseguir a Teodoro, y súpose luego la verdad del suceso, porque Valerio la publicó para que ninguno pensase mal de la honestidad de su esposa. Conoció Narcisa que no había tenido culpa Teodoro en negar lo que no había hecho, y Teodoro la disculpó a ella también, de¹¹³ suerte que los dos se lastimaban sin poderse remediar el uno al otro.

—¡Ay perdida prenda! —decía Teodoro—. ¿Quién duda que ya estimas tu esposo, por el nombre siquiera, y que te has olvidado deste triste, que te ha querido seis años en confianza de una palabra! ¡Ay Narcisa, Narcisa, qué presto te vengaste de la ofensa que no cometí! ¡Bien pudieras aguardar siquiera un día, para que en él te desengañaras de mi verdad y de la traición de¹¹⁴ Valerio!

No estaba la confusa dama menos llorosa, viéndose a todas horas con un hombre que la martirizaba el alma. Mucho tenía que sentir Teodoro, pero mucho más Narcisa; porque un hombre tal vez se divierte, y por lo menos tiene libertad y tiempo para llorar; pero a ella aun¹¹⁵ le faltaba este gusto, que una mujer, por no hacerse¹¹⁶ sospechosa con el enemigo¹¹⁷ que tiene al lado, consume entre sí misma sus ansias, y viene a estado que no sólo no las remedia, pero no tiene licencia para sentir las.

109.- BRU-1626: 'de espacio'

110.- MAD-1626: 'veer.'

111.- BRU-1626: 'anduuieso.'

112.- BRU-1626: 'auio.'

113.- BRU-1626: 'del.'

114.- BRU-1626: 'ce.'

115.- BRU-1626: 'vn.'

116.- BRU-1626: 'hozer se.'

117.- BRU-1626: 'ennemigo.'

Ausentarse quiso Teodoro de Narcisa para no sentir cada día el dolor de haberla perdido, aunque primero gustara de verla para despedirse¹¹⁸ de sus ojos y que supiese cómo iba (que toda el ansia de quien ama es dar a entender lo que padece); mas no era posible, porque Valerio vivía celoso, y a cualquiera parte que salía la acompañaba. En efeto, se determinó (tanto obliga un amor resuelto) a parecer lo que no era, y trocando las galas de estudiante por el hábito de dama estuvo aguardando una tarde a que se fuese Valerio, y entró en su misma casa preguntando por Narcisa, que bien ajena del engaño llevó a su amante hasta su cuarto y rogó que se descubriese, porque la tenía con cuidado.

—Con más estaré yo —respondió Teodoro—, pues os llevo a ver desta manera.

Y apenas le conoció, cuando cobarde, suspenso y turbado, empezó a temblar, diciendo:

—¡Ay señor mío, qué poco os debe mi honor y mi vida, pues lo aventuráis todo a tan conocido peligro! ¿Tan pocas os parecen mis penas, que me queréis dar nuevos¹¹⁹ temores y sobresaltos? ¡Basta, Teodoro!, que por vos ni tengo gusto ni vida, sin añadirme este forzoso miedo. Idos, señor, por vuestra vida, antes que Valerio venga y os sienta, pues veis que la ocasión es tan fuerte que no puede darme ninguna honra.

—No quiera el Cielo —replicó Teodoro— que quien te estima tanto sea causa de tu disgusto. Yo no he venido a darte pesadumbre, aunque me sobran tantas que pudiera repartir contigo: sólo quiero preguntarte cómo te va de gusto, porque si acaso estás consolada, no será razón que viva de manera que cause en todos mis enemigos, no sólo venganza, sino dolor. Mal hecho es que diga esto un hombre con lágrimas; pero también se hizo el sentimiento para ellos. Yo te perdí, Narcisa: debió de ser porque no te merezco, si bien es verdad que tu dueño sólo me aventaja en tener más dicha. Y supuesto que él te goza, no es mucho que yo me desespero, o procure apelar a tu piedad para que tengas lástima de mis años; porque si tratas de ser tirana conmigo, bien puedes tener por cierto que he de hacer cosas que escandalicen el mundo y vengan a parar en quitarme la vida.

En gran rato no pudo responderle Narcisa, porque un copioso llanto detuvo la voz en la garganta, y después le dijo que sus padres la pudieron casar, pero no quitarla el amor que por tantos años se había hecho natural en su pecho, y que aunque su virtud no la consentía darle otras esperanzas, estaba de suerte que, a tener ocasión, fuera posible que se olvidara de su honestidad.

Despidiose Teodoro más alentado con estos favores, y ella quedó combatida de pensamientos diferentes. Por una parte la movía el amor de Teodoro, y por otra el honor de su marido la refrenaba. Mucha era su virtud, pero también era grande su voluntad; y dejándolo todo en manos del tiempo, se resolvió a escribir a Teodoro, con ánimo solamente de divertir sus desdichas en tanto que la Fortuna remediaba su vida o prevenía su muerte.

Tuvo Teodoro en este tiempo cartas de que había muerto un deudo suyo y le dejaba una gruesa cantidad de hacienda, si bien le desazonó el gusto de la herencia ver que era forzoso llegarse a Talavera para cobrarla. Encareciole a Narcisa lo que había de sentir verse sin sus ojos; pero que la brevedad de la vuelta sería tanta que pareciese fineza lo que pudiera ser disgusto.

No bastó esto para que ella consintiese su ausencia, diciendo que en semejantes ocasiones, con enviar un poder a un amigo se escusaba la propia persona. Y así, para advertirle de su pesar escribió enojada y terrible:

Quien antes de gozar una mujer se precia de darla disgustos, no sé yo qué guarda para cuando haya conseguido su deseo. V. M. se va y me deja en un mar de temores: impiedad grande, siendo verdad que me tiene amor. De parte del que me debe le suplico escuse la jornada, y advertida que la fineza de volver presto no admito, porque no sé si ha de hallarme viva ni suya.

118.— BRU-1626: 'despedirse'

119.— BRU-1626: 'nuevas'

Disgustado leyó Teodoro el papel de Narcisa, viendo que no era posible obedecerle porque sus padres le estaban atormentando con cartas, y por acortar¹²⁰ el tiempo que pedía el camino y volver más presto a sus ojos, tomó una posta y en poco más de un día llegó a Talavera. No pudo negociar tan bien como había imaginado, porque la hacienda tenía pleitos que le impedían¹²¹ la posesión; mas por no irse con necesidad de volver otra vez se determinó a esperar hasta dejarlo concluido. Escribió Teodoro dos cartas a Narcisa dándole cuenta de lo que pasaba, mas tuvo tan poca suerte que ninguna llegó a sus manos. Grande fue el dolor de la hermosa dama cuando supo que no sólo dilataba su ausencia, sino que le faltaba tiempo para escribir dos letras.

Conoció Valerio el poco gusto con que Narcisa vivía; pero viendo que no se había casado con él por elección, sino por engaño, procuraba reducirla a su amor, ya que no por méritos, por servicios (que a todo esto se obliga un hombre que se casa con quien sabe que quiere a otro). Pero las galas y regalos con que la lisonjeaba eran tantos, que muchas veces estaba corrida de no amarle. Tardaba Teodoro y cansose de llorar Narcisa, pareciéndole locura afligirse por un hombre que en dos meses no le debía una carta: señal cierta de que se le había acabado el gusto. Sintió por entonces el desamor de Teodoro, procurando sacar del pecho aquellas memorias; y como para hacerlo tenía grande ocasión en la ausencia, dentro de pocos días se halló menos tierna, y acordándose de los pesares que le había costado su necio amor, decía la ya consolada Narcisa:

—Loca estaba sin duda, ¡oh ingrato Teodoro!, cuando pensé hacerte dueño de mi honor, pues no sólo me atrevía a la ofensa del Cielo y al agravio de mi esposo, sino al riesgo de mi vida y de mi opinión, pues si llegara a saberse, como a muchas ha sucedido, claro está que lo perdía todo; y cuando mi delito estuviera tan secreto que ninguno le imaginara, por lo menos para ti y para conmigo había de ser liviana, pues entraba en el número de las mujeres comunes. Esta vez perdóne Teodoro, que primero es mi honor que su gusto. Confieso que estuve tan ciega que no pensé¹²² atender a estos inconvenientes; mas, pues ha dado con su descuido tanta ocasión para que me desengañe, hago juramento al Cielo de procurar de aquí adelante mirar con otros ojos a Valerio, cuando no sea por ser¹²³ quien soy, por satisfacerle siquiera alguna parte de lo que me estima.

No se pudo decir por Narcisa *miente quien jura y ama*, porque cada día estaba tan diferente que apenas se acordaba de Teodoro. Pero ¿cuándo hizo otra cosa la ausencia y la mujer, y más teniendo siempre otro hombre a los ojos? En fin, Narcisa se dejó vencer de su virtud y empezó a querer a su marido con tanto extremo, que aun ella misma no podía creer su mudanza. Bien ajeno estaba Teodoro desta novedad, y acabando sus pleitos dejó a Talavera y se volvió a ver a su Narcisa. Supo luego que había venido Teodoro. ¿Quién pensara que no diera muy buenas albricias a quien le llevara estas nuevas? Pero estaba tan lejos deste cuidado, que no sólo no trató de hablarle ni escribirle; pero se escusó de salir de su casa por no verle. Preguntó Teodoro a algunas¹²⁴ personas que la trataban cómo la iba con su esposo. Respondieron todas una misma cosa, encareciendo el amor grande que le tenía, y que no había en todo el lugar dos casados más contentos.¹²⁵ Con estas cosas, y no dejarse ver Narcisa ni admitir recaudo suyo, se desengaño de que ya no tenía memoria de su amor, y celoso y desesperado, decía:

—Pues ¿cómo, mudable Narcisa, has podido olvidarme tan presto? ¿Qué yerba has tomado, si hay alguna¹²⁶ que cause aborrecimiento, para quitarme el lugar que pocos meses ha tenía en tu

120.- BRU-1626: 'acostar.'

121.- BRU-1626: 'impadian.'

122.- BRU-1626: 'pesè.'

123.- BRU-1626: 'se.'

124.- BRU-1626: 'algmnas'

125.- BRU-1626: 'cuntentos.'

126.- BRU-1626: 'algune.'

corazón? Si por defender tu recato fueras ingrata a mi voluntad quejárame de poco dichoso; mas ¡ay de mí, que me quejo de aborrecido!, pues del amor que ya tienes a tu esposo nace que desprecies el mío. Pudieras decirme para consolarme: *Teodoro: yo no soy mía; y aunque el amor que te tengo es mucho, mi virtud no me consiente que pase adelante en tus amores*. Dijérasme esto,¹²⁷ Narcisa, aunque me engañaras, y consolárame el ver que te perdía por honrada, pero no por mudable. Si has querido vengarte de mí porque me ausenté, ¿no te parece que bastaba para castigo saber que cada noche estás en otros brazos, sin darme a entender que te goza con gusto tuyo? Si yo te hubiera dado ocasión con celos o con agravios no me espantara, porque ya sé que la mujer y la venganza sólo se diferencian en el nombre; pero matarme sin ofenderte y aborrecerme sin enojarte no parece posible ni justo. Por cierto que es notable la condición de todas, pues si un hombre las acierta a servir se ensoberbecen y le desprecian, si no las corresponde se enojan, si se descuida le buscan, y si las busca se entibian; de manera que nunca están pagadas ni satisfechas. ¿Quién pensara que en un corazón tan piadoso como el de una mujer cupieran tantos géneros de rigores? Buen ejemplo tengo a los ojos, pues Narcisa, sólo porque la adoro me aborrece, porque la sigo se esconde, y porque la doy el alma me quita la vida.

Así se quejaba Teodoro mientras gozaba Narcisa los regalos de su querido Valerio, que viéndola con algunas sospechas de preñada trató de casarse, porque hasta entonces sólo estaban desposados. Y para que todos supiesen su dicha convidó sus deudos, y quiso fuese la boda en una ermita que está en las orillas de¹²⁸ Henares, que llaman Santa¹²⁹ María del Val, devoción y holgura de aquella villa. Salió Narcisa de encarnado y plata (colores que prometían su rigor y su castidad), adornada de botones y joyas de diamantes, y tan hermosa que convidaba a casarse: la cara, limpia y sin artificio; el cabello, parte aprisionado con sus mismas trenzas y parte dilatado en rizos. No quedó dama ni caballero que no reservase aquel día para el campo, y entre ellos Teodoro, que por verla quiso ser testigo de sus penas. Mirole Narcisa y enternecióse, no porque le amase como solía, sino por verle padecer por su causa. Cansóse Teodoro de mirar tan cerca sus celos (que iba muy hermosa para perdida), dejó el campo y fuese a llorar a un aposento, donde tomando una vihuela por ver si divertía el dolor que estaba tan fresco en el alma, cantó así:

Oíd, pastores de Henares:
 los que en aqueſtas riberas
 vestís a vuestra eſperanza
 con el color de las yerbas;
 los que apacentáis cuidados
 (ſi deſdichas ſe apacientan;
 que, como con ellas vivo,
 pienſo que es común hacienda).
 Crieme en aqueſtos valles,
 y conmigo la más bella
 zagala que ha viſto el Sol,
 pues nació para ſu afrenta.
 Quíſela bien por mi mal,
 porque adorar ſus eſtrellas
 fue mi eſtrela, o mi deſdicha,
 que en mí no ſe diferencian.

127.– BRU-1626: 'eſte.'

128.– BRU-1626: 'del'

129.– BRU-1626: 'S'

Mil veces mis tristes ojos
dieron de su fuego muestras,
y por ellos me vio el alma,
como son cristales della.

Mil noches, viendo que estaba
por ella el alma despierta,
dije: *No duerme el cuidado*¹³⁰
cuando su memoria vela.

Y tal vez imaginando
que gozaba su belleza,
desperté diciendo: ¡Ay ángel,
qué de cuidados me cuestras!

Mas poco duró este bien:
aquí, pastores, empieza
mi desdicha, y la mayor
es que no acabe con ella.

Vino un pastor cauteloso,
con más ventura que prendas,
necio en tener tanta dicha,
y cuerdo sólo en quererla.

Y cuando ya me adoraba
(que aunque parezca soberbia,
voluntad de tantos días
bien merecerlo pudiera),
la conquistó por engaños,
y sus padres atropellan¹³¹
más de mil glorias de amor
solamente con dos letras.

Salí de mi choza¹³² un día
con más celos que prudencia,
y fui a darla el parabién
(si se da de tener penas).

Representóseme el tiempo
en que, por gusto o por fuerza,
fui abeja de aquellas rosas
y toqué con labios perlas,
y acordeme de algún día
que con mil celosas quejas
la vi enojada y hermosa
(si hay enojos con belleza).

Matábame el sentimiento,
y así, en la ocasión primera
que sola la vi, la dije
ayudado de mis penas:

130.- BRU-1626: 'cuydodo.'

131.- BRU-1626: 'atropelan.'

132.- BRU-1626: 'chosa'

¿Cómo es posible, bien mío,
que te mire sin que muera,
pues perder lo que se adora,
sin morir es cosa nueva?
Poco te quiero, sin duda,
pues no basta la tristeza
para dejarme sin vida
viendo que sin ti me dejas.
¡Ay dulce y querido dueño,
quién un tiempo me dijera
que tú, que vida me diste,
causa de mi muerte seas!
Mas ya que a otro dueño estimas,
déjame sentir siquiera
que te quise bien seis años
y que en un hora te pierda.
Y plegue al Cielo, Narcisa,
que tan venturosa seas,
que en la dicha solamente
piensen todos que eres fea.
Goces tu esposo mil años,
y quíerate, amada prenda,
tanto como tú mereces
(si el amor a tanto llega).
Quiérasle como a tu vida,
que por que vivas contenta,
aunque a mí no me está bien,
me holgaré que me aborrezcas.
Más la quisiera decir,
si en su cielo no advirtiera
que era señal de llover
ver con nubes las estrellas.
Juntó con su rostro el mío,
y como Amor tomó fuerzas,
no cupo bien en dos almas
y salió por cuatro puertas.
Serenose,¹³³ al fin, el cielo,
y volvió a mirarme atenta,
y desta suerte me dijo,
enamorada y honesta:
No creas, querido dueño,
que nadie en el mundo pueda
quitarme, si tengo vida,
que tú mi vida no seas.
Bien sé que he de estar sin ti,
y que otro ha de ser por fuerza

133.– BRU-1626: 'serenoce'

*tirano de mi albedrío,
 pues me goza, aunque no quiera.
 Mas si el alma en mí es lo más,
 tuya soy, no soy ajena;
 pues él gozará del cuerpo,
 y tú con el alma quedas.*
 Dijo, y dando a los cristales
 por segunda vez licencia,
 llovió de su cielo aljófara
 sobre el campo de azucena.
 Mas ya de mi amor se olvida,
 y atrevida me desprecia;
 que tanto en ella pudieron
 un marido y una ausencia.
 Esta es mi historia, pastores,
 por que os sirva esta tragedia
 de ejemplo para no amar,
 pues me veis morir en ella.

Dijéronle a Teodoro que los amigos de Valerio trazaban una sortija con ánimo de celebrar sus bodas y de que las damas asistiesen a esta fiesta. Era mantenedor el hermano de Narcisa, que, enamorado de Clenarda, defendía que su hermosura era la mayor que habían merecido aquellas riberas. Quiso Teodoro ser uno de los aventureros, para descansar diciendo sus penas. Llegó la noche, o por mejor decir, no llegó, porque las damas y luces eran tantas que podían desmentirla. Presentose al son de varios instrumentos el mantenedor, de verde y oro, bordado el campo con tres letras que disfrazaban el nombre de Clenarda, plumas verdes, y atravesada una cadena de diamantes. Traía en la tarjeta un Sol cercado de estrellas, y por mote:

*Ninguna iguala sus rayos;
 que con ella la más bella
 no puede pasar de estrella.*

Siguió Florelo de naranjado y plata, menos arrogante y más galán en opinión de algunos. La pintura era una peña,¹³⁴ y en ella el ave fénix abrasándose en sus llamas. La letra decía:

Vivo como quien me mata.

Dudose de su significación al principio; pero luego conocieron que era Florelo amante de la hermosa Fénix, y así, quedó la letra sin dificultad y el dueño con crédito de ingenioso.

De azul y morado salió Celio, publicando en los colores el amor que le abrasaba el pecho y los celos que le daba Lisis. Traía pintada una luz combatida de un viento que la mataba y la volvía a encender, y debajo:

*Aunque el rigor de los celos
 a mi noble amor ofende,
 lo que le mata le enciende.*

134.- BRU-1626: 'peño.'

Con razón se llevó los ojos y las alabanzas el discreto Lisardo, galán de Belisa,¹³⁵ poco hermosa, pero de divino entendimiento. Venía de negro y plata con plumas de lo mismo,¹³⁶ y tantas, que formaban un monte de contrarias colores. Traía por empresa un cielo algo nublado y con pocas estrellas, con esta¹³⁷ letra:

*Más es lo que no se ve;
que quien su valor no ignora,
no el engaste, el alma adora.*

De cabellado¹³⁸ y rosaseca entró Menandro, tan firme como mal admitido de Amarilis. Traía por jeroglífico un corazón abierto y lleno de saetas, y por letra:

*Pluguiera¹³⁹ a Dios fueran más,
por que todas se juntaran
y más presto me acabarán.*

De pajizo y plata venía el desgraciado Arsindo, quejoso de Doriclea porque a los principios le había favorecido y después estaba arrepentida.¹⁴⁰ Traía pintado un Sol al amanecer junto a otro que se¹⁴¹ ponía, y esta letra más abajo:

*Con luz salí,
pero presto la perdí.*

Ninguno admiró tanto como el último, que presentándose con su padrino puso fin a la fiesta, tan airosa y galán que fue conocida la ventaja que a todos hacía. Venía de leonado y negro (colores de su tristeza), bordado el campo de lantejuelas de oro, y en la tarjeta traía pintada una peña en que estaban escritos los amores de Medoro y Angélica, y por letra:

*Otro Orlando verá el mundo,
pues perdiendo el bien que pierdo
fuera locura ser cuerdo.*

Todos le conocieron, porque cuando no se supiera su amor, por el talle y gallardía podía colegirse el dueño. Diéronle el primer premio, y besándole, se le puso en las manos a Narcisa y se fue, dejando en las damas lástima y en los caballeros envidia. Acabose la sortija con menos gusto que se esperaba, porque a Valerio enfadó la libertad de Teodoro, aunque bien seguro podía estar de su esposa, que era principal y le amaba: dos cosas que obligan a una mujer a conservar eternamente su honor.

Hallose en esta fiesta una dama a quien llamaban Lucrecia, cuyas costumbres no convenían con el nombre. Había muchos días que miraba a Teodoro con deseo de que fuese suyo, y viéndole

135.- BRU-1626: 'Bellisa'

136.- BRU-1626: 'mesmo'

137.- BRU-1626: 'este'

138.- BRU-1626: 'cabello'

139.- BRU-1626: 'Plugiera'

140.- BRU-1626: 'arrepintida'

141.- BRU-1626: 'le'

aquella noche tan galán y tan amante de Narcisa, la gala disculpó su liviandad, las alabanzas confirmaron su amor y los celos la abrasaron¹⁴² el alma. No estaba él para corresponder a su amor, porque Narcisa le tenía de manera que no reparaba en ajenos cuidados.

Supo de un amigo suyo que Valerio iba a Madrid por unos días a seguir un pleito forzoso, y resolvió a no perder ocasión tan segura. Fue la siguiente noche a su casa, donde, informado de que estaba sola Narcisa, llegó hasta su mismo estrado, y ella admirada, sin aguardar a que él pudiese decir que le había escuchado, dijo:

—Para ser tan discreto, señor Teodoro, conmigo lo habéis mostrado poco, porque no puede ser cortesía ni discreción entrar un hombre donde sabe que no han de recibirle bien. Direisme que no tenéis obligación a saberlo, y respondo que un hombre tan cuerdo, por la experiencia debía entender que es aborrecido; porque si yo os amara, creedme que no hubiera tenido paciencia para estar sin veros; que las mujeres con amor sabemos buscar a un hombre cuando queremos. Yo adoro a mi esposo porque lo merece, o porque le he comunicado más aunque en menos tiempo, y ya sabéis lo que hace el trato. Escusaos de hacer finezas y demasías, y no penséis deslucir mi opinión con locos atrevimientos por verme mujer y sola; que para que no os atreváis no me hallaréis¹⁴³ aquí mañana, pues gracias a Dios tengo padres que me libren con su amparo de vuestras libertades. Y cuando fuérades tan descortés que perdiérades el respeto a su casa, yo misma os quitara la vida, porque ya no la estimo tanto que me lastime della.

No merecía tan mal tratamiento la humildad y amor de Teodoro; que bien pueden las mujeres defender su honor sin hablar con desprecio de un hombre, y más habiéndole querido. Escuchola sin apartar¹⁴⁴ los ojos della, como quien se acordaba de haberla visto menos rigurosa, y luego la dijo:

—Dadme licencia, señora Narcisa, para que admire de vuestro enojo; que si lo queréis confesar ha sido sin causa, pues desde el triste día que me ausenté de vuestra presencia ni he vuelto a veros ni a cansaros, que ya debe de ser una misma cosa. Y tampoco¹⁴⁵ podéis culparme hasta ahora de poco cortés; que aunque las señales exteriores me han dicho lo poco que os debo, no es información verdadera, porque muchas mujeres, y más cuando pueden perder honor, dan a entender con las apariencias¹⁴⁶ lo que suele desmentir el pecho, que como es mudo y está en parte secreta, le entienden pocos. Pero ya que sé vuestro disgusto, de aquí adelante podréis tener queja de mí si os importunare. Sólo os quiero advertir que habéis elegido mal medio para libraros de mi porfía, porque lo que hacéis conmigo más es incitarme que reprimirme, conociendo mis temeridades y sabiendo que si he sido cuerdo algunos años lo debo, no a mi natural, sino a vuestro amor, pues él solo me ha tenido con freno, acordándome de algún día que me pedistes con lágrimas no os diese pesadumbre con mis travesuras. Y sabe Dios que desde entonces solamente con vuestro hermano saqué la espada, y ésa sin culpa mía; que un hombre honrado no ha de ser tan cuerdo que parezca cobarde. Por vos también no hice pedazos a vuestro esposo cuando supe el falso medio que tuvo para serlo. De suerte que mi fin ha sido siempre obedeceros. Y no me pesa tanto de que améis a Valerio como de que sea con tanta desestimación de mi persona, pues me habláis de modo que parece que toda mi vida no he tratado sino de ofenderos. Y pues no os debo sino pesares, creedme que os los he de dar, y tantos, que os acordéis de mí aunque me aborrezcáis.

Y sin aguardar respuesta se fue, imaginando el modo que tendría para matar a Valerio, porque de otra manera no podría¹⁴⁷ sosegarse ni vivir satisfecho. Volvió Teodoro a sus antiguas travesuras,

142.- BRU-1626: 'abracaron'

143.- BRU-1626: 'hallaires'

144.- BRU-1626: 'rpartar'

145.- BRU-1626: 'tan poco'

146.- BRU-1626: 'apariencias'

147.- BRU-1626: 'podía'

haciéndose temer aun de los mismos que le trataban. No tenía hora en todo el día que no emplease indignamente, y muchas con agravio de su honor.

Supo Lucrecia el fin de los amores de Narcisa, y luego imaginó suyo a Teodoro; y para obligarle a que la viese le escribió un papel, y recibéndole, vio que decía:

Una mujer ha muchos días que tiene deseo de hablaros para desplicarse de un hombre necio que la cansa, y como hasta ahora habéis sido de la señora Narcisa, no ha querido aventurarse a que la respondáis una sequedad. Hame pedido os avise de su voluntad, para saber si os sentís con gusto de pagársela. Lo que la obliga a quererlos no es vuestra hacienda, sino vuestra persona; que también hay mujeres que aman sin esos fines, aunque todas gustan que las regalen. No pienso que es tan fea que pueda desagradaros. Ella es mi amiga; mi nombre, Lucrecia; mi casa, imagino que la sabéis, aunque no os habéis querido servir della. Si os disponéis a querer esta dama, avisadme; y venid esta noche a verme, como sea después de las once.

Bien echó de ver Teodoro que Lucrecia era la dama y la tercera, porque en sus ojos había leído sus deseos. Prevínose con puntualidad y cuidado, porque Lucrecia era hermosa en extremo y no había en todo el lugar quien tuviese más partes para ser amada, si bien tenía tan poca constancia que el amor y el olvido eran en ella una misma cosa. Llegó a la calle Teodoro galán y airoso: calzones y jubón de tabí leonado, capa de paño, sombrero de color, ligas con oro, colete de ante, un broquel en la cinta y un estoque en la mano. Hallola más ocupada que imaginó, porque algún nuevo amante aficionado a su hermosura, aunque no a sus costumbres, estaba aguardando a que saliese para que cantasen ciertos músicos que traía. Detúvose Teodoro, salió Lucrecia, sosegáronse los que venían a guardar las esquinas, y los demás cantaron:

Lucrecia: al mundo asombre
 tu condición, pues estimando en poco
 el honor de tu nombre,
 el alma rindes a un amor tan loco
 que serlo no¹⁴⁸ ha podido,
 pues muere¹⁴⁹ casi sin haber nacido.
 Más liviana que amante,
 a diferentes gustos te enterneces,
 sin advertir constante
 que no es el querer bien para dos veces,
 pues basta la primera
 para que muera a quien amando espera.
 Tu belleza se ofende
 dese¹⁵⁰ común amor, sólo a ti ingrato,
 pues injusto pretende
 que se queje tu nombre de tu trato;
 y no es acreditarte
 preciarte de mujer en esa parte.
 Si algún amor honesto
 te aficiona tal vez por comedido,

148.- BRU-1626: 'ser no lo.'

149.- BRU-1626: 'muerte.'

150.- BRU-1626: 'de esse.'

te arrepientes tan presto
 que aun no tiene lugar de consentido,
 y muere en tu mudanza
 antes de ver la cara a la esperanza.
 De constante blasonas,
 o a lo menos el nombre lo asegura;
 mas si con él te abonas,
 a estelionato¹⁵¹ pasa tu locura,
 pues cautelosa vienes
 a vender la firmeza que no tienes.
 Dilatar el empleo
 a más de una inquietud, a más de un gusto,
 no es amor: es deseo,
 bien recibido, pero poco justo;
 y del tuyo se infiere
 que a nadie quiere, porque a todos quiere.

Pareciole a Teodoro que ya Lucrecia corría por cuenta suya y que los tales músicos la habían lisonjeado poco con los versos, pues olvidados de¹⁵² su hermosura solamente encarecían su mudanza. Y por esto, y porque si no los echaba de la calle era dificultoso entrar en su casa, dejó la capa, y puesto en medio de la calle (que era algo estrecha) les dijo que las músicas se introdujeron para cantar gracias de las damas, pero no para referir sus agravios, porque a ninguna se obliga con sátiras. Enfadáronse, no los músicos, sino los que venían en su defensa, de que un hombre solo se metiese a darles consejos, y sacando las espadas (que no lo hicieran si le hubieran conocido) quisieron ver si sabía reñir como aconsejar; pero supiéronlo presto, aunque con mengua suya, porque más de uno se dejó la espada por huir con menos embarazo y más disculpa. Desmayóse Lucrecia, volvió Teodoro a tomar su capa, y aun las demás, como despojos de la guerra. Bajó una criada a decirle cómo quedaba su señora. Subió Teodoro pesaroso de haber sido la causa, y después de volver en sí con un vidro de agua y con verle vivo, le dijo que si supiera lo que le estimaba la hubiera escusado aquella pesadumbre.

—Yo pienso —respondió Teodoro— que fue por estimaros, porque no fuera justo sufrir que a mis ojos os dijese afrentas, haciéndose tan señores de la calle que me impidiesen el paso para veros. Porque os aseguro, si acaso es vuestro este papel, que en mi vida me he tenido por tan dichoso, pues me venís a pedir en él lo mismo que yo deseaba.

—Sabe el Cielo —respondió Lucrecia— que sólo Narcisa me ha tenido envidiosa en mi vida, por merecer vuestro cuidado.

—Si yo os hubiera tratado —replicó Teodoro— pudiera ser que la hubiera querido menos; pero lo que ahora puedo hacer por serviros será no sentir el perderla.

—Pues por que sepáis —dijo Lucrecia— lo que os estimo, y que mis deseos no son de engañaros, oíd sólo un inconveniente que hay para que no se logre nuestro amor como quisiera. Yo tengo a un hombre, que vos conocéis y se llama Andronio, tantas obligaciones, que la menor es gastar conmigo cada año dos mil escudos. Bien quisiera, por ser en todo más vuestra, que no me viese, pero siéntome tan obligada que me parecerá bajeza grande pagarle con ingratitud. Él es hombre de más años que tenemos entre los dos, y por esta ocasión me visita pocas veces, y éstas con mucho recato. Si con esta pensión queréis ser mío, os prometo de hacerlos dueño de mi libertad, mi ha-

151.— Contrato fraudulento, por ocultar alguna servidumbre sobre el objeto del contrato.

152.— BRU-1626: 'ne'

cienda y mi persona. Y no os parezca liviandad amaros viéndome tan servida y adorada por otra parte, que ya es ley de las mujeres estimar menos a quien nos obliga más.

Agradecio Teodoro el favor que le hacía en desengañalle, para que con aquel aviso procediese en su amor de modo que no estorbase la correspondencia de su antiguo dueño. Y en esta conformidad le dio Lucrecia posesión de sus gracias, gozándose mientras su primero amante la dejaba libre. El cual viendo en Lucrecia menos gusto que otras veces, sospechó algún nuevo agravio. Confirmó este recelo ella misma, que dejándose un escritorio abierto dio ocasión a que la hallase versos y papeles de Teodoro. Ella se defendió diciendo que eran para una amiga suya que se los había dejado en depósito (que es ya razón de estado en las damas que siempre tengan la culpa sus amigas); y después de haberse despedido Andronio de Lucrecia (que por estar aguardando a Teodoro le había dado prisa a que se fuese) volvió celoso, y hallándola más acompañada que la había dejado, sin respetar a quien estaba delante, la dio algunos bofetones.

Viendo Teodoro que el agravio no era de Lucrecia, sino suyo, ciego de cólera sacó la espada y le atravesó con ella el pecho, y volviéndose a Lucrecia la dijo que tomase sus joyas, que él la pondría donde estuviere segura.

—Advertid —dijo el casi difunto Andronio— que esa diligencia será escusada si vos queréis hacerme un gusto, ya que me habéis quitado la vida.

—En ocasión estoy —respondió Teodoro— que puede hacerme falta el tiempo para librarme de la justicia; mas creedme que haré por serviros todo lo que estuviere en mi mano.

—Lo que quisiera suplicaros —replicó el herido— es que Lucrecia se esté en su casa y vos me llevéis a la mía, donde diré que dos o tres hombres que no conocí, por quitarme el dinero que llevaba o por tenerme por otro me dieron esta herida, y que si no fuera por vos, que llegastes en esta ocasión, fuera cierto que me acabaran de matar. Con esto haré muchas cosas: la primera, disculparos y perdonaros; la segunda, morir como cristiano, recibiendo los sacramentos, y la última, no escandalizar a los que me conocen y no me tienen por tan liviano. Esto os suplico por mis canas, por mi sangre, y aun por el amor de Lucrecia, pues es cierto que por este camino se libra de cualquiera molestia.

Con atención y con sobresalto le escuchó Teodoro, y creyó lo que le decía; que hay palabras que traen consigo el crédito. Y sacándole a la calle, le cogió en los brazos y le puso en su casa. Hizo la justicia las diligencias que suele, mas, según su confesión, no pudo averiguar el menor indicio de la verdad.

En este tiempo ya Teodoro se había cansado de Lucrecia, porque la memoria de Narcisa no le dejaba un punto, y por esta ocasión dio en despreciarla de suerte que huía de sus ojos; aunque ella, más amante mientras más aborrecida, viendo que por él había perdido su remedio (porque dentro de ocho días murió Andronio), se volvía loca, haciendo cuantas diligencias podía para volver a su gracia. Supo Teodoro que venía de Madrid su enemigo Valerio, y determinose a esperarle en el camino y darle la muerte para vengar de una vez sus celos, y con esta ocasión irse a Flandes huyendo de Narcisa, que le aborrecía,¹⁵³ y de Lucrecia, que le enfadaba. Pero el Cielo, que ya deseaba su desengaño, quiso darle a entender el fin que le prometían sus intentos; porque pasando una noche, a más de las diez, por la calle de Narcisa para despedirse de aquellas rejas (porque antes de dos horas pensaba ejecutar su sangrienta venganza en el descuidado Valerio, que ya venía por el camino), vio que de su propia casa salía una mujer, que por ser de gallarda presencia y a tal hora, le obligó a que se arrojase del caballo diciendo si quería que la fuese sirviendo. Pero ella, sin responderle, atravesó por diferentes calles hasta llegar al campo, con tanta prisa que apenas podía seguirla Teodoro, que, admirado de verla sola y en aquel desierto, dudaba la causa que la movía a tal estrañeza. Mas viendo que si se empeñaba en seguirla perdía la ocasión de quitar a su enemigo

153.— BRU-1626: 'aborecia'

la vida, pudo con él más su venganza que su curiosidad. Y llegándose más cerca se despidió della y la dijo que ya que no quería descubrirse, mirase si su amparo la podía ser de alguna importancia, porque le llamaba un cuidado a aquella hora.

—Bien se echa de ver, mudable Teodoro —respondió la encubierta dama—, que otros nuevos gustos te tienen divertido del mío, pues viéndome salir de mi casa no me has conocido. Narcisa soy, Teodoro. Narcisa soy; que sabiendo que gozas en agravio mío los infames brazos de Lucrecia he salido desesperada a quitarme la vida antes que venga mi injusto esposo; porque aunque te he dado a entender que te aborrezco, el Cielo sabe que ha sido por probarte.

Confirmó Teodoro en la voz, en el talle y en el vestido que era Narcisa, aunque por otra parte dudaba lo mismo que vía, por ser Narcisa mujer virtuosa. Mas como los celos suelen hacer cosas que sólo quien las llega a ver con los ojos puede creerlas, fácilmente se persuadió a que sería ella, y así, con más ánimo fue siguiendo¹⁵⁴ sus pasos, hasta que, llegando a una casería que ofendida de los rigores del tiempo apenas conservaba las paredes, vio que se entraba en ella y subía a un aposento que entre las demás ruinas había quedado con alguna forma. Llegó tras ella Teodoro, tan cansado que apenas podía hablar, y después de haber tomado aliento la dijo:

—¿De qué sirve, señora mía, si acaso sois la que decís, huir de quien os adora? Aunque sin duda lo debéis de hacer por que diga que siempre me ha sido dificultoso el alcanzaros. Teodoro soy; no amante de Lucrecia, que si vos gustáis, delante della diré que os he adorado toda mi vida y que estoy ahora más perdido. Mas ¿para qué me canso en deciros lo que vos habéis visto tantas veces?

Un gran rato estuvo Teodoro rogándola que hablase o se descubriese. Y viendo que ni hacía lo uno ni lo otro, se resolvió a que hiciesen los brazos lo que amores y ruegos no habían podido. Y apartándola, a su pesar, el manto de la cara, cuando esperaba hallar a su amada Narcisa vio que debajo dél estaba una triste y rigurosa imagen de la Muerte, que con su guadaña parecía que le amenazaba la vida. No aprovechó en esta ocasión el valeroso brío de Teodoro, porque viéndose abrazado de los helados huesos se dejó caer sin sentido en tierra por un gran rato. Y después de cobrar la sangre que había huido del animoso corazón se salió turbado, volviendo mil veces la cabeza hacia la casería pensando que venía tras él aquella espantosa sombra. Entró en el lugar, y pasando junto a una iglesia se puso en la puerta hincadas las rodillas para dar gracias al Cielo por haberle librado de tan grande peligro, prometiendo enmendar¹⁵⁵ de allí adelante su vida, porque, según lo que había visto, la tenía poco segura.

Y mientras estaba rezando oyó dentro de la iglesia un pequeño ruido, y a su parecer de personas que hablaban; pero como venía con tan gran sobresalto, pareciéndole que sin duda su temor hacía aquellos efetos, sin esperar otra cosa se fue a su casa. Y cuando ya estaba cerca della se puso a pensar si acaso (como era posible) fuesen ladrones los que estaban en la iglesia (que la codicia y necesidad aun no respetan las cosas sagradas), y por no quedar con escrúpulo de que por su cobardía perdiesen el respeto al culto divino, volvió, encomendándose a Dios. Y apenas tocó la puerta de la iglesia cuando se abrió sin dificultad, y sacando la espada se estuvo quedo, para ver si salía alguna persona, y viendo que todo estaba en silencio se admiró más, y entrando para desengañarse, llegó con gallardo brío hasta la capilla mayor y vio que no había más que su sombra y la luz de una lámpara.

Entonces creyó que se había engañado, porque si¹⁵⁶ fueran ladrones no se dejaran la plata, siendo el hurto más seguro y más ocasionado; pero volviendo los ojos a una capilla, vio que de una sepultura que estaba en ella salía un bulto¹⁵⁷ negro con una luz, y que más adelante estaba

154.- BRU-1626: 'siguiendo.'

155.- MAD-1626: 'emendar.'

156.- BRU-1626: 'se.'

157.- BRU-1626: 'buelto.'

un difunto arrimado a las rejas de la capilla. Turbose Teodoro, aunque no tanto que no le dejase valor para llegar con la espada desnuda y preguntar quién era o qué pedía. Mas luego le desengañó Lucrecia, diciéndole:

—¡Ay Teodoro mío, detén la espada y no mates a quien arriesga cada momento su vida por tu causa! Lucrecia soy: una mujer con poca dicha. No te admires de verme en parte donde solamente tienen lugar los huesos fríos, porque una mujer desesperada y aborrecida bien puede vivir entre los que no viven; que si hay alguna diferencia es de parte suya, pues estoy tal que los he mirado con envidia, y trocara de buena gana mi vida por su descanso. Mas si acaso te obliga a piedad haberte visto en mis brazos algunas veces y ser tú la ocasión de que yo me vea en tal estado, sácame deste oscuro¹⁵⁸ aposento, pues sin duda te ha enviado el Cielo para restituirme la vida; porque ya estaba de suerte que fuera milagro salir con ella.

Tan confuso se halló Teodoro de ver allí a Lucrecia, que casi no la pudo responder. Y pensando que había de sucederle con ella lo que con Narcisa dudaba de acercarse y favorecerla, pero venciendo la piedad al miedo la sacó en los brazos del hondo sepulcro. Apenas le desembarazó Lucrecia cuando el difunto, que estaba más adelante, ocupó su lugar. Fuerónse luego de la iglesia los dos, y ella le rogó la acompañase, si quería oír el extraño suceso de aquella noche. Siguiola Teodoro, y en llegando a su casa, por no tenerle confuso, turbada, suspensa y temerosa, dijo:

—Después, Teodoro, que supe declaradamente que me aborrecías, sentí de manera tus desprecios, que no me faltó sino desesperarme para confirmar de todo punto mi locura. Pero ¿qué no intentará una mujer que se vee¹⁵⁹ mal correspondida, pues lo menos suele ser quitar la vida, por sus manos o por las ajenas, a quien¹⁶⁰ es causa de sus desdichas? Mas este género de rigor nunca le pudieron consentir mis piadosas entrañas, queriendo más dejarme morir que aventurar tu vida por vengarme, aunque con ella me mates a pesadumbres. Yo hice cuanto me fue posible para reducirte a que volvieres a mi amistad; mas, viendo que ni bastaban halagos, ruegos, caricias ni servicios, me aconsejaron mis amigas que consultase a una mujer, tan discreta en los hechizos, que el amor y el olvido de un hombre parece que tenía en su mano, como si para amar o aborrecer hubiese otro mayor hechizo que la voluntad. Y como suele el enfermo apetecer cualquiera medicina por lo que tiene de posible, aunque en mi opinión era todo disparate quise probar a ver si la virtud de yerbas y palabras tenía fuerza para ablandar tu¹⁶¹ riguroso pecho, porque, en fin, mientras se aplica el remedio parece¹⁶² que se entretiene el dolor de la llaga.¹⁶³ Puse en manos de aquella mujer mi fortuna para que te hiciera más tratable. ¿Quién dijera que con veinte años y razonable cara hubiese menester valerme de otros hechizos? Y reparando en que cuantos remedios me ofrecía no eran para que me amaras, sino para que te perdiera, la respondí que no quería¹⁶⁴ nada si había de ser con pensión de tu salud: error de muchas mujeres, que con deseo de aficionar a un hombre le quitan la vida. Y ella viendo lo que yo volvía por la tuya, me respondió que el último remedio y el mejor que su ciencia alcanzaba no me le decía, por ser poco piadoso y muy difícil. *No lo puede ser tanto*, respondí yo, *que no le intente mi ciego amor*. Entonces me dijo ella que si quería que tú me adoraras buscase un hombre de valor que se atreviese a ir al sepulcro de mi muerto Andronio y le sacase el corazón, y dándote sus cenizas en vino fuera cierto que me habías de querer, porque

158.– MAD-1626: 'escuro.'

159.– BRU-1626: 'vè'

160.– BRU-1626: '...las agea quien'

161.– BRU-1626: 'de tu'

162.– BRU-1626: 'porece.'

163.– BRU-1626: 'llega'

164.– BRU-1626: 'quiera'

se había hecho algunas veces esta experiencia.¹⁶⁵ *Ahora creo, repliqué yo, que para que no se conozca la ignorancia de todas las que tratáis de semejantes engaños buscáis remedios que, siendo imposibles y no pudiendo ponerse en ejecución, se está siempre por averiguar vuestra mentira.* Despidiose la cautelosa Medea, y yo quedé con menos esperanza. Pero como la voluntad, cuando se cría verdaderamente en un alma hace fácil cualquier imposible, yo, que te amaba con más afecto que la valerosa Pantea, de quien dicen que viendo a su esposo atravesado con una lanza se pasó ella también el pecho, intenté, por quererte, el mayor rigor que ha usado mujer en el mundo; porque sin reparar en nada me determiné a buscar quien ejecutase aquella temeridad. Y pareciéndome que ningún hombre sería tan infame y atrevido que emplease el acero en un cuerpo sin alma, me resolví a ejecutarlo yo misma. Y con este intento me dejé conquistar de un hombre que tiene a su cuenta¹⁶⁶ el cuidado de aquella iglesia, que por lograr su lascivo deseo me dio lugar para que esta noche entrase en la capilla que viste, donde me ayudó a buscar, entre otros cuerpos, el de mi difunto¹⁶⁷ amante. Pero apenas le vio medio gastado de la tierra, cuando cobarde y arrepentido me dejó sola. Y cuando fui a poner esta daga al helado cadáver, vi que se ponía en pie y, como huyendo de mi impiedad, se salía de la sepultura, diciéndome con voz espantosa: *¿Es posible, ingrata, que aun aquí no me perdonas el corazón?* Y entonces fue cuando tú llegaste a darme la vida, porque sin duda la perdiera a manos de mi delito y de mi temor. Esto es, Teodoro, lo que me ha pasado. ¡Mira si tengo bastante causa para llorar toda mi vida! Aunque, si te digo verdad, ya que este caso no ha producido amor en ti, como imaginaba, por lo menos me ha quitado el que te¹⁶⁸ tenía; porque me parece que mientras viviere tendré presente la imagen de Andronio¹⁶⁹ cuando se levantó huyendo de mis crueles manos.

Apenas creía Teodoro la temeridad de Lucrecia, aunque la escuchaba de su boca. Fuese a su casa con tan profunda tristeza, que sin salir de un aposento estuvo muchos días discurriendo sobre las cosas que le habían pasado.

—¿Quién duda —decía el afligido Teodoro— que mi muerte no debe de estar muy lejos, pues me la representa el Cielo por tantos caminos? ¿De qué me han aprovechado tantas locuras y desatinos, si, en fin, Valerio goza de Narcisa y yo he de vivir, aunque me pese, sin su hermosa? Y cuando Narcisa me amara, ¿cómo puedo tener confianza en su voluntad viendo en Lucrecia un desengaño tan claro? Andronio la gozó, y, como ella confiesa, la dio su hacienda y se vio tres años en sus brazos, y, en efeto, ella fue quien no solamente no le lloró, sino que por gozar de otro amor se determinó a sacarle el corazón, que más de una vez llamó suyo. Pues ¿por qué he de ser yo tan bárbaro que ame a ninguna mujer, aunque sea Narcisa y me quiera tanto como Lucrecia, si en muriendo yo puede hacer conmigo lo mismo que con Andronio? El Cielo, sin duda, ha tomado estas cosas para remedio de mi perdición, y quiere que me sirvan de desengaño para que escarmiente y de amenaza para que me guarde. Ya conozco, aunque tarde, lo que es el mundo, pues dél no he sacado sino arrepentimiento. Mi patrimonio se va acabando junto con mi salud, y lo peor es que el alma tiene mucho peligro. El fin que me aguarda, si no tengo con más rienda mis costumbres, ya el Cielo me le ha dicho, si le quiero entender; porque la vida que traigo no me promete sino un lastimoso suceso. Y así, me parece más justo agradecer al Cielo lo mucho que me ha sufrido, pues a otros los deja despeñar en la primera culpa, y con ser las mías tantas, me da lugar para que me levante y las lllore.

De esta manera se aconsejaba Teodoro, y pudo tanto con él la fuerza de aquel desengaño, que se confesó generalmente y luego se fue a un convento de frailes Descalzos que está fuera de los

165.- BRU-1626: 'experiencia'

166.- BRU-1626: 'cunta'

167.- BRU-1626: 'defunto'

168.- BRU-1626: '...el que'

169.- BRU-1626: 'Andronio'

muros¹⁷⁰ de Alcalá, y allí pidió con lágrimas y recibió sin ellas el hábito del glorioso padre San¹⁷¹ Francisco, siendo después¹⁷² uno de los más perfectos religiosos que había en toda la casa. Narcisa dio muchas gracias a Dios de verle en tan seguro estado; que como le había querido bien se lastimaba de que viviese tan distraído.¹⁷³

De Lucrecia se tiene por cierto que, por imitar en todo a Teodoro, asombrada del pasado suceso y desengañada de su triste vida vendió joyas y galas, ofreciendo su belleza a una eterna clausura, donde vivió con tanto temor como si en Dios no hubiera misericordia, y murió tan confiada en su piedad como si en Él no hubiera justicia.

FIN DE LA SEGUNDA NOVELA

170.- BRU-1626: 'mueros'

171.- BRU-1626: 'S'

172.- BRU-1626: 'despue'

173.- BRU-1626: 'destraydo'

EL ENVIDIOSO CASTIGADO

AL SEÑOR

PEDRO DE TAPIA,
DEL REAL CONSEJO DE SU MAJESTAD Y DE LA
SANTA Y GENERAL INQUISICIÓN

DE tres cosas daba gracias a los dioses Tales Milesio: la primera, porque le hicieron hombre y no bruto; la segunda, varón y no hembra, y la última, griego y no bárbaro. Yo para mí añadiera otra, que es no haber nacido ingrato a los beneficios recibidos, cosa que infama tanto la naturaleza. Agesilao perseguía¹⁷⁴ y castigaba a los desagradecidos como a delincuentes, porque decía que vivían de sobra en el mundo. Pero en esta parte ni puedo temer su rigor ni quejarme de la Naturaleza, pues me dio entendimiento bastante a conocer lo mucho que a V. M. y a su casa debo, por beneficios que vivirán eternamente en mi memoria. Esta novela, que llamo *El envidioso castigado*, sale a luz en confianza del amparo de V. M. El título dice lo que trata, pues donde hay envidia es necesaria virtud de quien proceda como de causa; porque, aunque enemigas, andan juntas. Dígalo Cicerón: *Virtutis comes invidia, plerumque bonos insectatur*. Desapacible llamó Demetrio a este monstruo, aun consigo mismo: *Invidus se ipsum tanquam hostem offendit*. La razón es porque siempre anda acechando¹⁷⁵ los bienes ajenos para llorarlos. A este propósito refiere Macrobio en el segundo de sus *Saturnales*, que como Publio (poeta muy valido de Julio César, que entonces lo eran) viese a un hombre que tenía opinión de envidioso, muy triste, dijo¹⁷⁶ con agudeza: *Aut Mutio nescio quid mali accessit, aut nescio cui aliquid boni*. El envidiado y aborrecido en esta novela es Carlos, mancebo virtuoso y con todas las prendas que pide su calidad (que, sin duda, por eso lo debe de ser), aunque al fin se viene a cansar su fortuna de perseguirle y le premia conforme a sus méritos; que la virtud, aunque arrinconada, es como el Sol, que por más que se le opongan eclipses siempre se queda con los mismos rayos. Y no piense V. M. que mi intento es querer salir de deudor con este pequeño servicio; que bien conozco que están desiguales las balanzas. Lo que pretendo es que sirva de ensayo a mayores elogios; que aunque al ingenio desmayen las pocas fuerzas, la materia es tan fértil que me hará discreto. A V. M. guarde¹⁷⁷ Dios.

Su aficionado,
el Licenciado Juan Pérez de Montalbán

174.- BRU-1626: 'presegua'

175.- MAD-1626: 'asechando'

176.- BRU-1626: 'dexo'

177.- BRU-1626: 'garde'

NOVELA TERCERA

EN Sevilla, ciudad ilustre, parte principal de la Colonia romana y digna cabeza de toda la Andalucía, nació Carlos, hijo segundo del conde Horacio, y por sus costumbres tan querido, que cuantos le conocían¹⁷⁸ se lastimaban de que no fuese el principal heredero en el estado de su padre. Era agradable en la condición,¹⁷⁹ bizarro en el talle (si bien moderado en las galas, como segundo), y, sobre todo, de lucido y claro entendimiento: fuerte prueba de su corta fortuna. Tenía un hermano cuyo nombre era Alfredo, de más edad aunque inferior a sus virtudes, el cual gozaba por muerte de su padre el honroso título y poderosa hacienda que le libró el Cielo en la antigüedad de sólo un año. Era envidioso (que siendo bien nacido no parece posible), era soberbio y áspero, y trataba a Carlos con un imperio tan desabrido, que más parecía enemigo que hermano. Pero disculpado estaba Alfredo siendo envidioso, que nunca la envidia se preció de mejores entrañas.

¡Oh rigurosa enfermedad! Vicio general eres; todo lo andas, pues no sólo visitas cortes, palacios, universidades y aun religiones, sino que vives entre los que tuvieron ser de una misma sangre. Pero si Alfredo es poderoso, respetado y temido, ¿cómo tiene envidia de un hombre tan abatido, que apenas en su casa hay diferencia dél a un criado? Mas a eso responde Orígenes: que el envidioso a todos aborrece: a los menores, por que no le igualen; a los iguales, por que no le excedan, y a los mayores por que no le sujeten, aunque entren de por medio los amigos y los hermanos. Hermanos eran los hijos de Jacob, y por la envidia de aquel verdadero sueño fue Joseph tan tiranamente perseguido. Hermanos eran Rómulo y Remo, tan juntos en el nacimiento que tuvieron una cuna en el Tíber y una cama en el campo, y por quedarse Rómulo solo en el imperio dio licencia al homicidio de su hermano. Hermanos eran el poderoso rey de los tártaros y Mitrídates, rey de Babilonia, y por dilatar¹⁸⁰ Mitrídates su poder y su reino mandó degollar en la plaza pública a su propio hermano. Porque en presidiendo este soberbio monstruo, ni la hacienda ni la honra ni la vida se pueden prometer seguridad alguna.

Deseaba Carlos emplearse honestamente en alguna dama que con su dote le sacase del cautiverio miserable de su hermano. Con este intento puso los ojos en una señora llamada Estela, hija de un caballero de los más nobles de la ciudad y de mayor riqueza, porque había estado en las Indias y sabía guardarla mejor que todos. Era Estela dos veces hermosa, porque era hermosa y rica. Carlos continuó este pensamiento sin consultarle más que con su mismo deseo; que es la pobreza encogida y no suele atreverse a decir lo que siente. A los principios obligole a Carlos el dote de Estela, pero ya más le movía su hermosura. No tenía lugar de decirle su amor, aunque lo deseaba; que como las criadas son las que pudieran facilitarlo, y éstas sólo sirven a quien se lo agradece, por no ponerse a peligro de parecer ingrato o miserable procuraba encubrir con la lengua lo que decía con los ojos.

De día miraba sus paredes con recato, y de noche era cuidadosa centinela¹⁸¹ de su calle; pero advirtiéndole que era echar a perder tantas finezas obligar a quien apenas le miraba porque aún no sabía que la quería,¹⁸² se resolvió a tratar con su hermano esta imaginación, para que estando de por medio su autoridad se lograra más presto, pues, aunque conocía su mal afecto, le pareció que por

178.- BRU-1626: 'conecian.'

179.- BRU-1626: 'condition.'

180.- BRU-1626: 'dilitar.'

181.- BRU-1626: 'sentinela.'

182.- BRU-1626: 'quiera.'

echarle de sí y verse libre de que le cansase había de favorecerle. Y así, le encareció las penas que le costaba Estela, y que para merecer su hermosura se quería valer de honor que a su sombra tenía.

Reparó Alfredo en la discreta elección de Carlos, y aunque por entonces prometió hacerlo, considerando después las partes de Estela, tuvo por más acertado procurar para sí esta dicha; porque como la envidia le tenía tan de su parte, no fue menester para apetecer a Estela más ocasión que haberla deseado Carlos. Y advirtiéndole que si pobre, humilde y desdichado le tenía envidioso, en viéndole rico, contento y sin haberle menester era forzoso darle más pesadumbre,¹⁸³ se determinó a ser su mayor enemigo. Empezó a visitar al padre de Estela, a quien dijo el intento que le traía, y el viejo viendo lo mucho que interesaba, habló a su hija, y ella le escuchó no de mala gana; que era mujer y deseaba casarse. Vio Carlos a su hermano en casa de Estela y tuvo por buen seguro su buen suceso, entendiendo que iría a tratar lo que con tantos ruegos le había suplicado; porque un hombre que no sabe hacer traiciones aun no se atreve a presumir que las hagan otros.

No faltó quien le dijo a Estela el amor de Carlos, y conociendo que era declarada voluntad se enfadó de su atrevimiento, pareciéndola mucha osadía que sabiendo el amor de Alfredo se opusiese a su gusto tan neciamente. Desta manera proseguían los dos hermanos en su amor, aunque con diferente ventura, porque Carlos amaba engañado de Alfredo, y Alfredo, favorecido de Estela. Y viendo Carlos los desprecios tan a los ojos se resolvió a hablarla y¹⁸⁴ saber della misma, como de original más verdadero, la causa de tratarle tan ásperamente.

Llegó la noche (que no fue poco, por desearla Carlos), y esperando a que el sueño sosegase la inquietud de algún vecino más curioso que cuerdo, se fue a la calle de Estela, que estaba en un balcón esperando a Alfredo para hablarle sin más testigos que el mudo silencio de la noche; porque viendo que aspiraba determinadamente a ser su esposo quería primero examinar su entendimiento y hablarle de más cerca, para saber si el ingenio y el talle hacían una consonancia; porque si era necio no quería aventurarse a vivir descontenta toda la vida.

Atribuyó Carlos a novedad de su fortuna hallarse en una ocasión tan deseada, y así, se acercó a Estela; y ella pensando que el que tenía delante era el Conde (porque la tarde antes habían concertado verse a aquella misma hora), le llamó con más amor que Carlos esperaba, y después de haberle encarecido el deseo que tenía de hablarle le fue dando ocasiones en que pudiese lucir su entendimiento, y Carlos respondió tan enamorado y cuerdo, que Estela agradeció al Cielo su buena suerte, pues le daba esposo que no pudiera la imaginación pintarle más a su propósito. Favorecíanse el uno al otro discretamente, aunque con engaño; y viendo Estela que Alfredo, y no otro en el mundo, había de ser dueño de su belleza, le dijo:

—Por cierto, Alfredo, que me has hecho una gran lisonja en venir tan solo para poderte hablar en muchas cosas que me dan pesadumbre. Bien quisiera escusarte un forzoso disgusto; pero como es traición en la voluntad guardar secreto, no he querido hacerme culpada en lo que es forzoso que después entiendas.

Confuso escuchaba Carlos tan extraño suceso, y viendo que Estela le desconocía tanto que le tenía por Alfredo, disimuló cuanto pudo y volvió a escuchar a su enemiga, que prosiguió diciendo:

—Has de saber, pues, que tu hermano, ese Carlos que en opinión de muchos que no le tratan es tenido por discreto y aun por virtuoso, ha sido tan descortés con mi honestidad y tan villano con tu amor, que después de haber puesto los pensamientos en el mío, sin mirar que he nacido para ser tuya solicita con tales porfías mi recato que a todas horas le tienen por tan compañero estas paredes que aun te estoy hablando temerosa de que nos escuche. Yo quisiera callarte este desatino, pero parece que ha sido más acierto avisarte dél, para que si acaso alcanzares después a entenderle, adviertas que no es delito de mis ojos, sino de su poca prudencia.

183.- BRU-1626: 'pesadumbre.'

184.- BRU-1626: 'de.'

Mucha fue la que tuvo Carlos, pues no dio voces escuchando semejante desdicha. Por una parte se vía aborrecido de quien adoraba, y por otra agraviado de quien era imposible vengarse. Mucho sentía el rigor y desdenes de Estela y la declarada fortuna que le perseguía; pero lo que más le atormentaba era el tener un hermano de tan villanas costumbres, que habiéndole pedido con humildades y lágrimas le favoreciese para gozar el premio de su cuidado, no sólo no lo había hecho, sino que con envidia infame quería coger el fruto que tantos días habían cultivado sus esperanzas.

Ya Carlos iba a responder a Estela, si no se lo estorbara un hombre que se le puso delante diciendo que aquel lugar tenía dueño y que se sirviera de no ocuparle. Sintió Estela, pensando que el que venía era Carlos y que si paraba en las espadas aquel disgusto sería posible que peligrase Alfredo. Entonces Carlos (que casi agradeció al Cielo la presente ocasión para vengarse del nuevo pesar que había recibido), sin reparar en que el hombre que tenía delante era su propio hermano (y si lo reparó, por vengarse de su tiranía), le respondió con la espada tan colérico, que a no retirarse Alfredo pudiera ser no salir con vida de la calle; pero oyendo el ruido algunos de los criados que traía, y conociendo a Carlos, le advirtieron de la locura que intentaba.

Fuéronse todos, sin que se hablase el uno al otro ni se diesen satisfacción alguna, porque Alfredo era soberbio y poderoso y no la quería dar ni podía, y Carlos estaba tan desengañado que no la había menester. Cuidadosa quedó la engañada Estela, aunque contenta de haber visto a su dueño tan animoso que competía su corazón con su entendimiento, pues había echado de la calle a Carlos; de manera que siendo él el dueño de aquella gallardía,¹⁸⁵ era Alfredo el triunfador de la gloria; y siendo Carlos quien con la lengua y la espada enamoró los ojos de Estela, fue Alfredo el que mereció aquella noche su cuidado.

No quiso Alfredo dilatar la ejecución de su voluntad, y así, el siguiente día lo volvió a concertar con el padre de Estela, y él respondió que tuviese por muy cierto que sería suya. Y para que echase de ver con cuánto gusto le servía, desde luego le daba licencia para que la visitase. Estimó Alfredo el favor y fue a verse con Estela, que le recibió con una vergüenza hermosa, haciéndole con sus divinos ojos los regalos y favores que no merecía. Trataron de diversas materias, y como Alfredo, fuera de ser ignorante, era desabrido, advirtió Estela que ni las palabras ni el entendimiento eran conformes a lo que había visto la pasada noche. Y pudo con ella tanto este pensamiento, que en lugar de resolverse pidió a su padre tiempo, por no aventurar el gusto de toda una vida sin estar muy satisfecha de lo que hacía.

Quedó Alfredo contento, aunque receloso de haberla visto con Carlos la noche antes y estar tan tibia con él; mas en confianza de la palabra que le había dado su padre publicó por toda la ciudad que dentro de cuatro días había de ser su esposo. Creyolo el vulgo; que en viendo entrar a un señor en una casa no piensa que a su poder hay cosa imposible. Súpolo Carlos (que no pudo excusarse deste golpe), y si lo sintió, júzguelo quien hubiere perdido lo que adora por un camino tan injusto. Carlos amaba, Carlos era discreto y Carlos esperaba ver en brazos de su enemigo a Estela. Pues ¿cómo había de amar y ser discreto sin que el dolor le volviese loco? Decía que si su competidor o su contrario le ofendiera no se espantara, porque de un enemigo, ¿qué se pueden esperar sino molestias y traiciones?; pero que su mismo hermano le agraviase en el gusto, en el alma y en la honra, rigor era que le sabía Carlos sentir, pero no le acertaba a encarecer. Mil veces, movido de sus celos, quiso vengarse, y otras tantas se arrepentía, más por no enojar a Estela que por compadecerse de su hermano.

Y viendo el poco remedio que tenía para estorbar el infeliz suceso que le esperaba, tuvo por más acierto dejar su patria para probar si en la ajena le dejaba de¹⁸⁶ atropellar su fortuna; y así, haciendo lucidas galas de soldado, determinó su viaje a Madrid con intento de procurar algunas

185.- BRU-1626: 'galardía'

186.- BRU-1626: 'del'

cartas de recomendación para el señor don Juan de Austria, que entonces estaba gobernando los Estados de Flandes. Agradecióle Alfredo su noble propósito, diciendo que los hombres que nacieron principales habían de pretender por su virtud lo que les negó el Cielo por su estrella. Y dándole dos mil escudos y palabra de favorecerle, quedó contentísimo en pensar que ya, por lo menos, no le había de tener a los ojos, con lo cual estaba seguro de cualquier sospecha.

Salió, en fin, Carlos un día, tan galán como desgraciado, que no puede haber mayor encarecimiento. Era el vestido de raso azul (información del tormento que padecía) bordado de firmezas de oro, y como el talle no lo echaba a perder, generalmente pareció¹⁸⁷ bien y dio lástima. Y reparando en que fuera descortesía sospechosa ausentarse sin ver a Estela, fue a darla el parabién de su nuevo estado y a despedirse de sus ojos, para llevarlos más presentes o para que después el dolor de verse sin ellos le quitara más aprisa la vida. Hallola más triste de lo que había presumido, aunque no le admiró, porque tuvo por cierto que el disimular el gusto que tenía habría sido por enviarle más contento dando a entender que en alguna manera sentía su ausencia; que es fácil cosa favorecer a un hombre que no se ha de ver más. Pero lo cierto era que, viendo Estela la desagradable condición de Alfredo, moderado ingenio y demasiada soberbia, no sabía el modo que tendría para avisar a su padre de su disgusto, por haber sido ella misma quien siempre había dado a entender que lo deseaba. Culpaba Estela su poca suerte, pues le había parecido discreto y apacible un hombre que en todo la ofendía y desagradaba.

Con estas dudas vivía tan triste y melancólica, que daba que sospechar a todos los que con algún cuidado la miraban. Y alzando al descuido los ojos vio a Carlos, y después de haber admirado las galas, talle y airoso desenfadado de su dueño, le preguntó la causa de tan nueva transformación. A lo cual, en breves y discretas palabras, respondió que su misma patria le había tratado tan mal que no había tenido en ella un gusto, y así, quería aventurarse a vivir donde no le conociesen. Aunque la principal ocasión que le obligaba a su destierro era haber querido a una dama de aquella ciudad, a quien amó tan cortésmente que aun no se atrevió a decirla lo que sentía; no porque no lo supiera decir (que queriendo bien no hay amante necio), sino porque tenía poca seguridad de su dicha; y sabiendo que esperaba por puntos otro dueño había intentado escusar a sus ojos aquella pesadumbre, ya que no podía huir del tormento de la imaginación, ausentándose a parte donde pudiera fiar de la lisonja de una bala el justo deseo de su muerte, para que con ella tuviesen honrado sepulcro sus pensamientos.

Con gusto y atención le escuchó Estela, porque como Carlos hablaba con natural gracia y decía su sentimiento como quería, fácilmente pudo agrandar sus ojos. Creyó Estela que era verdadero su amor, pues por no verla en poder de Alfredo dejaba patria, deudos, amigos y otras comodidades que pierde quien se destierra¹⁸⁸ de donde ha nacido. Parecióle bien esta fineza, y tanto, que quiso decirle que no se fuese; pero detúvola su entereza y tener tanto miedo a su elección; que pudiera ser que a otro día fuera necio y desairado, pues también Alfredo había pasado opinión de entendido una noche y era tan al revés. Despidiose Carlos y pesole a Estela; que lo que menos se estima suele dar cuidado perdiéndose, y siempre parece bien un hombre cuando se va.

Previno su viaje para otro día, y por no irse con el escrúpulo de haber callado a su hermano lo mucho que sabía de su ingrato pecho, le quiso hablar; que es parte de consuelo en un agraviado quejarse atrevidamente de quien le ha ofendido, no pudiendo tomar otra venganza. Y así, informado de que estaba en casa de Estela, le llamó aparte para hablarle a solas, y entonces Alfredo, por no enviarle descontento, viendo que por dicha sería aquella la última vez fue a ver lo que le quería. Dijéronle a Estela cómo Alfredo y Carlos estaban juntos a la vuelta de la calle, y con curiosidad de mujer procuró verlos desde alguno de los balcones que caían a las espaldas de su casa; y fue tan

187.- BRU-1626: 'porecio'

188.- BRU-1626: 'destirra'

dichosa que por una reja baja que estaba defendida de celosías podía no sólo verlos, sino escucharlos.¹⁸⁹ Y entre otras cosas oyó que Carlos se quejaba de Alfredo desta suerte:

—Pues dime, hermano: ¿qué razón puede haber que te disculpe de temerario, si después de decirte que adoraba a Estela has querido, satisfecho de tu poder y fiado de mi paciencia, quitarme el gusto, la vida y la esperanza, pues quitándome a Estela me lo quitas todo? ¿Es posible que puede tu corazón pasar por esta crueldad? Y si no, dime: si como soy tu hermano fuera tu enemigo,¹⁹⁰ ¿qué más hubieras hecho contra mi voluntad? O, pregunto, ¿qué te ha faltado para serlo? Si la amaras antes que yo no me espantara, porque en habiendo amor no hay amistad que obligue; mas intentar¹⁹¹ el amor de Estela, no porque la querías, sino por oírme decir que yo la amaba, ¿de quién se ha contado en el mundo, siendo noble y teniendo una misma sangre? No me admiro que uses con mi amor esta tiranía, que, en fin, eres poderoso y me aborreces; pero espántome de que no estés corrido de haberlo imaginado, porque me consumo de ver algunos hombres que están ofendidos en la honra, o han hecho alguna bajeza, comer con gusto y tener ánimo para divertirse. Alfredo: yo amo a Estela, como sabes. ¡Pluguiera a Dios no lo hubieras sabido! Tú te casas con ella y yo me voy sin saber a dónde, sólo por no estar en parte donde tal vez te quite la vida; que un agravio tiene mucho peligro, y más cayendo en quien le sabe sentir. Estela te quiere, y yo respeto tanto su gusto, que por no darla el menor pesar me voy. Gózala infinitos años, como yo no lo vea; porque si la mirara en tus brazos pienso que se reportaran mis celos de mala gana, pues la noche que me favoreció su boca pensando que hablaba contigo, fue tanto el sentimiento que después tuve, que fue menester todo mi amor para no atreverme a su decoro. Ella, en efeto, se engañó, y estuvo conmigo un rato diciendo mal de mi amor y de mí a mí mismo, que fue la noche que tú llegaste a quitarme del lugar que merecía mejor; y si entonces no te maté no fue porque no quise, sino porque te guardaste demasiado, que es muy dificultoso herir a quien se retira. Y así, por no enojarte y por no perderme me parto, pienso que a morir, porque llevo mi vida en confianza de mi fortuna y ha muchos días que la conozco. Y aunque es verdad que no remedio nada diciéndote estas cosas, quiero por lo menos que estés advertido de que penetro tus entrañas y tu envidia para dejarte con este pequeño disgusto, ya que tu ingratitud me ha condenado a tantos.

Corrido estaba Alfredo de haber tenido paciencia para oírle tantos atrevimientos, y atribuyendo a libertad lo que era sentimiento justo, le dijo que le tuviese de allí adelante por piadoso, pues no hacía que dos criados le quitasen la vida; pero que se la dejaba por satisfacer en alguna manera la queja que podía tener de su voluntad; y que advirtiese que el haberle quitado a Estela no era envidia, sino justo castigo de su ignorancia, pues sabiendo el extremo con que le aborrecía había intentado hacerle tercero de su gusto. Y que el casarse no era por amor que tuviese a Estela, sino por interés de salir con lo que había emprendido, porque aunque era hermosa, discreta y noble, en muchas cosas no le merecía.

Más se despeñara¹⁹² el ignorante Alfredo si Carlos no le atajara los pasos diciendo que hablase bien en las cosas de Estela y advirtiese que le engañaba su presunción si imaginaba que tenía partes para igualarla, porque en defensa de su virtud y hermosura sacaría con más gusto la espada que para sus propias ofensas. No quiso Alfredo gastar más tiempo en satisfacciones, y dejándole por loco le volvió las espaldas sin responderle. Despidiose Carlos hasta de las paredes de aquella casa, y fuese a la suya para prevenir lo necesario para salir de Sevilla otro día. No se puede encarecer la tristeza, el enojo y la suspensión con que Estela quedó viendo un desengaño tan claro. Recogiose

189.— BRU-1626: 'escucharloe.'

190.— BRU-1626: 'enenigo.'

191.— BRU-1626: 'intantar.'

192.— MAD-1626 y BRU-1626: 'despañara' y probablemente así lea la princeps. En la ed. de Giuliani 'despañara', sin indicar que sea una enmienda.

la gente de su casa, sosegáronse todos, y hablando consigo misma empezó a entregarse a la consideración de tantas cosas como la atormentaban.

Consideraba en Carlos el talle, la gallardía, el entendimiento, y, sobre todo, su firme y honrada voluntad. Acordose que él había sido a quien su amor con tanta razón se había inclinado, y advirtió cuán propia condición es de la Fortuna quitar de los ojos lo que agrada y dejar lo que se aborrece. Carlos era bienquisto, y Alfredo desagradable; Carlos era discreto, y Alfredo se preciaba de envidioso; Carlos la obligaba despreciado, y Alfredo la ofendía favorecido; y, en efeto, Carlos (que ya tenía mejor lugar en su pecho) se iba para no verla, y Alfredo se quedaba para gozarla. Y en considerando que aquella noche había sido la postrera para el amor de Carlos, pedía lágrimas a sus ojos y dolores a su sentimiento. Bien quisiera Estela que Carlos dilatara su ausencia, y pareciéndola que, como ya le tenía tan en el pecho, podía, si la escuchase, detener sus pasos, llorosa y enamorada, decía:

—;Ay Carlos, quién pudiera darte cuenta destos suspiros para que te fueras más contento o no te fueras, porque me tienes de suerte que pienso que me lisonjearas! Este amor, verdad es que agora¹⁹³ le empiezo a sentir, pero días ha que debe de haber nacido; porque aquella dichosa noche que estuve contigo no dijiste cosa que no me obligase ni hiciste cosa que no fuese de mi gusto, y si la causa de agradarme tu hermano fue el valor y entendimiento, siendo todo tuyo bien puedo decir que desde entonces me enamoraste. Verdad es que cuando supe que me amabas me ofendí, pensando que te obligaba envidia de tu hermano; pero ya que sé que te debo tantos¹⁹⁴ días de voluntad sin agradecimiento, y que Alfredo fue quien por darte pesadumbre me solicitaba, digo, Carlos, no sólo que no me ofendo, pero que sólo la muerte me puede hacer ingrata. Bien me pareciste esta mañana, viéndote hablar discreto y despedirte enternecido, pero esta noche mucho más; que no hay camino para rendirse una mujer como satisfacerse de que es querida. Dichosa yo, que lo puedo¹⁹⁵ decir sin peligro de algún engaño: yo lo he escuchado y yo lo he visto, pues ¿cómo que te debo tanto y consiento tu ausencia? Poco nuestro ser mujer, pues no doy a la piedad el lugar que merece. Loca estoy. Y no sé lo que te diga de mí; que una mujer noble está muy a peligro de parecer liviana por no ser desagradecida.

Así estaba Estela hablando con Carlos como si le tuviera delante, y advirtiendo con más cuidado en que a la mañana se había de ausentar sin poder verle para darle siquiera¹⁹⁶ los brazos¹⁹⁷ últimos, volvió a llorar de nuevo. Mas considerando que Alfredo, por soberbio, por ingrato, por necio y por aborrecido, no había de llegar a gozarla aunque estuviese de por medio la autoridad de su padre, se resolvió (no sin miedo de su vergüenza) a llamar a Carlos y hacer de modo que no la acabase de quitar la vida su ausencia. Y tomando un papel le envió a decir que la siguiente noche estuviese en la puerta falsa de su casa, porque la¹⁹⁸ importaba hablarle antes que dejase a Sevilla, y que en hacerla este favor conocería lo que su amor había tenido de verdadero.

Vino el día, y entregándole a una criada que era archivo de sus secretos, la mandó fuese al cuarto de Carlos y se le diese de su parte, procurando que él solo la conociese. Hízolo así la criada, y llegó a tiempo que ya Carlos, cercado de amigos y parientes, se despedía de todos. Llamole aparte y diole el recaudo y papel de Estela, diciéndole que por que algún curioso no la conociese no esperaba respuesta,¹⁹⁹ y porque en anocheciendo la podría dar con más espacio. Admiróse Carlos

193.- MAD-1626: 'aora'

194.- BRU-1626: 'tantas'

195.- BRU-1626: 'puepo'

196.- BRU-1626: 'quisiera'

197.- BRU-1626: 'abraços'

198.- En la ed. de Giuliani: 'le'

199.- BRU-1626: 'repuesta'

de aquella novedad, y viendo que tenía allí quien le podía desengañar fácilmente, porque conocía la letra de Estela, abrió el papel, y después de haberle leído se recogió con su entendimiento y se puso a considerar la causa que la podía mover, cuando no sólo le aborrecía, sino que aguardaba por momentos a Alfredo para darle la mano.

Con todo eso, quiso obedecerla entreteniéndola su partida, pero no pudo, porque estaba toda la ciudad esperando a verle salir. Y así, acompañado de los caballeros más principales della se despidió de todos, llevando tantas bendiciones como dejaba lástimas. Llegaron estas nuevas a los oídos de la triste Estela, que castigándose con pesadumbres se quejaba de su amor y de la poca razón de Carlos, aunque bien echaba de ver que para hacerle ingrato bastó darle a entender que era querido. Culpaba su necia resolución y su atrevida voluntad, pues se había empleado en quien no la creía o la desestimaba.²⁰⁰

Desmayose la luz del día con la obscura²⁰¹ sombra de la tierra, y volviendo acaso Estela al lugar que la noche antes fue testigo de la fineza de Carlos, vio que un hombre, después de haber reconocido toda la calle, se paraba en medio della. Procuró Estela ver si podía conocerle sin que le mintiesen los ojos, y parecióle en el talle a Carlos. No se engañó, porque apenas estuvo libre de los que le acompañaban cuando dio la vuelta con ánimo de verla y saber lo que le quería. Y como sintiese²⁰² ruido en la reja, se llegó preguntando por el nombre de la criada que aquella mañana le llevó el papel. Conocióle en la voz Estela, y por no perder la ocasión, el tiempo y la ventura, se descubrió; y después de haberle referido la traición con que su ingrato hermano la pretendía, el engaño de aquella noche, lo mucho que la enamoró su entendimiento, la traza que halló para desengañarse, la razón que la movía para quererle y lo mucho que sintió su ausencia, le dijo:

—Carlos: hoy te escribí para estorbar tu determinación, y bien puedes creer que antes que me resolviese me habías costado muchas lágrimas; que las mujeres principales, primero que llegan a descubrir su voluntad lloran, disimulan y se resisten, hasta que ya el amor, como va creciendo, ni cabe²⁰³ en el pecho ni se contenta con los ojos. Sabe Dios lo que he peleado con mi vergüenza; pero, en fin, pudo más conmigo la voluntad que el recato; que esto de vencerse a sí misma, y más en cosas que llegan al alma, es agradable para leído, pero dificultoso para ejecutado. Carlos: la noche está en mi favor, en confianza suya te hablo con menos colores. Yo te adoro, y si tú quieres he de ser tuya. La hacienda de mi padre es bastante para que vivas sin pedir a tu hermano; los favores que él tiene míos son tan moderados que el mayor es haberle tenido por discreto una noche. Discúlpame, por tus ojos, desta osadía. O no me disculpes; que amar a quien me ama no se puede llamar delito, y más a hombre tan firme que cuando le agravia su dama la honra, y cuando le desprecia la defiende. ¿Piensas tú que ya los hombres aman con esas veras? Pues prométote que cuando no tuvieras más partes que haberme tenido un amor tan firme, bastaba por disculpa a mi rendimiento. Y cuando sea tan corta de ventura que pueda más contigo la resolución que tienes que la guerra de mi amor que te llama, quedaré contenta con que, por lo menos para conmigo, te he pagado cuanto te debo.

Con notable admiración la escuchó Carlos, viéndola desengañada por un camino tan cierto, y así, con humildad de discreto agradeció la nueva honra que le daba, prometiéndose no por esposo, sino por esclavo suyo. Ya el padre del castigado Faetón llamaba poco a poco al día, convidando con rayos a las selvas, cuando Carlos se despidió de Estela, concertando entre los dos que de día estuviese en casa de Leonardo (un caballero amigo suyo) y de noche viniese a verla. Y en confirmación

200.– BRU-1626: 'deseltimaua'

201.– MAD-1626: 'escura'

202.– BRU-1626: 'sintiesso'

203.– BRU-1626: 'sabe'

de su voluntad le dio la mano de esposa (que la reja era tan cortés que daba lugar aun a mayores travesuras). Fuese Carlos a ver a su amigo Leonardo, a quien dio parte destas cosas.

Pasáronse algunos días, entreteniéndolo su amor con los favores que se permiten a una imaginación honesta; aunque Estela lo pasaba con menos gusto, por ver que Alfredo perseveraba neciamente en su pretensión,²⁰⁴ y que su padre, confiado en que a los principios la vio gustosa, prometía lo que no había de cumplir. Y así, en la primera ocasión que se vio con Carlos le refirió las diligencias de su padre y el extremo en que la ponían sus consejos. Afligióse el pobre²⁰⁵ caballero, pareciéndole que con el temor de Estela estaba a peligro su esperanza, y díjola que si no se hallaba con amor bastante para resistir hiciese su gusto; que él estaba tan hecho a golpes de fortuna que no tendría a novedad aquella desdicha. No pudo²⁰⁶ decirle todo lo que quisiera (que suele el sentimiento ser mudo), y ella por no dejarle sospechoso de su firmeza, le dijo que cuando confesó que le amaba no fue para que otro la gozase, y así, estaba resuelta (para librarse de su padre y Alfredo) a que por la puerta falsa entrase otra noche, para que, viendo su padre que él tenía la misma sangre que su hermano y que no había otro medio para volver por el honor de su hija, lograse la honesta voluntad de entrambos.

No supo Carlos cómo dar a entender lo que estimaba el nuevo favor que le hacía; sólo respondió que se holgara de que el corazón pudiera pasarse a los ojos, para que echase de ver que no sembraba en ingrata tierra; porque si como nació pobre, aunque caballero, fuera absoluto dueño de dos mundos, se rindiera a sus plantas y confesara que su mayor blasón era haber llegado a merecer sus ojos. Echole a Carlos de la calle el día, que duró más de lo que quisiera su deseo; contó las horas, y en volviendo otra vez las obscuras²⁰⁷ luces de la noche salió Carlos en compañía de Leonardo, dejándole al principio de la calle para que le²⁰⁸ guardase las espaldas. Y apenas tocó con la espada en la reja cuando estuvo en ella el Sol de su dueño (que el amor la tenía cuidadosa), y después de haber dado una vuelta a toda la casa, dejando a su padre en la cama y a los demás recogidos, sin más compañía que la de su criada (testigo forzoso para semejantes empresas), dijo a Carlos en breves y discretas razones mirase lo que la debía, para que si alguna vez, como hombre, se cansase de ser querido, tuviese memoria de lo mucho que le había costado, y luego le mandó se fuese hacia la puerta falsa, donde con verdadera voluntad hallaría la del alma abierta.

Obedeció Carlos y fuese Estela a recibirle; y en el breve tiempo que pudo²⁰⁹ gastar en esta²¹⁰ diligencia sucedió que, viendo Carlos que entraba por la calle alguna gente (que por ser mucha daba a entender que era justicia), pareciéndole que no sería razón le viesen entrar en casa de Estela, y que esperar era ponerse a peligro de que le reconociesen, se resolvió en dejar la calle hasta que pasasen, y volviendo la esquina él y su amigo, se entraron en la primera casa. Asomaron por la calle los que venían en su seguimiento, y viendo que no parecía en ella ninguna persona, corridos de que dos hombres hubiesen²¹¹ burlado la esperanza de tantos, se dividieron con determinación de buscarlos en todo el contorno de aquellas calles. Salió Carlos contento de verlos ir tan deslumbrados y rogó a Leonardo se recogiese, pues para lo que faltaba no era menester su persona.

Bien cierto estaba Carlos de que la gente que poco antes le había estorbado su deseo sería la justicia, que a tales horas suele reconocer la ciudad para estorbar muchas desgracias que suceden: pero engañose, porque su hermano Alfredo movido de una necia porfía, vino acompañado de sus

204.- BRU-1626: 'pretencion'

205.- BRU-1626: 'pobra'

206.- BRU-1626: 'puedo'

207.- MAD-1626: 'escuras'

208.- BRU-1626: 'para que'

209.- BRU-1626: 'puede'

210.- En la ed. de Giuliani: 'gastar esta'

211.- BRU-1626: 'huuiesse'

criados a ver si con finezas y desvelos podía vencer aquel imposible hermoso, y pasando acaso por donde estaba, viendo dos hombres que se encubrían y retiraban mandó a sus criados los siguiesen procurando reconocerlos; y así, se había quedado solo a tiempo que ya Estela, tan rendida como determinada, abría la puerta y los brazos a su querido dueño, diciéndole con mil honestas caricias entrase²¹² a gozar el premio de su amor.

Bien sabía Alfredo que a él no se encaminaban aquellos favores, pero entendió que alguna criada debía de tener amor secreto para aquella hora, y engañada de la noche y de su deseo llamaba a quien no conocía; y pareciéndole que era camino muy a propósito para poder hablar con su señora seguir el engaño de quien le persuadía a que entrase, admitió por suya aquella dicha. Y cubriendo el rostro (por no ser tan presto conocido) llegó donde esperaba Estela tan vergonzosa como engañada, y por hablar con menos sobresalto le dijo a su mayor enemigo que la siguiese²¹³ hasta llegar a su cuarto.

De esta manera iban Estela y el atrevido Alfredo cuando llegó Carlos, a tiempo que ya la criada, habiendo cerrado puerta y ventana, quería irse a dar la norabuena a su señora. Llamola el triste amante, y rogola dijese a Estela que allí estaba Carlos, y que la causa de haberse apartado de la calle ya la habría visto.

—¿Cómo puede ser eso —replicó la criada—, si Carlos acaba de entrar ahora a gozar aquestos favores?

Suspendiose Carlos, y llegose más cerca para que le conociese; y ella entonces, tan muerta como turbada, le refirió, llena de mortales congojas, cómo un hombre que no sabía quién era vino cuando su señora abría la puerta, y viendo que le llamaba había entrado sin ser conocido. Corriose Carlos de que fuese su sentimiento tan poco que no le quitase la vida, y, sin detenerse a nada, pidió que le abriese, para impedir que el engaño no pasase tan adelante que fuera necesario perderla. Abriole la criada (consultando primero con su cordura no hiciese algún exceso que echase a perder a su señora), y guiándole hacia su cuarto, llegó (aunque no tan presto como quisiera su cólera), y, reparando en que la puerta estaba cerrada llevó los ojos al corto espacio de la cerradura y vio a Estela que con una daga en la mano salía defendiéndose de un hombre, al cual llorosa y determinada decía:

—Es tanta la descompostura que miro en tu villano proceder, y tanta la pesadumbre que me ha dado tu osadía, que te diera la muerte antes que salieras de aquesta sala, si no me detuviera el ver que aventuraba mi opinión en alguna manera. Pero viven los Cielos que ya que como mujer²¹⁴ y flaca no puedo vengarme, por lo menos he de saber quién eres, y no has de vivir seguro de mi rigor aunque te escondas en las entrañas de la tierra; porque semejante desatino no puede tener disculpa ni quedar sin castigo. Yo te llamé imaginando que eras un hombre que mañana ha de ser mi esposo; respondíteme embozado y mudo; llegaste a mi cuarto, djete con regalos y amores que te descubrieses; pero viendo tu silencio sospeché alguna desdicha. Afligíme, como mujer y sola, y más cuando te vi con deseo de quitar la vida a una luz que me alumbraba de tus engaños: conocí que no eras mi descuidado esposo; y si lo eras, que tu intento no era conforme a tu nobleza, pues quien esconde la cara no tiene muy seguro el pecho. Turbeme toda, y tan corrida como desmayada te pregunté quién eras; respondíteme sin hablar, haciendo el oficio de la lengua tu grosería. Quise dar voces; mas temiendo que si me hallara mi noble padre en semejante estado no había de creer la inocencia mía, me aventuré a mi defensa, y permitió el Cielo que tuviese lugar, no sólo de quitarte tus propias armas, sino de huir de tus injustos brazos. Y así, determina lo que quisieres, porque primero que llegue a ejecución tu locura ni consienta en tu torpe deseo me has de ver bañada en mi sangre, para que con mi muerte se desmaye tu atrevimiento.

212.— BRU-1626: 'enteasse.'

213.— MAD-1626: 'siguisse.'

214.— BRU-1626: 'mugur.'

Entonces Carlos, contento de ver el valor de Estela para volver por sí y castigar la infamia y osadía de aquel hombre, hizo que la criada llamase diciendo que su señor venía. Turbose Estela y alborotose Alfredo, aunque acordándose de lo mucho que tenía de su parte la voluntad del viejo, abrió con menos sobresalto del que le esperaba. Pero apenas dejó libre la puerta cuando vio a su hermano, que poniéndole la espada a los pechos le amenazaba con la muerte si no decía quién era. Admirado quedó Alfredo, que como ya le imaginaba ausente le pareció que era soñado lo que miraba. Viose en notable confusión, porque Carlos porfiaba como ofendido, y así, le respondió que él no había de decir su nombre en aquel lugar aunque se viera hacer pedazos; mas si se tenía por tan hombre que en la calle se atreviese a lo mismo, no estaba tan lejos que no pudiera satisfacerse con menos riesgo.

Agradole a Carlos la resolución, aunque no a Estela, con ser un alma la que vivía en entrambos. Quiso detenerle, pero no pudo: salió Carlos y siguióle²¹⁵ Alfredo con envidia, porque bien echaba de ver que su hermano era dueño de Estela y a quien esperaba aquella noche. Y confiado en que los que le acompañaban le habrían visto entrar y en justa ley de voluntad y obediencia tenían obligación de aguardarle, habló tan alentado y disfrazó tan bien la cobardía, que puso miedo a Estela, porque como era suya la vida de Carlos temió el riesgo que la amenazaba.

Salieron, en fin, los dos enemigos hermanos. Desmayose Alfredo viendo que en toda la calle no se descubría un hombre, porque los que habían venido con él, cansados de andar por aquellas calles y no hallando a su señor adonde le dejaron, se fueron a buscarle a algunas casas de entretenimiento donde²¹⁶ solía acudir (que para los señores a todas horas están abiertas). Temió Alfredo a su celoso hermano, y por escusarse, si pudiese, de sacar la espada, le dijo que amaba tanto a aquella dama que no quisiera que sucediese en su calle²¹⁷ alguna desdicha, y así, tenía por más acertado que se apartasen a otra, para poder libremente decirle quién era. Aceptó²¹⁸ Carlos, como tan interesado en el honor de Estela. La cual recelosa del suceso y bañada en lágrimas, enternece las piedras.

—¡Ay de mí! —decía la llorosa y afligida dama—. ¿Quién dijera que tan dulces principios de voluntad se lograran tan desgraciadamente? ¿De qué me aprovechó escuchar a Carlos y desengañarme de sus verdades, si en la misma noche que le espero para ser suya le miro tan a peligro de perderle? ¡Oh amor, cómo es cierto que es más lo que entristece un pesar tuyo que lo que alegran cuantos placeres prometen tus esperanzas! No sé qué hechizo tienes que a todos maltratas y todos te siguen, a todos enojas y todos te estiman, a todos agravia y todos te honran. Quisiera saber qué virtud oculta te ha dado el Cielo para que ofendidos te busquen, despreciados te agraden y quejosos te soliciten. ¡Oh veneno sabroso, que entretienes y matas! ¡Oh tormento apacible, que regalas y ofendes! ¡Oh favorable llaga, que injurias y lisonjeas! ¡Oh enfermedad alegre, que deleitas y enojas! ¡Oh sospechoso fuego, que abrasas y no consumes! ¡Oh dulce tiranía, que mandas y no cansas! Y, en fin, tragedia común, que mientes a los principios y siempre te esperan desdichados fines. Para mí tengo que no hay estado libre de tus ingratitudes ni seguro de tus pesares, porque si dos viven juntos y se aborrecen, ¡qué infierno! Si el uno ama y el otro olvida, ¡qué desesperación! Si entrambos se aman y no se gozan, ¡qué pesadumbre! Si se gozan, y el amor por demasiado se pasa a celoso, ¡qué inquietud! Si se quieren y están ausentes, ¡qué desdicha! Y, en fin, cuando nada falte de contento y comodidad, que no suele ser muy fácil, aquel temor de que ha de perderse, ¡qué disgusto! Porque si una mujer reparase que el galán la puede olvidar, como mudable, y el esposo se le ha de morir, como hombre, sería cierto que ni al uno admitiría por no llorarle, ni al otro amaría por no sufrirle.

Así estaba Estela divirtiéndose (aunque no podía) su apasionado corazón, cuando vio que en toda²¹⁹ la calle ni el uno ni el otro parecía. Volvió a sentir, volvió a temer y volvió a pensar en la

215.- BRU-1626: 'singuióle'

216.- BRU-1626: 'dondo'

217.- BRU-1626: 'calla'

218.- MAD-1626: 'Acetó'

219.- BRU-1626: 'todo'

vida que la aguardaba si acaso Carlos, por más desgraciado, fuese el herido o muerto. Procuró olvidar esta imaginación y no pudo; intentó sosegar y no se lo consintió su cuidado; quiso darse la muerte y estorbósele quien la miraba, y, en fin, viendo que cualquiera locura no fuera culpable después de haber confesado que amaba a Carlos, por no estar con aquella duda salió a buscarle, dejando en centinela a su criada. Y llegando a la primera calle vio que Carlos gallardamente iba retirando a su contrario, que, menos orgulloso²²⁰ de lo que había prometido su presunción, se quejaba de que conociéndole tuviese ánimo para agraviarle. Pero ya Carlos enfadado de sufrir su envidia, no le miraba como a hermano, sino como a enemigo.

Llegose Estela tan cerca que tuvo lugar de conocer a Alfredo, y considerando lo mal que la estaba su muerte, pues era fuerza ausentarse Carlos y dejarla sin vida, se puso al lado de Alfredo en ocasión que, por darse prisa a sacar pies, había tropezado y caído. Ya Carlos llegaba a tener menos un envidioso cuando halló que amparaba su vida un ángel. Detúvose y reparó que era Estela, la cual dando lugar a que Alfredo se levantase, le dijo desta suerte:

—¿Es posible, Alfredo, que habiendo nacido principal y entendido no conozcas que el amor no se rinde a violencias ni a tiranías,²²¹ porque la voluntad se precia de tan libre que apenas el Cielo la sujeta? ¿Piensas tú que obligar a una mujer para que ame es asaltar un muro o conquistar una ciudad, que se puede conseguir con el poder o con las fuerzas? Pues engañaste; que ninguna mujer puede amar obligada de esos accidentes. Dirasme: ¿qué es la causa por que a los principios de tu amor no estuve tan tibia contigo? A eso te responderé cuando tenga más tiempo. Lo que te digo ahora es que adoro a Carlos, a pesar de tus traiciones y envidias, con el extremo que has visto, pues esta noche le esperaba con nombre de esposo y señor mío; y cuando una mujer de mis prendas habla en su amor tan claramente, querer impedirle es preciarse de intentar imposibles. Y porque mi voluntad no consiente más dilaciones y el cuidado de mi padre me está dando voces, recógete a tu casa; que yo pienso que tu hermano tendrá la mía por suya desde ahora.

Apenas acabó Estela las palabras últimas cuando Alfredo, envidioso y desesperado, se fue, trazando en su imaginación el modo de vengarse. Quedó Carlos tan contento que ya le parecía que no le quedaba a la Fortuna más pesadumbres que enviarle; pero como siempre andaban con él tan de sobra las desdichas, quiso el Cielo mezclarle esta gloria con tantos géneros de penas que pudiera tener a suerte no haberla recibido.

Sucedió, pues, que el padre de Estela despertó con el ruido que poco antes había pasado, y por no estar toda la noche con sobresalto, tomando su espada y capa y llamando a un criado para que le alumbrase, se levantó²²² y empezó a mirar todas las puertas de la casa, por sosegar su recelo o por confirmar su sospecha. No se puso a imaginar que su hija pudiera ser la causa de aquel alboroto, porque su modestia en las palabras, su compostura en los ojos y su honestidad en las acciones la tenían tan bien acreditada que no pudiera creer cosa que tocara en ofensa de su recato; y lo que le desveló solamente fue pensar si algún codicioso de su hacienda quería escusarle de los cuidados de guardarla; que como había pasado a las Indias sabía muy bien volver por su dinero.

Llegó adonde²²³ estaba la cuidadosa centinela aguardando a los dos amantes, y antes que su señor la pudiese ver tuvo lugar bastante para esconderse, pero hízolo tan turbada que no se acordó que dejaba la llave en la misma puerta. Reparó el viejo en la novedad, y pareciéndole que habría sido descuido del que la había cerrado aquella noche, la quitó y se volvió a su cama. Vinieron a este tiempo Estela y Carlos seguros de tan gran desdicha. Llamó Carlos, y viendo que no le respondían pensó que sería sueño de la criada; pero ella, en satisfaciéndose de que su señor se había recogido,

220.— BRU-1626: 'orguloso'

221.— En la ed. de Giuliani: 'ni tiranías.'

222.— BRU-1626: 'lleuantó.'

223.— BRU-1626: 'donde.'

volvió a ver si parecían, y acordándose de la llave conoció el daño que había hecho. Llegó a la reja y refirioles lo que pasaba, y sacando Estela un suspiro de lo más íntimo del corazón se volvió al cielo, como quejándose de los extremos en que la ponía. Miró a Carlos, y dijo que ya echaba de ver que aquel golpe era a cuenta suya, pues por haberle querido se había sujetado a tan varios sucesos; pero que advirtiese la poca culpa que tiene un desdichado en que todo le suceda al revés de su pensamiento, porque un hombre no puede huir la cara a lo que le ordena su estrella. Pero que si acaso la parecía que con su voluntad la había ofendido, le quitase la vida, como dueño della.

—¡Basta, Carlos! —respondió Estela—; que tú también te precias de darme pesadumbres, y en lugar de animarme me desconsuelas. ¡Buena es que cuando me miras tan tuya que lo atropello todo por asegurar tu vida, me digas que te la quite! Pues, pregunto, ¿para quién era ese castigo, quedando yo viva? ¡Ay Carlos mío! Vive muchos años y no agravies otra vez mi voluntad, sino considera que te adoro, y que si he sentido este pesar ha sido más por tu incomodidad que por lo que yo aventuro, porque estando contigo nada puede ser parte para entristecerme. Y así, dispón de mi voluntad al albedrío de la tuya y llévame donde más gustares hasta que a mi padre se le pase el enojo y viéndome empleada tan a mi gusto agradezca a su fortuna el tenerte por hijo.

Entonces Carlos se resolvió en irse a casa de su amigo Leonardo para elegir más cuerdamente lo que estuviese mejor a su sosiego. No quiso la criada quedar al peligro que la amenazaba si se sabía que ella era parte en la falta de su señora, y así, con la ayuda de Carlos se arrojó del primer balcón y se fue con Estela y Carlos. Informaron a Leonardo de lo que pasaba, y pareciéndole que por ser tanta su amistad estarían en su casa poco seguros, determinó que antes que se acercase el día se fuesen de la ciudad a una hermosa quinta que estaba tres leguas della, adornada de fuentes y jardines. Y mandando aparejar un coche, dio orden a un criado para que los regalase y sirviese como a su persona. Agradecida Estela a tanto favor, le besó las manos y se despidieron todos, encargando a Leonardo no se descuidase en avisarlos de lo que resultase.

Confusa iba Estela de ver lo que en dos días había pasado por ella, pero acordándose que todos aquellos destierros habían de parar en gozar de Carlos con más licencia, lo llevaba con blandura. Dijo Carlos a los que estaban en la quinta que era Estela su hermana, por que si acaso iban a la ciudad no dijese cosa por donde pudiesen ser descubiertos; y con mudarse también los nombres, vivían contentos y seguros.

Mas como la mala estrella de Carlos no se cansaba de atormentarle,²²⁴ quiso que, por remate de sus tragedias, una hija del que tenía a su cargo el aumento y vida de las flores, briosa de cuerpo, ocasionada de ojos y sazónada para cualquier deseo, viendo en Carlos tantas prendas dignas de voluntad, y que Estela ni era dama ni prima, sino hermana, se dejó llevar de una voluntad tan loca que las fuentes la murmuraban y aun Estela la presumía. Pero tenía Carlos la imaginación tan ocupada en solenizar las gracias de su esposa, que no dejaba tiempo a la voluntad para divertirse²²⁵ en cuidados ajenos.

Venía cada noche Leonardo a informarse de lo que pasaba, encargando a Carlos no saliese adonde le viera alguno, porque el padre de Estela, como había²²⁶ dado palabra al Conde y le parecía que adelantaba su linaje con el honroso título que gozaba, sin querer reportarse ni admitir las disculpas de muchos que amaban a Carlos, se fue a quejar al Asistente, el cual mandó que le llamasen a pregones, prometiendo a quien le prendiese o dijese dél dos mil escudos.

Y como por entonces se viese Carlos tan bien guardado vivía contento y entretenido. De día le deleitaban flores y cristales, hasta que se acercaba la noche y dejaba de ser hermano de su querida

224.- En la ed. de Giuliani: 'atormentarles.'

225.- BRU-1626: 'diuirtirse.'

226.- En la ed. de Giuliani: 'como le había,' sin indicar se trate de una enmienda.

Estela. Y estando una tarde juntos gozando de un apacible céfiro, oyeron que Lucinda, tan enamorada de Carlos como segura de que la escuchasen, cantaba desta suerte:

La zagala malcontenta,
de quien aprende el abril
lo encarnado del clavel
y lo casto del jazmín;
la que rinde cuanto mira,
porque el pincel más sutil
graciosamente mezcló
nieve, rayos y carmín,
rendida a un nuevo cuidado,
tan nuevo como infeliz,
confusa, triste y amante,
siente, llora y canta así:

Corazón, pasá y sufrí
mil penas para morir.

Corazón, si noble sois,
¿cómo mi amor permitís?
Y si amáis y le²²⁷ calláis,
corazón, ¿cómo vivís?

Pero como está el amor
tan recién nacido en mí,
apenas acierta a hablar;
que es muy niño en el sentir.

Mas pues he llegado a tiempo
que vivo ya tan sin mí
que sólo morir deseo
por morir y no sentir,
corazón, pasá y sufrí
mil penas para morir.

Mas, ¡ay de mí, que estas penas
aun no me podrán rendir!;
que para un amor valiente
pocas son, aunque son mil.

Bien hacéis en tener penas.
¡Sufrid, corazón, sufrid!;
que si os han de tratar mal,
menos mal es no vivir.

¡Ay corazón, quién pudiera
vivir con vos y sin mí!
Pero pues vos deseáis
morir para no sentir,
corazón, pasá y sufrí
mil penas para morir.

Acabó Lucinda con un suspiro, y miró Estela a Carlos con alguna malicia, mas ni él se alborotó ni ella se dio por entendida; que cuando el amor está tan en los principios de gozarse es poca cordura dar lugar al menor recelo. Bien caro le costó a Carlos el ser querido, porque un criado de Leonardo que tenía cuenta del regalo de Estela y suyo había muchos días que era cuidado de Lucinda, y como vio que la causa de andar tan tibia en su amor era haber puesto los ojos en Carlos, la contó el verdadero suceso de los dos, o para vengarse de su desdén o para obligarla a su voluntad. Sintiólo Lucinda como quien amaba sin esperanza de agradecimiento, y bajándose Carlos otro día a un pedazo de soto en que se remataba la quinta, le siguió Lucinda, y mostrándose desentendido de su voluntad la preguntó la causa de sus melancolías.

—¿Para qué es bueno eso —replicó la villana—, si estas flores, estos árboles y aun estas peñas están publicando lo que paso y lo que padezco? Pregúntaselo a ellas si no lo sabes. Esa risueña fuente que se baja quebrando entre las piedras, ¿de quién piensas tú que murmura sino de mi amor y de mi desvarío, pues me he querido inclinar a un hombre que aun de burlas no me entretiene? Pero ¿qué mucho, si ama de veras en otra parte? Bien conozco que no puedes más, pero dime: si Estela es tu esposa y tú eres Carlos, hermano del conde Alfredo, si Estela es hija de don Fernando de Aragón y tú eres el que la sacaste de su misma casa, ¿de qué sirve disfrazaros con el nombre de hermanos, si la noche sabe otra cosa? ¿No echas de ver que tu fingimiento ha sido causa de mi perdición? Pues si declararas desde luego quién eras cerrarías la puerta a cualquier deseo, porque no sé que haya mujer tan liviana que quiera bien a un hombre que en la mesa y en la cama ha de ser ajeno. Mas ¡pobre de mí, que lo supe cuando estaba perdida! Aunque ya procuraré apartar de mí este pensamiento antes que pase más adelante. Y créeme que me debes tanto que no parece mi amor de tan pocos días. No es esto lisonjarte, Carlos, porque sabe el Cielo que sólo procuro divertirme y aborrecerte. Y dime, para que creas esta verdad: ¿quién hubiera en el mundo que, pudiendo ser rica y vengarse de tantos celos, no hubiera ido a la ciudad y diera cuenta de que vives en estas soledades? Dos mil escudos prometen a quien dijere de ti o de Estela. Pues yo lo sé y quiero callar; que habiendo nacido mujer y estando celosa es gran prueba de mi voluntad. Pero no soy villana, aunque lo parezco: gózate, Carlos, con mi señora Estela, que yo iré consumiendo este amor; que el tiempo suele hacer semejantes milagros, pues vemos que lo que hoy se adora mañana se olvida.

Suspense quedó Carlos de haber escuchado en boca de Lucinda todo el suceso de su fortuna, si bien ella se prometía liberal y piadosa en guardar secreto; pero viendo la poca seguridad que se podía tener de quien amaba sin ser correspondida, y que su vida y el descanso de Estela estaban en manos de su silencio, se determinó a obligarla y entretenerla, ya que no con verdades, por lo menos con palabras que lo pareciesen; que una razón cortés, aunque tenga mucho de lisonja, entretiene mientras se escucha.

Y apenas la empezó a encarecer cuán agradecido le estaba y que quisiera hallarse en estado más libre para pagar aquel amor, cuando Estela, pareciéndole novedad estar sin Carlos, le venía buscando por aquella hermosa provincia de flores, y llegando a una apacible confusión de laureles y mirtos oyó hablar no muy lejos de donde estaba, y con el favor de unos árboles que la servían de celosía se acercó tanto que pudo ver distintamente a Lucinda y a Carlos; y por saber más a su gusto la ocasión de tanta conformidad remitió a los oídos su deseo, y escuchó a Carlos, que, más por haberla menester que por desvanecerle su cuidado, la decía que estaba tan agradecido a su voluntad como pagado de su hermosura, y que el haber andado corto en conocerla había sido por tener a los ojos el estorbo que ella sabía; porque como a Estela tenía tantas obligaciones, que la menor era haber dejado a su padre, no podía hacer de su voluntad todo lo que quisiera; pero que en casándose y en asegurando sus cosas estaba dispuesto a ser muy suyo, de la manera que gustase.

Fuese Lucinda, porque venían algunos de los jardineros y ya se murmuraba entre ellos su voluntad. Quedó Estela tan admirada y tan muerta que aun para reñir sus celos²²⁸ la faltaba ánimo. Pero ya que estuvo cansada de sentirlo y de ponderar la traición de Carlos, el atrevimiento de Lucinda y la furia de los celos que la atormentaban, viendo que Carlos amaba tanto a una villana que la daba parte de sus cosas y descubría lo que a todos callaba, salió con ansias de celosa dando voces y diciendo injurias contra el amor verdadero de Carlos, llamándole por su nombre y diciendo:

—¿De qué sirven, ingrato, las cautelas con que vives, ofendiendo mi sangre, mi calidad y mis obligaciones? Sepan todos que eres, Carlos, el hombre más desleal que ha conocido el mundo. Bien sé que me ha de costar la vida el verte a peligro de que te la quiten; mas por lo menos me he de vengar de tus infamias; que a una mujer principal mejor la parece un hombre muerto que ingrato. ¡Buen pago me das de haber perdido por tu causa lo que tú sabes! ¿Es esto lo que con lágrimas me prometiste cuando te hice dueño desta desdichada hermosura? Pues ya que veo que no te puedo quitar lo que a costa de mi vergüenza has gozado, por lo menos me libraré de los engaños que me esperaban viviendo contigo. Y he de verte sujeto a las crueldades de mi padre y tu hermano, para que, como ofendidos y nobles, se satisfagan a tu costa. Bien puedes desde luego guardarte de mí, porque he de ser tu mayor enemigo, y me he de ir a los ojos de quien te aborrece sólo para que te persigan.

Más quisiera decir Estela, si el dolor y pasión no se lo estorbaran, y así, empezó a descansar llorando; que las lágrimas, cuando una desdicha es grande, más sirven de alivio que de pesadumbre. Reparó Carlos en que casi todos los que vivían en la quinta habían escuchado a Estela, y acordándose de que eran villanos tuvo por cierta su desgracia; y fue así, porque el uno dellos vencido de su codicia, se fue a Sevilla y dio parte de todo a la justicia.

Rindiose Estela a la tirana fuerza de un desmayo, y hallose Carlos más sentido de su disgusto que de los pesares que le esperaban. Volvió a cobrar el sentido, y viendo a su esposo tan triste le pesó de lo que había hecho; que el amor, como es hijo de un dios, se precia de noble y perdona con facilidad. Luego, para satisfacer Carlos a Estela, mandó llamar a Lucinda y en su presencia averiguó de quién había sabido su secreto amor. Confesó la verdad Lucinda, y después dijo Carlos a Estela que la causa de haber hablado de aquella suerte con una villana había sido por obligarla a que no publicase lo que sabía, pues era de menos importancia decirle cuatro lisonjas que ponerse a peligro de que intentase algún desatino. Calló Estela, por no confesar que había errado, y estando discurrendo sobre el suceso de aquella tarde vino un hombre a decir a Carlos que si quería no verse en manos de la justicia procurase huir con brevedad, porque estaba ya tan cerca que sería fácil no poder. Y viendo Estela el peligro en que estaba si le hallaban con ella, le rogó que se fuese, porque él solo había de ser el principal objeto de la venganza de su padre.

Hízolo así, y con un abrazo y cien mil suspiros se despidió de sus ojos diciendo que mientras pasaba la furia de su padre se iría a Granada, donde tenía amigos y deudos, y desde allí se informaría de lo que sucediese. Pero como en nada tenía de su parte al Cielo, en la última puerta vio que le impedían los pasos sus enemigos. Quisieron reconocerle y no lo consintió su gallardía, porque, sacando la espada contra todos, empezó a procurar su defensa; y fuera cierto que la prisión costara más de una vida, si Leonardo (que ya venía a avisarle del suceso) no se llegara a Carlos y le dijera que aquello más parecía deseo de perder la vida que medio para asegurarla, pues aventurarse tan temerariamente no podía tener disculpa en su discreción.

Rindiose Carlos, aunque de mala gana, y luego empezaron a buscar a Estela; aunque fue diligencia escusada, porque pareciéndola que Carlos habría tenido tiempo para huir y defenderse de la justicia, quiso también ella hacer lo mismo, y así, en tanto que andaban todos divertidos con la prisión de Carlos tuvo lugar de salir por otra puerta con intento de ampararse del lugar más vecino. Y con este ánimo y con la esperanza de hallar, si pudiese, a Carlos, sin más compañía que

la memoria de sus desdichas empezó a discurrir por el campo, hasta que, rendida a su cansancio, convidada del sueño y de un apacible arroyo que había sido alma de una peña, se quedó dormida.

Despertola su cuidado cuando ya el sol dejaba gozarse de los primeros montes, y hallose sola, sin conocer la tierra ni saber qué camino tomaría que fuese más conforme a su deseo; y volviendo los ojos a los extremos de un escondido valle vio alguna cantidad de ganado que le ocupaba, y luego un pastor, que teniendo los ojos en la tierra y los pensamientos en algún cuidado que le inquietaba, con un instrumento acomodado a su natural y a su oficio, cantaba y se divertía desta suerte:

Cansado Celio de estar
 desdeñoso con su Filis
 (antiguo cuidado suyo,
 aunque más bella que firme),
 fue a verla cuando otro amor
 gozaban sus ojos libres;
 que por vengarse de Celio,
 a quien no pensó se rinde.
 Mirola el pastor confuso,
 y aun se presume que triste;
 que aunque²²⁹ más olvide un hombre,
 nunca gusta que le olviden.
 Pareciole más hermosa
 porque en otros brazos vive;
 que lo que se goza cansa,
 y lo ajeno es apacible.
 Mas viendo Celio que en ella
 algunas cenizas viven²³⁰
 de aquel incendio pasado,
 de aquesta suerte la dice:
 ¡Ay, quién pensara, Filis,
 que faltara el amor que me tuviste!²³¹
 Ya estoy, Filis, olvidado
 (que el olvido al amor sigue),
 pues me has ido aborreciendo
 al paso que me quisiste.
 Tuya seré mientras viva,
 muchas veces me dijiste:
 viva estás y otro te goza;
 ya me entiendes: tú mentiste.
 Mis tibiezas fueron tantas,
 que confieso, hermosa Filis,
 que me amaste demasiado,
 pues que tanto me sufriste.
 Regalábasme amorosa
 y enojábame terrible,

229.- BRU-1626: 'aunquś'

230.- BRU-1626: 'viuiien'

231.- BRU-1626: 'tuuistes'

tanto que al tenerme amor
 llamaba yo perseguirme.
 Supiste de nuevos gustos,
 y aun olvidarme supiste.
 Si de veras, no lo sé;
 sólo sé que lo dijiste.
 ¡Ay, quién pensara, Filis,
 que faltara el amor que me tuviste!

Preguntole Estela la distancia que había hasta la primera aldea, y fue tanto lo que le obligó su hermosura y honestidad, que después de haberla regalado la acompañó hasta ponerla en un lugar pequeño que se encubría detrás de un monte. Y acordándose Estela de que Carlos había de parar en Granada, se determinó a buscarle; y vendiendo una joya de las que traía, tomó una mula y, fiándose de un labrador que prometió servirla hasta que tuviesen mejor suceso sus trabajos, llegó a Granada a tiempo que ya Carlos en Sevilla estaba cercado de prisiones y guardas, aunque eran tantos sus amigos y tan grande el afecto²³² con que toda la ciudad le miraba, que el padre de Estela se vino a reducir a perdonarle, como pareciese su hija. Despacharon luego a la quinta, y averiguose que desde aquella noche había faltado. Hiciéronse²³³ en Sevilla infinitas diligencias sin hallar persona que diese señas de haberla visto. Confirmó Carlos su adversa suerte, pidiendo al Cielo con lágrimas le diese paciencia para sufrir los desdenes de su fortuna.

No le pesó a Alfredo que no pareciese Estela, porque como ya se vía desconfiado de merecerla, quisiera que alguno, por robarla, la hubiera quitado la vida; mas no le salió cierto este deseo, porque apenas llegó a Granada y supo la prisión de Carlos y la piedad que usaba su padre con entrambos, cuando despachó un hombre que con toda brevedad avisase de que estaba viva y que llegaría muy presto. Salió a recibirla su padre con muchos caballeros, que acompañaron a Carlos.

Sólo Alfredo no quiso hallarse en esta fiesta por no ver su agravio a los ojos, antes, viéndose despreciado y que claramente se había conocido su envidia, fue tan grande su sentimiento y vergüenza que en muchos días no salió de una sala, y sin más achaque que su profunda melancolía dio en faltar tanto al cuidado de su salud y en dejarse llevar de sus tristezas, que acabó miserablemente su vida. Sintió Carlos la muerte de Alfredo, aunque le heredaba (que no fue poco); pero la sangre y el amor siempre tienen su fuerza, principalmente en los pechos nobles y que no nacen con inclinación de ambiciosos.

Recibió los parabienes del nuevo estado y dio gracias al Cielo de la piedad que con él usaba cuando tenía menos esperanza de remedio; que la buena o mala fortuna²³⁴ siempre viene cuando no se espera. Vivió Carlos muchos años en compañía de su amada Estela gozando la calidad que su hermano perdió con tanta afrenta, pues es cierto que solamente su envidia le mató; que no merece otro fin quien tiene tanto pesar del bien ajeno como si fuese desdicha propia.

FIN DE LA NOVELA TERCERA

232.- BRU-1626: 'efecto.'

233.- BRU-1626: 'hizierose.'

234.- BRU-1626: 'foruno.'

LA MAYOR CONFUSIÓN

A²³⁵

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO, PROCURADOR FISCAL DE LA CÁMARA APOSTÓLICA, Y SU NO- TARIO DESCRITO EN EL ARCHIVO ROMANO

EN la decimatercia parte de sus *Comedias* de V. M. me dedicó una (efecto más de su amor que de mis méritos), y aunque pagar sin ventajas el beneficio pueda llamarse agradecimiento ingrato, así lo sintió Séneca: *Ingratus²³⁶ est, qui beneficium reddit sine usura*. Con todo eso, me parece más piadosa la opinión de Aristóteles²³⁷ en el 8 de su *Filosofía moral: Retributio possibilis esse debet, non condigna*; y en el segundo libro da la disculpa: *Magistris enim, diis et parentibus non potest reddi aequalens*.²³⁸

Esta novela de *La mayor confusión*, cuyo caso tiene mucha parte de verdad, restituyo a V. M. como cosa suya, porque si lo poco que he alcanzado en mis pocos años lo debo a su doctrina,²³⁹ a cuyos pechos me he criado²⁴⁰ siempre, volver al mar lo que salió de su abundancia²⁴¹ más se debe llamar restitución que ofrenda. Yo me holgara pareciera de V. M. por que, en efeto, fuera de Lope; aunque esto no fuera²⁴² difícil de creer en muchos, que pensando deslucir algunas obras mías y viéndose convencidos a que están escritas con acierto, se las atribuyen a V. M.: error grande de su mala intención, pues no advierten²⁴³ que mejorándolas de dueño las califican, y lo mismo que intentan para desconsolarme vienen a servirme de panegírico. Pero ya no me espanto que a mí me atropellen siendo una hormiga, pues aun en los hombres provecos y que con eternas vigalias han merecido laureles y alabanzas quiere hacer suertes la envidia destes Menipos y Diógenes.

Dichoso V. M. que los castiga sin responderlos; y ha venido a tiempo que hace gala de la persecución saliendo a la defensa de su causa treinta y tres libros hasta hoy impresos; las comedias pasan de mil, sin autos y obras sueltas; la lengua latina (sin haber sido catedrático de Gramática) entiende V. M. como la suya propia, los versos ha puesto en el estado que hoy tienen. Y con ser esto verdad, saber cuatro lenguas, haber visto infinitos²⁴⁴ poetas y tener de todas las ciencias noticia bastante para hablar de ellas como si las hubiese profesado, no puede librarse de emulaciones y desatino. Pero ¿cuándo la virtud y la verdad no pasaron por estos accidentes? Y más en opinión de algunos, que ponen el crédito de sus obras en el vituperio de las ajenas. Antigua debe de ser esta

235.- En la ed. de Giuliani: 'Al'

236.- BRU-1626: 'Ingrutus'

237.- BRU-1626: 'Aristo'

238.- BRU-1626: 'equialens'

239.- MAD-1626: 'doctrina'

240.- BRU-1626: 'creado'

241.- BRU-1626: 'abondancia'

242.- BRU-1626: 'seria'

243.- BRU-1626: 'aduirten'

244.- BRU-1626: 'enfinitos.'

costumbre, y no segura para los que la siguen, pues dice dellos San Jerónimo: *Vilium satis hominum est, et suam laudem quaerentium alios viles facere.*

V. M. (si sus ocupaciones le permitieren tiempo ocioso) se sirva de leer y corregir esa novela con las demás, y si le parecieren bien (porque pienso están escritas con cuidado) puede decir lo que Ciro, hermano de Artajerjes, alabando a Lisandro unos árboles que él mismo había puesto: *Mea manu sunt satae*, pues yo llevo las flores y V. M. ha cultivado el campo. A quien guarde Dios como deseo.

Amigo de V. M.,
el Licenciado Juan Pérez de Montalbán

NOVELA CUARTA

EN la ilustre villa de Madrid, corte de Felipe²⁴⁵ Cuarto, único dueño de dos mundos, cuya grandeza, templos, edificios y antigüedades describiera como hijo suyo si el maestro Gil González de Ávila, Coronista de Su Majestad, no hubiera cerrado la puerta tan de todo punto a esta materia (que sólo su ingenio, estudio y cuidado lo pudiera haber conseguido con tanto acierto, a quien tiene Madrid no poca obligación); en este mar de grandezas, hubo una doncella principal llamada Casandra, que por muerte de sus padres se crio debajo del amparo de un deudo suyo con más libertad que pedía su nobleza; porque como ninguno tenía potestad bastante para sujetarla, se atrevía a muchas cosas que, si bien en la niñez se libran de ser culpas, son por lo menos escalones para llegar a otras liviandades.

Era Casandra moderadamente hermosa, pero acompañaba su belleza con tal travesura, así en los ojos como en las acciones, que daba ocasión a que todos reparasen en su desenfado (que con este nombre disfraza el mundo la deshonestidad de algunas mujeres). Escuchaba con gusto cuanto la decían, respondiendo más de lo que permitían sus años. Cantaba con admiración y tenía otras muchas gracias; que el deseo de parecer bien y de verse querida la obligaba a preciarse de todo con perfección. Con estas partes, y diez mil ducados de dote, dio lugar a que muchos aspirasen a su casamiento: unos, cautivos de su hermosura, y otros, pretendientes de su riqueza. A todos miraba y a todos entretenía, más por el ansia de que la amasen que por estar prendada de alguno; y entre todos, quien solamente mereció la verdad de su pecho fue Gerardo, primo suyo y que se había criado con ella, de buena presencia, de mejor cara y de razonable juicio.

Llevaba pesadamente Gerardo la condición de su prima, viendo que a todas horas le daba muchas pesadumbres que pudiera escusarle; porque, aunque le amaba, no quería por un amor perder la gloria de tantos, pareciéndole que mientras una mujer le tiene a un hombre no le ofende en dejarse querer de los demás. Pero quitole este pensamiento Gerardo, diciendo que pues él se contentaba con ver sus ojos, había ella de hacer lo mismo o se despidiese de verle en su vida. No pensó Casandra que pudiera su primo cumplir amante lo que había prometido celoso; y engañose, porque, anteponiendo la obligación de su honor a la fuerza de su deseo, pasó quince días sin verla ni pasar por donde estuviese.

Sintió Casandra este despego, porque aunque se holgaba de que los demás la solicitasen, como aquel gusto consistía más en su vanidad que en su cuidado, ningún amor pudo con ella tanto que borrara la memoria de su ausente primo. Y reparando con más cordura en su peligrosa condición, conoció que Gerardo se quejaba justamente, y así, se determinó a seguir su gusto, aunque sólo dudaba haber de ser ella quien le llamase; que las mujeres, aun cuando agravian quieren que las desenojen. Mas viendo que para quien se ve²⁴⁶ culpada es el atajo echarse a los pies de la piedad, tomó la pluma y escribió un papel, diciendo:

Por cierto, señor primo, que V. M. está más riguroso con mi voluntad que imaginé, pues tiene ánimo para no verme en tantos días. Yo, a lo menos, bien puedo decir que le quiero más, pues ya me falta aliento para llevar adelante esta ausencia. V. M. se deje ver, que yo salgo a cualquier partido para que se satisfaga, que nada estimo como su voluntad. A quien

245.- MAD-1626: 'Filipe'.

246.- MAD-1626: 'vee'.

guarde el Cielo mil años y le traiga esta tarde a mis ojos, si acaso no hay otros que lo estorben; que de un hombre en Madrid y enojado, cualquiera cosa puede creerse.

Con infinito gusto leyó Gerardo el papel, y luego fue a ver a su hermosa prima y a darla satisfacción²⁴⁷ de sus honrados celos. Ella le recibió con los brazos, quedando confirmadas las paces de su amor. Y acordándose Gerardo que le había favorecido tanto aquella tarde que, por divertirse a mirarle, faltando al cuidado de la almohadilla esmaltó la Holanda con su hermosa sangre), se recogió a su aposento y escribió enamorado estos versos, que a la siguiente noche cantó a su puerta:

Prima: si cuando miráis
 tan cierta mi muerte veis,
 más cruel me parecéis
 cuando más piadosa estáis.
 Y aunque por mí despreciáis²⁴⁸
 esa fuente de rubí,
 no es favor; que os presumí
 tan tirana con los dos,
 que os atreveréis²⁴⁹ a vos
 por verme morir a mí.
 Mas si enfermastes, bien mío,
 de achaque de vuestro amor,
 justo pareció el rigor,
 honesto fue el desvarío.
 Déd vuestra salud confío,
 que si el calor necio anduvo,
 la sangría cuerda estuvo
 como en su efecto se ve;
 que sin duda en mayo fue,
 pues tantos claveles hubo.
 Distes licencia al carmín,
 que se esparció tan hermoso,
 que pudo el suelo dichoso
 pretender para jardín.
 Previno el amor, en fin,
 un descuido liberal
 (dulce injuria del cristal),
 y el hierro a un ángel aleve
 bordó márgenes de nieve
 con arroyos de coral.
 Mas yo, prima, cuando os vi
 con más rosas que solía,
 tuve la herida por mía,
 pues sus efectos sentí;
 que como la causa fui,

247.- BRU-1626: 'satisfacimon.'

248.- MAD-1626: 'desprecias'

249.- BRU-1626: 'atreueries'

me alcanzó tanto dolor,
 que os perdonara el rigor
 (si así se puede decir),
 porque darme que sentir²⁵⁰
 no parece que fue amor.

Entendieron los deudos de Gerardo su amor, y todos convinieron en que se despachase a Roma, por orden del señor Nuncio, para que Su Santidad concediese la dispensación. Súpose entre los amantes de Casandra (que eran muchos) este suceso: unos perdieron de todo punto las esperanzas; otros lloraron su corta fortuna, y otros apelaron a su nuevo estado. Pero quien lo sintió con más veras fue don Bernardo de Zúñiga, caballero natural de Córdoba, tan gran soldado, que por su espada había sido capitán de caballos en Flandes.

Estaba tan rendido a la belleza de Casandra y a sus hechizos, que le faltó poco para perder el juicio y la vida. Era el de más méritos entre los que sólo tenían nombre de amantes, y por esta razón el más favorecido de sus ojos; que como ella no se desdeñaba de escuchar, de responder y aun de recibir, don Bernardo tenía creído que sería suya, y con esta esperanza había crecido su amor de suerte que cuando quiso no pudo resistirle. Y así, esperándola un día de fiesta al salir de misa, se llegó a ella turbado y descolorido, y delante de las personas que la acompañaban la preguntó si le conocía.

—Sí —respondió Casandra—, y sé la merced que me habéis hecho y lo mucho que os he debido; pero ya no estoy en tiempo que pueda pagaros esas obligaciones.

—Pues si me conocéis —dijo don Bernardo— y sabéis mi amor, ¿de qué ha servido, amando a Gerardo, favorecerme para dejarme burlado y desvanecido? Esos términos, Casandra, no son de mujeres tan principales como vos; que sólo se usan entre las de tan bajos pensamientos que hacen oficio lo que es gusto.

—¡Basta! —replicó Casandra—; que de atrevido os vais a descortés sin tener más ocasión que la que os da vuestra soberbia. Porque lo que entre los dos ha pasado sólo ha sido un entretenimiento honesto, fundado no en voluntad que os tuviese, sino en agradecer la que os debía, pues por escucharos²⁵¹ dos o tres noches en una reja no hice escritura de quereros, y así, tenéis poca razón en andar demasiado conmigo. Aunque yo os lo perdonaré con que de hoy más sepáis que Gerardo es mi primo y ha de ser mi esposo, no porque os aventaja en méritos, sino porque le he querido desde que nació. Y hacedme merced de aquí adelante de hablar en mi honor con más modestia, porque os puede estar mal otra cosa.

—Sí haré, por cierto —respondió don Bernardo—, porque hablar en desprecio de las mujeres es de hombres humildes, y yo tengo alguna parte en la casa de Monterrey. Mas lo que no podrá consentir mi amor será que Gerardo ni otro en el mundo os goce mientras tuviere esta espada y no se aplacaren mis celos.

Quedó Casandra con pesadumbre, porque de otras ocasiones conocía la temeridad de don Bernardo y la cólera de su primo. El cual sabiendo de una criada todo lo que había pasado, sintió como era justo los celos de su honra y el atrevimiento de don Bernardo. En llegando la noche, con un broquel y su espada le fue a buscar, y no le hallando ni en la suya ni en una casa de juego donde solía acudir, se puso en la calle de Casandra, pareciéndole que, pues blasonaba de tan amante, era fuerza acudir a su centro. Sucedióle a Gerardo como lo imaginó, aunque no como lo deseaba; que los desengaños en quien ama se buscan, pero no se apetecen. Y apenas le conoció, cuando sin averiguar la verdad ni esperar satisfacción (que lo uno y lo otro suele parecer cobardía) sacó la espada y se fue para él.

250.- MAD-1626: 'sintir.'

251.- BRU-1626: escusaros'

Aguardole don Bernardo sosegado y valiente, por ser el más diestro que en aquel tiempo se conocía (como en éste lo es el insigne don Luis Pacheco de Narváez, gloria y honor del mundo, y a quien debe nuestra nación su crédito en esta parte, pues ha reducido a ciencia lo que hasta ahora ha sido acertar por accidente); pero como la destreza obra dificultosamente sin luz (por ser el principal medio para su ejecución), no podía don Bernardo ni hacer lo que sabía ni cumplir con el deseo de su venganza. Y cansado de que durase tanto la vida entre dos celos, hallándole el broquel un poco alto, le metió una estocada tan fuerte que luego Gerardo se imaginó sin vida, y cayendo a sus pies le pidió con afecto cristiano le dejase confesar y arrepentirse de sus culpas. Acudió infinita gente al ruido; sacaron luces de las ventanas; llegó²⁵² la justicia a tiempo que ya don Bernardo se había favorecido de una iglesia, aunque le aprovechó poco, pues a pesar suyo le sacaron della; que en tales casos suele ser más segura la casa de un embajador que la de un monasterio. Llevaron a Gerardo a la de su prima, que, bañada en lágrimas, hizo tantos extremos que dio más lástima ella viva que Gerardo muerto. Remató su sentimiento con un desmayo tan riguroso, que en dos días no pudo volver en sí.

Murió Gerardo, perdonando primero a su enemigo y rogando a sus padres y deudos no le hiciesen ofensa. Mas poco le correspondieron en esta parte, porque luego procedieron contra él con tanta fuerza que, a no tener en su favor la Iglesia y el amparo de muchos príncipes que por su valor y sangre estimaban su persona, le sucediera una desdicha.²⁵³

De esta manera estuvo en la cárcel más de quince meses. La Iglesia le pedía, y los jueces tenían voluntad de darle, si la parte (que era poderosa) se ablandara y estuviera menos rebelde en el perdón. Y así, interviniendo la autoridad de muchas personas graves, procuraron, para asegurar el honor de Casandra, fuese don Bernardo su esposo, con que cesarían disgustos y pleitos. Consultaron este pensamiento con ella, y respondió a los principios áspera y desabrida, quitando a todos la esperanza de que por aquel camino tuviesen²⁵⁴ fin los negocios de don Bernardo. Pero como la firmeza de Casandra era tan poco segura y su condición tan varia, a pocos días oyó con más piedad las desdichas de don Bernardo, porque no tenía ánimo para estar mucho tiempo sin consolarse. Y así, lastimada dél se resolvió a ser suya, con lo cual salió libre (si puede llamarse con este nombre a quien se había desposado en la cárcel).

Alabaron todos la noble piedad de Casandra y celebraron con fiestas y regocijos el nuevo empleo. Era don Bernardo imaginativo, y, como conocía a Casandra empezó a temerla, procurando quitar todas las ocasiones en que pudiese tropezar, si bien no la podía ir a la mano en las muchas galas y demasiado cuidado de su hermosura; pero pasaba por ello, porque no todas veces le es lícito a un marido dar a entender a su esposa que vive desconfiado de su virtud; que hay mujer que hace verdad lo que se sospecha sólo porque no la culpen inocente. Dioles el Cielo un hermoso hijo, creciendo el amor de los padres con él y gozándose en esta conformidad algunos años, hasta que la muerte (forzoso fin de todos los gustos) quitó la vida a don Bernardo, o por mejor decir, le mataron los celos que padecía y las sospechas que callaba.

Sintió Casandra esta pérdida con extremo, por ser grande el amor que ya le había cobrado, y solamente la sirvió de consuelo su hijo don Félix, que acompañaba su soledad y la divertía de sus tristezas. Era don Félix discreto, galán, y tan hermoso que pudiera envidiarle la cara cualquiera dama; tenía linda conversación y era por extremo agradable. Pluguiera²⁵⁵ a Dios no lo fuera tanto, pues dio ocasión (aunque sin culpa suya) al más extraño delito que ha conocido el mundo.

252.- BRU-1626: 'lego'

253.- BRU-1626: 'disdicha'

254.- BRU-1626: 'tuuiesse'

255.- MAD-1626: 'Plugiera'

Pretendían en este tiempo muchas personas principales el casamiento de Casandra, por no haber estado nunca²⁵⁶ tan hermosa; los años no pasaban de treinta y cuatro, y como había tenido pocos trabajos parecían menos. Pero ella se determinó a no casarse, sin poder ninguno entender la causa. Muchos pensaban que era virtud; pero otros, menos piadosos, creían otra cosa, porque sus muchas galas (que también las consiente aquel estado) ofendían su recogimiento.²⁵⁷ Mas lo cierto era que Casandra tenía un amor secreto, tan injusto, que ella misma estaba con vergüenza de hablar en él; porque viendo en su propio hijo el entendimiento, el talle y la gallardía, se dejó vencer de un pensamiento tan liviano que le vino a mirar con ánimo de gozarle deshonestamente. Estaba ya tan ciega que no le daba lugar este deseo a que pensase en otras cosas ni quisiese divertirse a otros gustos, y sin poder reducir a razón su apetito se resolvió a llegar a los brazos con don Félix: cosa que aun imaginada ofende los oídos. Bien echaba de ver que intentaba un imposible, pero todo lo facilitaba su amor; que como la voluntad nace sin ojos, ni mira los inconvenientes ni se recela de los peligros.

Tenía Casandra una criada de quien fiaba todo su pecho, cuyo nombre era Lisena; la cual rogó a su señora, viéndola tan desabrida, la diese parte de sus congojas, que sin duda eran muchas, pues la obligaban a semejantes extremos.

—¡Ay amiga! —respondió Casandra—. Pluguiera²⁵⁸ a Dios fueran mis tristezas o capaces de remedio o menos indignas de referirse; mas quiere mi fortuna que las padezca y calle, para que me consuma mi propio silencio. Pero mal hago en no contarte lo que me tiene sin gusto, sin salud y sin vida, sabiendo de tu amor que tomará por su cuenta mi desgracia y me aliviará la pesadumbre, pues quien escucha piadosamente consuela el alma, ya que no remedia la pena. Bien sé que le ha de costar a mi vergüenza algunas colores; pero no hablo con ningún extraño: mujer eres como yo y que deseas mi bien. Y supuesta esta verdad, oye la mayor desdicha que puede haberle sucedido a una mujer de mis prendas. Nace mi desasosiego y poco gusto, ¡oh amiga Lisena!, de amar a un hombre que, con ser tan bueno como yo y estar cierta de que me quiere bien, es imposible pueda gozarme. Dirásme, ¿qué es la causa de hallar dificultad en lo que parece que no la tiene, y más habiendo igualdad y correspondencia de parte de entrambos? Pues para sacarte desta duda, y también para que prevengas tu ingenio en mi remedio, óyeme un rato, aunque después te espantes de mi liviandad. Yo amo a mi propio hijo; yo adoro a don Félix, y esto de manera que ha de costarme la vida el ver que no puedo ejecutar mi deseo. Yo he procurado estorbarme esta resolución; pero ni el ver que voy contra las leyes de la Naturaleza, ni el considerar que es un intento temerario, y, sobre todo, saber que se ha de enojar el Cielo tan gravemente, ha sido bastante para olvidar este pensamiento: tanto es lo que se ha apoderado de mi albedrío. ¡Mira tú si tengo harta ocasión para llorar y desear mi muerte, hallándome en estado que me falta poco para perder la opinión y la vida!

Admirada escuchó Lisena el indigno amor de Casandra, y después de haberla persuadido a que le borrara de su memoria, la dijo:

—Pluguiera a Dios, señora mía, que²⁵⁹ el amor que me tiene a mí don Félix pudiera remediar el tuyo; que yo te traspasara algunas finezas. Porque ha dado en perseguirme de manera que muchas veces, por tener miedo a sus demasías, no me atrevo a estar sola delante de sus ojos. Y con tener los merecimientos que ves, te aseguro que nunca me he determinado a mirarle con más voluntad que la que le debo por hijo tuyo y dueño mío. Y también lo que me ha detenido los pasos

256.— BRU-1626: 'uunca'

257.— BRU-1626: recogimiento'

258.— En la ed. de Giuliani: 'plugiera'

259.— Suplo 'que'. Entiendo que si falta en las eds. de 1626 también faltaría en la princeps; pero en la de Giuliani no se indica como enmienda, quizá por haberse apoyado al compulsar la princeps en alguna ed. moderna y no advertirlo. Sea como fuere, no falta 'que' en otros pasajes similares: 'Y pluguiera al Cielo, hermosa Silvia, que...'; 'Pluguiera a Dios, señor mío, que...'. La enmienda ya figura en las eds. de Barcelona-1640 y Sevilla-1641.

es el no estar tan libre de una pasión que me consienta otros desvelos: yo quiero bien y soy pagada; dos cosas que me tienen con rienda los ojos. Hete dicho esto por que no presumas que por verme querida haya tenido atrevimiento para ofender tu casa.

Con atención, y aun con envidia, la oyó Casandra, y del veneno que la pudieran²⁶⁰ dar los celos mirando gozar lo que ella no²⁶¹ merecía, sacó medicina que curase los accidentes de su pasión, y en un punto le ofreció su entendimiento una traza tan ingeniosa para lograr su lascivo deseo, que no pudiera el padre de Ícaro (que fue instrumento de la deshonor de Pasifae)²⁶² imaginarla más a su propósito. Y llamando en secreto a Lisena, la dijo en breves palabras que sólo en ella estribaba el fin de su deseo, porque con su ayuda sería cierto que le cumpliría. Confusa quedó Lisena con la nueva esperanza de su señora, y lo que la respondió fue decir que de su parte estaba dispuesta a intentar por su gusto cualquiera osadía, aunque aventurase la vida y la honra. Entonces Casandra prosiguió diciendo:

—Supuesto, Lisena, como tú dices, que no tienes amor a don Félix, te has de mostrar de aquí adelante tan reconocida a su amor y tan pagada de su talle que venga a creer le tienes alguna voluntad y prosiga en el deseo de gozarte, y la noche que te pareciere le has de dar licencia para que te hable en tu aposento; y esa misma noche estaré yo en él y gozaré con este engaño lo que ha tantos días que me tiene como sabes, pues hallándome sin luz será imposible que me conozca.

No le desagradó a Lisena la traza, y luego empezó a ejecutarla, así por agradar a quien había menester como porque Casandra la consintiese algunas liviandades que tenía. Y a pocos lances concertó con don Félix que en medio del silencio de la noche entrase sin que nadie le sintiese en su aposento; pero con prevención de que hablase poco, por que no le escuchase alguna criada que la descompusiese con su madre. Prometiola don Félix ser mudo, porque él no había de ir a hablar con ella, sino a llegar a sus brazos, en los cuales se comunica el alma sin haber menester a la lengua.

Vino la noche y avisó Lisena a Casandra; la cual aguardó por galán al mismo que había traído en sus entrañas. Llegó el engañado don Félix, y ajeno de semejante maldad, pensando que estaba en los brazos de una criada gozó la belleza de su indigna madre, de la cual se despidió arrepentido, como todos. Y Casandra quedó tan corrida y avergonzada consigo misma que quisiera haber perdido la vida antes que poner por obra tan ruin pensamiento: tanto es el dolor que traen los gustos después de conseguidos, y más cuando proceden de causa que no puede tener disculpa; que un delito feo no ha menester más castigo que cometerse, pues a todas horas está abrasando el alma y dando en los ojos con la culpa.

Ya Casandra pasaba por estos rigores, porque la Naturaleza misma parece que se quejaba de su violencia; y como a las espaldas de la posesión viene siempre el arrepentimiento, no sabía qué hacerse para huir de sí misma, que ya era su mayor enemigo. Y no paró en esto su desdicha, sucediéndola aun peor de lo que imaginó; porque en su falta²⁶³ de salud y en otras faltas conoció que no le salía tan barato su desatino que pudiese estar secreto muchos días: sintiose preñada. Y antes que pasase adelante quiso valerse de remedios crueles para arrojar sin tiempo aquel desdichado fruto; pero no le aprovecharon medicinas ni diligencias contra la fuerza de su destino.

Y así, considerando cuán a peligro estaba su opinión y que el tiempo había de descubrir su liviandad, aunque no el autor della, hizo que dentro de un mes se partiese don Félix a Flandes con una ventaja y una letra de dos mil escudos. No sin gusto²⁶⁴ suyo, porque deseaba ver mundo y salir de España, por saber que nunca la patria trata a sus hijos como madre. Y luego, para no verse

260.- BRU-1626: 'pudiera'

261.- BRU-1626: 'uo'

262.- BRU-1626: 'Pasife'

263.- MAD-1626: 'alta'

264.- BRU-1626: 'gustu'

murmurada del vulgo, de sus parientes y de sus amantes, fingiendo una promesa a Guadalupe se fue a una pequeña aldea donde tenía Lisena sus padres, y allí estuvo secretamente hasta que dio a luz una hermosa niña, a quien llamó Diana. Y dejando orden para que la criasen se volvió a su casa, viviendo después con tanta cordura que cobró el honor que tenía perdido en opinión de muchos, que por sus locas galas sospechaban mal de su virtud. Creció Diana y trujola consigo, dando a entender a todos que una noche la habían hallado las criadas a su puerta, y que para divertir la ausencia de don Félix la quería tener en lugar de hija.

Ya don Félix en este tiempo era muy gran soldado, bienquisto y amado de todos, así por su valor como por sus muchas gracias: era cortés y liberal, y, sobre todo, tan virtuoso, que siendo soldado ni juraba ni jugaba. Pero como nunca falta un azar que desbarate el sosiego y gusto de un hombre, sucedió que estando cierta noche hablando con una señora flamenca pasó por la calle un caballero que había sido dueño de aquella casa mucho tiempo; y aunque ya no lo era (porque la tal dama viéndose aborrecer, había pretendido divertirse), con todo eso, no quería consentir que ninguno la solicitase, o por hacerla pesar o porque a él le pesaba; que los celos suelen despertar la voluntad más dormida. La noche era algo oscura,²⁶⁵ y por esta ocasión ni el caballero ni dos músicos que traía consigo vieron a don Félix, que abrasado de cólera hubiera sacado la espada aunque estaba solo, si no se lo impidiera la dama poniéndole por delante su opinión.

Acercáronse los músicos, y en concertando los instrumentos, a propósito de lo que entonces pasaba por su dueño cantaron así:

Ya llegó, señora, el día
 en que de mi amor te cansas,
 pues sosiegas²⁶⁶ y descansas
 sin matarte por ser mía.
 Y aunque es forzoso que sienta
 que del alma me sacaste,
 siquiera porque me amaste,
 me huelgo que estés contenta.
 Alégrate y no estés triste,
 que yo podré consolarme
 con que no puedes quitarme
 el amor que me tuviste;
 que haberme querido bien
 no me lo puedes negar,
 pues yo te vi suspirar,
 y te vi llorar también.
 Y aunque de ti me despidas,
 yo, Flora, tengo entendido
 que es más lo que me has querido
 que lo que ahora²⁶⁷ me olvidas.
 Y a tratar verdad aquí,
 aunque más cruel te miras,
 yo sé, Flora, que suspiras
 y que te acuerdas de mí.

265.- MAD-1626: 'escura.'

266.- BRU-1626: 'sossiega.'

267.- BRU-1626: 'agora.'

Hanme dicho que a otro quieres;
 y no es mucho, te prometo,
 que eres mujer, en efeto,
 y aprendes de las mujeres.
 Gócesle por muchos años;
 que también era locura
 sujetar esa hermosura
 a mis desdenes y engaños.
 Pero no pienses que estás
 por eso en tu amor vengada;
 que admitir a otro picada
 es para abrasarte más.
 Y si acaso el nuevo empleo
 te diere, Flora, disgusto,
 escoge un hombre a tu gusto
 y diferencia el deseo.
 Que aunque al honor no es decente,
 con tantos puedes hablar
 que al fin vengas a topar
 alguno que te contente.
 Mas no lo llevará bien
 mi amor, porque en caso tal,
 después que le trates mal,
 pienso que te mira bien.
 Picarme, Flora, has querido,
 y no pienso que has errado,
 pues quien no te quiso amado
 te enamora aborrecido.
 Mas aunque muera por ti,
 no te lo daré a entender,
 porque no me quiero ver
 como te viste por mí.

En cantando, se llegó el caballero a la reja para ver si le habían escuchado; mas viendo que la ocupaba otro, sufriendo mal la conformidad de entrambos le dijo a don Félix se tuviese por avisado de que daba pesadumbre en solicitar el cuidado de aquellas rejas; y así, se escusase de darla, porque podía costarle mucho disgusto hacer otra cosa.

—No pienso yo —replicó don Félix— que habrá ninguno que me le dé conociéndome. Esta calle es del Rey, que Dios guarde, y esta dama no tan vuestra que pase por lo que decís, pues es cierto que si os amara no estuviera conmigo. Yo no he de prometer lo que después ha de ser imposible²⁶⁸ que cumpla; y supuesta esta determinación, elegid el medio más conveniente²⁶⁹ a vuestro amor, como yo²⁷⁰ no pierda.

—El medio será —respondió— echaros de la calle a cuchilladas y quitaros después la vida, para que cesen tantos enfados.

268.- BRU-1626: 'imposible'.

269.- BRU-1616: 'conueuiente'.

270.- BRU-1626: 'y'.

—Paréceme que no lo habéis recabado conmigo —replicó el valiente español—, porque la he sabido defender en otras ocasiones de más peligro.

Y sacando la espada, a los primeros golpes esmaltó el arrogante flamenco con su sangre las piedras. Y viendo que la gente que traía acudía a su defensa, le fue forzoso a don Félix retirarse a la casa de un caballero amigo suyo, donde estuvo algunos días, hasta que, sabiendo que su enemigo era de los más principales de aquel Estado, y que por esa causa, aunque²⁷¹ sanara de la herida, había de estar con el mismo riesgo, se partió a Nápoles; y después de admirar sus grandezas determinó dar la vuelta a España, a gozar su patrimonio y descansar de los trabajos de la guerra. Llegó a Madrid, donde le recibieron sus deudos y su madre con infinitos regocijos y fiestas.

Tendría Diana entonces hasta catorce años, y estaba tan bella que, con ser Madrid el lugar donde menos lucen las hermosuras (por haber tantas), Diana entre todas tenía opinión. Preguntó don Félix quién era; respondióle Casandra que no la conocía más padres que al Cielo y a su piedad, y que por llevar con más blandura el rigor de su soledad la había criado desde sus tiernos años. Mirola con atención don Félix, y como para amarla no era menester sino dejarse mirar, no pudo resistir el fuego de sus divinos ojos, y así, en cualquiera ocasión procuraba darla a entender su amoroso cuidado.

Era discreta Diana, y entendióle (que un amor grande con facilidad se conoce); y no la pesó, porque no tenía don Félix entendimiento ni talle para que ninguna se desagradara de su empleo. Aunque viendo la desigualdad que juzgaba haber de por medio se fue a la mano y riñó a sus ojos algunas travesuras (que el recato llama descuidos), por no empeñarse en un amor que no había de parar en fin honesto. Pero como en los primeros años está el alma tan dispuesta a cualquier voluntad, la de Diana confesó dentro de su mismo pecho que amaba a don Félix.

El cual sufriendo los desdenes de su hermosura (nacidos de su honestidad,²⁷² no de su desprecio), se resolvió a porfiar hasta vencerla. Salía de noche y paseábase por su misma casa como si fuera ajena, por no escusarse de las finezas de galán. Y avisando una noche a ciertos amigos músicos, para obligar a la discreta Diana cantaron entre todos²⁷³ desta suerte:

Aunque me mate Diana,
no estorbéis, selvas, mi muerte;
que pues yo la solicito
sin duda que no me ofende.
¿Qué os diré de sus cabellos,
que con rizos diferentes
atrevidamente hechizan,
lisonjeramente prenden?
Basta decir que son suyos,
y que Diana los tiene
para guarnecer con oro
juridiciones de nieve.
De sus ojos sé deciros
que quien los mira los teme.
¡Ay de mí, que los he visto,
y he visto en ellos mi muerte!
Sólo consigo compiten,

271.- BRU-1626: 'aunque'

272.- BRU-1626: 'honestidad'

273.- BRU-1626: 'todo'

que el Sol ni puede ni quiere
 (como sabe lo que valen)
 intentar desvanecerse;
 antes humilde los mira
 y por amigos los tiene,
 por si acaso ha menester
 alguna luz que le presten.
 Las mejillas son de rosa;
 que sobre el marfil parece
 que quiso el Cielo casar
 azucenas y claveles.
 La boca, de nieve y grana,
 es un aposento breve,
 caja de mejores perlas
 que Neptuno en conchas tiene.
 Las manos son de cristal,
 tan hermoso y transparente,
 que en belleza y en blancura
 no deben nada a la nieve.
 Lo demás, que no se toca
 ni a los ojos se consiente,
 sin duda que es más perfeto,
 pues imaginado enciende.
 En fin, me ha muerto Diana;
 pero tan gustosamente,
 que suelo, de amores loco,
 agradecerla mi muerte.
 Mirad si tengo mal gusto
 y si puede libremente
 perderse un hombre de bien
 (si esto puede ser perderse).
 Y así, decilda, si acaso
 a visitaros viniere,
 que se acuerde de mi amor,
 y de mis penas se acuerde.

Ingrata era Diana a todas estas finezas, porque podía con ella más su recato que su amor. Y así, le dijo una mañana que no se cansase en conquistar su pecho,²⁷⁴ porque sería más fácil reducir a número las arenas del dorado Tajo y hallar piedad en las entrañas de una peña. Bien pudiera desmentirla su propio corazón; pero muchas veces huye una mujer de lo propio que adora, porque lo que más ama suele ser su mayor enemigo.

Alcanzó Casandra a saber esta voluntad, y turbole el alma el intento de su hijo, por el peligro que había en que Diana, como muchacha, se dejase vencer de sus palabras. Y así, llamándola aparte, culpó el atrevimiento de mirar a don Félix sabiendo que no podía intentar sino su deshonor, porque no había de casarse con una mujer que no conocía padres; y advirtiese que ella estaba resuelta a casarla tan bien que nadie pensase sino que era hija propia; pero sería con la condición

274.- BRU-1626: 'decho'

de no salir un punto de su obediencia, porque si tenía otro pensamiento, desde luego podía dejar su casa y disponer de su libertad a su gusto.

Respondiolo con lágrimas la hermosa Diana que ya sabía que no merecía a su señor don Félix por no conocer a quien la había dado el ser; pero que tampoco tenía razón en decírselo con tanto desprecio, pues, en fin, era cosa en que no tenía culpa. Y que mirase que se quejaba injustamente de su honestidad, porque de la misma manera que no había estado en su mano tener tan sospechoso nacimiento, así no era culpada en que su señor don Félix la amase, si acaso era tenerla amor decirle algunas veces cuatro razones mejor sentidas que escuchadas.²⁷⁵ Mas si alguna criada con información falsa, con envidia o con celos la decía otra cosa, entendiase que la engañaba; porque en ella no había más ocasión que tener aquella desgraciada hermosura. Y que para más satisfacción de su verdad tratase desde luego de darla estado, como no fuese casándola, porque no se sentía con ánimo de sufrir un marido. Y pues (como ella decía) tenía tanto deseo de remediarla,²⁷⁶ monasterios había en la Corte donde podía acabar su vida, para librarse de escuchar una afrenta a cualquiera que la conociese.

Con muchos abrazos la respondió Casandra agradeciendo su santa determinación; porque aunque era verdad que la amaba como madre y había de sentir su ausencia, menos inconveniente era vivir sin ella que estar a peligro de que don Félix, mozo, atrevido y enamorado, pasase adelante en su locura y después de un yerro tan grande se siguiese otro mucho mayor, pues aunque Diana se resistiese, la porfía, el amor y los ruegos lo sujetan todo. Y con este ánimo concertó secretamente en un convento su dote, donde la llevó, y en breves horas trocó su casa por una celda y sus galas por un hábito de San Francisco.

El sentimiento de Diana fue grande viéndose en estado tan diferente de sus intentos y esperanzas; porque siempre las había tenido de ser esposa de don Félix: tantas eran las muestras de amor que miraba en él. Mas considerando que fuera mayor tormento vivir en brazos de un hombre que no fuese don Félix, empezó a divertir la memoria de los pasados pensamientos, conformándose con su fortuna y entregando la libertad a mejor Esposo. Súpolo don Félix, y sintiolo de suerte que fue mucho no hacer un desatino con su madre, porque le dijeron que ella sola era quien más había estorbado su gusto. Y así, muchas noches le aconteció ir al monasterio y, como loco, dar voces pidiendo su esposa, sin consentir que aun sus mayores amigos le consolasen en tal pérdida.

Disculpa tenía don Félix, que en llegando a ser verdadero el amor, ni puede alegrarse ni divertirse. Amaba lo que perdía: milagro era que no muriese y liviandad fuera que se consolase, si bien solamente podía sosegarle el desengaño de su ignorancia, pues quería para mujer propia a quien era su hermana y su hija. Pero ¿quién podía avisarle de lo que Casandra, el Cielo y una criada sabían?

Ya se iba acercando la profesión de Diana, y don Félix perdía el juicio de ver cuán poco se le daba de vivir sin él, porque Casandra (para quitarle la esperanza) decía que Diana no sólo le olvidaba, sino que estaba arrepentida de haberle escuchado. Mas lo cierto era que, sabiendo que casarse con don Félix era imposible, había reducido el entendimiento a perseverar en la religión. No creía don Félix a su madre, porque otras personas le decían lo contrario, y así, quisiera saber de su misma boca si el estado que tenía era por elección suya o si acaso las persuasiones de su madre la habían obligado a seguir aquel camino, porque muchas veces la había²⁷⁷ oído encarecer a ella misma su contraria voluntad en aquella materia.

Y así, una tarde que Casandra la enviaba cierto regalo tuvo ocasión de poner un papel en parte que era fuerza llegase a sus manos y estaba seguro de que nadie le viera. Y esto con intención de que por lo menos entendiase Diana que su queja era justa, pues, sin más causa que tenerla amor

275.- BRU-1626: 'esucuchadas'

276.- BRU-1626: 'remepiarla'

277.- BRU-1626: 'euia'

le había dejado. Halló el papel Diana, y pensando que era de su señora le abrió; pero apenas leyó la firma cuando le hizo pedazos; que no es cordura refrescar la memoria con lo que después ha de dar pesadumbre. Estuvo suspensa un gran rato, imaginando lo que podía escribirla un hombre que la había querido y que esperaba perderla tan presto, y si va a decir verdad, la pesó de haberle rompido. Y juntando turbada los divididos pedazos, dio a cada uno su lugar y luego leyó así:

De tus palabras siempre creí que no me querías; pero de tus ojos nunca me pude²⁷⁸ persuadir a que no me adorabas. Y en esta parte pienso que son los testigos más abonados; pero mintieron, hermosa Diana; que, en fin, son de mujer, aunque son tuyos. Perdóname si te hablo atrevido, y pues tengo razón, ni te disculpes ni me castigues. Y advierte que no es mi intento impedir el estado que tienes; que gracias a Dios bien sé que es el más seguro, aunque no el²⁷⁹ más fácil. Lo que te quiero preguntar es si mi madre con algún género de violencia te ha persuadido a que le sigas sin gusto tuyo; porque, si es así, hágote saber que te ha de costar el obedecerla vivir desesperada y perder con la vida el alma, porque un estado a disgusto no suele tener otros fines. Tiempo tienes, Diana, para volver por tu libertad; y para que veas si mi amor es fingido, porque te amo y porque tengo por cierto que vives ahora²⁸⁰ contra tu voluntad, digo que desde aquí prometo ser tu esposo; que para mí no he menester más calidad que tu virtud y tu cara, que si me tienes amor, con esto te he dicho harto. Tu esposo don Félix.

Admirole a Diana la resolución de don Félix, y como el fuego de su amor, aunque estaba suspendido, no estaba muerto, volvió a dar nuevo aliento a las calientes cenizas. En fin, salió decretado de su entendimiento que era locura vivir descontenta toda la vida por hacer el gusto de Casandra, y pocos días antes de la profesión la rogó no se cansase en fiestas ni en prevenciones, porque ella no se hallaba con ánimo de perseverar en aquel estado, fuera de que tenía marido que lo estorbaba. Y en este tiempo vino don Félix (que ya estaba avisado) y confirmó que Diana era su esposa. Sacáronla luego del monasterio con lágrimas de todas, y aun con envidia de alguna, que se holgara de acompañarla.

Quedó Casandra muerta, y llamándola en secreto con determinación de decirla quién era, la rogó no la diese tanto pesar que se casase con don Félix; porque el día que lo hiciera sería el último que la había de ver; y que si quería casarse con otro, prometía favorecerla con tantas veras que se espantase el mundo de su liberalidad.

—Por cierto, señora —replicó Diana—, que no acabo de entender la causa que te obliga a sentir tan mal destas cosas; porque si, como tú dices, me tienes tanto amor, paréceme que amar a una persona no es quitarla el bien que la promete el Cielo, procurando escurecer su fortuna. Y si piensas que obligas a tu hijo estorbando su amor porque mi sangre no le iguala, es engaño conocido; porque quitarle el gusto más merece nombre de tiranía. Mi calidad no puedo decir que es más ni menos, porque ignoro los padres que tuve; pero como suele un hombre hacer hermoso el objeto que ama con la imaginación, aunque no lo sea, así don Félix puede presumir que soy noble, pues no le cuesta más que encomendarlo a su pensamiento; que harta nobleza me sobra, pues tuve suerte para agradarle. Y si esto es verdad, ¿de qué sirve ser tan cruel con tu sangre y conmigo, y que, siendo tú quien más había de alentarme, seas solamente quien me desanime?

Responderla quiso Casandra con el desengaño, pero la vergüenza y el temor la pusieron un ñudo a la garganta; que esto de llegar a quitarse una mujer el honor a sí misma es dificultoso en su

278.— BRU-1626: 'puede.'

279.— MAD-1626: 'no es el.'

280.— BRU-1626: 'agora.'

naturaleza.²⁸¹ Mucho erraba Casandra en callar aquella verdad que a todas horas la estaba dando voces en el pecho, mas la estrañeza del delito la disculpa; y así, viendo resuelta a Diana de gozar por esposo al que era hermano y padre suyo, buscaba medios que estorbasen el amor de entrambos. Y acordándose de una señora a quien don Félix antes de amar a Diana había querido, y aun se murmuraba que la debía su honra, se fue a su casa y la dijo que ella se había informado de que su hijo la tenía obligaciones que no podían satisfacerse menos que con ser su esposo,²⁸² y que no era justo que se casase con una criada suya, cuyo nacimiento podía deslucir su sangre, teniendo tan antiguas deudas.

Con justa admiración la escuchó Fulgencia (que así se llamaba esta dama), y después de encarecer el favor que la hacía, y dejar salir algunos suspiros que la ingratitud de don Félix tenía depositados en su pecho, la dijo:

—Debe de haber ocho meses que, saliendo una mañana de mayo con dos amigas y una criada a curar el achaque de una opilación, aunque más con deseo de ser vista que con ánimo de tomar el acero,²⁸³ me vio²⁸⁴ don Félix, y llegando a comprar unos ramilletes en Provincia,²⁸⁵ donde todas las mañanas deste mes hay un jardín portátil, según él dijo le parecí bien; pero engañáronme sus ojos y sus palabras, pues las obras me lo han dicho tan a mi costa. Y con despejo de soldado, si bien con la cortesía que se debe tener con las mujeres, se²⁸⁶ llegó a mí, o por más hermosa o por²⁸⁷ más desdichada, con los engaños y lisonjas que en semejantes ocasiones dicen todos. No pude culparle de atrevido, porque cuando las mujeres van dando ocasión no es mucho que pierdan el respeto a su decoro. Siguiome toda la mañana²⁸⁸ galán y cortesano, encareciendo con mentiras y amores, que en mi opinión todo es uno, el que me tenía, hasta que me dejó en mi calle. Apenas al siguiente día el amante de Dafne esparcía sus rayos, cuando vi a don Félix que estaba a la puerta de mi casa aguardándome. Salí con más cuidado, así en el vestido como en la cara, pareciéndome que ya tenía quien me mirase con alguna atención. Llevaba un faldellín de damasco verde con pretinillas de lo mismo, sombrero de color con plumas, pies pequeños con zapatos de ámbar, y sobre todo, muy poco juicio. Porfió don Félix, y, en efeto, lo que resultó²⁸⁹ fue que, enterneada a sus ruegos, confiada en sus palabras, y lo que más es, perdida por su talle, le hice dueño de mi honor: tan poderoso es el amor de una mujer, el engaño de un hombre y la ocasión de entrambos. Prometió ser mi esposo, si bien no es bastante disculpa para mi yerro; que no la tiene una mujer que se fía de quien con la fuerza del deseo promete lo que suele negar arrepentido. Bien lo tengo experimentado, pues apenas me gozó cuando hallé el desengaño desta verdad; porque luego empezó a descuidarse tanto conmigo que se pasaban muchos días sin que le viese. Lo que entonces sentí y lo que lloré no lo digo, porque ni sé ni puedo. Supe que la causa de olvidarme era por amar con extremo a una criada suya, que sin duda debe de ser esa misma. Vime burlada y aborrecida: dos agravios para una mujer de bien los mayores que puede usar la traición de los hombres. Procuré hablarle, por saber la ocasión que le obligaba a semejante ingratitud; mas no lo pudieron alcanzar mis ruegos ni mis lágrimas; que los hombres, en viéndose culpados, por no satisfacer no escuchan. Y así, me obligó a decir mis quejas a un papel y mi liviandad a una amiga, para que le riñese sus sinrazones. Pero la

281.— BRU-1626: 'naturaleza'.

282.— BRU-1626: 'ser esposo'.

283.— La retención de líquidos se corregía bebiendo agua ferruginosa.

284.— BRU-1626: dio'.

285.— Conocida plaza del Madrid antiguo.

286.— BRU-1626: 'sí'.

287.— BRU-1626: 'par'.

288.— BRU-1626: 'mañada'.

289.— BRU-1626: 'resuelto'.

respuesta fue de suerte que aún agora²⁹⁰ la temo. ¡Ay señora mía! Si una mujer cuando aventura su opinión se acordara del pago que han dado a otras, ¡qué cierto sería que hubiera menos burladas en el mundo! Lo que me respondió fue que cuando dijo que me tenía amor estaba empleado en Diana, y que por despicarse de sus desdenes y parecerle que yo recibía con gusto su voluntad había proseguido en desvanecerme; y así, procurase olvidar los pensamientos, si tenía algunos, de ser suya, porque era imposible, y de pretenderlo sólo podía seguirse tenerle menos obligado y hacer más pública mi deshonra. Bien me podéis creer que cuando pasé los ojos por estas razones quisiera tenerle delante para hacerle pedazos y satisfacer con su sangre mi justa venganza; mas viendo que si ponía en manos de la justicia la mucha que tenía era quedar con eterna infamia, porque él había de salir con vitoria de todo por tener hacienda que le solicitase las sentencias, me determiné a callar mi agravio. Esto es, señora, lo que me debe don Félix. ¡Mirad vos si tengo causa bastante para ser suya y para quejarme mientras viviere de su trato y de mi desdicha!

Grande fue el contento que recibió Casandra con la historia de Fulgencia, por haber hallado ocasión tan fuerte para dividir a Diana y a don Félix. Y así, después de consolar a la triste y afligida dama habló a sus padres y les contó la traición de su hijo, disculpando en todo a Fulgencia y prometiéndoles que había de ser su esposo aunque le pesase. Porque quien podía hacer dudoso el pleito era ella, gastando dos mil escudos para librar a su hijo; pero que estaba de tan diferente parecer, que si fuera necesario juraría contra don Félix. De manera que por cualquier camino estaría el pleito seguro, pues lo más que él podía hacer, si la aborrecía, era casarse y dejar luego a España, y eso importaba poco, pues en cuanto a su honra ya la cobraba con ser su marido, y en lo demás, ella tenía seis mil ducados cada año, con que podía haber moderadamente para todos. Sintieron los padres de Fulgencia su liviandad; mas viendo lo que Casandra les prometía disimularon cuerdateamente, y sin dilatarlo más hicieron información²⁹¹ con todo secreto.

Ya Diana esperaba por puntos a don Félix, que, más enamorado cada día de sus hermosos ojos, iba abreviando su desposorio. Y el padre de Fulgencia pensando que con buenas palabras pudiera reducirle a lo que después había de hacer forzado, se llegó a hablarle y le refirió todo lo que pasaba; mas respondióle don Félix tan colérico y libre, que le obligó a sacar un mandamiento para prenderle y hacer que moderase en la cárcel los bríos que había cobrado en la soldadesca. No faltó quien avisase a don Félix del riesgo que tenía si le prendiesen, porque su madre era quien más le perseguía; y recelándose de alguna violencia se llegó a Diana, y diciéndola que por quererla tanto era forzoso estar algunos días sin verla, se despidió de sus ojos y de sus brazos.

Confusa quedó Diana escuchando novedad tan grande; mas cuando vio que la justicia hacía diligencia para buscarle no podía entender lo que encerraba aquella enigma; y aunque la dijeron la causa no quiso creerla, porque del amor de don Félix le parecía imposible que hubiese mirado otros ojos. Pero cuando advirtió que se ponía el pleito, que don Félix faltaba y que Fulgencia decía que era su marido, porque las obligaciones que la tenía eran de tal peso que no podían pasar sin paga, creyolo de suerte que con sus propias manos quiso poner fin a su vida.

—¡Ay ingrato! —decía bañándose en su mismo aljófara—. ¿Este es el amor con que me esperabas? Muy bien has pagado mi voluntad, pues sabe Dios que no te lo he merecido. Pero sin duda es venganza del Cielo; que quien dejó de ser esposa suya por estimarte bien merece cualquier castigo. Nunca pensé, traidor, que en los hombres principales había bajezas; pero engañeme, porque, en fin, son hombres. Y si esto hacen con nosotras, ¿cómo nos infaman murmurando de nuestras costumbres²⁹² y de nuestra naturaleza? Una cosa solamente me ha de servir de consuelo, y es que ninguno ha de engañarme segunda vez; porque si don Félix cuando está más fino y cuando hace

290.- MAD-1626: 'aora'

291.- BRU-1626: 'iuformacion'

292.- BRU-1626: 'costumbre'

tantos géneros de locuras tiene aquesto encubierto, ¿qué puede esperarse de los demás? Paréceme que si él estuviera aquí me respondiera que no por gozar un hombre de otros brazos deja de amar al dueño principal. Pero dijérale yo que mentía; que quien ama de veras no ha de tener ánimo para mirar otros ojos, aunque sea de burlas, porque la voluntad, cuando es verdadera, no puede pasar por semejantes traiciones. Confieso que he tenido mucha culpa en haberte creído; pero ¿por qué no te había de creer mil veces, viéndote intentar por tu loco amor, no finezas, sino desatinos? ¡Ah traidor don Félix! Si como te di lugar en el alma consintiera en otros deseos, ¡buena quedara mi honestidad, pues ya eras ajeno! ¿Quién duda que en cualquiera parte te alabaras de haber engañado y vencido el recato de dos mujeres principales? Pues engañote tu presunción; que aunque te quiero más que Fulgencia, no por eso me olvido de mi honor, que amar a un hombre y servirle hasta perder la vida es cosa justa, y más si se llama esposo o lo solicita; pero aventurar la honra antes que lo sea, por cumplir sus locos antojos, no hay voluntad que lo mande ni lo aconseje.

Así se quejaba la hermosa Diana, pidiendo al Cielo que antes que le viese en poder de Fulgencia, a ella o a él les quitase la vida. Pasáronse muchos días sin tener nuevas de don Félix. El pleito estaba tan bien solicitado que sólo le aguardaban para concluirse. Casandra vivía confusa, y Fulgencia con esperanzas de cobrar el honor perdido; mas a todas sacó de duda una carta que desde Sanlúcar escribió don Félix a su madre, que decía:

Pues en V. M. no he tenido madre que me ampare, sino enemigo que me persiga, tenga por cierto que no me verán sus ojos en España: mañana me embarco con intento de llegar a Lima, que aun en el otro mundo no sé si estaré seguro de sus crueldades. La razón que me obliga es solamente huir de quien aborrezco, porque me parece menos peligroso el mar que un casamiento a disgusto. Y si acaso V. M. se hubiere cansado de ser tirana conmigo, dígale a Diana que siempre me debe una misma voluntad; y si vale el ruego de un ausente, la suplico no disponga de la suya, porque aún no he perdido las esperanzas de gozarla. De Sanlúcar, etc.

Mucho dio que dudar y que sentir esta carta,²⁹³ y más a Fulgencia, que, viéndose sin gusto y sin honra, murmurada de sus deudos y martirizada de sus padres (que a todas horas la acusaban de fácil y liviana), se resolvió a huir de todos en el sagrado de un convento, donde estuvo el primer año tan contenta y favorecida del Cielo que casi tuvo a ventura su yerro, por haber sido causa de hallar estado tan libre de las desdichas que suelen sobrar en el siglo. Y, en efeto, olvidada de don Félix hizo su profesión, y dio gracias al Cielo de que la había alumbrado el alma cuando estaba más ajena de remedio y de gusto.

Bien diferente lo pasaba Diana, porque sin poder borrar de la memoria a don Félix y haber año y medio que no le vía, le lloraba como si se acabase de ausentar. Y lo que más la ofendía era ver a su señora que la perseguía por que eligiese estado, cosa que era imposible viviendo don Félix y estando ya sin el estorbo de Fulgencia.

Ofreciósele en este tiempo a Casandra hacer una ausencia de Madrid por quince días, y mirando a Diana con tan poco gusto, no se atrevió a decirla que la acompañase, por saber lo que había de responder; sólo la mandó que en tanto que estaba ausente pensase lo que había de hacer de su vida, porque ya estaba cansada de los importunos ruegos de sus amantes, y si a la vuelta no la hallaba determinada podía hacer cuenta que no la conocía. Fuese con esto, y quedó Diana afligida de ver que era forzoso ser ingrata a lo mucho que debía a su señora.

Y estando una tarde llorando su fortuna y la ausencia de don Félix, llegó a ella un hombre diciéndole que la traía un recado de cierta amiga suya, y asegurándose primero de que era Diana,

293.- BRU-1626: 'carte'

la dijo que en un lugar de las Indias estuvo con un caballero, el cual sabiendo que venía a España, le había rogado la diese en secreto aquel pliego. Turbada entonces Diana, leyó el sobrescrito, y conociendo que la letra era de su ausente dueño, le respondió antes de abrirle:

—Bien pienso que me habréis visto en los ojos el alma, y así, me puedo escusar²⁹⁴ de encarecer el gusto que he recibido; mas porque no quisiera que la gente de mi casa sospechara algo no me detengo con vos, y porque el deseo de saber lo que me escribe don Félix no me consiente más cortesía.

—Harto tengo que deciros acerca de su ausencia —replicó el criado—, y así, mirad en qué ocasión puedo hablaros con menos testigos.

—De día será imposible —dijo Diana—, porque tengo muchos fiscales que no llevan bien cualquiera cosa de don Félix en tocando a esta voluntad; pero si no os cansáis de hacerme merced venid esta noche, y por esta reja²⁹⁵ baja podremos²⁹⁶ hablar más seguros²⁹⁷ y os pagaré el porte de la carta.²⁹⁸

Despidieronse con este concierto, y Diana, loca con la nueva alegría,²⁹⁹ se retiró a su cuarto; y más lo estuvo³⁰⁰ cuando leyó la carta, porque toda³⁰¹ venía llena de humildades y lástimas,³⁰² encareciendo la triste vida que pasaba sin su hermosura; pero que tenía confianza de que antes de muchos días había de verse en sus brazos, y que el mensajero la daría cuenta de su determinación.

En tanto que Diana solenizaba su dicha se llegó la noche y la hora en que había de saber los varios sucesos de don Félix. Bajó a la reja y vio junto a ella un hombre solo, que en sintiendo ruido y conociendo que era Diana, la dijo que por lo menos no podía acusarle de perezoso, porque había más de dos horas que la esperaba.

—Yo³⁰³ os prometo —respondió ella— que tampoco ha sido descuido mío, sino advertencia de aguardar a que toda la gente de mi casa se recoja, para poder hablar con menos miedo.

—Sin él no estaré yo —replicó algo turbado el hombre—, porque los galanes que conquistan estas paredes son tantos que, si os confieso verdad, más temor he tenido en el poco tiempo que he paseado esta calle que en algunos años que me ha visto Milán a los ojos de los enemigos. Y así, si quisiera suplicar, si vuestro amor lo consiente, se dilate para otro día esta conversación, pues estoy, como digo, con algún recelo, por estar solo y no con bastantes armas para defenderme.

—No sé yo —respondió Diana— la ocasión que pueden haber dado mis ojos a nadie para que mire atrevidamente estas rejas; porque os puedo asegurar que después que se ausentó don Félix aún no he tenido ánimo de preguntar a un espejo por mi hermosura; que en faltándole a una mujer el gusto, ni se acuerda de la cara ni otros accidentes. Las pesadumbres, los celos y las ansias con que me dejó fueron de manera que, si no es hoy, no puedo decir que he tenido un hora de gusto. Esto os he dicho por que si alguno se desvanece no imaginéis que soy parte en su locura, porque las mujeres principales, cuando se empeñan en amar a un hombre no es para divertirse a otros desvelos. Pero, volviendo a vuestro temor, digo que ni quiero que vos estéis con ese disgusto ni yo he de poder pasar esta noche sin hablar en don Félix. Y así, me parece que en viendo que no pasa gente llegaréis a esa primera puerta, abriendo con esta llave, y yo os estaré aguardando para que con más seguridad podáis, hasta que llegue el día, hacerme el favor que decís.

294.- BRU-1626: 'escuchar.'

295.- BRU-1626: 'cexa'

296.- BRU-1626: 'podemos'

297.- BRU-1626: 'sereuros'

298.- BRU-1626: 'carga'

299.- BRU-1626: 'aletria'

300.- BRU-1626: 'gstuuo'

301.- BRU-1626: 'eoda'

302.- BRU-1626: 'ltstimas' Todas estas 8 erratas están al inicio de línea.

303.- BRU-1626: 'Y'

Hízolo así, y recibíole Diana con grandes muestras de alegría; y apenas estuvo dentro cuando vio que el hombre que traía consigo era don Félix, el cual abrazándose della, estuvo un gran rato sin poder hablar. Volvió a mirarle Diana, y quedó tan suspensa que casi le abrazaba con miedo, pensando que era alguna ilusión de su fantasía (que suele con las especies que conserva de las cosas vistas proponer a los ojos una forma semejante a lo que desea); y don Félix, por no tenerla turbada, dijo:

—Después que supe, Diana, la resolución de Fulgencia por aquella pasada travesura, no quise esperar los rigores de la justicia, y más sabiendo lo mucho que favorecen las leyes el honor de cualquiera mujer. Y estando en la casa de un amigo con ánimo de ausentarme, le pareció a él y a mí que era mejor medio quedarme en Madrid hasta ver el fin que tenían estas cosas, determinándome primero a no salir de una sala en todo este tiempo. Y para que, desconfiada de ser mía, dispusiese Fulgencia de su voluntad, escribí³⁰⁴ aquella carta fingiendo que estaba en Sanlúcar. Supe después que Fulgencia era religiosa y que había profesado, con que, seguro de mis temores, me prometí la cierta posesión de tu divina hermosura, y cuando estaba ya dispuesto para venir públicamente a mi casa me dijeron que se ausentaba mi madre por algunos días, y por que no pudiese impedir, como otras veces, nuestros amores, aguardé a que se fuese. Luego te envié la carta que ayer recibiste, y después ha sucedido lo que has visto. Esta es, hermosa Diana, la breve relación de mi historia, que no puedo llamar ausencia, pues siempre he tenido el mismo lugar en tu memoria. Yo te adoro por tu virtud y firmeza, y estoy dispuesto a cumplir la palabra que con tanta razón te debo, pues por lo menos ahora ni Casandra lo puede estorbar ni hay otra Fulgencia que lo impida.

Por bien empleados dio la hermosa Diana cuantos trabajos había padecido, viendo que paraban en tanto gusto, y dijo a don Félix que ya estaba satisfecha³⁰⁵ de su voluntad, y que, así, procurase, antes que viniese su señora, trazarlo de modo que no pudiera³⁰⁶ deshacerlo su diligencia; pero advirtiese que primero había de ser su esposo, para no aventurarse con peligro de su honestidad, porque en siendo de otra suerte la había de perdonar.³⁰⁷ Y como don Félix la amaba para propia, estimó por favor aquella honesta resistencia, y la rogó que le esperase y vería con cuánta facilidad la aseguraba. Fue luego en casa de su amigo, y con él y un criado y el cura de la misma parroquia volvió donde estaba Diana, y en desposándolos se despidieron, quedando Diana tan contenta de lo que había sucedido como vergonzosa de lo que le esperaba; que aun en las cosas que se desean tiene su lugar el recato.³⁰⁸

Vino la descuidada Casandra, y hallando tan impensadamente a don Félix, que ya se llamaba esposo de Diana, y coligiendo lo que podría haber pasado entre dos que se amaban y no tenían quien los estorbase, se quedó difunta. Y por no hacerse sospechosa con sus hijos acreditó la prudente elección de entrambos; pero cuando se vía sola, considerando que ella tenía la culpa de aquel suceso se deshacía en un perpetuo llanto, y se volvía loca viendo que con la licencia³⁰⁹ de recién casados estaban juntos a todas horas. Dos años vivió Casandra con eternas lágrimas y profunda tristeza, hasta que la muerte la atajó este sentimiento; porque una enfermedad, aunque de poca consideración, bastó a quitarle la vida; que no ha menester mucha causa quien vive muriendo. Lloró don Félix la muerte de su madre, y más lo que por su ocasión le quedó que padecer, pues fue la mayor desgracia que le pudo suceder a un hombre que tenía tanto amor, tanto gusto y tantas

304.– MAD-1626: 'escriuiá'

305.– BRU-1626: 'setisfecha'

306.– En la ed. de Giuliani se indica que la princeps lee 'puiera,' errata no declarada en la fe de erratas,

307.– Don Félix habría de excusarla, aceptar su negativa. Así lo entendieron todas las eds. contemporáneas que he consultado. Giuliani enmienda: '[no] la había de perdonar,' quizá entendiendo que se alude a Casandra.

308.– BRU-1626: 'recata'

309.– BRU-1626: 'lisencia'

obligaciones; porque cuando ya Casandra estaba peleando con la muerte, o mal aconsejada de la persona con quien comunicó este caso o pensando que acertaba, le llamó y dio un papel, diciendo:

—Hijo: si acaso este nombre basta a enternecerte, te ruego que hasta que yo haya pasado desta triste vida y tenga mi cuerpo aquel breve sepulcro que ha de aposentar a tantos, no le leas, y después le mires con atención y adviertas³¹⁰ que solamente lo que en él te digo me ha puesto en el estado que ves.

Y echándole mil veces su bendición, se volvió a un crucifijo, y haciendo los ojos y el corazón lo que ya no podía la lengua, se despidió el alma de los humanos lazos, con admiración y lástima de los presentes.

Hízolo así don Félix, y después de haber cumplido con las exequias y honras últimas se recogió a su aposento, y abriendo el papel vio que con mal formadas letras decía:

Don Félix: yo te doy licencia que cuando leyeres estos renglones me tengas por la mujer más desdichada y más infame que ha nacido en el mundo. Y por que creas mejor esta verdad (que no estoy en tiempo para no decirlo), has de saber que yo nací con tan mala inclinación que cuanto miraba me parecía bien, y, en efeto, fui tan loca, liviana y descompuesta, que vencida de un lascivo pensamiento puse los ojos en tu persona, y sabiendo que, como mozo, mirabas bien entonces a una criada mía que llamaban Lisena, tracé con ella que yo te aguardase en su lugar para que me gozases con aquel engaño. Pero fue tan desgraciadamente que luego me sentí preñada, cosa que me obligó a enviarte fuera de España y que yo me ausentase de Madrid en tanto que salía a luz Diana, que es la que tienes en posesión de tu esposa, siendo tu hija por haberla engendrado, y tu hermana por ser hija mía. Y esta fue la causa por que en tantas ocasiones estorbé tu amor; pero, en fin, pudo más mi desdicha que mi deseo. Esto te he dicho por que des³¹¹ orden de buscar el remedio que más importe a la seguridad de tu alma y no quieras vivir como bárbaro, ofendiendo al Cielo y a la Naturaleza.³¹²

Puso fin al papel don Félix con mil suspiros, y llevándole al fuego (por que solamente su pecho entendiese aquella desdicha) se arrojó en la cama, haciendo tales estremos que todos le tenían justa lástima, y pensando que era dolor de la muerte de su madre le consolaban; pero como suele un hombre sin juicio ni saber lo que hace ni atender a lo que le dicen, así don Félix ni oía ni hablaba, ni aun sabía lo que le había sucedido. Llegábase a él la afligida Diana, y dejando caer cantidad de aljófar sobre las mejillas (que por estar faltas del rosado color parecían perlas en azucena, o en rosa blanca) le rogaba que, pues sabía que no podía ella de tener más vida que lo que durase la suya, no se la quitase tan rigurosamente. Volvía a mirarla el afligido caballero, porque la voz le lastimaba el alma y su dueño tenía gran imperio en su voluntad;³¹³ mas presumiendo que podía

310.— BRU-1626: 'aduiertas'

311.— BRU-1626: 'pes'

312.— La ed. de Barcelona-1640 acaba aquí con el siguiente párrafo (claramente ajeno al autor): 'Leído el papel, quedó el afligido don Félix cual puede considerar aquel que sentimiento tiene. Volvió en sí, y advirtiendo que se hallaba en la mayor confusión que jamás se había oído, como era joven de claro entendimiento pensó en su remedio acudiendo a hombres doctos, los cuales le dieron el consejo que convenía para su quietud, el cual siguió los años que Dios le dio de vida con segura y sana conciencia. | Fin de la novela cuarta'

313.— Muy probablemente de mano del autor, la ed. de Sevilla-1641 acaba así: '...mas presumiendo que podía enojarse su sangre si la miraba con ojos de esposo y con caricias de enamorado, huía della como si no la amara, y se iba al campo a dar voces y quejas contra la crueldad de su madre, pues pudiera callar su deshonra y dejarle vivir con aquel engaño. Andaba todo el día como embelesado, ofendido de tristes imaginaciones sin hallar camino por donde pudiese vivir con sosiego; porque contarle la causa a su esposa era escandalizarla, y no caso para fiarle [d]el secreto de una mujer. Vivir con ella y gozarla como solía era dar ocasión a nuevos daños. Ausentarse de sus ojos no era posible. Pues estar en su compañía sin

enojarse³¹⁴ el Cielo si la miraba con ojos de esposo y con caricias de enamorado huía della como si no la amara, y se iba al campo a dar voces y quejas contra la crueldad de su madre, pues pudiera callar su deshonor y dejarle vivir con aquel engaño; que mientras le ignoraba no tenía obligación de prevenirle ni remediarle.

Andaba todo el día como embelesado, ofendido de tristes imaginaciones sin hallar camino por donde pudiese vivir con sosiego, porque contarle la causa a su esposa era escandalizarla, y no caso para fiarle del secreto de una mujer. Vivir con ella y gozarla como solía era ocasionar al Cielo, que aunque lo consentía lo miraba. Ausentarse de sus ojos no era posible, porque la adoraba. Deshacer el sacramento tampoco era justo, porque el Cielo les había dado hijos. Pues estar en su compañía sin corresponder a gustos de amante y a deudas de marido era hacerse sospechoso en su amor con ella, y aun dar ocasión a su deshonor,³¹⁵ que más de una mujer por ver descuidado a su esposo ha intentado algún desatino.

En fin, el triste don Félix en todo hallaba inconvenientes y dificultades, viviendo con la mayor confusión que ha padecido hombre en el mundo; y lo que más le afligía era mirar a Diana tan llorosa y muerta que le atravesaba el corazón cada vez que la vía. Y así, se resolvió a fiar esta dificultad de un religioso de la Compañía de Jesús (y de los más graves y doctos que había en ella, que todos lo son), el cual le consoló y prometió solicitar su quietud con todas veras. Y luego lo comunicó con algunos de su casa y con muchos de los catedráticos³¹⁶ de la insigne Universidad de Salamanca y Alcalá, y de todos salió determinado que viviese con su esposa como antes, pues él ni ella habían tenido culpa en el delito.³¹⁷ Habló con esto a don Félix, y cuando él vio firmado de tantos ingenios que podía seguramente gozar de la hermosa Diana se echó a sus pies, agradeciéndole con lágrimas el favor que le había hecho, pues le sacaba de tan gran confusión.

Volvió don Félix a su casa tan diferente que Diana atribuyó a piedad del Cielo la nueva mudanza, y así, vivieron contentos y conformes, amándose por muchas causas, pues no era la menor tener tan una la sangre que sus hijos vinieron a ser hermanos y primos: hermanos por ser hijos de Diana y don Félix, y primos por ser hijos de dos hermanos.

FIN DE LA NOVELA CUARTA

corresponder a gustos de amante y a deudas de marido era hacerse sospechoso en su amor con ella, y aun dar ocasión a su deshonor; que más de una mujer por ver descuidado a su esposo ha intentado algún desatino. En fin, el triste don Félix, en todo hallaba inconvenientes y dificultades, viviendo con la mayor confusión que ha padecido hombre en el mundo; y lo que más le afligía era mirar a Diana tan llorosa y muerta, que le atravesaba el corazón cada vez que la vía, [lo que sigue es el nuevo desenlace] y esto con tanto extremo que ocasionó su melancolía alguna destemplanza en su salud. Y como una calentura después de una pesadumbre sea el mayor contrario que tiene la vida, don Félix poco a poco, apoderado el corazón de una mortal tristeza, empezó a desconfiar de la suya, y sin que bastasen remedios humanos (porque su mal no le tenía sino del Cielo) murió dentro de veinte días: tanta fuerza tiene una pena arraigada en el alma, y más cuando quien la pasa sabe sentir como debe. No será menester encarecer *el mucho sentimiento* de Diana, supuesto que por tantas causas debía querer [a] su difunto dueño, [y] así, por no oír el eco de otras bodas (que fuera hacer mayor su martirio) se determinó de ofrecerse a Dios toda acabando su vida en un convento, donde vivió con grande aprobación de cuantas admiraban su virtud. Cuyo ejemplo puede servir de escarmiento a las mujeres que livianamente se arrojan a ofender, no sólo a Dios, sino a la misma Naturaleza, pues no se puede esperar de semejantes determinaciones sino muertes, llantos y arrepentimientos, y lo que más es, manchar el alma y ofender la divina justic[i]a. Giuliani indica que este cambio ya se introdujo en la ed. de Sevilla-1633. Su transcripción coincide con la de 1641, excepto erratas y el sintagma que nuestro texto asteriscos, que Giuliani transcribe 'el sentimiento'.

314.- BRU-1626: 'enojarse'

315.- BRU-1626: 'heshonra'

316.- MAD-1626: 'Catredaticos'

317.- La ed. de Madrid 1626: '...salió determinado, que no tenía obligación de creer a su madre, y assi podia viuir con su esposa como antes.' Giuliani asigna esa alteración a la posterior ed. de Madrid-1628.

LA VILLANA DE PINTO

AL DOCTOR
DON GUTIERRE,
MARQUÉS DE CAREAGA, CORREGIDOR
DE ALCALÁ DE HENARES

CUANDO me puse a escribir estas novelas no había visto en Francisco Petrarca el diálogo sesenta y cuatro, donde, tratando de los que con poca experiencia y estudio dan sus obras a la imprenta, dice: *Omnes sibi usurpant scribendi officium, quod paucorum est*. Bien sé que me atrevo a mucho, y que alguno me pagará el deseo de entretenerle con murmuraciones y sátiras, que son las injurias del entendimiento. Con razón injurias, pues por eso lo son, según Ulpiano, *quoniam sine iure fiunt*. Desaire y aun poca nobleza parece ofender a quien desea acertar, y más cuando no yerra en todo.

Verdad es que algunos lo merecen, porque tienen a los demás tan ofendidos su lengua y presunción, que sólo se espera a que tomen la pluma para marginarles sus escritos. Estos tales no pueden tener queja, porque a los agravios no corresponden encomios; consejo es de Séneca: *Si vis amari, ama*. Yo tengo muy gran consuelo en saber que hablo de todos con tanta modestia que nunca he llegado a presumir que compito con el menor: a todos alabo, estimo y reverencio. Plegue a Dios que me valga.

Esta novela escribí estando en la villa de Alcalá de Henares, donde V. M. es Licurgo y Apolo, gobernándola con tanta cordura y acierto que en profecía³¹⁸ lloran su ausencia los que merecen comunicarle: justo afecto a su sangre, virtud y letras. Cuando quisiere V. M. malograr algún rato puede pasarla, siquiera porque ha querido valerse de su autoridad no sin misterio, pues con tal asilo tendrá por el dueño lo que desmerece por el padre. Guarde Dios a V. M. largos años.

Su aficionado servidor,
el Licenciado Juan Pérez de Montalbán

NOVELA QUINTA

VESTIDO estaba el cielo de diversos diamantes, y el hermoso planeta que es lisonja de la noche y tiene segundo lugar en las esferas se mostraba tan liberal de rayos que parecía que el Sol no se había despedido, o que empezaba otro. La noche estaba en brazos de su sosiego y el día daba lugar a que heredase su presencia el que le seguía en la sucesión, siendo fénix de breves horas, cuando Albanio dejando un pequeño rebaño de ganado que apacentaba a los regalos de la yerba, se quejaba tiernamente de su corta dicha, rogando a los piadosos Cielos le quitasen un amor justo que tenía o le diesen ejercicio más a propósito para poder gozarle. Amaba a una pastora que le dio el Cielo por compañera; víase lejos de sus brazos, amante de sus ojos y ausente de su hermosura; que el amor también visita los campos y suele vivir entre las peñas.

Sentose junto a la orilla de un arroyuelo que con pies de plata iba por márgenes de rosas pisando arenas de oro, siendo vida de unos pequeños árboles que en confianza de su corriente pensaban ser gigantes a pocas primaveras. Divirtiose con las imaginaciones de su gloria (que el pensamiento es un hechizo para quien quiere bien y no ve³¹⁹ lo que quiere), y estando entretenido con las hermosas flores y traviosos cristales sintió no muy lejos de donde estaba una voz que con lástimas y suspiros llamaba la muerte y enamoraba los aires.

Púsose Albanio en pie y enternecióle el alma; que no tenía tan rústico el pecho que huyese la cara a la piedad, ni era de tan humilde corazón que se consintiese rendir al miedo: era alentado aunque pastor, y compasivo aunque villano. Y empezando a discurrir por la margen de aquella sucesiva plata, se acercó a la parte en que le parecía que estaba el dueño de aquellas ansias. Llegó a una pequeña isleta, tan coronada de espesos árboles, que apenas en su distrito tenía jurisdicción³²⁰ el día, y entrando por el apacible bosque vio una dama de gallarda presencia que, desmayada con los dolores de un recio parto, casi se iba olvidando de su propia vida. Acercose a ella y viola sin más compañía que el infinito número de sus congojas y el lado de un ángel que poco antes había tenido lugar en sus entrañas y ya gozaba de menos abrigo entre las esmeraldas de la yerba.

Tomole en los brazos, dándole algún calor con su pobre capa por que los agravios de la noche no se atreviesen a su tierna vida, y acudiendo a la casi difunta madre, la despertó de la breve muerte preguntándola quien era y animándola con las razones que le había enseñado una discreta piedad y una cristiana cortesía. Reparó la dama en el caritativo pastor y atribuyó a clemencia del Cielo haberle enviado en aquella ocasión, y esforzándose cuanto pudo le rogó que la acompañase hasta dejarla donde había salido. Hízolo así Albanio, y ella agradecida a su piedad, le dijo en la distancia del camino desta suerte:

—Yo soy una mujer que me puedo calificar de hermosa, si acaso es cierto que las desdichas acompañan a la belleza. Nací de nobles padres, aunque demasadamente crueles conmigo, porque desde mis tiernos años se determinaron de ofrecerme a la religión, consultando este pensamiento no con mi inclinación, sino con mi obediencia, diciendo que no ha de haber en el gusto de los hijos más elección que el albedrío de sus padres; y la razón no fuera desatino, si el Cielo atendiera a estas leyes y las voluntades tuvieran una misma calidad, pues aunque se forman en una turquesa suelen inclinarse a diferentes fines. Yo nací con otra estrella, y aunque lo intenté jamás pude alcanzar de mi voluntad que se dejase sacrificar al deseo de mis padres. No aprovechaba con ellos la disculpa de mi contrario pensamiento, pareciéndoles que en defenderme los ofendía, y aun enojaba a

319.- MAD-1626: 'vee'

320.- MAD-1626: 'jurisdicción'

Dios, pues llevaba tan mal los consejos de ser su esposa. Atribuyeron a liviandad mi resistencia y resolvieron en no darme estado alguno con gusto mío, pues tan poco les obedecía en el suyo. Pasábase con estas discordias la lozanía de mi juventud sin deberles la menor memoria de lograrla, y erraban verdaderamente, pues no advertían que estamos en tiempo que las mujeres apenas lo son cuando se casan ellas. Víame desesperada, porque esto sucedía en tiempo que ya yo había empleado los ojos en un caballero que merecía por su persona cualquiera estimación, y la que yo hacía de sus prendas pasaba de amor a locura; que las flaquezas también se atreven a mujeres principales, porque el alma no puede escusarse³²¹ de las pasiones comunes. Era mi amante³²² callado en sus intentos, prudente en sus determinaciones, afable con todos, enamorado conmigo, galán sin preciar de serlo y discreto sin haber nacido desgraciado o pobre. Tenía ocasión bastante para verme a todas horas, porque de día estaba enfrente de mi casa y de noche dentro della. Creció la voluntad porque creció la comunicación; que es peligroso en la mujer más recatada estar siempre con quien la adora, o por lo menos se lo dice. Víame perseguida de mis padres y rogada de quien yo quería: en las manos estaba cualquiera liviandad, si lo es hacer a un hombre absoluto dueño de mi honra con seguridad de ser mi esposo. Gozome una noche, quedando yo con más amor y él con mayores obligaciones. Su padre era natural de Salamanca, ciudad insigne, madre de las ciencias y gloria de Castilla. Queríale casar con una deuda suya; que los padres no tienen por casamiento acertado el que no se determina con su consejo. Mi esposo los entretenía con palabras, y por mi ocasión dilatava su partida. Sucedió, pues, que a mi padre, por sus muchas letras y continuos estudios, le dio Su Majestad una plaza en Granada, que, fuera de la Corte, es de los mejores premios. Tuvo a dichosa suerte la mejora de estado, y empezó a tratar de su ausencia cuando mi esposo no se podía resolver a efectuar lo mismo que deseaba, por haber venido su padre a solicitar su partida y tratar juntamente el casamiento con aquella dama que le había escrito tantas veces. Yo tampoco me atrevía, porque los míos eran de tan terrible condición³²³ y escuchaban tan mal las cosas mías, y más enderezadas a casamiento, que fuera muy posible quitarme la vida si supiesen que disponía de mi voluntad menos que con un hábito y una celda. Y lo que más me afligía era el verme con algunas señales de preñada: lloré mi poca ventura, tanto que en mil ocasiones quise matarme, y pienso que lo hubiera hecho, a no mirar que peligraba con mi vida la de mi esposo, que me adoraba, y la de ese³²⁴ ángel que apenas conozco, aunque me cuesta infinitos dolores. Entretuve la partida cuanto me fue posible fingiéndome enferma de otros achaques de mujeres, contando al médico la verdad para que ayudase mi fingimiento y pudiese disimular en la cama lo que no sería tan fácil encubrir de otra manera; pero mi padre, que se desvelaba poco en mi regalo y le afligía menos mi falta de salud, informándose de mi cara, no de mis pulsos, y pareciéndole que mi achaque más era melindre³²⁵ de dama que disposición de enferma, ordenó su viaje. Y sin darme más lugar para despedirme de mi dueño que la brevedad de un papel, en el cual más a fuerza de lágrimas que de razones encarecí mi desgracia, mi triste ausencia, mi corta dicha y los peligros que me aguardaban, hizo de modo que hoy a mediodía salimos de la Corte, dejando en ella no menos que la libertad y el gusto. Despedime de mi amante con los ojos; y harto le dije, si me quiso entender, con ellos. Llegamos esta noche a Pinto, que aunque no es derecho camino para nuestro viaje fue forzoso para la disposición de un pedazo de hacienda que en él tenemos; y apenas los de mi casa se habían vencido del primer reposo cuando sentí algunos dolores, que me parecieron menos de lo que eran, por tener otros que me afligían el alma. Pero crecieron de manera que conocí declaradamente que eran premisas

321.- BRU-1626: 'escusharse'.

322.- BRU-1626: 'amaute'.

323.- BRU-1626: 'condicon'.

324.- MAD-1626: 'desse'.

325.- BRU-1626: 'milindre'.

ciertas de mi parto, y dejando a una criada, que sabía mis flaquezas, en mi cama, por si acaso des-pertaban mis padres, sola turbada y animosa remití mis congojas al campo, y en este aposento³²⁶ de flores, que sin duda le hizo el Cielo tan oculto por que estuviese más callado mi delito, sin más ayuda que la de un árbol y sin más descanso que mis suspiros, animándome la necesidad he dado envuelto en púrpura ese parto de mis entrañas. Y estando a tiempo que la mucha falta de sangre me tenía casi entre³²⁷ los brazos de la muerte, llegaste piadoso y compasivo para remedio de dos vidas, y lo que más es, para que con tu amparo pueda encubrir la falta de mi honra volviéndome a la parte donde salí, si acaso me dieran lugar las pocas fuerzas de mi ánimo, para que, ya que me quiten la vida mis desdichas, no sea con infamia de mi opinión y menoscabo de mi decoro.

Todo esto escuchaba Albanio tan enternecido como la misma que lo decía (porque desdichas, lágrimas y mujer pondrán piedad hasta en las mismas piedras), y preguntándole la dama su nombre y adónde residía,³²⁸ sacó un bolsillo con algunos escudos y se los dio, diciendo hiciese criar aquella hermosa prenda; que tendría cuidado de avisar a su ausente esposo para que acudiese con puntualidad a satisfacer el presente favor y la crianza de aquel ángel. Prometió obedecerla con infinito cuidado, y dejándola en la parte que por las señas decía era su casa, se despidió admirado del peregrino suceso, y particularmente del gran valor que había tenido, sola y en tan conocido peligro. Pero ¿qué no hará una mujer por que no se entiendan sus flaquezas? ¿Qué imposibles no intentará por que viva encubierta su deshonra?

Llegó el pastor a su pobre casa, y refiriendo a su esposa lo que había sucedido diera materia para algunos maliciosos celos, si no la desengañara el oro que traía; que en todas ocasiones es el crédito que tiene más jurisdicción en los oídos. Y acordándose de que una vecina suya había parido pocos días antes tan desgraciadamente que apenas un hijo que le dio el Cielo pisó los umbrales de la vida cuando acrecentó el número a los ángeles, fueron al punto, para que intentase criar la belleza de una niña que pudiera el Cielo codiciarla por serafín en la inocencia y hermosura. Y dejándola en sus brazos trataron a siguiente día de comprar las cosas necesarias para el adorno forzoso de su limpieza.

Ya su padre en este tiempo, viendo que faltaba de sus ojos su adorado dueño había dado la vuelta a Salamanca, y sabiendo por cartas ciertas el suceso de aquella noche escribió a Albanio enviándole bastante agradecimiento de su diligencia; y aunque por una desgracia que en ella³²⁹ le sucedió le fue forzoso pasar a Italia, dejó primero a cargo de un amigo el cuidado desta obligación, el cual lo hacía tan liberalmente, que en pocos años se halló Albanio contento y rico, gozando una vida descansada.

Creció Silvia (que así se llamaba la disfrazada labradora), y apenas tenía cumplida la necesaria edad para poder usar del matrimonio cuando los que valían más en el lugar la amaban y obligaban para mujer propia. Era tan blanca que la nieve perdía delante de su cara la opinión que había cobrado en la región del aire; los cabellos pudieran serlo del Sol, y acercábanse tanto a la tierra que parecía (como eran oro) que querían volverse otra vez a su centro; tenía los ojos alegres, aunque negros, tan señores en lo que miraban, que pocas veces pagaron lo que debían; las mejillas no consentían artificio, porque con naturales rosas se mezclaba graciosamente el alabastro con la púrpura, y la plata con los claveles; la boca era una pequeña herida que remataba con hermosa sangre el animado cristal donde estaba hecha; las manos eran dos azucenas vivas, que dejaron de ser nieve por que no se les atreviese el Sol en nada. Era de condición agradable y llana, si bien tenía unos pensamientos tan hijos de su nobleza que se espantaba de verse con alma tan cortesana teniendo

326.- BRU-1626: 'aposente.'

327.- BRU-1626: 'entro.'

328.- BRU-1626: 'resida'

329.- En Salamanca.

engaste tan humilde. Parecíale bien la bizarría de muchos caballeros que pasaban de camino, no por liviandad, sino porque la decía el corazón, aunque confusamente, su ilustre nacimiento; que también con la sangre suelen heredarse las inclinaciones.

Y estando una tarde de verano dejándose gozar del fresco viento (que para llevar olor a las flores se favorecía de su boca), acertó a pasar un caballero de Madrid llamado don Diego Osorio, en compañía de amigos y criados, y miró aquella deidad, que aunque guarnecida de paredes toscas daba lugar al entendimiento para que reparase en sus divinos rayos. Pasó adelante, y aunque mil veces quiso volverse se resistió, pareciéndole poco valor rendirse a una villana (como si el diamante perdiese de su precio porque estuviese guarnecido en plomo o cercado de piedras falsas). Venió, en fin, por entonces aquel deseo (que era firmeza³³⁰ de la voluntad), y llegó a Aranjuez, donde negoció lo que pretendía con más brevedad que imaginaba, por volverse a Madrid o quedarse en Pinto; que allí está la Corte para un hombre donde está su gusto.

Fue a ver a Silvia, para que juzgasen sus amigos si tenía disculpa; informáronse de un labrador honrado que se tuvo por dichoso en servirlos, y sabiendo que estaba entretenida en una huerta con otras amigas suyas, fueron todos a verla. Salió Silvia cuando ya el sol con una noche demasiado obscura³³¹ había desamparado el día. Saludola don Diego con el respeto debido a su recato, y viendo que la noche animaba su cortedad se atrevió a decirla alguna parte de su cuidado: pero aunque a Silvia no le desagradaban las personas de su porte, no quiso dar ocasión, respondiéndole, a parecer, sino liviana, por lo menos bachillera; que en habiendo desigualdad, la conversación parece descompostura, porque no hay intento que la disculpe ni fin honesto que la acredite. Fuese sin volver los ojos, por cumplir con su recato y no dar venganza a muchas, que como conocían su demasiada tibieza, quisieran que resbalara en algo para que no fuese más señora de su voluntad que todas ellas.

Quedó don Diego por una parte contento de haber visto lo que deseaba, y por otra desconfiado de su fortuna; mas advirtiéndole en que aquel disfavor no sería desprecio de su persona, sino estimación de su vergüenza, se determinó a probar si con menos testigos se mostraba más piadosa, y en la mitad de la noche, con los instrumentos que había buscado la curiosidad de su deseo, arriado a las paredes de Silvia y alabando entre las demás perfecciones de su cara su hermosa boca (que lo era tanto que para rendir los corazones apenas había menester sus ojos), cantó, ayudándole otros dos criados músicos, desta suerte:

Clavel dividido en dos,
 tierna adulación del aire,
 dulce ofensa de la vida,
 breve concha, rojo esmalte.
 Puerta de carmín por donde
 el aliento en ámbar sale,
 y corto espacio al aljófar
 que se aposenta en granates.
 Depósito de albedríos,
 hermosa y purpúrea imagen
 del múrice que en la concha
 guarda colores de sangre.

330.- Todas las eds. consultadas (incluso Barcelona-1640 y Sevilla-1641) devuelven 'fimerá', quizá por 'efímera': fiebre de un día, como entiende Giuliani; pero yo aventuro que el manuscrito leía 'firmeza', que encaja con el comportamiento del protagonista a lo largo de la novela, y además, antecediendo 'deseo', con el gusto del autor en introducir este tipo de sentencias antitéticas.

331.- MAD-1626: 'escura'

Cinta de nácar con quien
 Tiro se muestra cobarde,
 y aun sentida porque el Cielo
 puso más en menor parte.
 Justo aplauso de los ojos,
 hermosa y pequeña cárcel,³³²
 muerte disfrazada en grana
 (si hay muerte tan agradable).
 Tiranía deleitosa,
 cuyo vergonzoso engaste
 es mudo hechizo a la vista,
 siendo un imperio suave.
 Guarnición de rosa en plata³³³
 y de nieve entre corales,
 discreta envidia a las flores,
 que un mayo miran constante.
 Y, en fin, cifra de hermosura:
 si permitís que os alabe
 decidme vos de vos misma,
 por que os sirva y no os agravie.
 Mas la empresa es infinita;
 yo muy vuestro, perdonadme,
 porque solo sé de vos
 que habéis sabido matarme.

Oyole Silvia, y conoció que era el caballero que la había hablado aquella noche. Quisiera abrir la ventana por no acreditarse de villana en la cortesía, pero tenía miedo a alguno que lo pudiera ver y aun dijera más de lo que había visto. Agradábala en don Diego el talle, la cortesía y el entendimiento, y parecíale que estuviera empleada a gusto suyo si el que llegara a merecerla fuera de aquellas partes; pero acordándose de su humilde nacimiento despidió de la memoria estas imaginaciones y remitió (aunque no tan presto) estos desvelos al olvido.

Confirmó³³⁴ don Diego su desgracia, pues aun oyendo alabanzas suyas había disimulado el agradecimiento. Fuese a su posada más inquieto que prometía su buen juicio, pidiendo a la industria alguna traza para vencer aquel desdén; y no la hallaba, porque quedarse en el pueblo era publicarse por amante suyo y ofenderla con lo que pudiera obligarla. Porque en un lugar corto está peligroso el secreto destes cuidados, y una mujer suele rendirse a los deseos de quien la adora viendo que solamente el Cielo sabe su delito; mas cuando conoce que aquellos pensamientos son públicos se va a la mano en agradecerlos por librarse de los rigores del vulgo, que está aguardando que tropiece en su facilidad para tener conversación a costa de su fama. Irse a Madrid (que era el mejor medio para olvidarse de todo)³³⁵ no se lo consentía su amor y la belleza de Silvia.

En efeto,³³⁶ el enamorado caballero discurría en estas cosas tan desesperado y perdido, que se puso a imaginar si mudando traje la agradaría más, pues era posible que la hiciese desdeñosa no su

332.- BRU-1626: 'corcel'

333.- MAD-1626: 'plateada'

334.- BRU-1626: 'Codfirmò.'

335.- MAD-1626: 'todos'

336.- MAD-1626: 'efecto'

talle, sino su diferente calidad (que si una esperanza es desigual no abre de buena gana la puerta al agradecimiento), y pareciole que si le viera Silvia no adornado de locas galas, sino vestido de humildes paños, por su igual siquiera le amaría. Durmió sobre³³⁷ este pensamiento y resolvióse a buscar por todos caminos remedio.

Llamó al dueño de la casa, y contándole su mucho amor y la poca esperanza que le daba la tirana condición de Silvia, le refirió el intento que había pensado para conquistarla, y que advirtiese que había de ser con su favor; que él le prometía satisfacerse.³³⁸ Decía esto con tanto afecto y tan verdaderos suspiros, que el viejo, obligado de la promesa y enternecido a sus pesares, le prometió hacer de su parte cuanto le fuera posible; y acordándose que había tenido un hijo que apenas conoció la primavera de sus años cuando dejó su patria, sin tener hasta entonces nuevas de su fortuna, le dijo que él echaría fama de que había venido, y desta manera podría seguramente pretender el dichoso fin que deseaba.

Agradeciole don Diego con infinitos abrazos la merced, y avisando a sus compañeros desta transformación se partió a Madrid a componer sus cosas. Y haciendo vestidos curiosos aunque villanos, y mudando el nombre de don Diego en Cardenio, volvió una noche a la casa de su nuevo padre. El cual divulgó por todo el lugar la venida del no esperado hijo, y todos le dieron mil parabienes, viendo que después de haberse librado de los trabajos de criarle le hallaba tan mejorado y tan hombre. Empezó Cardenio a darse a conocer con los mejores del lugar, y como sabía tan bien los términos de la cortesía y era tan galán (en aquello que permitía la humildad del traje), todos le envidiaban y de todos se llevaba la voluntad. Vivía alegre y satisfecho de su buena suerte, porque, en efeto,³³⁹ a todas horas podía mirar a Silvia, a quien servía con recato y celaba con seguridad, y con la ocasión de recién llegado la visitaba algunas veces.

Dieron en decir algunos curiosos de las acciones ajenas (que en todas partes sobran) que Cardenio amaba a Silvia, porque los ojos disimulan poco, y a cualquiera parte que ella iba seguía sus pasos como sombra de su resplandor. Advirtiolo también ella con algún cuidado, no porque se le hizo novedad el verse amada, sino porque ninguno merecía con tanta razón ser correspondido. Era Silvia discreta, y como tal conocía las gracias y entendimiento de su nuevo amante: parecióle bien, porque lo bueno imaginado como tal, es imposible que desagrade, y así, poco a poco iba olvidando su natural esquivo, descubriendo su corazón que si no amaba, por lo menos agradecía (que viene a ser lo mismo, porque quien empieza a agradecer no agradece para despreciar). Considerose igual a Cardenio, querida de Cardenio y envidiada de muchas que en su presencia le alababan: pareciole que sería delito tratar mal a quien la quería bien. Muchas veces podía Silvia haber hecho esta consideración con muchos que la adoraban, pero nunca una mujer se lastima de lo que padecen otros hasta que ella pasa por el propio desasosiego: ya Silvia amaba, y como amaba se compadecía.

Y estando una noche tratando estos cuidados solamente con su pensamiento, su viejo padre (que hasta entonces en su opinión Albanio merecía este nombre) habiéndose informado de que Cardenio y otros muchos la estimaban, temiendo no hiciese alguna locura con que mal lograrse su nobleza, para que se librase del peligro que podía tener la contó el verdadero suceso de su historia, y enseñándola algunas cartas de las que había recibido,³⁴⁰ la dio por nuevas que cuando menos imaginase se había de ver en diferente estado, y así, mirase lo que hacía, porque no la culparían a ella de cualquier³⁴¹ desatino que intentara, sino al poco cuidado que él había puesto en defenderla.³⁴² Y que

337.- BRU-1626: 'somio.'

338.- MAD-1626: 'satisfazerlo.'

339.- MAD-1626: 'efecto.'

340.- BRU-1626: 'recibido.'

341.- BRU-1626: 'qaulquier.'

342.- BRU-1626: 'defenperla.'

pues había nacido con tal ingenio como hermosura, y, sobre todo, con muestras de natural virtud, la rogaba que se acordase siempre de la sangre que había heredado³⁴³ y le pagase el amor que la tenía con no dejarse conquistar de quien neciamente la solicitaba, pues ninguno la merecía.

Con notable suspensión escuchó Silvia las verdades de Albanio y su secreto nacimiento, y prometiéndole obedecer sus consejos le aseguró de sus sospechas, quedando tan confusa como desengañada. Acordose de Cardenio, y viéndose con algún estorbo para ser suya sintió el perderle; mas considerando que amarle era enojar a Albanio y ofender su sangre, se determinó (aunque no con mucho gusto) a olvidar aquella apariencia de deseo y esperar el día en que se conformase su inclinación con su calidad.

Y estando Cardenio adorando una tarde las paredes de su casa la vio salir sola y que enderezaba su camino hacia el hermoso y alegre prado, o a divertirse de algún desvelo que traía o a entretener las dilatadas tardes del apacible mayo. Fuese por otra parte para³⁴⁴ cogerla descuidada, haciendo de modo que el encontrarla pareciese que había sido premio de su deseo y no curiosidad de su³⁴⁵ prevención. Llegó la disfrazada Diana y sentose entre un jardín de comunes flores que la naturaleza sin cuidado había producido con el ayuda de un arroyuelo que tenían por vecino (que acaso lo era porque siempre murmuraba), y admirada de lo que aquella noche la había contado Albanio por su desdicha, consideraba la poca ventura que tenía, pues cuando pudo emplearse en un caballero que la estimaba y merecía, la sirvió de impedimento el verse tan inferior a sus prendas, y cuando la agradaba Cardenio, igual suyo y digno de cualquier cuidado, la estorbaba el estar advertida de su nobleza. Y viéndola Cardenio tan divertida que no había reparado en que le tenía delante, quiso decirle su voluntad de manera que ella la supiese sin que imaginase que se la decía. Y disimulando haberla visto y pidiendo licencia a su turbación, dulce y enamorado cantó así:

Selvas: no vengo a quejarme:
alegre y contento vengo;
que si está en necios la dicha,
en mi vida fui más necio.
Quiéroos contar mis venturas,
y no es poco si las cuento;
que estoy tan hecho a desdichas
que a mí mismo no me creo.
Amor tengo, selvas mías;
pero es tan divino el dueño,
que solo en haberle amado
he parecido discreto.
Bien conoceréis a Silvia:
la que con dos soles negros
todo cuanto mira rinde;
mas diréis: ¡*Tales son ellos!*
Aquel hechizo del valle,
a quien pienso que dio el Cielo
la comisión de matar,
y a mí me topó el primero.

343.- BRU-1626: 'hercado.'

344.- BRU-1626: 'pare.'

345.- BRU-1626: 'curiosidad de.'

No penséis que os miento, selvas;
 que en viéndola diréis luego:
 ¡Bien haya tanta hermosura!
 ¡Buen gusto tiene Cardenio!
 Mírame con buenos ojos,
 aunque no es favor muy cierto,
 pues si mira con los suyos
 claro está que han de ser buenos.
 Silvia, en fin, me abrasa el alma,
 y aunque muero si la veo,
 por hacer gusto a mi amor
 sus estrellas miro y muero.
 Y así, cuantos verla quieren
 lástima me dan y celos:
 lástima porque los mata,
 y celos porque la quiero.
 Háceme salir colores
 cuando a sus ojos me atrevo;
 que como la quiero mucho
 la tengo mucho respeto.
 Es un ángel, selvas mías,
 y como no la merezco,
 mientras se duele de mí
 con quererla me contento.
 Selvas: aquesto es verdad;
 esto paso, aquesto siento.
 Prestalde mi amor a Silvia
 o quitadme el que yo tengo.

Cantó tan sentido el enamorado Cardenio que puso en cuidado a Silvia, y no quiso volverse a su casa sin hablar con el dueño de la voz y de los pensamientos. Saliola³⁴⁶ al paso Cardenio, como admirado de la novedad de verla, y Silvia se receló, como temerosa del peligro que la amenazaba su voluntad.³⁴⁷ Parecióle más galán porque le miraba como imposible de gozarle, y preguntole si era él acaso quien tan dulcemente³⁴⁸ había referido sus ansias a las selvas. Bien sabía Silvia que era Cardenio, porque él mismo había dicho su nombre; pero estaba ya de manera que por escucharle segunda vez se lo preguntaría muchas. Respondió que él era, aunque desgraciado. Quiso irse Silvia, por no escuchar cosas que la pudieran hacer salir colores, y aun obligarla a que se perdiese más de lo que estaba. Detúvola Cardenio (aunque fue menester poco), y advirtiéndola que se daría por pagado de su amor si le escuchaba parte de su sentimiento, la dijo desta suerte:

—Silvia: si pensara que amándote había de ofenderte, así en la opinión como en el gusto, sabe Dios que me quitara yo mismo esta triste vida, si acaso no es tuya, para que me faltara con ella la ocasión de enojarte; pero como tengo por cierto que el amor de un hombre, cuando no es con perjuicio no ofende, me animo a llevar adelante mis pensamientos sin comunicarlos más que al secreto destes árboles, que son amigos que no hablan. Yo estaba, como has visto, cantando, o llo-

346.- BRU-1626: 'saliolo'

347.- BRU-1626: 'volontad'

348.- BRU-1626: 'dulcemente'

rando, que en quien ama tan cierto es lo uno como lo otro, y pienso que me oíste; mas si es así no te pese; que bien puedes pasar por el gusto de ser querida, pues yo paso por e tormento de amar siendo mal pagado. No te pido, Silvia mía, que me quieras; pero solo te suplico que no te enojes de que te ame, pues se precia mi amor de tan poco interesado que apenas tengo atrevimiento para desearte. Porque pienso que el amor que no llega a los brazos, si no es el más gustoso, por lo menos es el más perfeto.

Ya estaba Silvia tan enternecida a las razones de Cardenio que confiaba poco de su desdén, y aunque quería no acertaba a irse; mas resistiéndose con valor de mujer principal, le respondió tan rigurosa que no pudiera hacer más si la hubiera dicho que la aborrecía. Fuese, en efeto, llorando³⁴⁹ por lo que dejaba³⁵⁰ y huyendo de lo que apetecía. Ya la pesaba de haber sabido su desdichado aunque ilustre nacimiento.

—¡Ay Cardenio! —decía por el camino, volviendo los ojos algunas veces—. ¿Quién pudiera pagarte esa voluntad sin aventurar la nobleza que tengo heredada? Y ¿quién pudiera recabar con el Cielo que te diera la calidad que te falta, para que yo te ofreciera un alma que me sobra?

Así se ausentaba y se quejaba, tan piadosa que quiso atreverse a su vergüenza y volver a consolar al que quedaba con más amor, aunque con menos esperanza. No la quiso seguir Cardenio por no enojarla, pensando que se había ofendido de veras. Era discreto por ser desconfiado, y como amaba temía, y como temía tuvo por cierto el desdén de Silvia. Confirmó su poca ventura considerando que no hallaba modo para agradarla, pues siendo caballero la había ofendido, y viéndose villano la había enojado. Bien quisiera poder quitarse la noble sangre con que había nacido, para poder con más libertad pedirla por suya; mas procurando consolarse, remitió a sus ojos su sentimiento.

Y viendo entre los demás árboles uno que había sido tan desgraciado parto de la primavera, que como si hubiera probado los rigores de diciembre estaba falto de galas y hermosura, pareciéndole que había hallado con quien hablar y contar sus lastimas, pues era compañero³⁵¹ suyo en las desdichas, cantó con envidia de las aves desta suerte:

Árbol que en tus verdes años
 fuiste blanco de venganzas,
 pues te faltan esperanzas
 y te sobran desengaños:
 ten a ventura tus daños;
 que, en fin, tu suerte acabó
 y el cuidado te quitó
 de temer lo que has dudado,
 pues no teme un desdichado
 cuando ve lo que temió.
 En ti mis desdichas vi,
 pues yo también esperé,
 aunque mi tormento hallé
 donde menos le temí.
 Lo mismo pasa por ti,
 pues la primavera trata
 de tu muerte, y te maltrata
 cuando puede darte el ser;

349.- MAD-1626: 'llorado.'

350.- MAD-1626: 'dexa'

351.- BRU-1626: 'companero'

que es, en efeto,³⁵² mujer,
 y no se libró de ingrata.
 Apenas fuiste del suelo
 lisonja cuando un rigor
 fue injuria de tu verdor,
 fue Parca de tu desvelo.
 Desdeñoso anduvo el Cielo
 aun antes de castigarte
 en lucirte y adornarte,
 pues pudiste sospechar
 que te gustaba de dar
 para tener qué quitarte.
 Tú estás con muerta esperanza,
 y yo con vivo cuidado;
 tú lloras el bien pasado,
 yo la presente mudanza.
 No hay humana confianza
 estable, firme y segura:
 diote el Cielo esa hermosura,
 y fuera mucha estrañeza
 vivir con tanta belleza
 y tener mejor ventura.
 El Cielo a ti te quitó
 la vida; pero yo a mí,
 pues quise ver lo que vi,
 y vi lo que me mató.
 En mi pena solo yo
 me doy el mayor castigo;
 yo mismo a mí me persigo,
 aunque mi muerte recele;
 que tal vez un hombre suele
 tratarse³⁵³ como enemigo.
 Cuando lloras tu caída
 yo siento mi suerte triste.
 Tú la esperanza perdiste;
 yo la esperanza y la vida.
 Los dos la vemos perdida,
 que el Cielo lo quiso así.
 Tú fuiste lo que yo fui,
 gozaste lo que gocé;
 tú viviste, yo esperé;
 tú acabaste, yo caí.

352.- BRU-1626: 'feto'.

353.- BRU-1626: 'tratar sí'.

Llegó la noche, y Silvia estuvo aguardando a Cardenio³⁵⁴ sin quitarse de la ventana. El cual apenas vino, cuando, encerrándose en su aposento y dejando el grosero hábito, se vistió las mejores galas que tenía (entre muchas que trujo por lo que pudiera sucederle), y cuando todos estaban entregados a la quietud de la noche salió de su casa y fue a la de su ingrata Silvia, que con el calor del tiempo y el que había cobrado aquella tarde no podía alcanzar del sueño que la divirtiese de aquella agradable pesadumbre. Acercose Cardenio con intención de saber segunda vez si mudando traje se mejoraba su fortuna; reparó Silvia en él, y viendo que no pasaba adelante, sino que daba a entender que la esperaba para hablarla, consultando con su recato la respuesta se dispuso a cerrar la ventana y cumplir con la obligación que a sí se debía. Y antes que lo hiciese la dijo Cardenio mirase que por escucharle dos palabras no perdía tanto que fuese menester valerse de sus tiranías, y por no perder la ocasión que tenía entre las manos, prosiguió diciendo:

—Yo soy, señora, un caballero que pasando por este lugar vi vuestra divina hermosura. ¡Pluguiera a Dios hubiera nacido sin ojos, para que me escusara de lo que por su ocasión padezco! Víla, en fin, por mi desdicha; que desdicha parece amar un hombre a quien sabe que no le paga. Y volviendo a veros, os hablé una noche en mi cuidado, y hallé tan poco lugar en vuestros ojos, que aun no les debí que por descuido me mirasen. Procuré divertir esta voluntad en la Corte, y lo hubiera hecho si vos fuéades menos hermosa; mas hallando por imposible olvidaros quise volver a saber de vos si acaso gustáis de que me empeñe con más fuerza en quereros dándome alguna esperanza, ya que no de amarme, siquiera de agradecerme una voluntad tan noble. Este desengaño espero de vuestra boca; que aunque salga contrario a mi deseo me servirá de saber que nací para llamarme vuestro, pero no para mereceros por mía.

Oyole Silvia, más por ver si se olvidaba de Cardenio que porque gustaba de escuchar ajenos cuidados. Y como quien ama tiene hecho el gusto a las palabras de su dueño, acordándose del que lo era suyo la desagradó cuanto escuchaba entonces. ¡Oh fuerza de la pasión de quien quiere bien! Cardenio fue el que habló a Silvia la pasada tarde y el que la habla agora;³⁵⁵ entonces villano y aora³⁵⁶ caballero; el mismo entendimiento tiene, y aun mejor, porque está en hábito más a propósito para la inclinación de Silvia. Pues ¿cómo le desagrada el mismo que la ha parecido bien? Milagros son de la voluntad, que todas las cosas que mira en el sujeto que estima las califica por acertadas y cuerdas: en un hombre querido todo es gracia, los errores son aciertos; los disparates, agudezas, y las ignorancias, donaires.

El ejemplo tenemos en las manos, pues Silvia estaba tan pagada de su Cardenio, que, con ser el mismo el que la estaba hablando, sólo porque le imaginaba como otro la ofendía, y tanto, que le respondió resueltamente no se cansase, porque, fuera de que su calidad era desigual a su estado, en un lugar corto anda tan sobrada la malicia que cualquiera cosa, por limitada que viesen, habían de atribuir a liviandad. Y lo que más la quitaba las esperanzas de pagarle era verse cautiva de una voluntad que no la dejaba admitir otra en su honesto pecho; porque ella amaba, y un corazón, con poco gusto lleva sobre sí más de un cuidado; que repartirle en diferentes dueños es no tenerle de ninguno, y así, la perdonase. Y procurase, si la quería, no venir tercera vez donde ella le viesse y los demás le notasen. Y despidiéndose, cerró la ventana.

Quedó Cardenio tan desengañado de su corta dicha que ya le pesaba de haber sabido tan a su costa lo que había de ser principio de su muerte. Mirábase no sólo amando sin ser correspondido de Silvia, sino que escuchaba della que tenía voluntad, y que no sería a él, pues le trataba con tantos rigores. Y como si el vestido fuera causa de sus penas, le hizo pedazos, por testigo de sus ofensas y por no haber sacado con él sino desengaños que le atormentaban. Maldecía su fortuna

354.- BRU-1626: 'Cadenio.'

355.- MAD-1626: 'aora'

356.- MAD-1626: 'aora'

y pedía al Cielo le quitase la vida; porque aunque Silvia le había muerto, era de manera que le dejaba vivo para el sentimiento y difunto para la esperanza. Y viendo que estaban cerrados todos los pasos para agradarla, y que con ruegos no se obligaba porque no era noble, ni con finezas porque se preciaba de ingrata; con galas no, porque había nacido grosera; con vestirse de sayal tampoco, porque era altiva; con amores, menos, porque quería en otra parte, se acordó de las veces que los celos han hecho milagros en la voluntad más tibia, porque una mujer suele descuidarse amada, y amar aborrecida. Resolvióse a obligarla con agravios, ya que no se dejaba conquistar con verdades, y procurar conocer el labrador venturoso que la merecía (como si no fuera él solo el dueño de su albedrío, pues él solo era a quien amaba y con él mismo le daba celos).

Y para esto ordenó mostrarse públicamente agradecido a una labradora de gentil brío, de mucha riqueza y de razonable calidad, que se preciaba de entendida; y habiéndole escuchado algunas veces se había aficionado a su entendimiento y en cualquiera ocasión que podía hablarle daba a entender que no le quería muy mal. Empezó Cardenio a mostrarse amante suyo, y ella a tenerse por dichosa en pensar que merecía sus desvelos. Escribíala discreto aunque mentiroso, y ella respondía bachillera aunque agradecida, y esto a tiempo que ya Silvia olvidada de su fuerte condición, le amaba con tantas veras que lo pagaba su salud, porque advirtiéndole que era noble se le hacía lástima juntar su sangre con quien había de mancharla, y mirándole a él la parecía imposible pasar la vida sin sus brazos; de manera que ni se atrevía a quererle ni se determinaba a olvidarle.

Así estaba la hermosa Silvia cuando llegó a sus oídos el nuevo empleo de su mudable amante, y como la halló tan dispuesta para cualquiera desdicha, fue mucho que la dejasen con vida los celos. Quiso castigar su amor y trocarle en aborrecimiento; mas no pudo, que el amor, con nuestra voluntad se toma, pero no se deja. Quisiera darle a entender su pesadumbre en viéndole, y no se atrevía, porque si amaba a otra era poner en contingencia su estimación. En fin, la pareció mejor callar su sentimiento si pudiese, aunque sufrir los celos sin dar voces era demasiada mortificación en el gusto.

Y una tarde que por que saliese a honrar los campos la convidaba un fresco viento, se fue a comunicar con la soledad sus congojas y a dar parte a las aves de sus pensamientos; por que si se preciaban de parleras le dijese a Cardenio lo que padecía; y volviendo los ojos hacia la falda de un pequeño monte que servía de diadema hermosa a lo demás del campo, vio que tres hombres alevosamente injuriaban la vida de uno³⁵⁷ solo que bizarro se defendía. Y animándose cuanto pudo fue a impedir con sus ruegos y su hermosura el riguroso fin que prometían tan desatinados atrevimientos, y por mucha prisa que se dio para cumplir con la piedad de su deseo, ya cuando llegó fue tan tarde que los enemigos del valiente mancebo, aunque heridos peligrosamente, iban huyendo, por dejarle a su parecer muerto³⁵⁸ o con poca esperanza de la vida.

Llegó Silvia, y vio entre los brazos de una hermosa zagala al triste mozo, que, bañado en su sangre, con un mortal desmayo daba a entender que le faltaba poco para rendirse a la muerte. Reparó Silvia, antes de preguntar el trágico suceso, en que la mujer que le acompañaba era la causa de sus celos, y volviéndose al dueño de la vertida³⁵⁹ sangre vio que era no menos que su traidor amante, su falso Cardenio y su querido ingrato. Bien tomara por partido que pudiera tanto el sentimiento de la presente³⁶⁰ desdicha que la matase con brevedad, para que sus celos duraran menos; y preguntando a la enemiga de su sosiego la ocasión de aquella desgracia, respondió turbada y llorosa que Cardenio, a quien amaba con extremo, estando con ella a la sombra de aquellos árboles

357.- MAD-1626: 'vn.'

358.- BRU-1626: 'murto.'

359.- BRU-1626: 'virtida'

360.- BRU-1626: 'prelente'

había tenido cierto disgusto con un hombre, más poderoso³⁶¹ que bien nacido, sobre envidia de su fortuna y celos de su voluntad, y pareciéndole que era disparate sufrir que un hombre humilde y recién venido se aventajase a todos y fuese causa de que no le amase, habiéndole visto salir con ella aquella tarde le siguió cautelosamente, y cuando estaban más seguros de su traición le acometió con otros dos que le acompañaban, y sin que bastase ponerse ella misma delante de las espadas para defenderle de sus crueldades, le habían dejado en sus brazos de la manera que miraba.

Disimuló Silvia, no el sentimiento que la rasgaba el corazón, sino los celos que la abrasaban el alma, y díjola que fuese al momento y avisase de aquella desgracia en el lugar para que se procurase su remedio. Quedose Silvia sola y cercada de mil pensamientos, porque con los celos que tan claramente tenía averiguados deseaba la muerte a quien era su misma vida, y por otra parte, como sabía de sí que le adoraba, mirábale con el ansia de verle padecer, y venía a pesar más el amor que la enternecía que los³⁶² celos que la enojaban.³⁶³

Alzó Cardenio los ojos, y conociendo a Silvia, espantado de verse libre de quien había sido causa de aquella tragedia, casi estimó el rigor que con él habían usado sus enemigos, por parecerle que Silvia, de lástima siquiera, había de olvidarse por entonces³⁶⁴ de sus asperezas; pero acordándose de que tenía secreto dueño de su gusto, deseaba que las heridas fuesen tales que bastasen a quitarle la vida, pues con la muerte por lo menos no hay fortuna que se tema. Mas viendo que sólo en la cabeza tenía la herida que había esparcido tantos granates (porque de las demás le defendió un colete que traía debajo de aquel disimulado traje), se determinó a vengarse de los ofensores por el agravio que le habían hecho en dejarle vivo, sin duda para que le matase más poco a poco el martirio de su sospecha y el tormento de su desengaño.

Y después de satisfacerse Silvia de que la herida de la cabeza era sola la que producía aquella caliente púrpura, y no de tanto peligro como se imaginaba (aunque para quien le amaba como ella cualquiera dolor suyo, por pequeño que fuese, la atravesaba el pecho), habiéndole limpiado con sus manos alguna sangre que estaba detenida en el rostro y apretándole un lienzo en la parte por donde el rojo humor fugitivamente salía, le preguntó el suceso, diciéndole que se espantaba que, teniendo de su parte a un ángel que le defendía, se hubiese atrevido la menor ofensa, porque si ella viera a su galán en semejante estado, o le habían de dejar sin agraviarle o había de probar ella primero los aceros, para que si después le acertasen al pecho pareciese favor y no venganza.

Tuvo Cardenio a novedad que a Silvia le pesase tanto de su desgracia (que la compasión está muy cerca de parecer amor) y para confirmar más bien esta verdad la refirió lo mismo que Silvia había escuchado. Aunque la historia no era para oída dos veces, pues celos para matar basta que de repente se imaginen. Dijo, no que amaba a la labradora que había visto, sino que ella con una honesta³⁶⁵ voluntad le quería, porque lo primero fuera agravio para Silvia y lo segundo era crédito para Cardenio, y si dijera que la amaba diera ocasión a Silvia para cualquier desprecio; que aunque muchas con celos y desdenes aumentan su amor, otras suelen resfriar el deseo. Y advirtiéndole Silvia que si callaba lo que padecía sería fuerza que Cardenio prosiguiese en aquel cuidado, antes que viniese gente que la estorbase, fingiendo una disimulada risa (que si fueran necesarias lágrimas no había menester fingirlas) le dijo desta suerte:

—Prométote, Cardenio, que me suele dar ocasión a que me ría ver en los hombres en tan poco tiempo tan diferentes y varios pareceres, y que habiendo nacido con alma poco firme y voluntad menos constante, os andéis quejando de nosotras toda la vida. ¿Por ventura hay mudanza en algu-

361.- BRU-1626: 'pederoso'

362.- BRU-16126: 'sos'

363.- BRU-1626: 'enjoauan'

364.- BRU-1626: 'eutonces'

365.- BRU-1626: 'honeste'

na mujer que no proceda de culpa vuestra? Trato de las mujeres principales;³⁶⁶ que en las demás la inconstancia no es novedad porque es costumbre. ¿Has oído decir alguna vez que una mujer admitiese otro cuidado siendo bien correspondida? No por cierto; porque la que aventura su recato, o es por amor o por interés. Desto segundo se libra la que es noble, pues queriendo bien y teniendo amor a su gusto, ¿qué mujer hay tan necia que le quiera perder, y más estando su reputación de por medio? Dirasme que como se ve por la experiencia; que la que es más noble no suele permanecer en un empleo. Y a eso respondo lo que al principio, pues no tienen ellas la culpa, sino quien las obliga a que intenten desatinos. ¿Qué culpa tendrá la mujer que se ve³⁶⁷ ofendida de un ingrato en la honra y en el gusto, si por verse libre de su memoria se olvida tal vez de su nobleza? ¿Qué ha de hacer la que, llevada de su amor y movida de las lágrimas³⁶⁸ de un hombre, le da lugar en el pecho y de ahí pasa a cuanto desea (que una vez rendida la voluntad todo lo demás es fácil), si después de gozar lo que alcanzaron ruegos y lástimas, como se ve³⁶⁹ querido y tiene segura a la desdichada que le adora, apetece cuanto mira, y lo peor es que no para hasta matarla a pesadumbres y dejarla con las ofensas a los ojos? Pregunto, Cardenio: esta mujer ¿tendrá disculpa en intentar cualquier flaqueza? ¿Acaso las mujeres nacimos con obligación de sentir vuestros agravios sin buscar la venganza dellos? No tenéis vosotros vergüenza de ofendernos, y ¿hemos de regatear nosotras el vengarnos? Quien tiene más entendimiento, que es el hombre, no huye de ser inconstante, y ¿quieres que una mujer tenga cordura para sufrirle? Y si no, dime por tu vida, o por la de aquella dama que te quiere tanto que consiente que te la quiten, ¿acuérdaste que no ha muchos días que te hallé contando a las selvas no sé si mis cuidados o tus mentiras, y después no me encareciste que te debía suspiros y te costaba desvelos? ¿No me dijiste que si se dilatara tu vida a infinitas edades ni podías dejar de quererme ni acertarías a saber olvidarme? Pues si esto es cierto, como lo sabes tú y aquellos árboles, y agora³⁷⁰ te hallo en brazos de otra hermosura, que por lo menos te cuesta sangre, y más lo que está encubierto, dime qué confianza se puede tener del mejor hombre. O ¿qué más hicieras si hubieras estado ausente algunos años, y yo después de haberte querido te dejara? ¿Tan presto te he parecido fea? Y sin haberme gozado, ¿tan presto te cansaste de rogar a quien muchos ruegan? ¿Piensas acaso que vives en la Corte, donde en el pedir y el conceder no hay más distancia que la falta de ocasión? ¿Presumiste que era alguna mujer común, que me había de rendir a los primeros engaños, que todas las palabras lo son cuando está a los principios la voluntad? Y si por dicha no pensaste tan mal de mí, dime: si como era posible, aunque no ha sucedido, después de haber escuchado tus mentiras me hubiera agradado de tu talle y sobre todo de tu ingenio, ¿parécete que quedara buena? Y ¿parécete que tuviera culpa en vengarme de tus sinrazones? Y en publicar que eras ingrato, fácil y desconocido, ¿fuera entonces yo la mudable en agraviarte ofendida, o tú en ofenderme sin agraviarte? ¿Cardenio, Cardenio! Mira que es peligrosa cualquiera ofensa en las mujeres que son honradas; porque como sienten con mayor fuerza la injuria intentan con menos piedad el castigo. Lástima tendré de aquí adelante a la pobre que te quisiere, porque yo, aunque te tuviera en mis brazos temiera que alguna vez habías de amanecer ajeno. ¡Ay de mí si te hubiera creído! ¿Qué de disgustos me prometiera! Libre Dios mi voluntad de tus engaños, que pueden salirle a una mujer a los ojos. Mucho te importara, ya que eres tan discreto, estar menos confiado de tus méritos; que a muchos les echa a perder, no el entendimiento que tienen, sino el saber que le tienen. Y no creas que eres tan perfeto que has de rendir cuanto mirares; que, visto de espacio, tienes muchas faltas que no conoces, porque te ves en el espejo de tu propia pasión.

366.- MAD-1626: 'principapeles'

367.- BRU-1626: 'vè'

368.- BRU-1626: 'logrimas'

369.- MAD-1626: 'vee'

370.- MAD-1626: 'aora'

Ya Silvia se iba enojando, aunque tan amorosamente que con lo que le ofendía le enamoraba. Pidiose Cardenio albricias, no de que Silvia le quisiese (porque los celos que tenía y lo que había oído aquella noche no le dejaban creer cosa en provecho suyo), sino de verla tan afable y humana. Y por satisfacerla de su firmeza y darla a entender que ella había sido la primera ocasión de su mudanza, la dijo:

—¿Para qué, Silvia, puede ser bueno encarecerme que todos los hombres son ingratos por decirme que yo lo he sido? En eso saben los Cielos que hay mucho que averiguar. Es verdad que me hallaste repitiendo a estos campos lo que me debes, y aun lo que agora³⁷¹ tan poco me pagas; pero no es verdad, ni lo puede ser, que me haya olvidado de aquella primera voluntad, aunque te digan otra cosa tus sospechas; que yo que la siento sé que te engañas. Y pluguiera al Cielo, hermosa Silvia, que fuera verdad lo que has imaginado, pues a ti te importara poco y yo viviera con más descanso. Dices que estás contenta de no haberme creído ni querido, porque agora³⁷² te hallaras tan mal pagada como bien quejosa. ¡Ay ingrata, no lo creas! Ni hagas ese agravio a mi voluntad, que si te parece que he sido mudable, puede ser que lo haya hecho por darte gusto; que cuando una mujer quiere bien suele agradecer que no la traten de otros cuidados. Yo sé, Silvia, que tienes amor. Yo sé que te desvelan otras penas, y esto de tan buen original que hay quien lo ha escuchado de tu boca. Pues dime: ¿es mucho que yo me entretenga de burlas si tú me estás ofendiendo de veras? No sé cómo te has lastimado tanto desta pequeña herida y tienes ánimo de darme la muerte por mil caminos. ¿No bastaba quererte, Silvia? ¿No bastaba ser despreciado por quien tú sabes, sino querer que prosiguiera en amarte y me viera perdido cuando ni tú me pudieras remediar ni mi cordura me pudiera favorecer? ¡Vete a la mano! Y advierte que no es gallardía dejar que un hombre se vaya encendiendo cada día para darle con el desengaño en los ojos a tiempo que no tenga más consuelo que su desesperación. Déjame probar si puedo olvidarte, pues te importa poco que yo te ame.

Confusa escuchaba la enamorada Silvia a Cardenio, y cuando iba a satisfacerle de aquel indigno pensamiento la estorbó alguna gente que con las nuevas del suceso venía a saberle con más certidumbre, para que se previniese su remedio. Y contentos todos de que la herida no era demasiada (si bien la falta de la sangre hacía mayor su desgracia) llegaron al lugar. Donde con general tristeza fue sentida, porque su cortesía le³⁷³ había hecho tan bienquisto que sólo³⁷⁴ los celos (que ni miran a la piedad ni atienden a la razón) tuvieran ánimo para ofenderle.

Estuvo en la cama algunos días regalado de Silvia, y tan agradecido a sus favores que, con no tenerlos por seguros, hizo por ella una fineza que al parecer de Silvia era muy grande, y fue escribir un papel a la que había sido causa de su divertimento, diciéndola que él era en aquel lugar más forastero que natural, porque aunque había tenido en él la primera cuna, la ausencia le había hecho extraño, y así, no quería disgustar a las personas con quien era fuerza vivir. Y, en efeto, la desengañó claramente de que no había de proseguir en su amor, y Silvia quedó tan gustosa que le envió a decir con una criada de quien ella hacía confianza, que en hallándose con fuerzas para salir de casa le quería hablar acerca de muchas cosas que pudiera ser que no le pesase de escucharlas.

Contaba Cardenio las horas, deseando el dichoso día para pedirla descubiertamente que le desengañase. Silvia también rogaba por la mejoría de Cardenio para hablarle menos esquivo y más amorosa, porque ya le quería de suerte que con ver que si sus padres supieran que se empleaba tan bajamente no la habían de admitir por hija y se había de quedar toda su vida en aquel humilde traje, estaba resuelta a ser suya y a vivir con él, aunque perdiera mayores intereses.

371.- MAD-1626: 'aora'

372.- MAD-1626: 'aora'

373.- BRU-1626: 'e'

374.- BRU-1626: 'olo'. Como la errata anterior, al inicio de línea.

Y una noche que estaba el viejo Albanio riñéndola porque no daba crédito a la nobleza que no conocía, llamó a la puerta un hombre que preguntaba por Albanio diciendo que un caballero le quería hablar. Bajó³⁷⁵ Albanio, y quedose Silvia tratando con su pecho de la gallarda determinación que tenía; y apenas llegó el viejo a preguntar quién le buscaba, cuando una dama de lindo talle y gentil presencia se fue a sus brazos, y con más admiraciones que palabras le dio a entender que era la madre de Silvia (que como la había heredado la belleza no fue dificultoso conocerla presto). Y luego su esposo, que la acompañaba³⁷⁶ con el deseo de ver a su hija, sin detenerse en otros cumplimientos rogó le llevasen a conocerla.

Subieron todos y hallaron a Silvia, que espantada de aquella novedad casi no consentía en los amores que la hacía su padre; y después de haber solenizado con regocijos y admiraciones aquella ventura tan deseada y lo mucho que debían a Albanio, le dijo la madre de Silvia cómo después de haberla dejado del modo que sabía y haberle salido todo a satisfacción de su deseo, estuvo muchos años sin ver a su esposo, si no es por la comunicación de papeles y cartas (que son las visitas de los ausentes), porque dio muerte en Salamanca a un caballero de los más principales della, y así, le fue forzoso ausentarse a parte donde pudiera estar sin peligro, hasta que con un perdón de Su Majestad habían cesado sus pleitos y destierros; y que volviendo a su patria y viéndose con la nobleza de un hábito y con hacienda suficiente para poder honrarle, movido de su voluntad (que si es verdadera no conoce al olvido) y confesando sus obligaciones se había ido a Granada para ver si había remedio de gozar su esposa. Y viendo los dos que su padre perseveraba en su desatino se resolvieron en dejar una noche a Granada y venirse a Madrid llevando de camino a Silvia. Y encareciendo el peligro en que estaban si se detenían, porque su padre o sus deudos fuera posible que los alcanzasen, dijeron a Albanio que sin más prevención era fuerza que Silvia se fuese con ellos, para llegar a Madrid antes que amaneciese.

Nuevas fueron éstas que desmayaron a Silvia, tanto, que tuviera por muy gran dicha haber nacido de humildes padres, si la había de costar el verse no sólo desigual de quien adoraba, sino en parte que no había de pagarle aun con los ojos. Replicó Silvia a tan rigurosa y fuerte determinación; pero no la valió, porque sus padres estaban con temor y amor: el temor no les consentía detenerse³⁷⁷ y el amor no les daba lugar a que la dejasen. Y obedeciendo a la cruel sentencia, bañada en lágrimas y llevando traspasado el corazón por lo que dejaba, se despidió de Albanio en compañía de aquella criada que sabía sus desvelos, para descansar con ella y tratar de que Cardenio supiese la triste causa de su ausencia y procurase verse con quien tanto le amaba.

Quedó Albanio encargado del secreto, aunque Silvia le rogó al despedirse, por el amor que la tenía, dijese³⁷⁸ a Cardenio de su parte lo que había pasado, y él por consolarla se lo prometió, aunque después viendo que no podía estar bien a su calidad, le pareció que acertaría en no decirlo. Llegó Silvia a Madrid como se puede creer de quien iba muriendo y con cada paso miraba más lejos de sus ojos a quien era alma de sus pensamientos. Consideraba cuán al revés se había cumplido el deseo de verse con su dueño; imaginaba también cuán injustamente ofendería su voluntad sabiendo su ausencia.

Apenas faltó Silvia cuando todos echaron menos su hermosura (como era la joya de más importancia), y estando Cardenio cuidadoso del descuido grande que tenía en avisarle de la ocasión en que la había de hablar (porque ya se miraba con bastantes bríos para hacer valentías en su salud), le vinieron a decir cómo faltaba de la casa de su viejo padre, y que se imaginaba que se había ido con un hombre que la gozaba de secreto (que el vulgo nunca se contenta con decir lo que pasa).

375.- BRU-1626: 'òaxò'.

376.- BRU-1626: 'compañoua'.

377.- BRU-1626: 'deternerse'.

378.- MAD-1626: 'dixe'.

No quiso Cardenio dar crédito a estas nuevas por no agravar a Silvia; que pensar mal del recato de una mujer sin información bastante es ofenderla en el honor y hacer poca confianza de su virtud. Pero viendo que todos lo murmuraban y que en su casa no parecía, tuvo por cierta su imaginación, y sospechó que el decirle que le tenía que hablar habría sido para consultar a solas el fiero desengaño de su determinación, yéndose con el oculto merecedor de su belleza. Volvíase loco, quejándose al Cielo, llamaba a la muerte, y maldecía no sólo a Silvia, sino a las demás mujeres (que en semejantes casos la mudanza de una la pagan todas).

—¡Ay —decía³⁷⁹ ciego de su pasión—, crueles homicidas, rigurosas para quien os ama y apacibles para quien os aborrece! ¡Quién pudiera vivir sin vosotras, para librarse de vuestros engaños y mudanzas! Siempre me acuerdo de aquellas palabras que decía Marco Aurelio hablando contra vuestra malicia: *Mujeres: en acordarme que nací de vosotras desprecio la vida, y en pensar que vivo con vosotras amo la muerte*. Habló como discreto y como filósofo, y más si pasaba entonces por la ingratitud de Faustina. Decís siempre que somos mudables, y estoy por creerlo, no porque cabe en el hombre delito de ingratitud, sino porque lo pudimos aprender en el tiempo que estuvimos en vuestras entrañas. Vosotras sois siempre las quejosas y nosotros los ofendidos; que como tenéis fuerza en los ojos para mover a lástima, acreditáis con lágrimas lo que disimuláis con engaños. De todos nosotros decís infamias, y a cada uno de por sí hacéis halagos. Yo te oí, Silvia, decir una tarde tantas injurias contra quien admitía más de un desvelo en su corazón, que pensé que había resucitado Lucrecia o que vivía Penélope; mas ya conozco que fue solamente querer acreditarte de buen gusto, porque como al vicioso, aunque lo sea, le agrada la virtud, así vosotras, aunque seáis mudables, os parece bien la firmeza y os queréis preciar de lo mismo que os falta, ¡Ay Silvia, eres mujer y no puedes olvidar tu naturaleza! Si amabas a otro, ¿para qué te entretenías conmigo? Si te desvelaban otras ansias, ¿para qué te lastimabas de mis heridas? Y si pasabas por tanta mudanza, ¿por qué culpabas mi poca firmeza? ¿Es posible que amando una mujer en una parte aun le queda ánimo para querer en otra? Yo confieso³⁸⁰ que tuve por cierto que me amabas; pero engañeme, o tú me engañaste, que no tiene un hombre obligación de estar advertido de que las mujeres principales mienten. Y ¿quién había de pensar que no era muy seguro tu amor, si te vi casi llorar de celos? Mas dime: ¿cómo fue posible confesarte celosa y librarte de tenerme amor, pues lo uno presupone lo otro? Mas paréceme que no fueron celos, sino envidia, pues a ti no te debió de pesar de verme con otra porque me amabas a mí, sino porque te parecía que era desestimarte a ti. ¡Ay ingrata, qué mal cumpliste con la obligación que debías a mi voluntad! Por ti, Silvia, dejé gustos, amigos y nobleza, pues me olvidé de lo que soy por igualarme a tu ser. Por ti vine a estas soledades convertido en villano; que Ovidio y el amor me animaron a semejantes desatinos. Pues alguna paga merecía esta fineza; pero ya veo que soy loco en pedir agradecimiento a quien nunca supo conocer los beneficios.³⁸¹

Así se quejaba el ausente Cardenio³⁸² de su adorada Silvia, aunque sin razón, porque le amaba con tanta verdad que no vivía un punto sin su memoria, si bien desconfiada de su amor, porque como los agravios se toman más atrevimiento en cualquier ausencia y a Cardenio no le aborrecían en el lugar, temía, y con razón, no fuese ingrato al mucho amor que la debía.

Solía ir Albanio a la Corte, y preguntábale si había dicho a Cardenio que estaba en Madrid, y él respondía (por apartarla de aquel pensamiento) que sí, y que ya se cansaba de rogarle³⁸³ viniese a verla, porque vivía tan divertido en cuidados nuevos que apenas le daba respuesta. Creyole

379.— BRU-1626: 'dedia.'

380.— BRU-1626: 'confesso.'

381.— BRU-1626: 'beficios.'

382.— MAD-1626: 'Cradenio.'

383.— MAD-1626: 'rogarla.'

fácilmente Silvia, y empezó a injuriar la fácil condición de Cardenio vengándose con infinitas lágrimas de sus hermosos ojos; que como ellos son los primeros que tropiezan para que caiga la voluntad, son también los que sienten con mayor afecto la culpa de su caída. Ya todo esto sucedía en ocasión que los padres de Silvia andaban muy cerca de desposarse, y ella había trocado el traje de villana por las costosas galas que pertenecían a su calidad, con las cuales estaba tan hermosa y desenfadada como si toda su vida se hubiera criado en ellas.

También Cardenio vivía en Madrid, porque en viendo que faltaba Silvia dejó de ser villano y volvió a su centro. Y bajando acaso una noche hacia el Prado en compañía de cierto amigo suyo que sabía reñir de noche y callar de día, vieron una dama que iba sola y con algún susto. Llevaba en la cabeza un tafetán leonado que la defendía la cara para no ser conocida, y descubierto un fal-dellín que no se supo de qué era, porque la mucha guarnición no daba lugar a que se manifestase la tela. El olor daba a entender que era principal, o por lo menos de buen gusto. Y llegándose a ella, la preguntaron si mandaba que la fuesen sirviendo.

—Que me sigáis entrambos quisiera —respondió la dama—, porque me importa dar unos celos a un hombre que me ha hecho cierto pesar en la comedia, y me holgara que me le pagase en otro tanto hiriéndole por los mismos filos.

Cogiéronla en medio y dieron vuelta por todo el Prado sin hallar a quien buscaban, y cuando ya se venían a su casa les obligó a pararse un coche que con cuatro músicos y otros tantos caballeros estaba junto al monasterio del Espíritu Santo cantando a cuatro voces estremadamente. Sentáronse en las gradas de la iglesia por escucharlos con más comodidad, y después de haber puesto fin a la música y que ya el cochero guiaba a las fuentes de San Jerónimo, uno de los que venían dentro, que acaso reparó en la dama, mandando que parase se echó del coche y fue a reconocerla. Levantose Cardenio, y detúvole diciendo que aquella demasía no la enseñaba la Corte.

—Yo me precio —respondió el caballero— de tan compuesto y cortesano que ninguno me ganará en esa materia; pero el amor, y más si se aconseja con los celos, no repara en esos puntos: la dama que viene con vos lo es mía, si por cierto disgusto que la he dado quiere dármele. Ya está conocida la treta.

—Lo que yo sé —replicó Cardenio—, es que agora³⁸⁴ está conmigo, aunque no es mía.

—Pues ¿qué importa —dijeron los que venían en el coche— que esté o deje de estar con él? Váyase agora³⁸⁵ solo a su casa, y agradezca que no es a la de un barbero.

Parecióle a Cardenio y a su amigo que era mucha³⁸⁶ cordura sufrir tantas demasías, y sacando las espadas se empezó la pendencia, dándoles, aunque eran tantos, bien en que entender. Cúpole a Cardenio reñir con dos; mas a pocos lances el uno cayó a sus pies diciendo a voces que le habían muerto. Empezaron los unos y los otros a recelar el peligro de la justicia (que en Madrid es milagro haber pesadumbre donde no se halle), y pareciéndole a Cardenio que el huir era dar ocasión a que le siguiesen, dejando aquella calle hizo sagrado de la primera casa, y se entró en ella pidiendo le diesen favor para poder deslumbrar a los que le quisieran ofender. Entonces un criado de la misma casa, que había sido testigo de su valentía, le llevó al último cuarto, que estaba algo apartado y tenía una puerta por la cual se podría pasar al de sus señores, para que si la justicia hiciera diligencias en buscarle pudiera con facilidad defenderse de sus intentos; y dejándole cerrado se volvió a ver el fin que había tenido la pendencia, para prevenirle de lo que había de hacer.

Quedó Cardenio algo temeroso del suceso; viose a escuras y solo sin saber adónde estaba, y después de considerar su adversa fortuna y las desdichas en que le iba poniendo cada momento, vino a parar en la liviandad de Silvia y en el tiempo mal empleado que le costaba. Y estando

384.— MAD-1626: 'aora'

385.— MAD-1626: 'aora'

386.— Excesiva, se entiende.

aconsejándose a sí mismo que olvidase un amor tan necio, sintió cerca de donde estaba pasos, y escuchando con atención oyó que una mujer con ansias y suspiros daba licencia a sus tristes ojos para sentir alguna lastimosa tragedia.

—¡Ay! —decía anegada en diluvios de perlas—. ¿De qué me ha aprovechado mi hermosura, si acaso la tengo, habiéndome sujetado a quien la trata tan descuidadamente? ¿De qué ha servido mi resistencia honrada a tantos ruegos y finezas, si, en fin, acaba en querer bien a quien me paga tan mal? ¿Qué me ha importado disimular mi amoroso desvarío, si al cabo le confesé para quedarme con la vergüenza de haberme rendido y vivir sin el premio de haber amado? ¡Ay Cardenio mío, si acaso lo puede ser quien está tan ajeno de escucharme y de corresponderme! ¿Quién pensara que mujer que pagó con desprecios tantas verdades se hubiera de sujetar tan fácilmente a tus mentiras? Discreto eres³⁸⁷ para persuadir, pero muy necio te hallo en agradecer. Noble pareces en las palabras, pero como³⁸⁸ villano has procedido en las obras. Castigo es éste que merece mi condición ingrata; que siempre la que se precia de tratar mal a todos llega a tiempo que la desprecia quien menos imagina.

Admirado quedó Cardenio de oír su nombre en tan estraña parte; pero bien echó de ver que otro sería la causa de aquellas quejas, que tuviese su nombre aunque no su fortuna. Volvió el criado para avisarle que podía salir seguramente, porque la justicia se había contentado con prender a uno de los contrarios, y Cardenio agradecido a la merced que le había hecho, después de pagarle su cuidado con algunos escudos le preguntó el dueño a quien servía, y él entonces le respondió que a un caballero que venía a desposarse con una dama a quien había años que amaba y confesaba obligaciones, y que traía consigo una hermosa hija que se había criado tres leguas de la Corte, viviendo siempre encubierta hasta que sus padres pudieran seguramente llamarla suya. Todas estas cosas escuchaba Cardenio tan fuera de sí como admirado de la historia de Silvia, y volviéndose al criado, le dijo:

—Sin duda es esa dama una que poco ha oí quejarse tiernamente.

—Sí sería —le respondió—, porque después que vino del lugar donde estaba son tantas las locuras y sentimientos que hace, que, con ser mucha su virtud, no ha faltado en casa quien piense que sus tristezas nacen de algún amor que deja en Pinto. Porque aunque ella dice que solamente el verse sin Albanio, que es a quien ha tenido en lugar de padre, la tiene descontenta, yo creo otra cosa, porque algunas veces la he oído quejarse de un hombre que llama Cardenio, y por esto presumo que no es sólo el amor de Albanio el que la tiene tan triste.

Harto fue que Cardenio pudiese sufrir el gusto de tan alegres nuevas; pero disimulando cuerdamente le rogó que si fuese posible llevara un recaudo de su parte a aquella dama diciendo que un caballero que había vivido muchos años con Cardenio la suplicaba le diese lugar para poder verla y darla una carta suya. Bien echó de ver el criado que era atrevimiento ir con este recaudo a su señora, pero como sabía que cualquiera cosa disimula una mujer por escuchar a quien la trata en su amor, fue a Silvia (que ya se llamaba doña Juana) y la contó el suceso. Admiróse Silvia, y viendo que aventuraba poco y que podía desengañarse en mucho, hizo que se abriese aquella puerta y fue a verse con él.

Igual fue la suspensión de entrambos cuando llegaron a verse en tan distinto hábito. El amor le decía a Silvia que el que tenía presente era su dueño, mas el traje no la consentía que lo creyese. También Cardenio, viéndola en tan diferente hábito, se suspendía. Mas Silvia, con agudeza de mujer, imaginó que sin duda sabiendo Cardenio su nueva nobleza, para no desenamorarla habría hecho aquella transformación, y así, empezó luego a encarecer lo poco que la obligaban aquellos disfraces, porque ella se había inclinado no a las humildes galas, sino al noble corazón; no

387.— BRU-1626: 'eras'

388.— MAD-1626: '...palabras, como'

a la corteza villana, sino al entendimiento cortesano; no al pobre vestido, sino a la rica voluntad, y que no se desvelase en las exteriores apariencias, que son accidentes para quien ama, pues más le quisiera villano y constante que galán y falso. Y así, que se volviese a entretener con quien él sabía; que ella procuraría que se le³⁸⁹ diese poco de un hombre que no la merecía, pues con su humilde nacimiento la deshonoraba y con su inconstante trato la ofendía. Pero que advirtiese que no le dejaba por verle tan inferior a su sangre y a su fortuna, sino porque le hallaba tan desigual a su honesto amor y firme correspondencia; aunque se consolaba con que sabría morir, sufrir y callar sus penas por no llegar a verse en los brazos de un hombre que, avisándole cada día de dónde estaba y rogándole que la viniese a ver, no sólo no lo hacía, sino que respondía con desprecios a quien le trataba en ello.

Más dijera Silvia si la dejaran sus hermosos ojos, porque con la fuerza grande del sentimiento reventaba por descansar llorando. Suspendiose Cardenio viendo las injustas quejas que tenía de su voluntad, pues desde el día que se ausentó de Pinto ni había tenido recaudo suyo ni por parte de Albanio había sabido dónde estaba, y así, la respondió que si quería emplearse en quien mejor la mereciese no era menester valerse de excusas; que él viviría muy contento con verla, aunque fuese en otro poder, como supiese que era gusto suyo. Pero que se desengañase de que él ni era Cardenio ni villano, aunque tanto tiempo lo había parecido, sino don Diego Osorio; que para crédito de su nobleza bastaba decir que tenía alguna sangre en la casa de Lemos. Y que él era quien pasando por Pinto se enamoró de su hermosura y la habló cierta noche, aunque por ser demasiado obscura³⁹⁰ no le había conocido, y que después, por verla y por obligarla a su amor se había disfrazado de aquella suerte. Y que cómo podía quejarse de su descuido, pues nunca supo la mudanza de su estado; porque al punto que se murmuró que faltaba, viendo que Albanio ni otra persona daban nuevas della, sino que todos se encogían de hombros y respondían suspirando, como no le tenía en el lugar más que su belleza, y en acabándose el fin cesa la voluntad de los medios, se había venido a la Corte. Y saliendo aquella noche con un amigo le sucedió un disgusto, y huyendo del rigor de la justicia se había favorecido de su casa, en la cual oyendo su nombre entre suspiros y lágrimas, se había informado de tan peregrino suceso. Y así, no la quería obligar a nada que no fuese con mucho gusto suyo, ni quería pedirla más que licencia para pretender servirla. Y para informarse de su mucho amor considerase quién había hecho más: él en olvidarse de su nobleza y quererla imaginándola tan desigual, o ella en querer librarse de su amor por imaginarle villano.

A lo cual respondió Silvia que, aunque un honrado viejo a quien tenía en opinión de padre la había dicho la nobleza que tenía, con todo eso, sin reparar en este inconveniente ni en los consejos que le daba su recato, su virtud y su calidad, le había amado siempre; que la noche que escuchó de su misma boca decir que tenía amor era muy cierto, porque, si quería acordarse, habían estado toda aquella tarde juntos, y desde entonces empezó a tener principio su voluntad. Y para que echase de ver cómo había podido más con ella su amor que su calidad, leyese aquella carta que tenía escrita para que se la llevase Albanio. Y sacándola por abono de su firmeza se la dio, y Cardenio vio que decía:

Si con el nuevo hábito hubiera perdido el amor que te tengo, yo pienso que me lo agradeciera mi sangre; mas ha sido tan al revés que nunca estuve tan resuelta a ser tuya. Quien te diere ésta te dará razón de mi casa y calidad; que aunque hay entre los dos tanta distancia, mi amor te hará noble, que bien podrá por lo que tiene de rey. Doña Juana Osorio.

389.- BRU-1626: 'procuraría que le'

390.- MAD-1626: 'oscura'

No tuvo Cardenio, con tan verdaderos desengaños, qué dudar, ni a Silvia con amor tan conocido la quedó qué temer; y quedándose³⁹¹ Cardenio aquella noche en el mismo cuarto, por el peligro que podía tener si salía y porque la voluntad de Silvia no llevaría bien otra cosa, a la mañana habló Silvia³⁹² a sus padres y les refirió toda la verdad del suceso. Y como ellos tenían tan fresco el suyo y sabían los desatinos que causa querer impedir a una mujer su voluntad, lo recibieron con mucho gusto. Y su padre conoció a Cardenio, que por sus costumbres y nobleza lo era³⁹³ en la Corte. Vinieron de Granada los que imaginaban sus enemigos, y viendo no sólo empleada tan noblemente a su hija, sino hallando una nieta tan hermosa que se llevaba los ojos de cuantos la miraban, trocaron en paz el enojo y en contento la pesadumbre.

Gozó Cardenio de su amada Silvia, y publicándose por la Corte una invención de amor tan nueva, celebraron la mucha ventura de Cardenio y la divina belleza de Silvia: ya hermosa dama de la Corte, si algunos años humilde villana de Pinto.

FIN DE LA NOVELA QUINTA

391.- MAD-1626: '...temer. Quedòse.'

392.- MAD-1626: '...cosa; y ella a la mañana hablò.'

393.- Era conocido, se entiende.

LA DESGRACIADA AMISTAD

A

JUAN DEL CASTILLO,
SECRETARIO DE SU MAJESTAD, ETC.

CONVIDÓ Ptolemeo³⁹⁴ una noche a cierto príncipe, y él se llevó consigo a Apeles; y como estrañase Ptolemeo³⁹⁵ el nuevo huésped, le preguntó quién le había traído. Apeles entonces tomó un carbón del fuego y dibujó en la pared la persona y rostro del príncipe, con que Ptolemeo³⁹⁶ quedó juntamente desengañado y reconocido. A quien me preguntare,³⁹⁷ señor Secretario, la causa de mi atrevimiento en dirigir a V. M. esa novela, responderé, como Apeles, pintando el amor que yo tengo a V. M. y las obligaciones que confiesa mi padre; y desta manera él quedará sin escrúpulo, V. M. satisfecho, y yo en opinión no de osado, sino de agradecido. A V. M. guarde Dios muchos años con la salud y aumentos que deseo.

Aficionado a V. M.,
el Licenciado Juan Pérez de Montalbán

394.- BRU-1626: 'Ptolomeo.'

395.- BRU-1626: 'Ptolomeo.'

396.- BRU-1626: 'Ptolomeo.'

397.- BRU-1626: 'preguatare.'

NOVELA SEXTA

POR entre huertas y jardines de aquella hermosa ciudad que fue conquistada del rey don Jaime y está situada en la parte de Europa que se llamó Tarraconense, comarca que vivieron antiguamente los edetanos, iba un caballero mozo, noble entendido y galán, llamado Felisardo, suspenso de ver tanta variedad y diferencia de flores y deseoso de gozar más cerca aquel poderoso y antiguo edificio. Aunque pensativo y triste, porque algunas ocasiones de honra le desterraban de su patria, si bien es verdad que iba a parte donde ningún forastero la echa menos.

A poco más de media legua antes de entrar en la ciudad vio que se apeaba de un coche una dama que en las honestas galas daba a entender que era viuda, y que, sin esperar los chapines por ir más ligera, se entraba por un verde y enredado bosque con tanta prisa que le obligó a preguntar a una criada que había quedado en guarda suya la causa de aquel sobresalto, para ver si era ocasión en que su persona pudiese escusarle alguna pesadumbre: porque, fuera de que en los caballeros, y aun en los que no lo son, es deuda de la cortesía favorecer las damas, habíale parecido a Felisardo tan hermosa (aunque vista de prisa), que cuando él fuera menos noble sus ojos le hicieran más atrevido.

Respondióle la criada que podía ser de tanto provecho que estorbara más de una muerte si acudiera con brevedad donde iba su señora. Y entonces, arrojándose del caballo, empezó a discurrir por la olorosa selva hasta que la alcanzó. Y ella viendo a un hombre que la seguía,³⁹⁸ se volvió a él y le dijo:

—Si acaso, caballero, os ha movido a piedad ver con el ansia que vengo, de mi parte os suplico me acompañéis³⁹⁹ hasta lo último deste bosque, donde imagino que está un caballero esperando a otro para darle por mi causa la muerte; y le importa a mi opinión que vivan entrambos, porque de cualquiera⁴⁰⁰ desgracia que sucediere he de ser yo la causa, aunque no haya tenido la culpa.

Escuchó sus turbadas razones animoso y cobarde: animoso, porque, como era principal, sabía aventurar⁴⁰¹ la vida por cualquiera mujer, y cobarde, porque su belleza era para hacerse temer; y llegando por la margen de un cristalino arroyo a la postrera estancia, oyeron un pequeño ruido de espadas, y por la noticia que pudo⁴⁰² dar el eco, no de las palabras, sino de los golpes, anduvieron con más cuidado, hasta que vieron dos caballeros que procuraba cada uno la muerte de su enemigo librada en la destreza o ventura de sus espadas. Y sacando airosamente Felisardo la suya, estorbó con ruegos, y amenazas la cólera de los dos celosos; y sabiendo dellos mismos que la causa de su disgusto era aquella dama, porque igualmente la amaban y merecían, aunque ella no se mostraba inclinada a ninguno, les dijo que su pesadumbre podría escusarse; porque si el amor estaba indiferente en ella, aquel pleito era de la Fortuna; y así, su parecer era que los dos la conquistasen en tanto que su voluntad hiciese elección del uno.

—Yo no tengo de vivir —respondió el más colérico— con esa competencia, ni he de consentir que ninguno en el mundo estorbe con su voluntad la mía; y así, me parece mejor que con la muerte del menos dichoso cese la duda del que volviere a Valencia vivo.

—Eso —replicó Felisardo— también se puede hacer sin sangre, como quiera declararse esta señora eligiendo a quien más quisiere. Dándome primero palabra, como caballeros, que cualquiera de los dos que fuere menos dichoso no se ha de sentir ofendido ni perseverar en la solicitud de su amor.

398.- BRU-1626: 'seguiu'.

399.- BRU-1626: 'acompaneis'.

400.- BRU-1626: 'por de qualquiera'.

401.- BRU-1626: 'ouenturar'.

402.- BRU-1626: 'puedo'.

Convenidos todos tres en este concierto, se volvió Felisardo a la dama y la dijo (aunque con envidia de quien había de ser el admitido) que en su mano estaba asegurar el honor que perdía, pues solamente confesando que el uno la agradaba quedaría sin recelo del menor peligro (pues aunque ellos decían que a ninguno quería, el sospechaba lo contrario, porque la había visto venir con tanta ansia a estorbar su muerte, fuera de que en las mujeres principales, disimular su amor, aunque le tengan, es cosa tan conforme a su nobleza y gravedad, que suelen vengarse de su flaqueza con su silencio); y supuesto que todo aquello era verdad, la suplicaba se declarase, para que en sabiéndose cuál era el merecedor de su gusto, el uno se consolase y el otro quedase satisfecho.

Confusa estuvo Rosaura (que así se llamaba esta señora) viendo que a ninguno quería y que casi era forzoso hacer elección de su voluntad. Y advirtiendo en que de todos tres sólo Felisardo era el más digno della, quiso decir que el tercero la parecía mejor; mas viendo que ni en su sangre ni en su compostura cabía aquella facilidad, bañados los puros jazmines en vergonzosas clavellinas, respondió a Felisardo desta suerte:

—Yo, caballero, soy la condesa Rosaura, bien conocida en este reino por mi estado y nobleza. Caseme de pocos años con un hombre que los suyos pasaban de cincuenta⁴⁰³ y ocho; que los casamientos que se hacen más por razón de estado que por gusto suelen tener semejantes desigualdades. Y como a la mucha edad de mi esposo le convenía más el sepulcro que el tálamo, murió dentro de pocos días y yo quedé sola y triste, porque aunque su compañía no lo era, bastó para llorarle haber tenido nombre de mío. En este tiempo don Álvaro Ponce y don Fadrique de Mendoza, que son los que veis presentes, me han solicitado, entrambos nobles, gallardos y entendidos, aunque, como ellos dicen, mi voluntad ha estado indecisa y dudosa: debe de ser porque como son iguales en todo no hallo más razón para querer al uno que despreciar al otro. Y si os parece que venir a impedir la desgracia que les pudiera suceder tiene algo de amor, creedme que sólo fue miedo al honor que por ellos aventuraba. Pero si, como vos decís, consiste su vida y mi seguridad en declarar cuál ha dado más cuidado a mis ojos, digo que don Fadrique, sólo por más constante, merece mi voluntad, y gustaré que me sirva sin competencia.

Luego que el caballero oyó los favores que Rosaura le hacía se echó a sus pies, y a Felisardo besó las manos, pidiéndole que mientras estuviese en Valencia fuese su huésped para satisfacer la merced que por su parte había recibido. Con esto se volvieron todos a la ciudad, y a Felisardo le aposentó en su casa don Fadrique, regalándole con cuidado y ofreciéndole su hacienda y vida, tanto por merecerlo su persona como por ser instrumento de la dicha que le esperaba. Y en efeto, con la comunicación y las obligaciones creció la amistad en los dos de manera que parece que estaban formados con un alma, y podía con ellos olvidarse la memoria del generoso Pilades y constante Orestes, y la del fiel Asmundo, de quien se escribe que se enterró vivo con su amigo muerto.

Pesole a Felisardo de que la amistad de don Fadrique creciese tanto, porque le privaba de mirar a Rosaura como quisiera; pero su nobleza y lo mucho que debía a su amigo pudieron tanto que escusaba cuanto podía el verla. Y si alguna vez la visitaba era tratando del amor de don Fadrique, rogándola advirtiese en sus méritos y diese un alegre día a toda Valencia, que ya esperaba por puntos el feliz suceso de aquellos amores. De mala gana respondía la hermosa Rosaura a esta conversación, porque desde que vio a Felisardo le amaba de manera que todo el día gastaba en imaginar cómo podía darle ocasión para que la entendiese, y después de entendida pagase aquella secreta pasión; mas viendo que por ser su amistad tan grande no había de ser posible, se consolaba sintiendo y llorando el desgraciado empleo de su voluntad. Y así, los dos pasaban por un mismo tormento: Felisardo disimulando el amor que le abrasaba el alma por no ofender a don Fadrique, y Rosaura diciéndole solamente a sus ojos.

403.— BRU-1626: 'cincuenta.'

Y estando una tarde con él a solas y advirtiendo en algunos suspiros que arrojaba del pecho cuando le parecía que ella no le miraba, le rogó encarecidamente la comunicase parte desus tristezas, si acaso eran de amor, y refiriese la causa de su destierro, que sin duda era grande, pues le tenía con tan poco gusto.

—En lo primero —respondió Felisardo— no os podré servir, porque el amor que me inquieta ni me está bien que le diga ni vos podéis consolarme en él; no por tenerle ausente, sino por otras razones, mejores para calladas. Y porque en lo segundo que me mandáis no puedo escusarme, estadme atenta un rato y veréis la triste causa que me tiene en Valencia. Es mi patria la imperial Toledo, ciudad en quien España tiene puesto los ojos, porque el caudaloso Tajo la hace ilustre, y los ingenios que produce, inmortal. De mis padres heredé tan acreditada nobleza que merecí un hábito de Santiago por mano de don Felipe,⁴⁰⁴ que llamaron el Prudente, hijo que fue del invencible Carlos. Con esta calidad y cuatro mil ducados de mayorazgo miré con alguna muestra de voluntad a Flora: dama de divina hermosura, afable, bien entendida y virtuosa con extremo, pero tan pobre que a todos quitaba el ánimo de pedirla a su padre, con ser muchos los que la deseaban. Y yo que la debía de querer más que todos y he nacido más ambicioso de la virtud que del oro, aunque con poco gusto de mis deudos me casé con ella, y tuve a mucha suerte mía haberla merecido. Y como la soledad del campo y las flores es tan a propósito para gozar un hombre de su amor con más descanso, me determiné a salir de Toledo y llevar mi casa a una pequeña aldea donde estaba la mayor parte de mi hacienda, para moderar también el gasto y desempeñarla de algunas deudas que suelen ocasionar las travesuras de los mozos. Era señor del lugar que digo, y vivía por entonces en él, un príncipe de aquellos reinos. Al cual ofrecí mi casa una vez y me pesó muchas, porque, según después entendí, se aficionó de Flora, y para conquistarla empezó a granjear mi amistad con honras y mercedes; que es ya treta de los poderosos honrar al mismo que quieren ofender, o para que se asegure o para que se obligue. Mas yo que reparé con malicia en sus libres ojos, tuve por sospechoso el favor que me hacía, porque, en fin, era después de haber visto a mi esposa; y aunque es verdad que yo por mi sangre le merecía, no pude sentir bien de su liberalidad, porque para hacer bien a un hombre no pienso que es necesario ir a visitar su mujer. Con estos temores me tenían los celos de mi honra, sin osar decir mi dolor; que un marido se condena a callarle hasta que le⁴⁰⁵ castigue, porque lo demás es parecer culpado en su infamia. Era este príncipe determinado y poderoso: dos cosas que cualquiera bastaba para que mi honor estuviese poco seguro; y, en efeto, fueron tantas sus diligencias, que vencieron mi cuidado y tuvo orden para que Flora por un papel entendiese el suyo. No sé, cuando llego a este punto, con qué razones diga lo que me admiro de su flaqueza, porque en mi opinión no tuvo disculpa para ofenderme. No me espanto, Rosaura, de liviandades, porque sé cuán fácilmente se ciega el entendimiento, y hay ocasiones en que apenas tiene culpa el delito. Que la mujer a quien le faltan regalos y galas ofenda a su esposo, ya en el mundo tiene disculpa, porque responderá que lo hizo obligada o necesitada; que la otra, viendo a su marido galán de la mujer ajena, y marido siempre con la propia, le imite, no me admira, porque sinrazones de un hombre suelen hacer livianas a las mujeres; que la casada a su disgusto busque quien la divierta, porque el que tiene al lado la cansa, ya es uso, aunque indigno de mujeres virtuosas; pero que Flora, amando y siendo amada, servida y sin haber menester a nadie, siendo principal y virtuosa, y debiéndome la fineza de haberla querido sin dote, que para el siglo presente no es la de menos calidad, recibiese papel con gusto que no fuese mío, cosas son que solamente tienen salida con acordarme que había nacido mujer. Perdonenme las que tienen alguna firmeza; que mi intento no es hablar en todas, pues es fuerza que haya muchas buenas entre tantas que no lo son; pero ingenuamente digo que tiene una mujer mucho andado sólo con serlo para hacer cualquie-

404.- MAD-1626: 'Filipe.'

405.- BRU-1626: 'hasque le'

ra baja. En efeto, Flora viéndose amada de un hombre a quien podía llamar *Excelencia*, se desvaneció neciamente, y más por vanidad que por afición admitió la suya, y poco a poco vino a quererle tanto que en la mesa y en la cama daba ocasión a mis celos su tristeza y enfado, porque como se vía adorada de un príncipe me miraba como a indigno de⁴⁰⁶ su hermosura. Suspiraba de noche, y como para ser yo la causa me tenía a su lado, colegía mi ofensa y suspiraba yo también; aunque ella, por deslumbrar mis recelos, decía que el verse en una aldea y estar sin la vista de sus padres la tenía con poco gusto; y sabe Dios que la amaba con tanto extremo que me holgué, por quererla con más disculpa. Pero fui tan desgraciado que me duró poco este engaño, porque viniendo una tarde⁴⁰⁷ de caza y hallándola cerrada en su aposento y con algún sobresalto, pregunté la ocasión, y ella turbada y necia, ni supo mentir ni disculparse; mas viendo sobre un bufete tinta y pluma imaginé lo que podía ser, y apretándola sobre que me confesase a quién escribía, se defendió de suerte que me obligó a que lo procurase con alguna violencia, y desabotonándola un jubón de tabí de plata, vi que a mis pies se había caído el cartón, y con él un papel que poco antes había recibido. Yo entonces cerré la puerta, y más difunto que ella leí lo que venía en él, que, en suma, era decirle que el amor no lo es cuando no le confirman los brazos; y que, así, para creer que se le tenía diese orden de que se lograse, pues yo iba tantas veces a caza y a Toledo. Ya tuve cuando acabé de leerle la daga en las manos para poner fin a su vida; mas viendo que no se⁴⁰⁸ satisfacía mi honor dejando vivo a mi enemigo, me volví a ella y, disimulando el enojo, la dije: *Mucho me espanto, Flora, que te resistieses tanto en darme este papel, pues hasta ahora tú no tienes culpa en el amor de su dueño, si bien pudieras excusarte de recibirle. Mas yo te perdono ese yerro con que de aquí adelante trates mejor mi honor y mires lo mucho que te estimo, porque tengo de tu virtud tanta confianza que no me puedo persuadir a que con ánimo de ofenderme le hayas recibido, pues tomar un papel muchas veces es cortesía y no voluntad.* Con esto la dejé más sosegada, y yo estuve en el lugar ocho días por encubrir mejor mi venganza. Y despidiéndome una tarde de mi ingrata esposa, a quien dije que iba a Toledo, rogué mirase por su decoro y se acordase de que era mía. Volví a la noche y entré en el aposento de un esclavo que cuidaba de mis caballos y estaba vecino a la puerta, para esperar a que mi enemigo, con la ocasión de verme ausente, viniese alguna vez a ofender mi casa; y así, en recogiendo los criados salía y la miraba, sin perdonar hasta el jardín. Mas Flora, que era astuta y cuerda, tuvo mi ausencia por maliciosa y debió de avisar a su galán de que importaba al amor de entrambos asegurarme aquellos días, por si acaso los celos me trujeran de noche al lugar. Y verdaderamente⁴⁰⁹ no se engañaron, porque viendo yo que en anocheciendo se cerraban todas las puertas y que no salía ni entraba mi enemigo ni algún criado suyo, vine a creer que Flora, obligada de mi amor y agradecida a la piedad que había usado con ella, estaría arrepentida y habría conocido lo que erraba. Con este engaño salí de mi casa para volver a entrar en ella, y Flora me recibió con quejas, y aun con lágrimas, porque me había detenido tanto. Y empezó a tratarme con el mismo amor que solía, desmayándose si me ausentaba y enterneciéndose si faltaba un hora de sus ojos; y entonces era cuando más atrevidamente me quitaba la honra; que los amores y regalos de una mujer suelen ser visperas de la ofensa que quiere ejecutar. Tuve en este tiempo tan poca salud que me obligaron los médicos a que pasase las noches dividido de los brazos de Flora, por que mi amor y su belleza no fuesen causa de alguna travesura que me quitase la vida. Y una noche que a mi parecer estaba más animoso me levanté⁴¹⁰ de la cama y llegué al cuarto de mi adúltera esposa, la cual pensando que era su galán, dijo media dormida, nombrando a mi enemigo: *Si acabas de estar ahora en mis brazos*

406.- BRU-1626: 'del.

407.- BRU-1626: 'trade'.

408.- BRU-1626: 'que no'.

409.- BRU-1626: 'lugar: verdaderamente'.

410.- BRU-1626: 'lleuantè'.

y sabes el peligro que tenemos en que te sienta Felisardo o que alguna criada te conozca, ¿para que vuelves a gozar lo que ya es tuyo? Recógete, señor mío, y no quieras por un gusto de una noche perder la gloria que podemos tener en tantas. Yo entonces tomando una luz y una espada de mi cuarto, bajé hasta la puerta principal, y hallando un postigo abierto confirmé mi agravio; y volviendo adonde estaba Flora, la desperté y dije que se vistiese, y después la hice escribir un papel, que noté yo mismo, para su galán, en el cual le decía no dejase de verse con ella la siguiente noche, porque importaba mucho; y enviándole con una criada ignorante de lo que había pasado, se le dio en sus manos. Y en llegando la noche dejé encerrada a Flora y fui a Toledo, de donde truje conmigo un religioso en un coche y le dije la confesase para morir; y ella viendo la poca vida que la quedaba, se confesó y arrepintió de sus culpas, pidiéndome con lágrimas, no que la dejase vida, sino que la perdonase la ofensa que había cometido contra mi honor. Y apenas la absolvió⁴¹¹ el Sacerdote cuando la quité la vida casi en sus mismos brazos y le dije se volviese a Toledo. Lo cual hizo, admirado de aquel suceso, y yo quedé aguardando al autor de mi afrenta, que vino a cosa de las once; y cuando vio a Flora tendida sobre la sangrienta cama y con dos luces a los lados se turbó de manera que apenas acertaba la puerta para poder salir. Y el primero con quien encontró para preguntar la causa de aquella desdicha⁴¹² fui yo, que ya tenía prevenida una pistola, y en conociéndole distintamente le pasé con dos balas el pecho, y le puse en los brazos de mi difunta esposa para que todo el mundo conociese que quien me abrasaba el honor tan injustamente no merecía menor castigo. Y fiando mi vida de la ligereza de un caballo dejé mi patria y me determiné a buscar en la ajena amparo, para defenderme de mis enemigos, que son poderosos y muchos, aunque mi venganza fue tan justa que ninguno tendrá ánimo de culparme, porque cuando el honor pide sangre para satisfacerse no hay respetos humanos que la escusen.

Con miedo y suspensión oyó la hermosa Rosaura la triste historia de Felisardo, y le dijo que en Valencia podía estar muy seguro, y más con el amparo de don Fadrique, que era de los caballeros más validos en ella. Y que de su parte le aseguraba⁴¹³ que fuera poco aventurar su calidad y hacienda en defensa de su persona. Echose a sus pies Felisardo, y solamente la respondió que era su esclavo, y que como a tal podía señalarle el rostro.

—No os quiero tan humilde —replicó la discreta Rosaura—, porque os tengo por muy señor mío; que no estoy olvidada del día que con tanta cordura volvistes por mi opinión. Y por que veáis la llaneza con que os trato, hacedme gusto de tomar aquel instrumento y honrarle como el otro día; porque desde entonces ni le he tocado yo ni permitido que nadie se le atreva, porque es cierto que se quejara de otras manos habiendo conocido las vuestras.

Estimó Felisardo la lisonja, y sin porfiar ni templar (que lo uno es ignorancia, y lo otro enfado) cantó así:

Ícaro amor, que a la región aspiras
 del Sol hermoso que atrevido adoras,
 si de sus rayos el rigor no ignoras,
 ¿cómo la⁴¹⁴ esfera de sus luces miras?
 Si, en fin, has de ser blanco de sus iras,
 ¿por qué a una peña obligas y enamoras?
 Y si tu muerte en su hermosura lloras,

411.- MAD-1626: 'obsoluió'

412.- MAD-1626: 'desdichada' BRU-1626: 'disdicha'

413.- MAD-1626: 'asegura' BRU-1626: 'asteguraua'

414.- MAD-1626: 'Como de la' También en la ed. de Giuliani.

¿cómo llorando por amar⁴¹⁵ suspiras?
 ¡Ay imposible amor, y quién pudiera
 reducirte a entender que es imposible
 que amor se llame lo que no se espera!
 Pero dirá mi fe, más invencible,
 que por ser imposible es verdadera,
 pues fuera interesada a ser posible.

En cantando Felisardo le rogó Rosaura que la hiciese gusto de decirle quién era aquella dama⁴¹⁶ cuya empresa juzgaba tan imposible, porque otra vez le había oído decir lo propio, y no era tan mujer en revelar secretos que no se pudiese fiar della cualquier cosa, ni tan mala para amiga que no le ayudase en todo, y más si fuese dama valenciana. No era ésta mala ocasión para declarar Felisardo su pecho, pero obligado a su noble amistad y no rendido a su amoroso cuidado, quiso más morir que perder el respeto a don Fadrique, porque como el quererla bien no estuvo en su mano, pudo librarse de traición; mas declararse con ella ya era obligarla a que le correspondiese, cosa que tocaba en agravio de su amigo, que ofendido de la dilación de Rosaura, viendo que no recibía con demasiado gusto sus visitas, la escribió algunas pesadumbres acerca de lo que se murmuraba su desdén en la ciudad después de haberle dado esperanzas que sería suya.

Reparó Rosaura en que tenía don Fadrique razón, porque para disimular muchas horas que pasaba con Felisardo había dicho a todos que trataba del amor de don Fadrique; de manera que por esto, y porque ya sus deudos llevaban mal sus dilaciones, se halló empeñada en casarse. Bien echaba de ver que la había de costar la vida, mas advirtiendo que cuando se determinase a decir su amor no había de corresponderle Felisardo, por ser noble y saber las obligaciones de amigo, respondió a don Fadrique que la causa de su divertimento era su poca salud, pero que ella le prometía que en hallándose con menos achaques le daría a entender que era quien⁴¹⁷ más lo deseaba.

Cobró don Fadrique con esto nuevas esperanzas, y Felisardo empezó a estar envidioso; que no tienen de villanos los celos otra cosa, pues es fuerza pesarle a un hombre del bien ajeno. Y así, se determinó a no verla para sentir menos aquel pesar, dando a don Fadrique por disculpa que tenía un secreto amor que le quitaba el tiempo, y que, pues ya el suyo no había menester testigos ni terceros, le tuviese por escusado. Sintió Rosaura con extremo la sequedad de Felisardo, y más cuando don Fadrique refirió la causa, y así, procuró verse con él para reñirle su desvío y saber la dichosa dama que le tiranizaba el tiempo. No tardó mucho en cumplírsele este deseo, porque encontrándole en aquella hermosa salida del mar que llaman el Grao, le llamó aparte, y confusa y turbada le dijo:

—Nunca pensé, Felisardo, que el amor podía hacer a un hombre discreto descortés con las damas. Dígolo porque después que estáis divertido en lo que vos sabéis os retiráis de quien os desea servir: en mi casa os reciben todos con gusto, y su dueño con muy gran voluntad, porque vuestra persona lo merece y don Fadrique hace de vos la justa estimación que debe, y esta no es causa para haceros ingrato. Mas porque he presumido⁴¹⁸ que a la tal dama que os desvela le pesa de que me visitéis, sacadme por mi vida de aquesta duda y decidme con verdad la causa de no verme; pues si es la que pienso me consolaré con que no es vuestra la culpa en todo, porque ya tengo noticia de que los amantes no son suyos y sólo tratan de obedecer a su dueño.

415.- BRU-1626: 'amor.'

416.- BRU-1626: 'dame.'

417.- BRU-1626: 'quian.'

418.- BRU-1626: 'presumido.'

—Mucho es lo que me pedís —respondió Felisardo—; pero por que no presumáis que soy desagradecido a lo que os debo, debajo de secreto natural, como a mujer tan cuerda, diré la causa que me mueve a huir de vuestros ojos. Advirtiéndome que no habéis de enojaros, pues, en fin, yo no la digo porque quiero decirla, sino porque vos me lo habéis mandado. Bien os acordáis, hermosa Rosaura, de la tarde que salieron al campo don Fadrique, y don Álvaro, y que después de veros y seguimos, por consejo mío elegistes a don Fadrique. Pues desde aquel día, perdonadme que os hable desta suerte, me rindieron con tanta fuerza vuestros ojos, y las demás gracias con que el Cielo adornó su hermosura, que con esta imaginación solamente olvidé el temor de mis enemigos, el amor de mi patria y la muerta belleza de mi esposa. Mas viéndome en diversas ocasiones obligado de don Fadrique, y que ser su amigo y amaros no se compadecía, me resolví a no veros para huir la ocasión de perderme; porque suelo estar de manera que si no me acordara que nació cristiano me hubiera echado sobre mi propia espada para borrar con mi sangre el retrato que habéis dejado en el pecho. Muchas veces tengo vergüenza de agraviar a un hombre que debo tanto, aunque sabe Dios que no he podido más y que me he vencido a mí mismo; y así, os ruego que de aquí adelante no os tengáis por ofendida en que me esté en mi casa, pues a vos os importa poco y a mí me puede servir de remedio.

Nuevo gusto y nuevas esperanzas se prometió Rosaura cuando supo que su amor no estaba tan mal pagado como imaginaba, y luego le confesó su voluntad, y que la causa de entretener sus bodas era el amor que le tenía, porque sin poderse resistir le había entregado el alma, señal que una misma estrella predominaba en la inclinación de entrambos.

Quedó Felisardo contento con el favor que no había esperado, si bien dudoso por la amistad de don Fadrique, pues si quería gozar de Rosaura era fuerza perder un amigo. Rosaura también reparando mejor en lo que podía resultar de dar la mano a Felisardo, advirtió prudentemente que si lo atropellaba todo y se casaba con él le ponía en conocido peligro; porque don Fadrique, ofendido y celoso, había de intentar su muerte, y sería fácil ejecutarla, por ser Felisardo solo y no conocido, y don Fadrique un hombre a quien respetaba toda la ciudad; y, en fin, la pareció mejor acuerdo no mudar del estado que tenía hasta que el tiempo lo dispusiese mejor, conservando su voluntad sin gozarla, para no enojar al uno ni perder al otro.

Y por ver si olvidaba alguna parte de sus tristezas se fue a una casa de campo que tenía por vecino al mar y estaba dos leguas de Valencia, donde entretenía el tiempo con la memoria de Felisardo y la esperanza que tenía de ser suya. Y una noche que su amigo y él iban a verla, entrambos amantes y entrambos poco dichosos, detuvo sus pasos la voz de un pastor que, enamorado de alguna zagala que amaba y por desgraciado perdía, cantaba al son de un músico arroyuelo desta suerte:

Llorad, ojos; que es razón
tener igual sentimiento,
porque mi amor pide a voces
agua para tanto fuego.
Si para llorar nacistes,
llorad, ojos, y lloremos;
que no es afrenta el llorar
cuando es tan grande el tormento.
Yo lloraré mis desdichas,
pues tanto en mi mal crecieron
que apenas tuve un placer
cuando lloro que le pierdo.
Llorad vosotros por mí,
pues que veis que ausente muero,

porque estar ausente un hombre
es lo mismo que estar muerto.
Y si acaso vuestras fuentes
han murmurado deseos,
llorad porque se malogran,
pues no los gozo y los tengo.
Prevenid vuestros cristales,
pues que ya ha llegado el tiempo
en que mis penas comienzan
y tienen fin mis contentos.
Ya de aquel bien que gozastes
hoy a mi pesar me ausento;
pero por eso fue bien,
porque se acabó tan presto.
Ojos: paciencia, y morir,
pues hoy a Nise perdemos;
que si en ella está mi vida,
bien se sabe que la pierdo.
Mas pues es cierto, ojos tristes,
que a Nise en vosotros llevo,
rogalda que no se olvide
que la quise y que la quiero.
Y decilda que se acuerde
de las veces que dijeron
sus labios: *Tuya seré,*
y yo la llamé *mi dueño.*
Y se acuerde de algún día
que la vi llorar de celos,
y sus lágrimas bebí
por guardarlas en mi pecho.
Y también de algunas veces
que al verme en sus ojos bellos
sustituyeron el alma,
y el cristal sirvió de espejo.
Decilda lo que en su ausencia
conmigo propio padezco,
pues solamente vosotros
sois secretarios del pecho.
Yo lo quisiera decir,
pero ni puedo ni acierto;
que como del Rey⁴¹⁹ la cara
pone la hermosura miedo.
Encargalda con gran fuerza
mi memoria, porque pienso
que no hay ausente seguro
del olvido y del desprecio.

Rogalda que no me olvide,
 y que tenga por muy cierto
 que aunque otro merezca más,
 sé yo que le debe menos.
 Y cuando más cerca estéis
 decilda que la prometo
 que en lo que toca a su amor
 sabe Dios que no la debo.
 Esto la podéis decir,
 porque yo sólo me atrevo
 a sentir que adoro a Nise
 y a llorar porque la pierdo.

Enternecidos oyeron Felisardo y don Fadrique las ansias lastimosas del enamorado pastor (que quien tiene que perder fácilmente se duele de las desdichas ajenas), y llegando a lo más áspero de un monte que se atravesaba oyeron un gran ruido de armas y voces, y entre ellas una cuyo dueño tal vez llamaba a Felisardo y tal a don Fadrique. Y escuchando con más atención oyeron segunda vez lo mismo, cosa que les puso en mucha confusión, y más cuando advirtieron que aquella voz era de alguna persona que trataban o conocían. Con este sobresalto llegaron al mar, donde vieron en una barca cantidad de enemigos que, despidiéndose de las orillas, rompían por la undosa playa, y entre ellos la triste Rosaura dando voces y volviendo los ojos hacia donde estaban don Fadrique y Felisardo.

Sin color quedaron los dos amantes viendo tan impensado suceso, y así, unas veces con lágrimas y otras con injurias llamaban a los fieros robadores de aquel ángel; pero cuando ya los iban perdiendo de vista, por irse alejando, y las voces de Rosaura se escuchaban menos, tuvo el sentimiento su fuerza. Y llegando como locos a la desierta casa que poco antes había sido archivo de todo un cielo, hallaron su esfera sin luz, su selva sin Diana, su mar sin sirena y todos los criados con infinitas lágrimas. Y preguntándoles cómo había sucedido, respondieron que a las nueve de la noche cercaron la casa veinte hombres cosarios y enemigos en el traje, aunque no en el efeto, porque, no haciendo caso de infinita riqueza que en ella había, lo perdonaron todo, y sin que a su señora le valiese el sagrado de mujer y noble, rompieron las puertas, y atrevidos y enmascarados la pusieron violentamente en el mar. Aunque, si las señales no mentían, no faltó quien conociese a un criado de don Álvaro Ponce, su antiguo amante, que sin duda por vengarse de su desdén habría intentado aquella traición.

Y fue así, porque informándose después Felisardo y don Fadrique, supieron que, viéndose aborrecido, intentó robarla con aquella cautela,⁴²⁰ para gozar por engaños a quien no había podido por ruegos; y esto con ánimo de llevarla hasta Milán, donde tenía un tío capitán de infantería que le favoreciese. Entonces Felisardo, sin poder disimular su amor, contó a don Fadrique el que tenía a Rosaura y la resistencia que se había hecho para no ofenderle, asegurándole primero que aunque la amaba nunca tuvo ánimo de estorbar su gusto, sino de ausentarse de Valencia por no ponerse a peligro de agraviarle aun con el pensamiento. Pero, supuesto que don Álvaro se llevaba a Rosaura con medios tan viles, le había de dar licencia para buscarle y vengar la injuria que hacía al Cielo, a ella y a su voluntad. Advirtiéndole que no era su intento obligarla a su amor, porque, como ya le había dicho, primero se dejaría morir que ofender su amistad, sino para ponérsela en sus manos y que viese el mundo que había hombre de tanto valor que triunfase de sus afectos y supiese ser

420.- MAD-1626: 'cautella'

amigo verdadero; no como los que se usan, de quien se ha de guardar más un hombre, porque con el nombre y ocasión de amigo destruyen la honra y son los primeros que la quitan.

—De suerte —respondió don Fadrique— me ha vencido tu nobleza y rendimiento, que tuviera a gran dicha que pareciera Rosaura, más por hacer una prueba de amistad contigo que por vengarme de don Álvaro, venciendo la liberalidad de Alejandro cuando hizo al insigne Apeles dueño de Campaspe, pues tuvo mucho de sospechosa aquella grandeza, que, en fin, dio lo que pudo ser que no estimase por haberlo gozado. Pero yo no fuera así, pues te diera lo que adoro y no he merecido. Dispón tu viaje, que para que se confirme aquesta verdad he de acompañarte hasta dar la muerte al traidor don Álvaro.

Agradecióselo⁴²¹ mucho Felisardo, aunque le rogó que no dejase su patria, pues él bastaba solamente; pero no pudo⁴²² aprovechar, y dejando su hacienda en administración, dentro de ocho días se embarcaron para Italia, donde se presumía que había de llegar su enemigo.

Mas la Fortuna parece que se ofendió destes deseos, porque sobreviniendo una muy gran tempestad que les duró tres días, se hallaron una noche en ciertas islas que están a la vista de Argel, donde, ignorando la tierra, desembarcaron para descansar de la pasada tormenta; y viendo con la luz del día cuán cerca estaban de ser despojos de bárbaros, procuraron volverse a la piedad del mar para salvar la vida. Aunque lo hicieron tan tarde que dos cosarios tuvieron lugar de salir de Argel y cercarlos sin que pudiesen⁴²³ tomar las armas, por hallarse pocos y sin defensa bastante. Rindiéronse, en efeto, siendo esclavos los que poco antes se habían visto con libertad.

Y no fue ésta solamente su desdicha, porque, como los cosarios eran dos, repartieron los despojos igualmente, y a don Fadrique le cupo quedarse en Argel y Felisardo vino a parar en aquella parte de Mauritania. Su amo, cuyo oficio era tratar en esclavos, le vendió a un moro principal que tenía el gobierno de Abila (que en África se llama Alcudia, donde está el monte que corresponde a otro que en España nombran Calpe). Aquí estuvo Felisardo algunos meses, y de allí vino a servir a un moro que tenía cuenta con los jardines de Celín Hamete, rey de Túnez. Tratábanle mal y servía bien; que estos bárbaros no castigan por la culpa, sino por el aborrecimiento que nos tienen.

Andando el Rey una tarde por el jardín le vio cultivar un cuadro, y aunque su talle le aficionó, más lo hizo su voz, porque para divertir sus penas, y aun los celos de don Álvaro, porque tal vez presumía que el robo habría sido con gusto de Rosaura, en ella los pensamientos y el brazo sobre una azada, cantó desta manera:

Mi engaño y mi desengaño
 ando a buscar temeroso:
 mi engaño, por ser dichoso
 mientras durare el engaño;
 y aunque consiste mi daño
 en saber lo que aborrezco,
 mi desengaño apetezco
 por vivir sin recelarle,
 porque en llegando a esperarle,
 con el temor le padezco.
 Mas si después de entendido
 mi desengaño forzoso
 he de amar menos honroso

421.— BRU-1626: 'Agradecióselo.'

422.— BRU-1626: 'puedo.'

423.— BRU-1626: 'pudiesse.'

y no más arrepentido,
 no quiero hacerme ofendido,
 pues mi engaño me disculpa;
 que informarse de la culpa
 y sin castigar su error
 es enojar al honor
 y amar con menos disculpa.
 Yo quiero lisonjear
 esta vez a mi deseo:
 dudar quiero lo que creo
 (si esto puede ser dudar),
 aunque intentar engañar
 con engaños mi cuidado
 ya es estar desengañado,
 porque en tan incierto amor
 ¿qué desengaño mayor
 que imaginarme engañado?⁴²⁴
 Mas si, en fin, para conmigo
 tengo vida en el engaño,
 conquistar mi desengaño
 es pretender mi castigo;
 y si yo soy mi enemigo
 y quién más mi ofensa trata,
 no es mucho, Rosaura ingrata,
 me agravies, pues en rigor
 yo me debo más amor
 y busco lo que me mata.

La voz granjeó la voluntad del Rey, los versos agradaron su entendimiento, y la terneza con que Felisardo los repetía le movió⁴²⁵ a lástima; y llamándole, hizo que dejase aquel oficio y acudiese a Palacio. Y estando Celín una noche en brazos de Argelina, dama principal que amaba, fue de suerte lo que alabó las partes y gracias de Felisardo su cautivo, que la puso deseo de verle, y le rogó se le enseñase para que ella también le oyese, pues la música levanta los pensamientos a quien trata de amar para mayores finezas. Prometiolo Celín, y llamando a Felisardo le dijo conociese a Argelina por dueño suyo y cantase alguna cosa de las que sabía. Túvolo Felisardo a suerte, y tomando un arpa cantó airosamente este romance:

Temeroso por humilde
 y cobarde por ausente,
 (que siempre quien tiene amor
 desconfía, duda⁴²⁶ y teme),
 te escribo, Lisis, mis ansias
 (si⁴²⁷ por ser tantas pudiese);

424.- BRU-1626: 'engañodo.'

425.- BRU-1626: 'miuio.'

426.- BRU-1626: 'dude.'

427.- BRU-1626: 'y.'

que penas de ausencia tuya
 encarecidas se ofenden.
 Por muerto me tienen muchos,
 y razón pienso que tienen,
 porque *mi vida* te llamo
 y de ti me ven ausente.
 Pensé no quererte tanto,
 Lisis, dejando de verte;
 que no hay voluntad segura
 si no es de cuerpo presente;
 pero mi amor, por matarme,
 más que se desmaya crece;
 que a deseos bien nacidos
 nunca el olvido se atreve.
 Ya no siento estar sin ti:
 siento que olvidarme puedes;
 que le siguen a la ausencia
 como sombra los desdenes.
 Deste miedo, Lisis mía,
 tú sola la culpa tienes;
 que a nacer menos hermosa
 yo viviera más alegre.
 ¡Qué de veces te contemplo!
 Y entre sueños⁴²⁸ ¡qué de veces
 te he echado al cuello los brazos
 con regalos aparentes!
 En mi memoria y mis ojos
 tan continuo⁴²⁹ estás, que puedes
 dar señas de mis acciones,
 porque te consultan⁴³⁰ siempre;
 y como siempre te miro,
 aunque quisiera ofenderte,
 pienso que no me atreviera,
 temiendo que lo supieses.
 A Dios, querida ausente,
 que me mata el temor de que me ofendes;
 que quien ama y no teme,
 o no sabe querer o su amor miente.

No se contentó Argelina con este romance, que era muy corto para bien cantado; y así, Felisardo, por agradarla, prosiguió con dos décimas que había hecho alabando los ojos de una dama, que con ser bizcos tenían tanto donaire y gracia, que en ellos era hermosura lo que suele parecer fealdad. Pagáronle todos en aplauso y atención la dulzura de la garganta, y luego dijo así:

428.- BRU-1626: 'suenos'

429.- De continuo, continuamente.

430.- BRU-1626: 'consueltan'

Ojos que en cuanto miráis
 con tan nueva travesura,
 de la común hermosura
 parece que os desdeñáis:
 abrasáis, lucís, matáis,
 porque aunque el Cielo os quitó,
 de envidia, lo que a otros dio,
 no es agravio suficiente
 que faltase un accidente
 donde tanta luz sobró.

Aunque en parte es perfección;
 que así más poder tenéis,
 pues que dos objetos veis,
 y opuestos, con una acción
 gozáis más jurisdicción;
 que esas estrellas lucidas
 como miran divididas,
 reparten la luz de suerte
 que tropiezan en su muerte
 a un mismo tiempo dos vidas.

Naturalmente era Felisardo digno de ser amado, y así Argelina, viéndole español y galán, se rindió, como dicen, a la primera vista y se determinó a gozarle; que en perdiendo las mujeres una vez su honor, sin dificultad se arrojan a cualquiera gusto. Y dejándole Celín una tarde con ella para que la entretuviese, o, por mejor decir, acabase de enamorarla, le dijo:

—Por cierto que he reparado en el disgusto con que vives, que amándote tanto el Rey es hacer poca estima de su favor; y no puedo entender la causa de tu tristeza; que no llamo melancolía, porque ésta procede de lo que no se sabe, y tú sin duda no ignoras el origen de tus pesares, porque tanto suspirar, claramente dice que algún amor que dejas en tu tierra lo causa. Y si es verdad que amas, y perseveras con tanta constancia, dame licencia que tenga envidia de tu dama; porque como las africanas tenemos por costumbre que los galanes desde nuestra cama se vayan a otros brazos, con razón nos admira y aficiona el noble⁴³¹ gusto de los españoles. Por esto, y por otras causas que sabrás algún día, te he cobrado voluntad, y también por tenerte en opinión de bien nacido; que aunque todos por facilitar vuestro rescate os humilláis y fingís de gente baja, tu persona, tus gracias y tus manos se desmienten. Y porque después que estoy contigo he pensado que puede ser que tu tristeza sea, no del amor de tu patria ni del que en ella dejaste, sino de alguna hermosura de las muchas que se crían en esta Corte, quiero mostrar lo que te estimo⁴³² en que la regales en mi nombre con esta cadena y este ramillete, cuyas flores concertamos Celín y yo esta tarde. Y créeme que si te empiezo a querer no he de parar hasta verte libre deste cautiverio.

Recibió Felisardo la cadena con las flores, y agradecido al favor que le hacía, la dijo que cuando él tuviera alguna dama a quien amar no la regalaría con tales prendas, por haberlo sido suyas y porque fuera usurpar la justa estimación que se les debía; mas pues ella le daba licencia para que las emplease en quien mejor le hubiese parecido, ninguna como ella las merecía, y así, besándolas, se las volvió, para obligarla con lo mismo que había recibido. Contenta quedó Argelina, aunque

431.— BRU-1626: 'uoble'

432.— BRU-1626: 'ostimo'

quisiera ver a Felisardo más atrevido; pero atribuyendo su cortedad a respeto empezó a favorecerle con más veras, pasando los días y noches en verle y escucharle.

Habíase mudado Felisardo el nombre, por ser menos conocido, y llamábase Lucidoro; y como Argelina vía que se hacía desentendido de su voluntad, o por no pagarla o por temor de su dueño Celín, se la dio a entender claramente, advirtiéndole lo que le importaba tenerla contenta, pues lo menos había de ser darle libertad y licencia para volver a España. Respondióle Felisardo que no era él tan ignorante que en sus ojos no hubiese conocido su amoroso cuidado, ni tan desagradecido que no se le pagase; pero que el riesgo a que se ponían entrambos si lo entendiese el Rey, y ser ella de ley contraria a la suya, le detenía el alma y ponía freno a su hidalga y noble voluntad. Porque si estos inconvenientes no estuvieran de por medio sería suyo eternamente, pues él era quien más interesaba en ello.

—Por que no te⁴³³ escuses conmigo, Lucidoro —replicó Argelina—, por esas causas, quiero responderte a entrambas. Y cuanto al miedo que tienes al Rey si lo entendiera, pues es cierto que te diera la muerte o hiciera que acabases en esta miseria sin admitir tu rescate; digo que no es mi intento gozar tu amor en esta tierra, porque también era aventurarme al mismo peligro, sino, supuesto que yo salgo con mis criadas al mar, y las más dellas son cristianas, en la primera ocasión que el viento nos favoreciese pudiéramos llegar a parte donde estuviésemos seguros del rigor de Celín y de su venganza. Cuanto a lo segundo que dices, de no consentirse en tu ley juntarse dos que no guardan unos mismos preceptos, respondo que por esa parte puedes con más disculpa ser mío, porque no soy africana como imaginas. Y para que juntamente con quererme te lastimes, escucha, Lucidoro, alguna parte de mi triste historia, para que en ella te admires de los rodeos que suele tener el Cielo para poner en abatido estado a una mujer tan desdichada como noble. Mi nombre es doña Catalina Urrea, natural de Zaragoza,⁴³⁴ donde me criaron mis padres honesta y virtuosamente, siendo tan celebrada mi hermosura que no quedó caballero en aquella tierra que no pretendiese mi casamiento. Aunque yo atendía poco a sus locuras; no porque huía de casarme, sino porque a ninguno hallaba tan cabal que no tuviese algún defecto que me desmayase el gusto, y así, me llamaban *la Incasable*. Mas como el Cielo suele mirar tan ásperamente los pecados de la soberbia, castigó la mía de manera que cada día la estoy llorando; porque después de haber hecho desprecios de tantos vine a poner los ojos en cierto mancebo llamado César, que servía dentro de mi casa a un hermano mío. El cual ni era tan noble como el menor de los que me servían ni tan galán que pudiera disculparme; pero su modestia, su cordura, y lo que más es, su ingenio, era tal que toda Zaragoza⁴³⁵ le miraba con respeto, y mi hermano le quería de modo que más le tenía por compañero que por criado. Enseñábame a leer y a escribir, curiosidad que algunos padres quieren⁴³⁶ escusar a sus hijas porque muchas veces ha sido instrumento de su perdición; pero los míos decían que a la que nace con virtud natural poco le importa lo sepa, pues ninguna mujer dejó de hacer una liviandad por no saber responder a un billete. En efeto, César, con la licencia de maestro estaba conmigo la mayor parte del día, aunque más me platicaba los amores de Ovidio y las finezas de Teágenes que la forma de las letras; y como la comunicación en los tiernos años vive tan cerca de ser voluntad, yo entendí la suya y de camino se llevó la mía, porque en las palabras y en los ojos tenía fuerza para inclinar a su amor. En fin, me determiné a ser su mujer, prevenida la disculpa en su entendimiento; y para que me sucediese como deseaba quise poner por intercesor desta voluntad a un hombre que se decía tener algún deudo con mis padres, de tan puras y perfe-

433.— MAD-1626: 'Porque no.' También en la ed. de Giuliani. Además de BRU-1626, leen 'Porque no te' las eds. de Barcelona-1640 y Sevilla-1641.

434.— BRU-1626: 'Caragoça.'

435.— BRU-1626: 'Caragoça.'

436.— BRU-1626: 'quieran.'

tas⁴³⁷ costumbres que todos se favorecían de sus oraciones en cualquier trabajo, como persona que alcanzaría del Cielo cuanto quisiese. Este tal solía acudir a mi casa, y toda Zaragoza⁴³⁸ nos tenía envidia, porque en la opinión vulgar era tenido por santo, aunque bastaba para creer lo contrario dar él a entender que lo era; porque los que lo son, no solamente lo encubren y disimulan, sino que desean ser tenidos en poco y no pueden persuadirse a que cualquiera no es mejor que ellos. Y viendo que para ser esposa de César no había medio más conveniente que tenerle de mi mano, una vez que hallé ocasión le dije lo que intentaba, y me respondió lo dejase por entonces, que él lo encomendaría a Nuestro Señor y me diría lo que había de hacer para que tuviese buen fin mi honesto deseo. Con esta respuesta⁴³⁹ empecé a llevar mi casamiento, para que me saliese mejor, por devociones,⁴⁴⁰ haciendo novenas y comulgando a menudo, pidiendo a Dios me diese por marido a César, pues con él era forzoso vivir bien casada. Pero mi fortuna lo trazó tan al revés, que aquel hombre que todos llamaban bienaventurado, tanta era la pureza de su vida, incitado de mi hermosura y vencido de un amor deshonesto empezó a faltar en lo interior tanto a su virtud, que con ver que yo era doncella y principal procuraba hallarme sola, quizá para atreverse⁴⁴¹ a mi recato. Y como le había menester para que acabase con mis padres que César se casase conmigo, y yo también estaba con el mismo engaño de que era un varón ejemplar, no recelaba que me tomase las manos, antes lo tenía por un cristiano celo y una santa inocencia, regalándole con particular cuidado, así en dulces como en ropa blanca. Sucedió, pues, en este tiempo, que me sobrevino una enfermedad peligrosa, y por ser en la garganta, tan apretada que no podía hablar sino por señas; y mis padres acudiendo al mal hombre, le pidieron no se quitase de mi lado, pareciéndoles que su presencia y oraciones eran la mejor medicina, siendo tan al contrario como verás de lo que resultó, pues diciendo una noche que importaba velarme porque estaba más peligrosa, se quedó solo en mi aposento. Prométote, Lucidoro, que cuando considero lo que intentó este hombre viéndome en manos de la muerte, y que mi hermosura entonces no lo era, porque apenas me habían quedado ojos en la cara, que no me admiraré de cuantas temeridades se hicieren en el mundo. Él, en fin, viéndose con la ocasión en las manos, y que yo, por mi flaqueza, no podía defenderme, ni por la enfermedad que tenía era posible dar voces, me gozó infame y violentamente, quitándome la mejor prenda del honor que tenía. ¡Mira a lo que llega la resolución de un hombre lascivo! Y apenas consiguió mi deshonor y su gusto cuando, viendo el agravio que había cometido contra Dios, contra su virtud y contra mi honestidad, me dejó bañada en un mar de lágrimas, y tan muerta que aún no acababa de creer lo que había pasado por mí. Bien quisiera él que yo quedara sin vida, o sin lengua, para que estuviera secreto su delito, y así, en sabiendo que estaba con alguna mejoría fingió una ausencia, y despidiéndose de mis padres les aseguró mi salud y se fue a parte donde jamás hubo nuevas dél, aunque lo cierto es que se le tragaría la tierra, pues por menores ofensas ha permitido el Cielo semejantes castigos. Quedaron en mi casa tan llorosos de su ausencia cuanto agradecidos a sus oraciones, diciendo que por ellas había cobrado la vida. ¡Pluguiera a Dios la perdiera entonces, pues no hubiera dado con ella principio a tantos golpes de fortuna! Y después de estar buena y haber llorado con infinitas lágrimas mi desdicha, sin atreverme a decirla porque ninguno había de creerla y pudiera ser pensasen que por encubrir alguna liviandad mía agraviaba la virtud de un sacerdote y religioso, me pareció que sería acertado callarla y dar licencia a César, que me adoraba cada día con más extremo, para que se viese conmigo a solas, y después avisando a

437.- MAD-1626: 'perfectas.'

438.- BRU-1626: 'Caragoça.'

439.- BRU-1626: 'repuesta.'

440.- BRU-1626: 'peuociones.'

441.- BRU-1626: 'atrauerse.'

mis padres dello, fuese suya. Y llamándole con esta determinación, se arrojó⁴⁴² a mis pies y me dijo que bien echaba de ver que no merecía mi calidad, sino que su buena suerte se lastimaba, sin duda, de su pobreza; pero que me aseguraba que en él no tendría marido, sino un esclavo para toda mi vida. Con esta esperanza me olvidé del pasado suceso y me gozó una noche, no pensando yo que podía conocerse mi falta. No vi a César en todo el siguiente día, y pensando que el desvelo de la pasada noche le tenía retirado estuve descuidada, hasta que vino un recaudo de su parte diciéndome que había tenido cierto disgusto con un hombre a quien había afrentado, y que le era fuerza no estar en Zaragoza⁴⁴³ por unos días. Ya puedes ver, Lucidoro, cuál quedaría una desdichada⁴⁴⁴ con estas nuevas, y más cuando la criada me dijo que al partirse la encomendó me diese con cuidado un papel, que decía desta suerte:

Yo soy hijodalgo, aunque pobre, y si bien es verdad que os he querido por vuestra hermosura y vivir con algún descanso, estimo más mi honra que cuanto interés hay en el mundo. El galán que mereció vuestros primeros brazos os goce en posesión más justa, porque hermosura sin honor⁴⁴⁵ y riqueza con tanta pérdida no la apetecen los hombres que tienen alguna luz en el entendimiento. Y por que no me pidáis lo que vos sabéis que no debo (que dicen que en este tiempo se usa) me voy huyendo de vos siendo lo que más he querido, porque sé de mi condición que si me obligaran a ser esposo vuestro os quitara la vida, aunque después me hicieran pedazos. A Dios para siempre.

No puedo encarecerte con palabras lo que sentí esta afrenta y el desprecio de César, porque me hallé tan avergonzada conmigo misma que fue milagro no desesperarme. Mas como advertí que tenía razón, disculpábale de cruel, aunque le ofendía de poco amante; que en llegando un hombre a querer de veras suele buscar engaños para los ojos. Pasé algunos meses llorando mi perdido honor, aunque sin culpa mía, hasta que supe que César estaba en Salamanca, tan adelante en sus estudios que toda la Universidad tenía de su ingenio grandes esperanzas; y como un yerro y una desdicha nunca vienen solos y yo estaba cada día con más amor y menos remedio, me determiné a buscarle, para que contándole la triste causa de mi deshonor conociese cuán poco le había ofendido antes que me tratase, pues una violencia semejante pudo manchar la integridad del cuerpo, pero no la del alma. Tomé un vestido de mi hermano y cantidad de joyas, plata y oro, y en una muía que me estaba aguardando a la puerta de la ciudad caminé toda la noche, hasta que me vi en parte donde no pudieran alcanzarme tan presto. Llegué con brevedad a Salamanca, porque el amor y el peligro me daban prisa, y preguntando por César, le hallé, ¡qué desdicha tan grande!, ordenado de Evangelio. Y refiriéndole la verdad de mi tragedia y lo que me había movido para buscarle, me respondió con lágrimas lo que la sentía, pero que yo había tenido la culpa, pues si no le tratara engaños y claramente le diera a entender el suceso fuera infalible que se casara conmigo, pues en aquella fuerza no desmereció mi recato. Lloramos entrambos el malogro de nuestros amores, y yo más, viéndome en tierra ajena y sin esperanza de volver a la mía. Mas considerando que a lo que la Fortuna ordena no hay resistencia que se le oponga, poco a poco me consolé, y vine a servir de dama a quien había sido mi criado. ¡Tales milagros hace el tiempo! De día acompañaba a César de pajecillo, por gozarle siempre, y de noche le tenía en mis brazos; pero como mi cara, mi talle y mis pies decían a voces que era mujer, por que no me sucediese un trabajo con la justicia, que ya

442.- BRU-1626: 'arrojó'.

443.- BRU-1626: 'Caragoça'.

444.- BRU-1626: 'despichada'.

445.- BRU-1626: 'houor'.

tenía⁴⁴⁶ alguna sospecha de mi transformación,⁴⁴⁷ mudé traje y me puso César en compañía de unas mujeres que, a lo que después⁴⁴⁸ se vio, no tenían muy sanas costumbres. Y como el ser muchacha y forastera despierta los bríos de los mozos galanes, quisieron algunos visitarme, y aunque me resistí no aprovechó, porque las que estaban conmigo eran gente baja⁴⁴⁹ y vendían a muchos las esperanzas de gozarme. Fueron sus consejos tales que consentí me hablase un caballero ginovés que me quiso con extremo y me regaló de manera que me entregué a su gusto, no porque me moviese amor demasiado, ni el interés que me prometía, sino porque César se acabó de hacer clérigo y se metió a recogido, descuidándose en mis cosas de suerte que parecía que ya se desdeñaba de tenerme por cuenta suya. Y como este caballero se fuese a Italia y ya en el lugar me mirasen con mal conceto, me determiné a acompañarle. Y apenas nos embarcamos cuando un cosario de la costa de Argel,⁴⁵⁰ que llaman Osmud Audalla, nos cautivó cerca de la isla de Mallorca, y a mí, con otra dama que llaman Rosaura, natural de Valencia, nos presentó a Celín Hamete, señor de aquesta provincia. Y como nos mirase a entrambas⁴⁵¹ amorosamente, yo, por no vivir sujeta a mil desdichas, me rendí a su grandeza y troqué mi nombre por el de Argelina, donde soy señora de Celín y de sus tesoros. Pero como este amor y modo de vivir no se conforman con la piedad que debo al haber nacido cristiana, para lograr lo que te quiero me está bien procurar nuestra libertad. Y así, digo que desde luego daré traza para que huyamos de Celín; que le tengo tan engañado que no podrá persuadirse a que he de huir de sus ojos. Y cuando en esto no ganara el vivir en la ley que he nacido y cobrar la perdida⁴⁵² libertad, por servirte en que tú la tengas intentara cualquiera atrevimiento.

Con suspensión había oído Felisardo la historia de Argelina; pero cuando escuchó en su boca el nombre de Rosaura, fue tan grande su sobresalto, que a no pensar Argelina que la estrañeza⁴⁵³ de su relación era la causa, presumiera la verdad de su encubierto amor. Y para que le diese algunas nuevas de lo que tanto había deseado, después de prometerla ser suyo, la dijo:

—Paréceme, señora, que te oí decir fuiste cautiva con una dama que se llamaba Rosaura; y confíesote que me ha hecho lástima, y aun me ha dado cuidado, porque estando en Valencia comuniqué, por parte de un amigo mío que se llamaba Felisardo, a cierta dama de ese mismo nombre; y me pesara que fuese ella, porque pienso que este caballero y ella se amaban con extremo.

—No te engañas —respondió Argelina—. Y por que sepas la causa de venir esta señora a tan vil estado, te contaré mientras viene Celín lo que yo vi por mis ojos y ella me refirió muchas veces. Dentro de dos días como mi dueño y yo nos embarcamos, descubrimos una galera que, según las insignias y trajes de los que en ella venían, entendimos que era de enemigos, y acercándose los nuestros con ánimo de pelear, porque iban prevenidos bastante,⁴⁵⁴ se arrojaron dos de los contrarios en un esquife, y dando a entender que se rendían pasaron a nuestro bajel y dijeron que todos eran cristianos, porque aquel traje había sido de importancia para cierto intento amoroso. Y sabiendo que su viaje era hacia Milán nos juntamos y con mucho gusto empezamos nuestro camino. Venía entre esta gente una dama, que es la que te he contado y la que tú dices que conoces, hermosa y triste con extremo, y como las mujeres, y más donde hay soledad o peligro, nos

446.- BRU-1626: 'tenie'

447.- BRU-1626: 'tradsformacion'

448.- BRU-1626: 'desdues'

449.- BRU-1626: 'baya'

450.- MAD-1626: 'Algel'

451.- BRU-1626: 'entrambos'

452.- BRU-1626: 'perdidá'

453.- BRU-1626: 'estrañaze'

454.- BRU-1626: 'bastantemente'

damos parte unas a otras de nuestras⁴⁵⁵ desdichas, me dijo que un caballero de los que venían con ella, que era don Álvaro Ponce, enamorado de su belleza y aborrecido de su voluntad, la robó una noche fingiendo en los vestidos lo que era verdad en el alma, porque enemigo puede decirse quien a su disgusto quiere gozar de una mujer. Contome también que amaba a ese Felisardo, y aunque por ciertos inconvenientes no podía ser suya, con todo eso, era tan grande el amor que le tenía, que no había sentido la tiranía de don Álvaro sino por ver que perdía el gusto de gozarle siquiera con los ojos. Esto es lo que supe de Rosaura; pero lo que vi fue que como don Álvaro procurase con caricias y amenazas ser dueño de su hermosura, porque hasta entonces se había defendido valerosamente, sucedió que, viéndole un día resuelto a que en llegando la noche había de ejecutar su gusto sin aguardar a respetos ni a lágrimas, puso debajo de la almohada una daga, y con ánimo de mujer varonil, cuando le vio resuelto a la injusta ejecución de su apetito y que estaba cansada de resistirse, sacó el puñal y se le escondió por las espaldas con tanta fuerza, que murió en sus brazos desdichadamente. Y arrojando el cuerpo al salado sepulcro quedamos todos lastimados de don Álvaro y suspensos del valor de Rosaura. Pero ¿qué no intentará una mujer por defender su honor, y más de quien aborrece? Después desto nos cautivaron, y las dos venimos a poder de Celín Hamete, el cual solicitó el gusto de entrambas; mas ni los servicios de Celín ni las amenazas de su rigor bastaron a torcer el valor de Rosaura; que pues yo, siendo mujer, le acredito, sin duda es mucho. Y ahora imagino que la tiene este bárbaro en un aposento encerrada y sola, para ver si el mal tratamiento la vence. Mas yo procuraré hacer de modo que vayas con un recaudo mío y la hables, para que, avisándola de lo que pasa, responda, aunque fingidamente, con más amor o con más esperanzas a Celín, y pueda salir a estos jardines para que tratemos todos tres nuestras cosas, porque de otra manera ha de ser imposible gozar la libertad que desea.

No pudieron pasar más adelante Felisardo y Argelina, porque le envió a llamar el Rey y fue necesario dejar aquella conversación. Bien quisiera Felisardo escusarse por entonces, para quedar consigo mismo a encarecer lo mucho que debía a Rosaura y el gusto grande que se prometía si acaso era tan dichoso que llegase a hablarla. Y despidiéndose de Argelina, fue a ver lo que le quería Celín Hamete. Al cual halló algo triste, y preguntándole la causa, le respondió desta manera:

—Yo, amigo Lucidoro, te estimo tanto que sólo contigo descanso de algunas cosas que me atormentan. Bien te parecerá que al poder no habrá cosa imposible, y que un rey será señor de cuanto desea. Pues créeme que es engaño del mundo, porque yo lo soy, y con algunas ventajas a otros, siendo afable, bienquisto, mozo y no mal proporcionado, y con todo eso, amo a quien no me estima, regalo a quien se ofende de mirarme y adoro a quien dice que es imposible corresponderme. Claro está que⁴⁵⁶ imaginarás ser alguna mora, deuda mía o hija de alguno que me iguala en sangre. Pues no es sino una vil esclava con quien no valen los ruegos, las ternezas ni las injurias. Dime, por tu vida, las mujeres de España ¿son tan ingratas como ésta? ¿Qué cosas son con las que más se obligan? Enséñame a enternecer este diamante y después pídemelo el cetro que rijo. Y porque conozco tu entendimiento y sé que, agradecido a lo mucho que te amo, has de procurar mi salud y gusto, quiero que te vengas esta noche conmigo⁴⁵⁷ en casa de un renegado, donde la tengo, y la des a entender, si acaso no lo han sabido decir mis ojos, que la adoro, que soy su rey, y ella esclava mía. A quien hubiera dado la muerte si no la amara tanto: aunque lo vendré a hacer por vengarme de su condición; que el amor viéndose mal correspondido, suele convertirse en ira y aborrecimiento.

Luego conoció Felisardo que la cautiva era su querida Rosaura, y rogó a Celín dejase en manos de su diligencia el solicitarla y vería cuán diferente estaba, porque, como había nacido en España, sabía el modo que se había de tener para reducir una mujer y las finezas de que se pagaban. Dióle

455.— BRU-1626: 'nestras'

456.— BRU-1626: 'Claro está'

457.— MAD-1626: 'comigo'

Celín por estas nuevas mil abrazos y una joya de diamantes, y a la noche fueron los dos a verla. Dijo Felisardo que importaba entrar él solo, y así, Celín quedó guardándole la puerta y él llegó adonde estaba la constante Rosaura, que era un aposento tan triste, desdichado y estrecho, que podía servir de martirio a quien muriese en su soledad.

Grande fue la turbación de entrambos cuando se vieron y conocieron, pero mucho mayor la de Rosaura, porque cualquier persona que venía imaginaba que era para notificarla su muerte. Las lágrimas y los abrazos vinieron juntos, tocándose el uno al otro con las manos para enterarse de que era verdadera su presencia. Y después de haber referido cada uno su amor, peregrinaciones y desdichas, la dijo Felisardo cómo venía de parte del amor de Celín, y que importaba hablarle con menos desvío, porque tenía tratado con Argelina salir con mucha brevedad de su poder, y así, era menester estar en su gracia y amistad para tener más lugar de poderse ver todos tres juntos. Algo celosa la tuvo a Rosaura ver que Felisardo tenía tan de su parte a Argelina, porque conocía su facilidad; mas, asegurada de las promesas y juramentos de Felisardo, respondió que solamente por él alcanzaría de su pecho decir que amaba a otro hombre.

Salió Felisardo diciendo a Celín que le diese albricias, porque ya Rosaura estaba menos fuerte, y respondía que la causa de haberle mostrado algún desamor, siendo su rey, no era porque le aborrecía, sino por verle siempre inclinado a gozarla, sin granjear primero⁴⁵⁸ su gusto, como suele usarse con las damas. Y por serlo ella tanto no llevaba bien otra cosa, porque como las mujeres de España, primero que rindan⁴⁵⁹ su honestidad y lleguen a los brazos, sus galanes las pasean, regalan, obligan y escriben, parecíala término nuevo, y aun liviano, que la esperanza y el fruto se cobrasen a un tiempo, y que un hombre la gozase que apenas le había tratado ni conocido, empezando su amor por donde acaban otros. Hizo Celín con estas esperanzas mil extremos, y aseguró a Felisardo⁴⁶⁰ que, como él estuviese en su gracia, la pretendería como galán tan cortés que si no fuera con mucho gusto suyo no la gozaría. Lleváronla luego a Palacio en compañía de Argelina, y toda aquella noche entretuvieron las dos en hablar de Felisardo y de la prevención de su viaje.

Tuvo en este tiempo don Fadrique nuevas que a Rosaura y a un español tenía por esclavos Celín Hamete, y presumiendo que sin duda sería don Álvaro empezó a entristecerse viendo que estaba su enemigo tan cerca y sin poder tomar la venganza que quisiera. Servía don Fadrique a un moro de apacible trato y de mucha nobleza, el cual le había cobrado tanto amor por su gallarda persona que se lastimaba de que un hombre de sus prendas viniese a tan miserable género de vida, y reparando en que suspiraba más que otras veces, le preguntó la causa.

—Ésa os dijera yo —respondió don Fadrique— si como soy esclavo vuestro tuviera la libertad que me falta; pero quiere el Cielo que viva afrentado en el honor y en el alma, y que no pueda satisfacer mi injuria. Yo, señor, como te he contado otras veces, tuve un amor en Valencia no muy bien pagado, porque Rosaura pienso que puso los ojos en un amigo mío a quien hospedé en mi casa; no porque él me ofendiese, pues supe después que, aunque la amaba, sólo por mi respeto huía de verla. Y cuando yo estaba con más esperanzas de que fuese mía sucedió que un caballero de la misma ciudad, más enamorado que cuerdo, viendo que Rosaura anteponía mis cosas y decía claramente que si se hubiera de disponer a tomar estado yo solo había de merecerla, trazó con otros amigos disfrazarse una noche, y con marlotas y capellares en lugar de capas y cueras,⁴⁶¹ cercó una casería donde estaba, algo distante de Valencia, y la robó. He sabido que después de varios casos

458.- BRU-1626: 'paimero.'

459.- BRU-1626: 'riendan.'

460.- BRU-1626: 'Felilardo.'

461.- Marlota: especie de chaquetón, holgado y de formas acampanadas, abierto por delante y cubriendo hasta media pierna. Capellar: Vestidura similar al alborno, larga, holgada y de corte sencillo, con amplias mangas, capucha puntiaguda y abierta por delante de arriba a abajo. Cuera: chaqueta, originalmente de cuero, algo más larga que el colete, de cuello en pico o escotado, con mangas cortas o sin ellas.

de fortuna están cautivos en Túnez, y aun me dicen que gozándose. ¡Mira tú, dueño y señor mío, cómo ha de tener alegría quien vive oyendo estas cosas! Y así, no te espantes que me deje rendir a la fuerza de tales pensamientos, porque tengo amor, vivo agraviado y soy bien nacido.

Con gran atención escuchó el moro las ansias de su esclavo, y, movido a lástima, le dio licencia para buscar a su enemigo don Álvaro hasta que se vengase, y una carta para un correspondiente suyo en que le rogaba amparase su persona en lo que pudiese. Y aquella misma noche salió de Argel y llegó con brevedad a Túnez, donde a su parecer estaba su enemigo. Y sin entrar en el lugar de día, por que no le viesen y se guardasen, pasó más de un mes encubierto, hasta que supo que a Rosaura quería bien Celín Hamete y que ella le correspondía por ruegos de un cautivo que era de su tierra. Con esto empezaron con más causa sus celos y prendió en su corazón la malicia y la sospecha, porque coligió que sin duda don Álvaro no solamente gozaba de Rosaura, sino que por privar con el Rey era instrumento de sus liviandades. Y así, todas las noches andaba por las calles y se ponía a la puerta de Palacio, esperando⁴⁶² hasta que amaneciese por ver cuándo había de ser tan dichoso que le hallase.

No se descuidaban entretanto Argelina y Rosaura, porque tenían apercebido un bajel para que en la primera ocasión huyesen de Celín; pero nada les sucedió como querían, porque entrando una vez Felisardo a ver a Rosaura y hallándola con Argelina, quiso volverse por no enojar a la una ni hacerse sospechoso con la otra; pero Argelina, que cada hora iba amando a Felisardo más de veras, le detuvo y dijo que bien podía hablar lo que⁴⁶³ quisiese, pues por Rosaura no se habían de saber sus amores. Y no fuese tan recatado, porque pensaría o que no la amaba o que tenía alguna parte de cobarde.

Poco menos que difunta oía estas cosas la afligida Rosaura, por ver que no podía decir lo que quisieran sus celos, y más muerto estaba Felisardo, viendo que era forzoso responder a Argelina sin disgustarla, porque estaba en sus manos toda su libertad. Y así, la dijo que el andar corto en su amor no era cobardía, sino respeto; que muchas veces el atrevimiento⁴⁶⁴ procede de poca estimación de la dama, y que lo que más le hacía estar encogido era el temor de que se entendiese por algún camino aquella voluntad, porque en Palacio hasta los tapices suelen tener oídos. Y supuesto que muchas veces en los ojos le había leído su amor, se sirviese de disculparle hasta que en ocasión más segura pudiese enseñarle sin temores el alma y entendiese el grande afecto con que la miraba deuda forzosa a su hermosura y a los favores⁴⁶⁵ que le hacía sin merecerlos. Y así, tenía por cierto que antes de muchos días estaría Rosaura con su Felisardo, y ella en brazos de Lucidoro.

—No sé yo cómo será eso —respondió Rosaura⁴⁶⁶ abrasada de celos—, porque he mudado de parecer y pienso quedarme con Celín Hamete; que el cautiverio que se toma por gusto, o no lo es o no lo parece. Yo he mirado de espacio lo mucho que debo al Rey, pues siendo su esclava me regala y sirve con tanto decoro que obliga su trato a no tenerle malo con él. Fuera de que he sabido, no sólo que no se acuerda de mí Felisardo, sino que está entretenido con otros gustos. Y así, por vengarme dél y por que no se alabe, cuando ama en otra parte, que me debe tanto, me he de quedar con el Rey, pues más quiero ser despojos de un bárbaro que me adora que de un ingrato que me desprecia, porque no sé cuál de los dos es mayor enemigo. Pero tampoco quiero que por mi causa malogréis vuestro pensamiento; que supuesto que mi persona no pone ni quita en vuestros amores, lo que teníamos tratado puede quedarse en pie, porque yo, en tanto que lo prevenís, tendré en mis brazos a Celín, para que ni sospeche ni estorbe la ejecución tan deseada de entrambos.

462.- BRU-1626: 'espeaando.'

463.- MAD-1626: 'hablar lo.'

464.- En la ed. de Giuliani se indica que la princeps lee 'atreuimiento', errata no declarada en la fe de erratas.

465.- BRU-1626: 'fauoras.'

466.- BRU-1626: 'Rosauero.'

Bien conoció Felisardo que no hablaba Rosaura, sino sus celos; mas por cumplir con Argelina la dijo que no se le diese nada ni por eso desmayase, porque todo estaba aparejado y sólo faltaba ocasión a propósito para embarcarse. Y despidiéndose de las dos volvió a la noche con un recaudo falso del Rey a ver a Rosaura, y la encareció lo que se espantaba de su cordura, pues, sabiendo que el fingir con Argelina era de tanta importancia para no vivir entre infieles, hacía caso de palabras y promesas que en estando fuera del peligro no tenían fuerza; y que no se quejase de su firmeza, pues haber perdido la libertad por su causa no era acción indigna de agradecimiento. Y que todo fuera poco si él viviera con esperanzas de gozarla y hubiera pasado tantos mares con ese ánimo; que, en fin, cuando se alienta el deseo con la ejecución parece que un hombre ama por quererse a sí mismo, pero que su amor merecía más, pues sabiendo que por la amistad de don Fadrique no era posible ser su esposo, porfiaba y perseveraba: señal que solamente le movía una justa y constante voluntad. En fin, tantas y tan vivas fueron las razones de Felisardo, que Rosaura se enterneció, y sabiendo que Celín era ido a caza se volvieron a conformar todos tres, concertando salir en medio de la noche por una puerta falsa del palacio, cuya llave tenía Felisardo.

Andaba en esta ocasión don Fadrique loco por hallar a don Álvaro, y muchas veces decía:

—¡Oh aleroso robador de la mayor⁴⁶⁷ hermosura, bien haces en guardarte de mí, porque con la razón que tengo ha de ser imposible dejarte vivo! Y sabe el Cielo que lo que más me obliga a tomar las armas no es el amor de Rosaura, sino la ofensa que hiciste a Felisardo en quitarle su gusto; porque hombre que viéndose querido huía de lo mismo que amaba por no ofenderme bien merece en mi amor esta correspondencia.

Así se quejaba don Fadrique, dando vueltas a todo el palacio por ver si encontraba al traidor que en su opinión le ofendía; y esto era la misma noche que Felisardo, Argelina y Rosaura pretendían huir del tirano Celín, y como Rosaura estaba con alguna atención por ver si Felisardo venía, viendo un hombre solo y que andaba mirando si parecía en la calle alguna persona, tuvo por cierto que sería su dueño, y con este engaño (que no los tiene menores⁴⁶⁸ la noche) le llamó y dijo que allí estaba esperando con los brazos y el alma para gozar de su vista con más descanso, aunque no con menos celos.

Conoció don Fadrique la voz de Rosaura, y luego imaginó que sin duda por aquella puerta falsa se debían de hablar de noche. Y sin responderla palabra se retiró a una esquina, porque vio un hombre que, mirando a todas partes, ponía una llave en la pequeña puerta, y llegándose a él pensando que en aquella acción obligaba a su amigo Felisardo, le disparó una pistola francesa, aunque no tan libremente que antes de recibir el golpe no se cubriese con la rodela, metiéndole por la parte de abajo la mitad de un alfanje morisco; de manera que entrambos se sintieron mortalmente heridos, y cuando no lo estuvieran tanto, el dolor solamente que cada uno tuvo en conociéndose bastara para quitarles de todo punto la vida.

Cayó don Fadrique en el suelo, y junto a él Felisardo abrasándose las entrañas, porque como le cogió tan cerca, no tuvo la munición tiempo para dividirse. No podrá la pluma encarecer el sentimiento de los dos cuando llegaron a conocerse y se vieron morir a sus propias manos. Díjole don Fadrique en breves palabras el engaño con que había venido desde Argel, y pidiéndole perdón de su desacierto se despidió dél y dio el alma a su Criador.

Todo esto miraban Argelina y Rosaura sin poder certificarse (por estar en una galería algo distante) si alguno de los dos era Felisardo; pero cuando le oyeron quejar bajaron a ver si antes que sucediese aquella desgracia había tenido tiempo de abrir la puerta, y hallándola cerrada se volvieron turbadas y llorosas a mirarle morir. Mas fue de manera el dolor de Rosaura viéndole acabar y sin poder remediarle, que, volviéndose para Argelina, la dijo:

467.- BRU-1626: 'moyor.'

468.- BRU-1626: 'meneres.'

—Este que ves revuelto en su sangre es Felisardo, aunque se llama Lucidoro, a quien no se puede decir que he querido, porque mi constante amor merece otro nombre. Y porque es cosa injusta que sin él tenga vida esta desdichada que le adora, y sé yo que he de morir muchas muertes en sabiendo la suya, a Dios, Argelina; que por lo menos quiero tener la gloria de morir a sus ojos y que sepa que me ha debido hasta perder la vida.

Y con una voluntad de mujer romana se arrojó al suelo,⁴⁶⁹ y bañada en su sangre llegó arrastrando hasta donde estaba su dueño, que conociéndola y viendo que ya don Fadrique había muerto, se le enseñó y juntamente dio la mano de esposo, y llamando en su ayuda al Cielo y a la Virgen espiró en los brazos de Rosaura. En la cual el dolor de sus muchas heridas y el grande amor de Felisardo hicieron su oficio, y a la mañana los hallaron a todos tres en un campo de sangre, con que tuvo fin la desgraciada amistad de Felisardo y don Fadrique, pues por ser tan grande y guardarse tantos respetos de obligaciones y amistad se vinieron a quitar la vida. Argelina quedó tan confusa que desde entonces dejó el infame traje que traía, queriendo más servir de esclava a Celín que de dama, hasta que sus padres sabiendo su triste estado, trataran de su rescate y remedio.

FIN DE LA NOVELA SEXTA

469.— Al vacío, se entiende.

LOS PRIMOS AMANTES

AL LICENCIADO

FRANCISCO DE QUINTANA

CUANDO a V. M. no le amara por amigo y contemporáneo, por su virtud y divino ingenio lo hiciera: y así, llegándose a lo primero esto segundo, viene a ser interés mío que se conozca el afecto que a V. M. y a sus padres he tenido siempre. Por diosa veneraron los antiguos a la amistad, y aunque en la elección de dioses fueron bárbaros (pues cada cosa que habían menester tenían el suyo diferente, tanto que afirma Hesíodo poeta que pasaban de treinta mil los que había en Roma), aquí anduvieron menos ciegos, por ser la amistad útil y aun forzosa en la Naturaleza. *Ad usum vitae neccesaria*⁴⁷⁰ la llamó Aristóteles⁴⁷¹ en el 8 de sus *Éticos*, y más claramente lo dijo Manilio en el libro⁴⁷² 2 de *Astronomía*:

*Idcirco nihil ex semet natura creavit
pectore amicitiae maius, nec rarius unquam.*

Gran suerte es de un hombre hallar amigo verdadero; y aunque Tulio en lo que escribió desto mismo no quiera confesar que le haya, paréceme que no lo negará por imposible, sino por dificultoso, pues yo pudiera desengañarle, y él también viniera a contradecirse tácitamente, como se puede colegir de la amistad que tuvo con Pomponio Ético.

Entre otras cosas que admiro en V. M., después de sus muchas letras, así divinas como humanas, la que más me enamora es su humildad y natural⁴⁷³ desconfianza: ornamento de⁴⁷⁴ los hombres entendidos. Siempre se lleva los ojos esta virtud, y más cayendo en quien tiene dadas fianzas de sus méritos; no como muchos, que apenas saben escribir una carta, y por milagro han acertado una vez en su vida, cuando su soberbia⁴⁷⁵ no les deja caber en el mundo y no se pagan de cuanto los otros escriben, ¡Qué lástima, siendo ellos ignorantes! Déstos son los que por fuerza quieren que les tengan por doctos, andándose por las librerías con un lugar⁴⁷⁶ estudiado que encajan a cualquier ocasión, aunque no esté cortado para ella. Pero no les tengamos envidia; que, en fin, la presunción y la hipocresía son vicios, y la verdad los suele pagar de contado; que no siempre pasa por desatinos.

De sus muchas prendas de V. M. tratara de espacio⁴⁷⁷ si no me hiciera sospechoso mi amor, fuera de ser peligroso decir alabanzas⁴⁷⁸ en cartas, donde para loar a uno se habla atrevidamente

470.- BRU-1626: 'necessara'

471.- BRU-1626: 'Arist.'

472.- M-1626 y BRU-1626: 'lib.'

473.- BRU-1626: 'nataral'

474.- En la ed. de Giuliani se indica que la princeps lee 'da', errata no declarada en la fe de erratas.

475.- BRU-1626: 'soperuia'

476.- Pasaje, cita.

477.- MAD-1626: 'despacio'

478.- BRU-1626: 'alabauças'

de los demás, desafiando a todos los ingenios (¿quién lo creyera, siendo tantos?). Pero ¿qué importa qué se diga, si quien lo lee o se enfada o se duerme? La disculpa da Horacio (común es, mas viene a propósito): *pictoribus atque poetis*, y esto basta.

Esa novela de *Los primeros amantes* remito⁴⁷⁹ a V. M. para que en su aposento la corrija y en la calle la defienda. El caso es verdadero, y por esta razón digno de leerse con más piedad. V. M. me desengañe de lo que le pareciere todo el libro; que aunque le han aprobado personas doctas, como he vivido con V. M. me ha pegado la desconfianza, no la ciencia. Yo he procurado ajustarme con todos los que hubieren de leerle, hablando en un lenguaje que ni a los discretos ofenda por humilde ni a los vulgares por altivo. Los versos he puesto como para novelas, dejando otros de más ingenio y estudio por no venir tan a propósito. Los avisos, sentencias y conceptos van mezclados de modo que sin apartarse de la narración hacen su oficio. Y aunque, por ser los gustos tan diferentes, pudiera temer lo que Crispo, cuando rehusaba el magistrado: *Si male administravero, deos; si bene, cives habebó iratos*, imagino que ha de agradar a cualquiera por la razón dicha, como no sea de los mal intencionados; que con los tales no quiero crédito. Y pues San Agustín⁴⁸⁰ llama (en sus *Confesiones*) *dimidium animae* al perfeto amigo, V. M. tome a su cargo el mío como propio. Y dele Dios la vida que deseo en compañía de sus padres.

Amigo de V. M.,
el Licenciado Juan Pérez de Montalbán

479.- BRU-1626: 'temito'

480.- BRU-1626: 'Augustin'

NOVELA SÉPTIMA

EN la ciudad de Ávila, edificio que en grandezas y antigüedad no debe nada a cuantos se alistan en la jurisdicción de España, nació Laura de padres nobles (porque como las armas suelen dar principio a la nobleza, y en aquella ciudad ha florecido tanto la milicia, tuvieron sus pasados ocasiones bastantes para ilustrar con su propia sangre la que había de proceder en sus descendientes). Eran moderadamente ricos, y amaban a Laura con extremo, por ser única prenda suya y porque sus muchas partes merecían cualquier afecto.

Tenía una hermosura tan honesta que a un mismo tiempo se dejaba querer con la belleza y se hacía respetar con la compostura. Era tan bien entendida que pudiera preciarse de fea, a no desmentirla las perfecciones de su cara. Mirábanla muchos con intento de merecerla por esposa, unos fiados en su fortuna, otros en su gallardía y algunos en su riqueza; que si hay confianza discreta, ésta pudiera tener el primer lugar en la disculpa. Pero Laura ofendíase de escuchar alabanzas suyas, si se encaminaban a que reconociese alguna voluntad. No le sonaban bien conversaciones de casamiento; que no es poco milagro en mujer hermosa y que tenía cumplidos diez y seis años. Aumentábanse con su resistencia los extremos de sus amantes; que el desden nacido del recato, y más en la que ha de ser mujer propia, en lugar de entibiar el deseo pone espuelas a la voluntad. No era de las doncellas que al caer el sol dejan la almohadilla, visitan la ventana, y a medianoche aguardan la música y reciben el papel que suele ser el primer escalón de su deshonor. Laura ni escuchaba ni apetecía; pero ¿qué mucho, si tenía en el alma quien se lo estorbaba? Laura amaba, Laura estaba perdida y Laura era principal, que basta para no admitir nuevos empleos habiendo puesto los ojos en quien la merecía.

Tenía su padre un hermano, recién viudo, que de muy rico pasó al extremo de la necesidad, y para dar a entender su pobreza baste decir que casó con mujer gastadora, que era noble y hacía fianzas. Viose tan alcanzado que con una licencia para las Indias desamparó su casa, pensando mejorarse en donde no le conociesen: y para hacerlo mejor dejó un hijo que tenía, llamado Lisardo, encomendado a su hermano, el cual le recibió⁴⁸¹ como a sangre tan suya, haciendo cuenta que le había dado el Cielo un hijo para que después de dar estado a Laura quedase en su compañía y le consolase en los trabajos que suelen seguir a la senectud.⁴⁸² Tendría Lisardo cuando se ausentó su padre la misma edad que Laura; era hermoso, bien criado, de ingenio vivo, y tan gracioso en las travesuras que ya su tío apenas le diferenciaba en el amor que tenía a su hija, con la cual se crió en igualdad de hermanos y con amor de primos. Queríanse los dos con aquella voluntad que permite la inocencia: no hacía Laura cosa sin gusto de Lisardo, ni Lisardo tenía pensamiento que no comunicase con ella, y en los dos parecía que se ensayaba la voluntad para mayores finezas.

Dejó de ser niña Laura, y Lisardo empezó a descubrir su divino ingenio, aventajándose a todos así en las bizarrías de caballero como en las acciones de entendido. Era galán y brioso, y tan cortés y bien hablado que se hacía querer aun de los mismos que le envidiaban. Amaba a su prima más de lo que pedía su cordura; mirábala ya con otros ojos, atrevíansele los deseos, dábale voces la voluntad, y finalmente, la pasión iba creciendo al paso de los años. Laura también, por otra parte, se dejaba llevar de su natural inclinación, vivía con esperanzas de gozarle, aunque tenía miedo a su padre, porque era viejo y estaba cerca de codicioso, y, sobre todo, tenía un amigo y el más poderoso

481.- BRU-1626: 'recebio'

482.- MAD-1626: 'senetud'

de aquella⁴⁸³ tierra, el cual procuraba que un hijo suyo gozase la hermosura de Laura, porque era su amor tan demasiado que se recelaba algún peligro en su salud.

Su padre hacía buena cara a esta pretensión, porque Otavio⁴⁸⁴ (que este era el nombre del enfermo amante) era hombre de conocida nobleza, y cuando le faltara esta calidad se pudiera suplir fácilmente con dos mil ducados de renta. Temía Laura no le venciese a su padre el oro; que es peligroso su poder y tiene particular imperio en todos. Decía ella que harto rico era quien no deseaba riquezas y se contentaba con su fortuna; pero estas filosofías no hallan acogida en las personas que con los muchos años se han olvidado de amar. A Laura la movía la voluntad y a su padre le desvelaba la ambición. A ella quitaban el sueño cuidados de Lisardo, y a⁴⁸⁵ él le inquietaba el verse con mayores aumentos. Oíale hablar muchas veces en su remedio (si se llama con este nombre quitar a una mujer el gusto), y aunque no se lo decía a Lisardo por no darle pesadumbre, en viéndose a solas lloraba como amante.

En efeto, después de pasados algunos días se determinó el viejo en darla a Otavio⁴⁸⁶ (que para ella fuera más apacible a un sepulcro), y viendo en su sobrino tantas muestras de prudente, quiso primero aconsejarse con su entendimiento; y una vez que estaban los dos en el campo, sin más testigos que los árboles y el agua, le dijo desta suerte:

—Bien sabes, Lisardo, la grande voluntad que me debes, pues, ya que no eres mi hijo en la naturaleza, yo he sido tu padre en la crianza: en mi casa quedaste de pocos años, y en ella has vivido con el respeto y regalo que todos saben, pues nadie te juzga sino por hijo propio, y sabe el Cielo que me tengo por dichoso en esta imaginación, porque todos conocen tu ingenio, alaban tu virtud y estiman tu persona. Dígotte todo esto para que adviertas lo mucho que me ha obligado tu cordura, pues no me he querido fiar de mis años y me dejo aconsejar⁴⁸⁷ de tu discreción. Siéntome viejo y con achaques, esperando por puntos el ultimo término de mis días. Desvélame el ver sin estado a tu prima, y quisiera que no me hallara la muerte en tiempo que fuera forzoso dejarla sin dueño y muriera con escrúpulo de no haberla remediado pudiendo. No tengo tan sobrada hacienda que pueda descuidarme con seguridad de su ventura: el dote que tiene es moderado, si bien su mucha virtud es bastante crédito de su remedio; pero en este tiempo anda tan poco valida que suele ser en un casamiento lo postrero que se pregunta.

Así discurría el padre de Laura, y Lisardo escuchaba la tragedia lastimosa de su voluntad sin poder responderle como quisiera. Retiró algunas lágrimas que había llamado el sentimiento y calló algunos suspiros, guardándolo todo para que en mejor ocasión Laura lo viniese a saber y los dos se ayudasen a llorar. Disimuló cuanto pudo, y luego⁴⁸⁸ su tío (o su homicida) prosiguió⁴⁸⁹ diciendo:

—Has de saber, pues, que ha muchos días que Otavio⁴⁹⁰ quiere a Laura, y esto con tanto estremo que su mismo padre con ruegos y regalos me alienta para que se efetúe.⁴⁹¹ Tiene la riqueza que sabes y hágole pocas ventajas en la nobleza: no quisiera perder esta ocasión porque no tengo de hallar otra tan a propósito. Yo pienso hacer mañana las escrituras, que bien tengo entendido

483.— BRU-1626: 'quella'.

484.— MAD-1626: 'Octauio'. La ed. de Giuliani siempre lee 'Otavio', aunque hay ocasiones en que MAD-1626 y BRU-1626 coinciden en la variante 'Octauio'.

485.— Suplo 'a', como en la ed. de Giuliani. La enmienda ya se aplicó en la ed. de Sevilla-1641 (y quizá en la anterior de 1633).

486.— MAD-1626: 'Octauio'.

487.— BRU-1626: 'acosejar'.

488.— BRU-1626: 'lluego'.

489.— BRU-1626: 'prosiguió'.

490.— MAD-1626 y BRU-1626: 'Octauio'.

491.— MAD-1626: 'efetue'.

de la obediencia de Laura que no tiene más gusto que mi albedrío ni más ley en su pecho que mi voluntad; pero primero he querido comunicarlo contigo, porque aunque sé que acierto, por lo menos tendré más seguridad de mi elección.

Tan lastimado escuchaba Lisardo a su tío que apenas tenía aliento para apelar de su sentencia. Quisiera dar voces y llamar al Cielo (que es el último alivio que tiene un desdichado), pero no le dejaba⁴⁹² ni su obligación ni su desdicha. Víase morir y sin poder quejarse, pues le cerraba la boca el mismo que le ofendía en el alma. Pero aprovechándose de su buen juicio le respondió con la mayor blandura que pudo,⁴⁹³ advirtiéndole los daños que suelen traer consigo las repentinas resoluciones; que parecía temeridad dar un hombre palabra que no estaba en sus manos el cumplirla, pues aunque Laura tenía tan de su parte la obediencia, muchas veces no puede una mujer conformarse con lo que contradice el Cielo. Y pues era ella la que había de hacer vida con él, lo mejor era darle parte, saber su pensamiento, entender su gusto, y prevenirla del aumento que se le seguía.

Decía esto Lisardo con ánimo de fiar en la dilación el remedio de la desdicha que le aguardaba. No le desagradó a su tío el parecer, y así, se resolvió a declararse con Laura, aunque haciendo de manera que en el proponer y el ejecutar no se gastase más de un tiempo. Quedó Lisardo tan confuso que le parecía que cuanto había oído era ilusión de su descuido⁴⁹⁴ o sueño de su fantasía. Fuese a casa batallando con sus pensamientos⁴⁹⁵ y recibíole Laura con los brazos; pero estaba de suerte que no le agradó el favor, por parecerle que tenía algo de despedida.

Solían hablarse por el aposento de una criada, la cual en viendo a sus señores dormidos avisaba a los dos amantes y se gozaban hasta que llegaba el día, sin que Lisardo tomase en sus amores más licencia de la que le permitía una voluntad honesta y un amor desinteresado.⁴⁹⁶ Dijo Lisardo a su prima que aquella noche quería verse con ella, y cuando lo hizo, pensando que ya la tenía perdida y considerándola en otros brazos, sin poder hablarla porque el dolor no se lo consentía, la empezó a decir con infinitas lágrimas la determinación de sus padres, y antes que él acabase le salió ella al camino y dijo todo lo que sabía. Sintieronlo entrambos justamente, porque es un tormento sin piedad dividir dos almas que nacieron para un lazo; pero, corrida Laura de haber dudado lo que era imposible a su voluntad, consoló a Lisardo, y le aseguró que primero se dejaría quitar aquella triste vida que consentirlo.

Despidiéronse los dos llevando⁴⁹⁷ el dolor más templado. Llegó la mañana y sus padres la llamaron (porque casi toda la noche se habían entretenido en dar trazas contra la voluntad de la pobre Laura): empezaron a obligarla diciendo el cuidado y solicitud que tenían de darla estado; dijéronla también que la tenían casada con Otavio,⁴⁹⁸ hombre que la merecía por muchas causas. Oyolo Laura, y procuró desviarlos de aquel intento diciendo que por ningún marido se aventuraría a dejarlos, fuera de que su edad era muy poca y quería servirlos y gozar de su juventud sin tener que contentar a un hombre que no conocía y sin entregarse a tantos desvelos como siguen al matrimonio, donde los cuidados de los hijos, el amor del esposo y el gobierno de una casa la habían de obligar a no gozarlos como quisiera, porque, en casándose una mujer, aun con sus mismos padres es ingrata, y más si el marido sale a gusto. Bien quisiera decirles la principal ocasión que la movía, pero temía que atribuyesen a liviandad lo que había sido fuerza de inclinación, y temía también no les enojase su resolución y le quitasen de los ojos a Lisardo.

492.- BRU-1626: 'drxaau.'

493.- BRU-1626: 'puedo.'

494.- BRU-1626: 'descuido.'

495.- BRU-1626: 'pensamiento.'

496.- BRU-1626: 'desinterassado.'

497.- BRU-1626: 'lleuanda.'

498.- MAD-1626 y BRU-1626: 'Octauio.'

En fin, lo dispuso con tal ingenio que sus padres la dejaron por entonces, y ella quedó satisfecha de su amor y pagada de lo bien que se había defendido. Contóselo a su primo, el cual pagó en abrazos la honrada resistencia; pero apenas se había levantado el viejo cuando vieron entrar al padre de Otavio⁴⁹⁹ quejoso y determinado, diciendo que su hijo estaba loco y se temía de su desesperación su muerte. Disculpa tenía Otavio,⁵⁰⁰ que amaba donde no le admitían y parecía demasiado rigor del Cielo que para un hombre rico hubiese imposibles. Tuvo por cierto el padre de Laura que el haberse escusado ella sería vergüenza de su recato, no verdad de su disgusto, y fiado en la obediencia y virtud de su hija le dio palabra de que al otro día habían de quedar hechas las escrituras. Erró como ambicioso, pues no hay ley que obligue a obedecer en las cosas que tiene peligro el gusto.

¡Oh codicia, indigna del corazón de un hombre noble! ¡Qué de disgustos has causado! Bien te llama Séneca enfermedad fuerte y peligrosa que no tiene remedio ni admite yerbas para curarse. Yo quisiera saber qué pretende un padre necio que dispone de la voluntad que ignora. ¿Acaso esta potencia del albedrío sufre violencias? ¿Hay ingenio que baste para obligar a que parezca bien lo que se aborrece? ¿Por ventura las inclinaciones sujétanse a más dueño que al Cielo y a quien las ejerce? Y cuando no hubiera otra información, ¿no bastaba mirar que el mismo Dios, con ser absoluto dueño de todo, parece que en el albedrío del hombre se limitó el poder, pues nunca le fuerza aunque siempre le inclina?

Volvió, pues, el desconsiderado padre a tratar con mayor fuerza destas cosas, y Laura volvió a defenderse con palabras y razones (que el amor suele enseñar retórica). Túvose fuerte y su padre se mostró algo enojado, aunque lo procuró desmentir por no disgustar a quien había menester. Parecióle que sería mejor camino hablar a Lisardo, que, como discreto y que podía tanto con Laura, sería fácil alcanzarlo de su terrible condición. Llamóle aparte y contóle la necesidad de su prima (aunque era tal que a Lisardo le parecía de perlas). Rogóle que la fuese a ver y riñese,⁵⁰¹ trazándolo de modo que no hubiese menester usar de otras diligencias y rigores, porque a todo estaba dispuesto. Prometióle Lisardo hacer cuanto pudiese por reducirla; mas no se contentó con esta promesa, sino que quiso dos cosas: la primera, que lo pusiese luego en ejecución, y la segunda, que él mismo lo había de oír, para ver el cuidado que ponía en sus cosas y el intento que tenía Laura. Y para esto imaginó un engaño discreto aunque peligroso, y fue hacer que una criada la llamase diciendo que su primo la quería hablar, y él se escondería detrás de las cortinas de una cama para oírlos y salir de sus dudas.

Replicó Lisardo, como corrido de que hiciese dél tan poca confianza; pero el viejo porfió como tal, y sin escuchar respuesta envió a llamar a Laura. La cual vino bien ajena de aquel engaño, y Lisardo empezó a volverse loco, viéndose tan confuso que no hallaba salida conveniente a su amor y a sus obligaciones: con el silencio se hacía sospechoso; con la obediencia se daba la muerte; dar a entender su voluntad era perder a Laura. Pues decirle que diese la mano a otro dueño ¿quién lo pudiera acabar consigo, queriendo bien y sabiendo sentir? Quisiera avisar a su prima con alguna seña hurtada, y no era posible, porque su padre le estaba notando las acciones.

Espantose Laura de aquella novedad, y ofendida de su silencio le iba a decir algunas injurias (que entre amantes suelen pasar por requiebros), y Lisardo mirando lo que podía resultar, la estorbó diciendo:

—Ya sabes, hermosa Laura, de cuánta importancia es en los hijos, para que se logren, la obediencia y el agradecimiento, particularmente cuando los padres les procuran estado conveniente a su calidad. Yo he sabido de los tuyos el deseo que tienen de remediar tus años, para que faltando ellos, como es fuerza, ya que sientas su muerte no echas menos la falta de su amparo, sustitui-

499.— MAD-1626 y BRU-1626: 'Octauio.'

500.— MAD-1626 y BRU-1626: 'Octauio.'

501.— BRU-1626: 'riñésse', aunque el reclamo de la plana anterior pide 'riñesse.'

yendo⁵⁰² a sus canas el amor de un marido que te estime. Quéjense de que respondes con alguna tibieza a sus intentos, y yerras verdaderamente, porque Otavio⁵⁰³ te ama y te merece. Toda esta ciudad le mira con particular amor; tu edad no es muy desigual a la suya, su entendimiento respeta cuantos le tratan, y su grande hacienda le acredita más: partes todas que le hacen digno de ti; y cuando no hubiera de por medio ninguna destas razones, basta ser gusto de quien te ha dado el ser. Tu padre te casa, tu padre ha dado la palabra a Otavio,⁵⁰⁴ y quiere darte un estado tan venturoso que pueda una vez la belleza desmentir a la desdicha. Esto ha de ser y esto te conviene. Toda la ciudad espera el día de mañana, y yo con las mayores veras que puedo te suplico des este gusto a tus padres, que para mí será la mayor lisonja que puedas hacerme.

Todo esto decía Lisardo tan fuera de sí que cada palabra era veneno y con cada razón se daba la muerte; pero ¿qué mucho, si está pidiendo y aconsejando lo que había de costarle la vida? Mirábele Laura tan confusa que le parecía que cuanto escuchaba era sueño, porque había creído que su primo la amaba, y amarla y rogar que quisiese a otro no parece que se conciertan. Sosegose Laura y volvió a pensar en lo que había oído. Dio mil vueltas a las palabras de Lisardo, y decía consigo misma:

—Pues ¿cómo cuando yo atropello el respeto de mis padres y paso por el martirio de tantas amenazas, Lisardo habla tan libre y me pide que ame a otro? Pues esto ¿qué puede ser sino poca estimación mía? Quien tiene ánimo para decirme que me deje gozar de Otavio⁵⁰⁵ no se mata demasiado por perderme. Quien me aconseja que le olvide, claro está que se ofende de que le ame. Pues ¿cómo una mujer principal y de entendimiento se ha de morir por quien tiene ánimo de vivir sin ella? ¿Quién duda que Lisardo se habrá cansado de mis finezas?, que cuando un hombre está seguro de que le estiman, como tiene el temor dormido, procede en sus amores menos galán y más descuidado. Los hombres se mudan, la voluntad se resfría, y todo vive sujeto en su género a la variedad y a la inconstancia. Lisardo es hombre, véese querido y habrá hecho como los demás: sabe que le adoro y que estoy loca, y prueba mi paciencia con desprecios y pesadumbres; y lo peor es que sin duda debo de tener poco lugar en su memoria, porque hombre que habla tan cuerdo y me consuela tan prudente, claro está que se sabrá consolar a sí propio. Pues ¡viven los Cielos que esta vez me he de vengar de su ingratitud y le han de salir los consejos a los ojos! Yo haré verdad lo que no imaginé posible; que las mujeres principales nunca se olvidan de lo que son. Esto es, sin duda, dársele poco de mí. Esto es despreciarme conocidamente. ¡Mal haya yo si no me lo pagare! Gócame Otavio,⁵⁰⁶ gócame un enemigo, que por lo menos quedará vengada, aunque a costa mía.

¡Oh pobre Laura! Detente y mira que te pierdes, y pierdes a quien te ha obligado con lo propio que te ha ofendido. ¿Quién pudiera decirte lo que padece Lisardo y avisarte de que te está escuchando tu padre o tu verdugo? ¡Laura, vete a la mano! Lisardo es firme, Lisardo te adora. Pero ¿quién podrá meter por camino a una mujer enojada y que se le había puesto en la cabeza aquella injusta imaginación?

Y para acreditarla más sucedió haber sabido que una dama de aquella ciudad (y no de las menos hermosas) quería bien a Lisardo, porque ella misma la había comunicado su deseo, pareciéndola que como amiga suya y prima de Lisardo alcanzaría cualquiera cosa de su amante. Bien conocía Laura que Lisardo, aunque sabía esta voluntad, no había tenido primero movimiento de agradecerla; pero coligió que, pues él mismo la persuadía a que diese la mano a Otavio,⁵⁰⁷ sería la causa haber visto alguna cosa en la otra que le agradase, y así, deseaba verse libre para gozarla.

502.- BRU-1626: 'substituyendo'

503.- MAD-1626 y BRU-1626: 'Octauio'

504.- MAD-1626 y BRU-1626: 'Octauio'

505.- MAD-1626 y BRU-1626: 'Octauio'

506.- MAD-1626 y BRU-1626: 'Octauio'

507.- MAD-1626 y BRU-1626: 'Octauio'

Vinieron estos celos en ocasión fuerte: confirmaron las sospechas y hicieron verdad lo que hasta entonces apenas tenía opinión de apariencia. Echolo todo a la peor parte, y atropellando su mismo gusto, negando los oídos a cualquier desengaño, sin más interés⁵⁰⁸ que su venganza le dijo a Lisardo que estaba muy pagada del nuevo empleo, que bastaba quererlo él para allanar el mayor inconveniente; que a Otavio⁵⁰⁹ quería, que a Otavio⁵¹⁰ estimaba, y así, les dijese a sus padres que se daba por muy contenta de aquel amor, pues aunque le había resistido no era por no quererle, sino por el sentimiento que había de tener de verse sin ellos. Y despidiéndose de Lisardo sin esperar respuesta, se retiró a llorar su poca ventura, unas veces pagada de lo que había hecho, y otras arrepentida por haberse hecho a sí misma la ofensa, pues había de entrar en poder de un hombre que, aunque no le aborrecía, bastaba para vivir muriendo querer a otro y no gozarle.

Salió su padre dando mil abrazos a Lisardo, y partiose al punto a referir a estas nuevas a sus deudos y a los de Otavio.⁵¹¹ Previniéronse fiestas y galas, y Lisardo quedó como se puede imaginar de un hombre que quería bien y miraba perdido en una hora lo que había granjeado en tantos años. Parecióle facilidad en Laura haberse determinado tan presto, pero bien conoció que fue mas cólera de su pasión que fuerza de su voluntad. Quisiera⁵¹² ir a hablarla y a decirle⁵¹³ la causa que le había movido para rogar lo que había de ser espada rigurosa contra su triste vida; mas ya era tarde. Fuese al campo a llorar, que es el sitio más acomodado para sentir bien una tristeza.⁵¹⁴

Vino el padre de Laura a su casa loco del contento, y con él el novio a gozar de la divina presencia de su esposa. Recibióle Laura con los ojos en el suelo: Otavio⁵¹⁵ entendió⁵¹⁶ que era honesta vergüenza, pero los ojos de Laura no decían eso, porque estaban disimulando algunas perlas que, ya que no salían, por lo menos se asomaban. Alegrose Otavio⁵¹⁷ con que a otro⁵¹⁸ día quedaría su esperanza en brazos de la posesión. Y Laura llevando adelante su enojo, huía de Lisardo, no porque no le amaba, sino porque estaba corrida de su ingratitud. Mil veces se dispuso Lisardo a hablarla, pero no se lo consentía ni su sentimiento ni la entereza de su prima. Pasóseles la noche a los dos amantes como a quien miraba tan cerca su⁵¹⁹ desdicha, y en tres días de⁵²⁰ fiesta (que parece que la desgracia los había traído juntos para acabar⁵²¹ más brevemente a Lisardo) se hicieron las publicaciones.

En este tiempo Lisardo y Laura apenas se habían hablado, si no es tal vez que los ojos se tomaban alguna licencia. Laura disimulaba⁵²² y Lisardo padecía; los dos callaban y los dos reventaban por decir su tormento. Acercábase el desposorio, murmurábase los regocijos y todos andaban inquietos con la prevención de⁵²³ las galas, si no es Lisardo, que llamaba a la muerte, que no venía

508.- BRU-1626: 'interez'

509.- MAD-1626 y BRU-1626: 'Octauio'

510.- MAD-1626 y BRU-1626: 'Octauio'

511.- MAD-1626 y BRU-1626: 'Octauio'

512.- BRU-1626: 'Qisiera'

513.- BRU-1626: 'desirle'

514.- BRU-1626: 'tristesá'

515.- MAD-1626 y BRU-1626: 'Octauio'

516.- BRU-1626: 'entendido'

517.- MAD-1626 y BRU-1626: 'Octauio'

518.- En la ed. de Giuliani: '[o]tro', indicando una errata de la princeps no declarada en la de fe erratas.

519.- BRU-1626: 'cerca da su', aunque el reclamo de la plana anterior es correcto.

520.- BRU-1626: 'pe'

521.- BRU-1626: 'accabar'

522.- BRU-1626: 'dismulaua'

523.- BRU-1626: 'pe'

porque la llamaba. Y hallándose una tarde a solas con ella, dejándose⁵²⁴ llevar de la corriente de sus ansias y de la fuerza de sus penas, la refirió en breves palabras la firmeza de su amor y el engaño que trazó su riguroso tío para que él mismo fuese procurador de su muerte, y esto con tantas lágrimas y verdaderos suspiros, que cuando no fuera tan verdad lo creyera⁵²⁵ Laura. Luego empezó a estar su dolor más vivo viendo⁵²⁶ cuán injustamente le perdía. Disculpáronse los dos y repasaron algunos gustos que habían tenido (que cuando se pierden siempre se acuerdan). Abrazose Laura⁵²⁷ de Lisardo, pareciéndola que era sagrado para defenderse de un padre que la perseguía y de un marido que no la agradaba. Despidiéronse casi sin hablarse, porque las muchas visitas y el demasiado alboroto no les dejaba lugar aun para sentir lo que habían de perder.

Llegó el día más infeliz para Lisardo, y reparó en que aquella noche había de merecer Otavio⁵²⁸ los brazos de Laura: consideración que fue milagro dejarle vivo. Saliose de casa y fuese a la de un amigo llamado Alejandro, que era secretario de sus desdichas, y refiriéndole aquella desgracia le pidió un caballo, de algunos que tenía, para huir del golpe, diciendo⁵²⁹ que quería sentir la herida, pero no ver la mano que se la daba, y que estaba determinado de irse a Sevilla para negociar alguna orden de embarcarse y llegar a la ciudad de los Reyes,⁵³⁰ en donde había sabido que su padre asistía; porque un hombre noble y que amaba no había de mirar en otros brazos prendas que habían merecido los suyos.

Pareciole a Alejandro que no erraba en ausentarse, pues la ausencia⁵³¹ suele ser el común remedio contra la memoria; y antes que se partiese, por que le quedase a Laura alguna de quien había querido tanto la envió una banda negra que tenía, con cifras de su nombre; y para darla a entender cómo quedaba y sin decir⁵³² que se partía, tomó la pluma y le escribió estos versos (que para más crédito de su desdicha⁵³³ los sabía hacer con algún acierto).⁵³⁴ El caso los pedía más tientos que cultos, y así, decían:

Recibid,⁵³⁵ hermosa Laura,
 en este triste color,
 de mi esperanza la muerte,⁵³⁶
 de mi muerte⁵³⁷ la ocasión.
 Negro el favor os ofrezco,
 para que os diga el favor
 que el alma se viste luto
 porque su dueño murió.

524.- BRU-1626: 'pexandose.'

525.- BRU-1626: 'creiera.'

526.- BRU-1626: 'vienco.'

527.- BRU-1626: 'Lauro.'

528.- MAD-1626 y BRU-1626: 'Octauio.'

529.- BRU-1626: 'disiendo.'

530.- Lima.

531.- BRU-1626: 'aucencia.'

532.- BRU-1626: 'desir.'

533.- BRU-1626: 'despicha.'

534.- BRU-1626: 'ascierto.'

535.- MAD-1626: 'Recebid.'

536.- BRU-1626: 'murte.'

537.- BRU-1626: 'murte.'

Si lo negro penas dice,
de negro sale mi amor,
porque es la mejor⁵³⁸ librea
para un triste corazón.
Yo quedo sin vos, bien mío
porque mi suerte gustó
que otros brazos os merezcan,
que no hay desdicha mayor.
Y así, mi nombre os envió
en ese triste blasón,
pues que ya de lo que he sido
sólo el nombre me quedó.
Tristes los dos viviremos,
pues esperamos los dos:
vos el veros sin ser mía,
y el estar sin veros yo.
Mas consuélame, bien mío,
ver que puede tal rigor
obligarme a no gozaros,
pero a no quererlos no.
No nacistes para mí;
que era, Laura, mucho error
pensar que merezca un ángel
quien tan poco mereció.
Y así, dice el alma mía,
viéndose morir sin vos,
que la ha costado bien caro
el teneros tanto amor.
Dícenme que algún disgusto
recebís por mi ocasión,
y deso me pesa más
que de mi propio dolor.
No tengáis vos pesadumbre,
mi bien, aunque muera yo,
porque me veré sin vida
si con pena os miro a vos.
No lloréis, señora mía,
que matáis al corazón,
y le bastan sus desdichas
sin que sienta las de dos.
Vos no perdéis en perderme,
pues tendréis dueño mejor;
yo sí, que pierdo la vida
a manos de mi pasión.
Más os quisiera decir,
pero las lágrimas son

538.- BRU-1626: 'mayor.'

tantas que las letras borran
y no puedo más. A Dios.

Diéronle a Laura el recaudo de su primo, y leyó el papel enternecida (que bien lo merecían las verdades con que venía escrito). Reparó despacio⁵³⁹ en la triste vida que la aguardaba sin Lisardo; consideró que amarle y estar en ajeno poder era peligroso en su recato; acordose de la dama que le quería y echó de ver que si ella se casaba era fuerza que Lisardo pagase su cuidado, o movido de amor o con intento de darla pesadumbre. Cogiola con estos pensamientos la noche; miró la casa llena de ruido y de infinita gente (sus deudos eran muchos porque era noble, y los de Otavio⁵⁴⁰ más porque era rico); preguntó por Lisardo y dijéronla que estaba en casa de aquel amigo que ella conocía; apretósele el corazón y parecióle imposible aventurarse a querer a un hombre que no fuese Lisardo. Dio en este pensamiento, aconsejose con su deseo, que la decía se pusiese en manos de su primo, pues de aquí se seguía vivir con gusto, gozar de su primo, huir de la muerte y pagar con una mano tantos años de honesta voluntad. No le desagradaba a Laura lo que la prometía su esperanza, pero temía el rigor de sus padres y el escándalo que suelen causar sucesos semejantes; mas luego volvía en sí, diciendo:

—Yo soy hija única, y no hay padre tan cruel que con el tiempo no se deje vencer de la piedad y ruegos. ¿Qué puede decir el vulgo viéndome en poder de quien es mi esposo? ¿Por ventura no será peor ponerme a riesgo de que me murmure⁵⁴¹ después de casada? Porque una mujer sin gusto está muy cerca de hacer cualquier locura. ¡Ánimo, pues, corazón, que no tengo de consentir otro dueño en tu monarquía! De Lisardo eres, para Lisardo naciste, y no han de ser bastantes respetos necios a quitarme de una vez la vida y el gusto.

Y resuelta gallardamente a morir con Lisardo primero que vivir con el tirano que la esperaba, viendo que la gente que había acudido era mucha, tomó de presto su manto, y recogiendo en un pañuelo las joyas que tenía, sin ser vista de alguna persona se metió entre las disfrazadas que habían venido, y casi sin imaginarlo se halló en la calle y fue a la casa de Alejandro, al cual halló más triste que quisiera. Preguntóle por su esposo (que ya no le llamaba primo, porque quien venía a buscarle, y con alguna muestra de facilidad, había menester otro nombre que la disculpase más). Respondióle Alejandro que habría tres horas que en un caballo hijo del viento se había partido a Sevilla, huyendo de su patria y desconfiando de tanta ventura. Oyolo Laura, y fue mucho que la dejasen con vida nuevas que de justicia pedían cualquiera desesperación: hurtó un desmayo algunas rosas a su cara, que se precieron de azucenas habiendo pasado opinión de claveles.

Quiso Alejandro remitir a dos caballos el consuelo de Laura, pero no se atrevió, porque a ella le faltaba poco para difunta y había menester más repararse de aquella pesadumbre que poner en contingencia su vida, fuera de que en conociéndose la falta era forzoso acudir a los caminos, y sería muy posible caer en manos de sus enemigos; y así, le pareció más seguro llevar a Laura (como lo hizo) a casa de una parienta suya que por su prudencia merecía confianza. La cual la recibió⁵⁴² y regaló con infinito gusto, porque era muy grande amiga suya, y cuando no lo fuera, su cara aún tenía jurisdicción en las mujeres para mover a voluntad. Hizo esta diligencia Alejandro con intento de partirse de allí a dos o tres días en busca de Lisardo, para que no prosiguiese su viaje y volviese a conocer que no era tan desgraciado como presumía.

539.- BRU-1626: 'de espacio.'

540.- MAD-1626 y BRU-1626: 'Octavio.'

541.- MAD-1626: 'mormure.' BRU-1626: 'murare.'

542.- BRU-1626: 'recebio.'

A este tiempo ya la casa de Laura estaba revuelta; Otavio,⁵⁴³ loco; sus deudos, corridos; los padres de Laura, confusos, y todos haciendo diligencias sin provecho; mas advirtiéndole en que faltaba también Lisardo, lo atribuyeron a traición suya y confirmaron que era la principal ocasión de aquella desdicha. Determinose el padre de Laura de vengarse, buscándole para hacerle castigar rigurosamente, conforme a la gravedad de su delito. Quiso acompañarle Otavio,⁵⁴⁴ por ver si su amor se dejaba vencer de desengaños tan manifiestos. Y porque había dicho⁵⁴⁵ Lisardo que tenía gran deseo de ver a la insigne villa de Madrid, corte de Felipe⁵⁴⁶ Cuarto, dignísimo monarca de las Españas, se resolvieron de venirle a buscar en ella, cuando a él le llevaban sus ansias a la muerte y sus pensamientos a Sevilla.

Holgose en extremo Alejandro de que fuesen tan encontrados, y despidiéndose de Laura la dijo que quería ir a buscarle, porque tenía por cierto que si se detenía sería posible no hallarle adonde imaginaba. Parecióle a Laura muy bien la fineza de Alejandro, pero no quedarse ella sin acompañarle,⁵⁴⁷ y así, concertaron salir de la ciudad (como lo hicieron), caminando de noche por el riesgo que había en ser conocidos. Llevaba Alejandro un criado solo, de quien se fiaba, y bien prevenido de dineros, por si acaso la jornada no se acabase con la brevedad que quisieran.

Bien lejos estaba Lisardo desta gloria, porque iba tan cansado de su vida que parece que el Cielo, movido de sus ruegos, se la quiso quitar, pues a la entrada de un lugar pequeño tropezó el caballo tan desgraciadamente que, cogiéndole descuidado, cayó sobre una pierna y se la atormetó de manera que receló alguna notable desdicha, porque fue imposible poderse menear, hasta que unos labradores, compadecidos de sus muchas quejas, desampararon el trabajo y le llevaron en los brazos a sólo un mesón que había. En el cual se curó, y fue tan riguroso el golpe, que en más de ocho días no se pudo poner en camino, hasta que sintiéndose con fuerzas⁵⁴⁸ bastantes volvió a proseguirle a tiempo que ya Laura y Alejandro le llevaban⁵⁴⁹ dos jornadas de ventaja, y aun habían pasado por el mismo lugar en que se quedaba curando. Y estando cierta noche en una posada, tan triste como la causa lo pedía, tomó una guitarra, y refiriendo su historia a las paredes de su aposento, comenzó a cantar aquestos versos:

A llorar su amarga ausencia
salió Lisardo una tarde
enamorado y celoso:
dos desdichas harto grandes.
Y viendo que ya le espera
el tormento de ausentarse
de aquel bien que tanto quiso
y es fuerza siempre adorarle,
¡A Dios, patria! (dice a voces);
que madrastra es bien llamarte,
pues después de veinte⁵⁵⁰ abriles
como a estraño me trataste.

543.- MAD-1626 y BRU-1626: 'Octauio.'

544.- MAD-1626 y BRU-1626: 'Octauio.'

545.- BRU-1626: 'dicha.'

546.- MAD-1626: 'Filipe.'

547.- BRU-1626: 'acompañarle.'

548.- BRU-1626: 'furças.'

549.- BRU-1626: 'lleuan.'

550.- BRU-1626: 'viente.'

A Dios, campos en quien Flora
viste perlas y corales,
espira olores y aromas,
brota claveles y azares.

A Dios, deudos que del alma
alcanzastes tanta parte
que en mí tuvistes amigo
y en vosotros hallé padre.

A Dios, divinos ingenios
sin fortuna que os levante;
que es maldición de discretos
no tenerla de su parte.

A Dios, bellísimas damas,
ante cuya hermosa imagen
fea parece la diosa
que en Chipre adornan altares.

A Dios, Academia ilustre,
Fénix de aquesta edades,
a quien debe mi ignorancia
el no parecer tan grande.

A Dios, calles apacibles
donde Narcisos galanes
la noche pasan, y el día,
por bellezas Anaxartes.

A Dios, estrecho aposento
que tantas veces me hallaste
llorando esperanzas vivas
que murieron sin gozarse.

A Dios, queridos amigos;
que la Fortuna inconstante
quiere, por matarme presto,
de vosotros desterrarme.

A Dios, pasados placeres
que vivís para matarme,
pues solo de tantos gustos
la memoria me dejastes.

Y, en fin, patria, campos, deudos,
Academia, ingenios, calles,
damas, aposento, amigos,
y gustos que ya pasastes,
sentid mis penas y llorad mis males,
pues muero ausente cuando adoro un ángel.

Y tú, Laura, Laura mía
(aunque no es razón te llame
mía, sabiendo que ya
goza tu cielo otro Atlante),
a Dios, que ya me dividen
de tus ojos celestiales

mis desdichas, envidiosas
 quizá de que los gozase.
 Yo muero (aunque no quisiera)
 porque temo que te mate
 la muerte si muero yo;
 que en mí estás y ha de toparte.
 ¡Huye del pecho, bien mío!
 ¡Vive tú! ¡Muera quien nace
 indigno de tanta luz,
 incapaz de glorias tales!
 Yo moriré por que pongan
 en mi sepulcro: *Aquí yace
 un hombre que supo amar,
 aunque a costa de su sangre.*
 Nadie culpará mis penas,
 y más, Laura, los que saben
 que me voy para no verte
 cuando vivo con mirarte.
 Y por si acaso, señora,
 mis desdichas son tan grandes
 que sea esta vez la postrera
 que en tus ojos me mirare,
 abrázame, Laura mía;
 y a Dios, que mil años guarde
 tu vida por que yo viva,
 si puedo, ausente y amante.

No podía Lisardo acabar con su memoria que le dejase de atormentar un instante: acordábase de Laura (¿quién lo duda?); considerábala en brazos de Otavio⁵⁵¹ y sin hacer memoria de su amor; que al más fuerte, en habiendo ausencia de por medio se le atreve cualquier olvido. Llegó a Adamuz una tarde temprano, y no quiso acostarse aunque lo había menester (que no hay descanso para quien tiene siempre vivas sus congojas). Salió del lugar en la mitad de la noche, la cual era tan demasiado obscura⁵⁵² que aun no permitía a los ojos que conociesen distintamente la tierra por donde caminaba; la luna se había recogido con vergüenza de una nube que se quiso oponer a su resplandor; que a la misma luz se atreven las tinieblas; mas no sin castigo, pues luego conocen, aunque a costa de su menoscabo, que son vapores de la tierra y que se opusieron a la claridad del cielo.

Pero ¿qué no intentará la ignorancia apasionada de su misma idea, o lo que es más cierto, envidiosa de los méritos que no alcanza? ¿Quién no se ríe de ver a un hombre que porque no sabe más de un poco de gramática se puede llamar gramático simple, satisfecho de su buen juicio y pagado de sus buenas letras, hablar y tomar la pluma contra quien alaban todos? Hombre, o gramático, o lo que fueres (que bien poco puede ser quien se deja⁵⁵³ vencer de su envidia): ¿de qué te sirve deslucir⁵⁵⁴ al Sol y oponerte a sus divinos rayos, si naciste nube y es fuerza que su mismo calor te

551.- MAD-1626 y BRU-1626: 'Octauio.'

552.- MAD-1626: 'escura.'

553.- BRU-1626: 'cexa.'

554.- BRU-1626: 'disluzir.'

venga a deshacer? ¿Qué importa que se atreva tu⁵⁵⁵ ingenio (si acaso⁵⁵⁶ le tienes) a vituperar los escritos que todo el mundo estima, si nadie te escucha⁵⁵⁷ porque no tienes autoridad sino para contigo? Escribe algo; intenta algún poema, que no se gana la opinión propia sólo con censurar los trabajos ajenos. Pero Séneca te disculpa, porque un envidioso ¿qué ha de hacer sino consumirse y ladrar porque le falta a él lo que mira en otros? Mas dejemos esto; que los desengaños, por lo que tienen de verdades, no agradan todas veces.

La noche, finalmente, era tan oscura⁵⁵⁸ que Lisardo se halló con algún recelo, por saber que aquella tierra era peligrosa, y estando en esta confusión sintió cerca de sí ruido, que por ser a tal hora le alteró el ánimo y obligó a que, arrojándose⁵⁵⁹ del caballo, se previniese de la espada. Y en breve espacio descubrió un bulto (que con el favor de la noche se pudo ocultar más cautelosamente entre unas ramas), y preguntarle quién era y ponerle la espada a los pechos fue en Lisardo una misma acción; pero el hombre, sin alterarse, le dijo que si quería conservar la vida se dejase quitar cuanto llevaba, porque hacer otra cosa era perderse y dar ocasión a que le hiciesen pedazos sus compañeros,⁵⁶⁰ que eran más de los que imaginaba. Parecióle a Lisardo que podía ser estratagemata del ladrón la amenaza de ser muchos para hacer su hecho, y remitiendo la respuesta a su espada y a su valiente corazón, le empezó a tirar con tan gallardo brío que le fue forzoso retirarse para defenderse, y en poco tiempo, a la señal de un silbo⁵⁶¹ y al ruido de las espadas se juntaron más enemigos que presumía.

Acudieron todos a ofenderle, y el pobre caballero empezó a resistir sus intentos retirándose⁵⁶² y defendiéndose con la destreza que la necesidad le enseñaba; y uno de sus mismos enemigos, viendo en Lisardo tantas muestras de valor y pareciéndole que era lástima que muriese violentamente quien tan bien sabía defender su vida, se puso a su lado, deteniendo con la espada y las voces a sus compañeros. Y volviéndose a Lisardo le dijo que el intento principal de todos los que miraba era robar la hacienda, pero no quitar la vida, aunque cuando la resistencia era con exceso la codicia se convertía en venganza, y la ambición en declarada injuria, y así, le suplicaba, porque le había aficionado su generoso ánimo, no se precipitase a su muerte, y se viniese con ellos aquella noche, siquiera por huir de las amenazas del cielo y por que le curasen una pequeña herida que en la propia mano de la espada le habían dado. Lisardo entonces le respondió que no estimaba la vida tanto que tuviese a demasiada suerte que se la dejasen, pero que por no acreditarse de ingrato con quien se la daba tan noblemente recibía⁵⁶³ por infinita merced el partido. Y rindiéndole su espada y señalando hacia la parte en que dejó el caballo, se fue con ellos considerando los lances en que su contraria estrella le iba poniendo, aunque como estaba acostumbrado a pasar por la desdicha de perder⁵⁶⁴ lo que amaba, todo le parecía breve tormento.

Llegaron a unas secretas cuevas, edificio que había labrado la misma naturaleza para casa de algunos pastores (que por diciembre son blanco de los diluvios del cielo y por julio se consienten abrasar del sol), y metiéndole en una dellas aplicaron a la herida un poco de bálsamo (remedio general y saludable para todas las ocasiones repentinas). Quitáronle también cuanto tenía; que la

555.- MAD-1626: 'a tu'

556.- BRU-1626: 'accaso.'

557.- BRU-1626: 'eschuetia'

558.- MAD-1626: 'escura' BRU-1626: 'obschura'

559.- BRU-1626: 'arrojandose'

560.- BRU-1626: 'companeros.'

561.- BRU-1626: 'siluio.'

562.- BRU-1626: 'tetirandose.'

563.- En la ed. de Giuliani: 'recibía.'

564.- BRU-1626: 'prender.'

piedad de un ladrón llega a permitir la vida, pero no a descuidarse con la hacienda. Quedó el pobre Lisardo solo, y acompañado de sus continuos pensamientos y viendo tantas desdichas juntas, decía:

—¡Ay Laura! ¿Quién pensara que no sólo me había de ver sin la gloria de merecerte, sino que me había de perseguir tan rigurosamente mi fortuna? Yo me vi en tus brazos, yo escuché de tu boca mil ternuras, yo gocé tus favores, y fui sin duda el primero que estuvo contento con su estado, aunque me quiera contradecir Ovidio diciendo que la voluntad del hombre no quiere consentir sosiego, porque siempre le falta qué alcanzar y le sobra qué apetecer.

Enterneciase con esto Lisardo, y llamaba a Laura diciendo:

—Deja, prima querida, esta vez los regalos de tu esposo; escústate a los amorosos lazos de quien te merece; olvida el blando sueño y ven a consolar a un hombre que fue desgraciado aun en merecerte, porque gozar la dicha para perderla es vincular un sentimiento para toda la vida.

Así llamaba Lisardo a Laura, aunque la consideraba bien lejos; mas no erraba mucho en⁵⁶⁵ llamarla, porque estaba tan cerca que pudiera escuchar sus quejas y responder a sus voces, pues entre los dos no había más distancia que el pedazo de una peña que los dividía: a los dos había seguido una misma fortuna; que como las dos almas vivían en una voluntad, no podía el Cielo injuriar a Laura sin ofender a Lisardo, ni atreverse a Lisardo sin enojar a Laura. La cual pasando la noche antes por aquel mismo sitio en compañía de Alejandro con el ansia de llegar a verle, les salieron seis hombres al paso, y sin poder Alejandro revolverse para dar a entender que había nacido caballero (aunque en tales casos la defensa es temeridad y no valentía), le quitaron la espada y lo demás que llevaba. Y cuando pensó que hicieran lo mismo con Laura, sucedió que uno de los que les acometieron y el más alentado de todos puso los ojos en ella, y pareciéndole que era obligarla no usar con ella la violencia que se podía temer de su codicia, no consintió que ninguno se atreviese a quitarla ninguna cosa; y volviéndola a poner en la mula guió hacia su sitio con intento de gozar aquella noche su belleza.

La cual viéndose sin su Lisardo y en poder de aquella infame gente, llamó con más veras a la muerte, y volviendo los ojos al cielo decía locuras, haciendo tantas lastimas y llorando⁵⁶⁶ tan graciosamente, que viendo su enemigo que aun estando enojada no había perdonado el ser hermosa, se encendió con más fuerza y se previno de su impiedad para cualquier injusto atrevimiento. Llegaron al desabrido albergue (que era el que estaba vecino a la prisión de Lisardo), y luego el lascivo amante la empezó a regalar con algunas cosas que a costa de los vecinos lugares tenían sobradas. Vínose Alejandro con ellos; que aunque pudo tener libertad no la quiso, viendo a Laura de la manera que quedaba. Tratáronle con alguna cortesía por no disgustarla a ella, que había dicho que era su hermano.

Temblaba la hermosa doncella de verse en poder de tiranos, y que si aquel hombre intentaba alguna violencia era forzoso matarse o perderse; pero tuvo tanta dicha (si acaso la podía tener quien se vía de aquella suerte) que el capitán de todos ellos, hombre de resolución y de muchas⁵⁶⁷ manos, se aficionó tanto de su cara, que, viéndose envidioso y que no podía merecerla, por no haber sido presa suya y porque el que la tenía consigo era casi tan poderoso como él, se dispuso a defenderla para estorbar que la gozase otro, ya que él no podía, atribuyendo a piedad de animo lo que era envidia o celos de su camarada.

Holgose Laura desta competencia, porque el uno la defendería del otro hasta que el Cielo trazase por algún camino el remedio de su libertad; y estando los dos cosarios de aquella tierra procurando alegrar y divertir sus divinos ojos, la llevaron a ver sus ranchos, asegurándola primero el capitán de cualquier miedo en cosa que no fuese mucho gusto suyo. Llegaron a la parte en que

565.- BRU-1626: 'eu'

566.- BRU-1626: 'llorauto'

567.- BRU-1626: 'mncas'

estaba Lisardo (que vencido de un piadoso sueño daba licencia al descanso forzoso), y estando la cobarde dama atendiendo a algunas cosas que la enseñaban, más por contentar a los dos amantes que por tener gusto en lo que miraba, les vino nueva de que la justicia de un lugar que no les debía ninguna buena obra procuraba su destrucción. Alborotáronse todos, y acudiendo a la defensa olvidaron el amor y fueron a reconocer el campo; que donde tiene riesgo el honor o la vida pocas veces persevera la voluntad, y más cuando no tiene echadas raíces⁵⁶⁸ con el trato, aunque en habiendo de por medio amor de años o de obligaciones no hay imposible que no intente ni temeridad a que no se oponga.

Quedó Laura sola, aunque no tanto que a pocos pasos no pudiera hallar cuanto quisiera pedirle su deseo. Entró mas adentro considerando la miserable vida de aquellos hombres, pues libraban su felicidad en la desventura ajena (parecidos en esto a los envidiosos, de quien solo se libran los desdichados porque no tienen fortuna que los dé pesadumbre; aunque no debe de ser mala, pues viven seguros de sus dañadas entrañas).

Así estaba discurriendo cuando sintió junto a los pies un bulto que la hizo tropezar (aunque pienso no era la primera vez). Reparó Laura y vio un hombre que pagaba el necesario tributo a su cansado cuerpo. Bajó la luz para reconocerle (que el pecado de la curiosidad jamás deja a una mujer, aunque se mire en el extremo de sus pesares); mirole y alterose; volvió a mirarle con más atención y hallóle en las manos un pequeño retrato; quitóse dellas y llevole a los ojos, los cuales hallaron a su mismo dueño; dióle mil vueltas pensando que el naípe tenía por encima algún pedazo de cristal que la retrataba. Volvióse al que dormía para que le dijese la verdad: reconoció su prenda, halló a Lisardo. Pidiose albricias y temió por sospechoso el nuevo contento, acordándose de las veces que ha quitado la vida un placer ni esperado ni prevenido. Sentose junto a su primo, el cual al ruido de algunos abrazos mezclados con suspiros de alegría despertó, y tuvo por novedad el ver luz en parte que pocas veces se comunicaba⁵⁶⁹ el sol.

No había reparado Lisardo en Laura (que si esto dijera después de verla fuera agraviar sus ojos). Cubriose ella el rostro con una toca (que era velo de plata para su hermosura y nube de seda para su resplandor) por darle el contento menos repentino. Estrañó Lisardo la nueva compañía, y advirtiéndole en que el traje y los adornos prometían alguna nobleza oculta, la rogó que se descubriese, o por lo menos le contase el rigor de fortuna que la había puesto en tan miserable estado; que él se obligaba a satisfacerla el favor refiriendo, si ella gustase, el infinito numero de desdichas que le atormentaban, que eran tantas que la menor le parecía verse en poder de aquellos bárbaros, teniendo la vida al albedrío de su voluntad.

Entonces ella, por no deberle el contento que podía darle, se descubrió y abrazó dél: y Lisardo quedó mirándola tan suspenso, que se puso a imaginar si era cierto que había despertado. Unas veces daba crédito a los ojos, y otras no se podía persuadir aun a lo mismo que tocaba; pero venciendo la verdad sus discretas dudas, estuvieron los dos muy gran rato sin que el contento les diese licencia para preguntar la causa de verse en aquel lugar. Y después de haber hecho cada uno memoria de sus trabajos, dijo Lisardo que, pues estaban solos, sería acertado huir de tan conocido peligro, y cuando empezaban a salir de la cueva para avisar a su amigo Alejandro (que estaba bien ajeno de aquella novedad), volvieron los temerosos ladrones, asegurados de que el aviso había sido incierto; aunque se engañaron, porque la justicia de Córdoba los había buscado toda la noche, y por ser tan obscura y espantosa se habían perdido, sin poderse encontrar los unos ni los otros hasta que con el día dieron la vuelta, y llegando hacia la parte que estaban informados oyeron ruido y conocieron que allí era sin duda la defensa de los atrevidos salteadores, y cercándolos, los prendieron, sin que pudiesen huir ni ampararse de la menor defensa.

568.- BRU-1626: 'rayes'

569.- BRU-1626: 'comunicéaua'

A este tiempo ya el uno de los amantes de la infelice Laura, que era el capitán, vencido de su apetito y confiado en su mucho imperio la había llevado a la cueva donde estaba Alejandro, poniendo primero una pistola al pecho de Lisardo, que como galán la amaba y como honrado la defendía. Pero viendo el tirano capitán que le amenazaba una desastrada muerte si se dejaba poner en manos de la justicia, tomó una yegua que tenía prevenida para semejante fortuna, y saliendo por una secreta parte de la misma cueva que hacía correspondencia a un valle, cogió a Laura (que por estar sin sentido y haber visto a Lisardo en tan manifiesto peligro aun no tenía ánimo para defenderse), y corriendo por el campo dejaba burlados a los que le seguían.

Lisardo fue tan desgraciado que iba en el número de los presos, sin que aprovechase decir su nobleza, porque algunos de los delincuentes procuraron librarse diciendo que no eran ellos de los ofensores, sino de los desdichados a quien habían quitado la hacienda y tenían en aquellas cuevas para quitar la vida; y la justicia, por no poner en contingencia la verdad de los unos y la culpa de los otros, haciéndolos iguales los llevó al primer lugar, y de allí a la cárcel pública de la ciudad de Córdoba. En la cual se vio el pobre Lisardo disculpando su inocencia y dando voces por su justicia; pero como no tenía ni amigos que le acreditasen ni dineros que le favoreciesen, su pleito estaba mudo; los procuradores, sordos, y los jueces, mal informados.

Afligíale también el no tener nuevas de su amada Laura ni de su fiel amigo Alejandro; tan amigo en todo, que, viendo al atrevido bandolero llevar con tan resuelta tiranía a la hermosa Laura, movido de su nobleza y sufriendo mal que un infame profanase su hermosura, tomó el mismo caballo que habían quitado a Lisardo y por la propia parte que vio salir al codicioso ladrón le empezó a seguir tan bizarro como animoso, y como llevaba de su parte la razón y a los ladrones sigue siempre el temor y la cobardía, le alcanzó aun con más brevedad que él imaginaba. Y apenas el injusto Atlante de aquel cielo con alma vio que Alejandro venía en su seguimiento cuando, advirtiendo que si se detenía a defender el hermoso tesoro era dar lugar a que la justicia le alcanzase y lograrse su deseo, para poder huir con mas comodidad⁵⁷⁰ arrojó de sí a Laura (como suele el castor, que advertidamente⁵⁷¹ se hace pedazos, lisonjeando a los cazadores con lo que desean para que no le persigan). Mas no le aprovechó, porque a pocos pasos le cogieron unos labradores y llevaron con los demás compañeros, para que con una muerte satisficiera tantas.

Imposible será decir los encarecimientos con que Laura agradeció al⁵⁷² animoso Alejandro aquella gallardía; mas baste saber que era discreta y que no sabía ser ingrata. Llegaron los dos al lugar, y informándose de cómo Lisardo iba con los demás culpados tomaron el camino de Córdoba. Y estando Lisardo una mañana discurriendo sobre sus desdichas (que eran tantas que ya tenía por novedad el no tenerlas) y pensando el día en que la Fortuna se cansase, vio que un hombre y una mujer tapada se llegaron con voluntad igual a darle infinitos abrazos. Conoció a Alejandro y después coligió fácilmente quién podía ser la que le acompañaba:⁵⁷³ echose a los pies de entrambos (que los hombres en las desdichas suelen estimar mejor los beneficios), y hablando los tres largamente, trataron de la soltura de Lisardo, para lo cual y para otras cosas necesarias dio Laura a Alejandro algunas joyas de las que traía, rogándole procurase venderlas.

Hízolo así Alejandro, aunque perdiendo mucho del precio en que se habían comprado (pensión de quien vende con necesidad y en la platería). La información quedó hecha aquella noche, por ser cosa tan conocida y haber dinero (que es la mejor espuela para los que escriben), y cuando Lisardo estaba ya para salir de la cárcel (porque los jueces advirtieron la bellaquería de

570.- BRU-1626: 'commodidad'

571.- BRU-1626: 'advertidamente'

572.- BRU-1626: 'el'

573.- BRU-1626: 'acompañaua'

tener afrentosamente a un caballero en la cárcel pública) vino un auto en que le mandaban embargar por otras causas.

Admírose Lisardo, lloró Laura de nuevo, afligióse Alejandro y quedaron todos confusos y temerosos; pero sacolos desta duda Lisardo, que, reparando en dos hombres que entraban por la puerta, conoció que eran Otavio y el riguroso padre de Laura, la cual rindiéndose a un temor justo nacido de su respeto y vergüenza, quedó difunta, pero ¿qué mucho, si vía presentes tantos males? Por una parte a Lisardo con más prisiones, en tierra ajena y sin más favor que la disculpa de su voluntad; por otra a su padre, que con el enojo que vendría era fuerza atropellar las honradas disculpas de Lisardo. Y lo que más la afligía era ver a Otavio, por haber sido el principio de su desventura.

Dudaba del intento que les traía, aunque bien echaba de ver que como los dos faltaron en un día coligirían que Lisardo la traía robada. Lo cierto es que el viejo, tanto por el amor de su hija como por la venganza de su sobrino, en compañía de Otavio los había ido a buscar a la Corte, y no hallando aun señas de ninguno, quiso acercarse a la Andalucía, buscándole por las principales ciudades della; y entrando aquel mismo día en Córdoba y hallando en ella a un grande amigo suyo (que en sus tiernos años vieron a Flandes juntos), le preguntó por algunas novedades de aquella ciudad, y entre otras le dijo que estaba en la cárcel un caballero a quien unos salteadores habían robado, y que sería fuerza conocerle, porque en sus confesiones decía que era natural de la ciudad de Ávila. Alterose el viejo, y informándose más particularmente supo que el caballero preso era el enemigo que buscaba, y sabiendo que estaba ya para salir de la cárcel habló a los jueces querellándose de su sobrino y contando la traición que había cometido contra su sangre, y así, mandaron luego, no sólo que no le diesen libertad, sino que le pusiesen en parte que estuviese más seguro. Y después de haber hecho esta diligencia, venía con Otavio a visitarle para saber lo que respondía.

Y Laura aprovechándose de su discreción (si acaso la hay cuando vienen las desdichas tan aprisa) se encubrió lo más que pudo, y Alejandro hizo lo mismo, apartándose de Lisardo y poniéndose a conversar con otros presos. Llegaron los dos, y después de saludarle le preguntaron por Laura, y él respondió que no sólo no la había traído, pero que en su vida se había atrevido a tal imaginación. Y decía bien, porque aunque la quiso siempre con tanto amor, nunca tuvo ánimo de anteponer su gusto a su respeto, huyendo de parecerse a muchos, que se precian de querer a una mujer y por lograr su gusto intentan cosas en que es forzoso aventurar con su vida su reputación. Decía Lisardo que éstos tales no atienden al honor de la dama, sino a la comodidad de su gusto, y así, no pueden tener amor verdadero, porque amar tan inconsideradamente que por gozar de una mujer atropellen su opinión y consientan en su deshonor, no es estimarla, sino aborrecerla.

Finalmente, Lisardo negó, porque en todo caso es lo mas seguro, y mientras se prueba se gana tiempo, Encolerizose el viejo, pareciéndole que aquello era preciarse de darle pesadumbres, y Otavio le dijo algunas injurias, porque los celos, el amor y el ver a su enemigo⁵⁷⁴ de manera que no se podía defender, le daba ánimo, y aun disculpa. Y remitiendo entrambos a la fuerza de la justicia la confesión de lo que negaba se fueron. Y Lisardo contó lo que le había sucedido, y Alejandro los aconsejó que se resolviesen a desposarse, pues así cesarían las pretensiones de Otavio y enojos de su padre. Parecioles bien a los dos, pero dificultaron el estorbo de la sangre y la falta de las diligencias. Mas Alejandro dijo que se animasen, que todo había de tener feliz suceso, porque aquel día era de ordinario y él tenía en Madrid un tío que era oidor del Real Consejo de Su Majestad, al cual escribiría hiciese la diligencia de la dispensación con brevedad. Hizólo así Alejandro, encareciendo a su tío el peligro en que estaban los dueños de aquella causa.

Luego el padre de Laura empezó el pleito, bien solicitado de entrambas partes porque en cualquiera sobraba el dinero. Dejó Alejandro a Laura en casa de una señora principal que por forastera y por dama la favoreció, y tomando una mula se partió al lugar en que Lisardo había estado tan pe-

574.- BRU-1626: 'enmigo'

ligroso de la caída, y haciendo una información muy honrada en que juraban todos el tiempo que estuvo indispuerto sin traer en su compañía más de su persona, se vino y la entregó al procurador. El cual aconsejó a Alejandro que se escondiese, porque los salteadores⁵⁷⁵ en sus dichos habían declarado que ellos cogieron una noche a una mujer que se llamaba Laura, pero no en compañía de Lisardo, sino de un caballero cuyo nombre no sabían porque siempre se había recatado de decirle. Parecióle a Alejandro que corría peligro su persona, y escondióse en un monasterio, porque de la amistad que tenía con Lisardo fuera fácil colegir que él era el dueño de aquella empresa.

Duró el pleito algunos meses, y viendo el padre de Laura tan resuelto a Lisardo en negar aquello que en su opinión era cierto, se determinó a que confesase en el tormento lo que con engaños y traiciones⁵⁷⁶ disimulaba. Tenía el viejo mas autoridad con los jueces, y no faltó quien por debajo de la cuerda informase contra Lisardo, y como los indicios eran grandes se determinaron (Dios sabe si con justicia) a darle tormento, o a dársele a Laura, que deshaciéndose en lágrimas la faltaba paciencia para sufrir tantos rigores. Y así, se resolvió, antes que llegase la ejecución injusta, a manifestarse, diciendo que ella sola, sin más favor que su voluntad y sin más causa que la de huir de un marido que aborrecía, se había ausentado de su casa, teniendo a más fortuna dejar su opinión al albedrío del vulgo que vivir con quien era forzoso desearse la muerte para tener algún descanso, y que el hombre con quien la toparon⁵⁷⁷ no le⁵⁷⁸ conocía de más que haberla amparado por mujer y sola.

Así estaba Laura, contando los instantes de las horas con el temor de ver injuriado por su causa a Lisardo, y él con los bríos del valor que tenía heredado dispuesto a cualquier exceso de desdicha; pero el Cielo tuvo lástima de tan justo amor y lo dispuso de otra suerte, porque Alejandro envió un recaudo con su procurador avisando a Laura de que la dispensación había venido con los demás papeles. Y dando Lisardo un poder le desposaron, y luego se notificó a la parte contraria cómo Lisardo era marido de Laura, y así, la podía tener donde le pareciese, y llevando un escribano consigo que daba fe de que la había visto, y enseñando juntamente la dispensación y lo demás, se quedó el viejo tan corrido y afrentado que, negándose a la piedad que debía tener con su propia sangre y considerando la riqueza que perdía en Otavio por su sobrino, le empezó a seguir con mayores veras, encareciendo a los jueces la ofensa que su casa había recibido, aunque fuese con intento de ser su esposo.

Y entonces Alejandro, presumiendo que ya no tendría peligro, pues Lisardo había confesado que la tenía y el desposorio estaba concluido, salió públicamente y fue a contradecir la nueva acusación del vengativo viejo. El cual apenas lo supo cuando le hizo una causa criminal que le obligó a quedarse con Lisardo, porque luego trujo información de que había él sido el instrumento principal que ayudó al escalamiento⁵⁷⁹ de su casa, y él fue a quien toparon con su hija; y esto encareciéndolo con tantos accidentes y palabras, que lo que había sido fuerza de amistad hicieron delito de traición (que la calidad de las culpas suele consistir en las circunstancias con que se acusan, porque⁵⁸⁰ hay palabras que las hacen mayores).

Quedose Alejandro con su amigo, casi agradecido a la nueva ofensa por mostrar más bien lo que le estimaba. Los dos lo pasaban mejor, porque Laura también parecía presa y en todo el día no salía de la cárcel; que la voluntad la había enseñado esta fineza, que no es pequeña para una mujer de sus años, de su hermosura y de su modestia; pero quien tiene amor poco se debe en las

575.- MAD-1626: 'salteadores'

576.- BRU-1626: 'traicionos'

577.- BRU-1626: 'troparon'

578.- BRU-1626: 'se'

579.- BRU-1626: 'escalamerito'. En la ed. de Giuliani se indica que la princeps lee 'escalamenito', errata no declarada en la fe de erratas.

580.- BRU-1626: 'porque'

cosas fáciles. Crecieron los pleitos y los gastos, acabáronse las joyas⁵⁸¹ de Laura (con ser muchas) y descuidáronse los parientes de Alejandro, pareciéndoles que más tenía de locura que de amistad gastar su hacienda⁵⁸² con quien no podía pagarle aquella liberalidad. Viose Lisardo perseguido de quien pensaba ser amparado, en la cárcel y pobre: tres cosas que cualquiera basta para quitar la vida. Miraba a su amigo Alejandro en tan diversas fortunas por su causa, y no⁵⁸³ sentía menos el ver a su esposa llena de trabajos, aborrecida de su padre y sin más regalo que pesadumbres,⁵⁸⁴ y, en fin, había llegado a tiempo que fue necesario quitarse ella⁵⁸⁵ las galas que traía, vistiéndose más humildemente, para defenderse de la⁵⁸⁶ mala intención de su padre.

Todo lo⁵⁸⁷ miraba Lisardo y todo lo remitía a su sentimiento. Laura le consolaba, y aun se ofendía de verle tan apasionado, diciéndole que no se afligiese por ella, porque no podían ser sus desdichas más que su voluntad, y que la quedaba ánimo para sufrir aun mayores rigores, como fuesen enderezados a servirle. Escuchola Lisardo y diola infinitos abrazos; alabó su hermosura, encareció su firmeza y confirmó a las mujeres por agradecidas y constantes. Y si se ha de decir verdad, no les neguemos que, en determinándose a querer bien, son ellas las que olvidan con más dificultad. A lo menos Laura mucho acreditó esta verdad, porque amar a un hombre cuando le persiguen trabajos, prisiones y pobreza es un milagro que pocas veces se ve en el mundo.

Así lo pasaban⁵⁸⁸ los amantes primos, y una tarde quiso Laura probar por todos caminos a conocer si era tan desdichada⁵⁸⁹ como hermosa, y con el deseo que tenía de que tuviesen remedio las temeridades de su padre rogó a una señora que se había dado por amiga suya que enviase a decir a Otavio que en una parte determinada del campo le esperaba una mujer que, aficionada de su gallardía, quería saber si el alma correspondía al talle, y la lengua⁵⁹⁰ a la persona. Quiso Laura con esto tener ocasión de hablar a Otavio y obligarle por el atajo de la cortesía para que se cansase de perseguirla. Parecióle buen medio a la amiga, y le envió con una criada un papel muy a propósito. Leyole Otavio y juzgó que sería aquel favor verdad infalible; que las desconfianzas, y más en esta materia, no tienen entrada con un hombre que se preciaba de galán y tenía opinión de rico.

Fueron las dos en un coche, y Otavio contó su buena suerte al padre de Laura, y aun le llevó consigo para que le acompañase, por si acaso no venían y había sido engaño de alguna dama que quería burlarse⁵⁹¹ dél por forastero; pero presto conoció que era él quien había tardado, y viendo ellas que llegaba solo le rogaron se entrase en el coche, y luego Laura con suspiros y razones le encareció los trabajos y disgustos que padecía por su causa, advirtiéndole que no le había ofendido en no quererle, por haber días, y aun años, que tenía dueño, y que a no tenerle le confesaba que fuera cierto ser suya, porque sus partes merecían mayor empleo. Díjole también el extremo a que había venido de necesidad, pues si no fuera⁵⁹² por aquella dama y las joyas que había traído aun no hubiera sido posible sustentarse, y que actualmente Lisardo estaba preso, pobre y sin más

581.- BRU-1626: 'joas'

582.- BRU-1626: 'hacienda' Se refiere a la hacienda del propio Alejandro.

583.- BRU-1626: 'uo'

584.- BRU-1626: 'pesodumbres'

585.- BRU-1626: 'elle'

586.- BRU-1626: 'sa'

587.- BRU-1626: 'la'

588.- BRU-1626: 'passouan'

589.- BRU-1626: 'descichada'

590.- BRU-1626: 'legua'

591.- BRU-1626: 'bourlarse'

592.- BRU-1626: 'fnera'

esperanza que su piedad, y así, se lastimase de su amor y mostrase lo que la⁵⁹³ había querido en no ayudar a su ingrato padre.

El cual viendo que tardaba Otavio se acercó al coche, y conociendo a su hija y acordándose de las pesadumbres que le costaban sus infamias (que así llaman los viejos lo que en otro tiempo atribuían a mocedades; que como no hay espejos que representen lo pasado, suelen juzgar de los delitos temerariamente) y acordándose también de lo mucho que perdía en Otavio (que este era el paradero de sus cóleras; que la ambición de la hacienda suele venir con los muchos años), quiso atreverse a su hija, remitiendo a las manos la venganza que no había conseguido⁵⁹⁴ con pleitos y prisiones.

Dio voces Laura, amparola Otavio, y la señora en cuya compañía venía se ofendió justamente del poco respeto que la había tenido, y, en fin, era tanto el ruido que hacían todos, que obligó a un caballero que pasaba en un coche de camino con su esposa a que se apease, y con él algunos criados que acudieron a saber la causa de aquella discordia. Llegó el caballero, que era hombre de gentil presencia, y con alguna libertad de soldado, viendo las demasías que hacía el padre de Laura, y con mujeres (que es cosa tan aborrecible para los hombres que nacen con términos honrados), se abrazó con él para que no pasasen adelante.

Volvió el viejo a conocer quién le detenía (y volvieron todos, porque su disposición gallarda podía mover a respeto), y suspenso el padre de Laura, le miró con algún sobresalto; pero el caballero (que como estaba sin cólera tenía obligación a conocerle mejor) echó de ver que el que miraba era su hermano, y la que tenía presente, Laura su sobrina, y con un rendimiento noble (efeto de su amor, viendo sangre que lo era tan suya) los abrazó a los dos, aunque el viejo no le recibió muy apacible. Y entonces el padre de Lisardo le preguntó qué causa podía ser bastante a recibirle con aquel desabrimiento después de tantos años de ausencia y en tiempo que de tantas leguas le venía buscando; que no era poco para un hombre que venía rico.

Llegose Laura a su tío y refirióle todo lo que había sucedido, y cómo ella, por haberse criado con su primo, le había querido con tanto extremo que la obligó a lo que hemos visto. Entonces el piadoso tío con mil abrazos agradeció tan honrada voluntad y contó brevemente cómo él se fue a la ciudad que en las Indias llaman de los Reyes (porque ciudad de plata bien merece tan ilustre nombre), y que allí sirvió a un cacique⁵⁹⁵ de agente de su hacienda (que pasaba de ochenta mil ducados) con fidelidad, que suele ser el mejor caudal de los que no tienen, y después muriendo él y quedando su esposa viuda y con alguna afición a su persona, se determinó a que ocupase el lugar del difunto esposo, y viéndole con deseo de volverse a España dejó patria y parientes por venir con su esposo, y que pasando su coche con alguna prisa para llegar a Córdoba oyeron el ruido y había salido a ver lo que no imaginaba.

Volviéronse todos a abrazar, y bajando a su sobrina del coche, fue con los demás a ver la hermosa indiana, que lo era en demasía (que los muchos regalos y la vida descansada disimulan muchas veces los años). Vieron también un hijo que traía, que había nacido para aumentar aquella tan justa correspondencia. Luego la pasaron al coche de la amiga de Laura, la cual los llevó a su casa, y contenta de su buena suerte, quiso gozarla regalando tan honrados huéspedes. Todos iban contentos, y sólo el padre de Laura corrido de que su hermano hubiese reparado en la tiranía que usaba con su sobrino, y apenas se apearon cuando fueron a avisar a Lisardo de la venida de su padre.

Agradeció al⁵⁹⁶ Cielo tan nuevo beneficio, advirtiéndole la ventura tan grande que había tenido, pues cuando menos esperaba se compadecía de sus desdichas. Vino a verle su padre, y lastimado de mirarle en tanta miseria, aunque tan hombre y de las partes y gracias que ya le habían infor-

593.- BRU-1626: 'lo que.'

594.- BRU-1626: 'consiguído.'

595.- El autor lo usa por 'encomendero,' 'terrateniente.'

596.- BRU-1626: 'el.'

mado, sin detenerse a contarle nada de sus cosas hasta verle libre de la cárcel, fue al momento con los demás, y hicieron tan buena diligencia, que, saliendo por fiador su mismo padre, le dieron libertad aquella misma noche en compañía de su amigo Alejandro. Y en viéndose libre fue a ver a Laura y a su nueva madre, la cual mirando la nobleza de todos, no estaba arrepentida de haber dejado su propia patria.

Gozó Lisardo de su amada prima, pues le costaba llegar a sus brazos tantos disgustos. Consolese Otavio viendo que el no gozar de aquella dicha no era falta⁵⁹⁷ de méritos, sino voluntad ajena. El padre de Laura quedó contento, por haber⁵⁹⁸ salido todo tan a gusto de su deseo, y advirtiendo Lisardo las obligaciones que tenía a su amigo y sabiendo que venía en compañía de su padre una hermana de su esposa a quien miraba Alejandro con algún cuidado, trató de casarle con ella; que por ser hermosa y su dote de más de treinta mil ducados, fue amistad y no castigo.

Tomaron el camino de Ávila, en donde vivió Lisardo con su prima tan amante como pagado, dándoles a entrambos el amor hermosos hijos y teniendo a ventura haber pasado tantos trabajos llegando⁵⁹⁹ a gozar tan felizmente el fin que deseaban; porque cuando lo que se intenta se alcanza, todo viene a parar en aumento del gusto, confirmación del deseo y descanso de la voluntad.

FIN DE LA NOVELA SÉPTIMA

597.- BRU-1626: 'falto'

598.- BRU-1626: 'aner'

599.- BRU-1626: 'legando'

LA PRODIGIOSA

A

ANTONIO DOMINGO DE BOBADILLA, VEINTICUATRO DE LA CIUDAD DE SEVILLA Y SU FIEL EJECUTOR PERPETUO

SI como estoy agradecido a las mercedes que recibo de V. M. cada día tuviera fuerzas para pagarlas, bien sé que no me acusara de ingrato el tiempo; pero ya que no las satisfaga por ser tantas, a lo menos las confesaré toda mi vida, para cumplir siquiera con V. M. y mi noble deseo; que ya es treta de los que pueden poco entretener al acreedor con el reconocimiento de la deuda.⁶⁰⁰

Quinto Curcio dijo que los beneficios tal vez se aborrecían, y habló sin duda de aquel que los recibe sin tener caudal para remunerarlos,⁶⁰¹ porque, como queda empeñado en que los debe, vive descontento mientras no los paga. Déstos pudiera ser yo, viéndome obligar por tantos caminos cuando me tiene atado la falta, no del ánimo, sino del poder. Tito César (que en la religión romana tuvo nombre de liberal y tratable) acordándose una noche que en todo aquel día no había hecho ningún beneficio, dicen que suspiró y, como quejándose de sí propio, dijo a los que estaban delante: *Amici: diem perdidit*. V. m. aún no podrá tener esta queja, porque mi padre y yo le estamos dando siempre ocasiones en que a entrambos nos⁶⁰² haga mil honras. Alguno me preguntará cómo siendo V. M. primero en el amor ha sido el último en la dirección destas novelas; mas la respuesta no está muy lejos, pues como el fin es el que gradúa las cosas (así lo enseñó Ovidio en la *Epístola* segunda), quise que este libro tuviese buen deajo, para que me lo agradeciese quien le leyerá.

Definiendo Aristóteles⁶⁰³ el fin de cualquiera cosa, dice: *Fin es aquel por cuya causa se hace lo demás*. De manera que casi puedo decir que por escribir esa novela, que intitulo *La Prodigiosa*, y dirigírsela a V. M. he escrito todo el libro; que de mi voluntad y obligaciones bien puede creerse este encarecimiento. Y cuando faltaran las causas dichas, bastara para inclinarme a V. M. su ingenio y saber lo mucho que trata⁶⁰⁴ de letras, pues los ratos que le dejan libre ocupaciones y oficios de república tan dignamente merecidos entretiene en su librería, donde halla mudos y discretos amigos: virtud por cierto grande y que la deben imitar aquellos a quien dio la Naturaleza entendimiento y le malogran por no cultivarle. Pero el de V. M. ajeno estará desta culpa, pues goza juntamente la aplicación y la valentía.

Confieso que me tiene envidioso y que no me despido de comunicarle, con los muchos que tiene esa grandiosa ciudad. Las novedades que por acá⁶⁰⁵ hay son pocas o ninguna, porque haber muchos poetas, V. M. se lo sabe; estimar en más la bachillería de los estraños, aunque vengan del otro mundo, que el acierto de los hijos propios, ya es maldición de quien vive en su patria; deslu-

600.- BRU-1626: 'duda'

601.- BRU-1626: 'remneurarlos'

602.- BRU-1626: 'no'

603.- MAD-1626 y BRU-1626: 'Aristo'

604.- BRU-1626: 'trato'

605.- BRU-1626: 'nouedades que aca'

cir y tener en poco los tordos a las filomenas, pecado común es de los ignorantes. No les levanto nada: palabras son del Espíritu Santo en el *Segundo* de Salomón, cap. 10, porque como los tales son necios, piensan o que ellos saben o que todos los demás ignoran. Mas pues ni V. M. ni yo lo podemos remediar, riámonos dellos en tanto que los castiga su misma ignorancia. Dele Dios a V. M. los años de vida que deseo.

Su amigo y aficionado,
el Licenciado Juan Pérez de Montalbán

NOVELA OTAVA⁶⁰⁶

BAJABA de la cumbre de un monte que en la región de Armenia se llama Cáucaso, un salvaje en el parecer, aunque no en el alma, vestido de varias pieles de animales; los miembros morenos y robustos, la cara tostada y el cabello crecido. Traía colgado al hombro un carcaj o aljaba de saetas, en el lado izquierdo un cuchillo de monte y en las manos un árbol entero, que desnudo de ramas y hojas le servía de arrimo para su cansancio y defensa para su persona. Y sentándose sobre una alfombra de olorosas aunque groseras flores, sacó del pecho un hermoso retrato, que en un oscuro lienzo estaba tan vivo, que parecía tener más alma de la que había heredado de los pinceles; y mirándole con atención, como si tuviera presente el original decía, lastimado y enternecido:

—¡Ay querida y ausente Policena! Años ha que gocé tus divinos ojos en otro estado; pero ¿qué confianzas no quebrantan la envidia y la fortuna, y más si se juntan entrambas para perseguir a un hombre? Yo me acuerdo cuando en este pedazo de pardo lino hice a Tebrando que te retratase; mas no imaginaba entonces que este desigual bosquejo de tu hermosura había de ser mi mayor consuelo. ¿Quién me dijera, cuando mantuve en Albania un torneo con un vestido que bordaron tus bellas manos, que había de verme tan otro del que solía ser, habitando en un monte, los brazos desnudos, los pies liados con la piel de un oso, un tronco por espada y durmiendo en una cueva junto a dos casados leones? Pero saben los Cielos que ni el estar tan injuriado de las temeridades del tiempo, que el sol me conoce por julio y las escarchas por enero, ni verme tan abatido que he de buscar cada día una fiera que matar para sustentarme, ni vivir en esta triste soledad, donde solamente tengo conversación con flores y cristales, ni considerar, finalmente, la poca esperanza que tengo de mejor fortuna, nada tiene tanto poder en mí que baste a entristecerme ni pueda sacarme lágrimas del corazón, si no es el temor de que me olidas; que entre los trabajos que pasa un ausente, este solo tiene más fuerza para atormentarle. Doce años hace hoy que falto de Albania por tu ocasión, y si mi vida se dilatara a un siglo vivieras en el pecho de la misma suerte. Pero ¡ay de mí, que temo que no me pagas! Porque dicen que las mujeres sólo ponéis los ojos y la voluntad en aquello que veis, porque, en fin, lo que ya pasó no se goza. ¿Quién duda que viendo que en tantos años no he parecido, se tendrá por cierta mi muerte? Y aun podrá ser que alguno la afirme, por lisonjear a los que me aborrecen; aunque si yo vivo⁶⁰⁷ en tu memoria, lo demás ni me aflige ni me desvela. Muchas veces me pongo a considerar que eres mujer, aunque noble, y como tal te habrás mudado, y que, así, el primer año me tendrías amor, el segundo te consolarías, y al tercero, de todo punto me arrojarías de tu pecho. Mas también reparo en que algunas ha tenido el mundo que no⁶⁰⁸ fueron mujeres en las costumbres ni en la poca firmeza, y tú pudiste ser una dellas. Mayor acción fue quitarse Lucrecia la vida con sus propias manos porque la gozó tiranamente Tarquino; tragar Porcia las brasas en sabiendo la muerte de su esposo Bruto, y ponerse Cleopatra al pecho los⁶⁰⁹ áspides; y para creerse no hay más información, fuera de la que dan los libros, que el amor de cada una, que si es de veras no tiene miedo a la muerte. Pues menos áspero me parece, ¡oh hermosa Policena!, que tú seas constante en el mío, pues para serlo no es menester que te quites la vida.

606.- BRU-1626: 'OTAVO'. En la ed. de Giuliani: 'OCTAVA'

607.- BRU-1626: 'vivo'

608.- BRU-1626: 'do'

609.- MAD-1626: 'las'

Adelante pasara el robusto y tierno amante hablando con el retrato, si no le detuviera una pas-torcilla que, pasando por la falda del verde monte y presumiendo que las aves solamente la escu-chaban, iba cantando desta suerte:

Una zagaleja hermosa
 que nació en estas riberas,
 o para⁶¹⁰ envidia del Sol
 o milagro⁶¹¹ de la tierra,
 triste, celosa y corrida,
 de su fortuna se queja
 (que pocas veces la dicha
 se paga de la belleza).
 Libre su desdén estaba
 del amor y sus cautelas,
 que era niña para gustos,
 y rapaza⁶¹² para penas.
 Mas diola un mal una tarde,
 que aunque a decirle no acierta,
 dicen que es amor a voces
 los pulsos de sus estrellas.
 Pareciola bien Antón:
 un zagal que en el aldea
 da cuidado a muchos ojos,
 aunque adora los de Menga.
 No está triste la muchacha
 por su amor, mas es discreta,
 y tiene miedo a la envidia
 de alguna que le desea.
 Sabe Menga que en el valle
 suele mirarle Teresa:
 pastora hermosa y mudable,
 y de condición traviesa.
 Tiene mucho de su sangre,
 aunque no de su nobleza;
 que es tercera a lo moderno
 y se queda con la prenda.
 Es Teresa hermosa y libre,
 y cuanto mira desea;
 que tiene achacoso el gusto,
 y así, le viste de mezcla.
 Hallola Menga una tarde
 más afable que quisiera
 en pláticas con su Antón
 (suyo para darle penas).

610.- BRU-1626: 'paro'

611.- BRU-1626: 'milagro'

612.- MAD-1626: 'rapaz'

Disimuló cuanto pudo,
 porque no la dio licencia
 su honestidad a dar voces,
 aunque ofendida pudiera.
 Mas pagáronlo sus ojos,
 que, desperdiciando perlas,
 granos de aljófara mezcló
 con honestas azucenas.
 ¡Ay, Teresa! (dice a voces)
 ¿Qué te ha hecho mi paciencia,⁶¹³
 que con envidia persigues
 una afición tan honesta?
 Si quieres bien a otro dueño,
 ¿para qué mi amor inquietas?
 Pero sabe bien lo hurtado,
 bien lo dice la experiencia.
 A muchos te he visto amar,
 pero a pocos con firmeza;
 que es gala en ti la mudanza,
 porque es oficio la afrenta.
 Quiere y déjame⁶¹⁴ querer,
 que es agraviar tu belleza
 tener envidia a mi gusto
 y amar a quien te desprecia.
 Así Menga se quejaba,
 llorando contra Teresa;
 que después que sabe amar
 se ha olvidado de ser cuerda.

Admirado quedó Gesimundo (que así se llamaba este monstruo⁶¹⁵ de la Fortuna) de oír voz tan suave en aquella selva, por ser tan áspera que pocas veces o ninguna se solía pisar de persona humana; y poniéndose en pie la llamó y dijo que no se espantase dél, porque era hombre como los demás, aunque el traje lo disimulaba. Pero apenas vio la temerosa pastorcilla delante de sí su disforme presencia, cuando, teniendo por cierta su muerte, empezó a huir del fingido sátiro, hasta que su mismo cansancio la detuvo y se rindió a los pies de Gesimundo, tan falta de aliento que ya le pesaba de haber sido causa de su miedo y sobresalto. Y reparando en su divina hermosura se volvió al cielo, como dándole gracias de haber cifrado en una villana la mayor perfección que había visto en su vida. No procedía su admiración por olvidarse entonces de su querida Policena, antes la razón principal que le obligaba a semejante encarecimiento era por parecersele tanto que podía poner duda en quien las hubiese tratado a entrambas.

Y cogiéndola en los brazos la llevó a su pobre cueva, donde después de haber traído agua de un despeñado arroyo en una concha de tortuga para restituirla el sentido, la regaló con un panal de miel y abundancia de conservados nísperos; y dijo que se sosegase, y creyese que su condición era más blanda que prometía su aspecto, y así, podía estar con seguridad, fuera de que su her-

613.- BRU-1626: 'pacientia'

614.- BRU-1626: 'dexarme'

615.- MAD-1626: 'monstruo'

mosa cara había causado en su pecho un amor tan justo y honesto, que cuando él fuera menos hombre en la piedad, con ella lo sería, porque desde que la vio le había tocado al alma una secreta voluntad que le inclinaba no sólo a su respeto, sino a poner por ella muchas veces la vida. Y así, la rogaba, por el amor grande que en tan poco tiempo la había cobrado, no se fuese de su compañía, por que le ayudase a sufrir el rigor de aquella soledad y porque, según lo que la amaba, sentiría con extremo su ausencia.

—Por cierto —respondió Ismenia, que este era el nombre de la pastora—, tú me pides una cosa que, fuera de ser justa y deberlo a la piedad y amparo que me prometes, será para mí de gran gusto, porque yo vengo huyendo de un hombre que me querían dar mis padres por esposo y que en todo dicen que me iguala; pero, si te confieso verdad, aunque nací entre peñas y de gente humilde, tengo pensamientos y bríos tan nobles que me parece que no es mejor que yo el rey de Armenia ni el heredero de Albania. Y esta mañana me levanté con ánimo de vencer mi inclinación y amarle, por obedecer a quien me lo persuadía; mas viendo que no podía quererle ni acabarlo con mi altiva voluntad, me salí al campo y empecé a esconderme en este monte, queriendo más ser despojos de la primera fiera que me encontrase que recibir por marido un hombre a quien había de mirar siempre con enfado: cosa que muchas mujeres hacen, aunque con poco gusto, pensando que con el trato amarán a su esposo. Pero yo no me quise aventurar a lo que tenía tanta duda, recelosa de peor fortuna y por el peligro también que tiene la que en esa confianza atropella su libertad y se casa con quien aborrece. Mas porque yo, dejando aparte el agradecimiento a la voluntad y gusto con que me has recibido, te miro con amor y respeto, y aunque en las señales exteriores pareces hijo destos peñascos, el alma, el valor y el entendimiento están desmintiendo a los ojos, dime por vida tuya quién eres y la causa por que vives en esta soledad; que pues hemos de habitarla juntos y yo te he dado parte de mis sucesos, razón será que me pagues en otro tanto.

—Una cosa me pides —dijo Gesimundo— que ha de costarme mucho dolor, porque refrescar memorias que son desdichas⁶¹⁶ no puede⁶¹⁷ hacerse sin lágrimas, si bien es verdad que al cielo, al campo y a este arroyuelo⁶¹⁸ las suelo repetir muchas veces; y así, por que me consueles en ellas y por satisfacer el favor que me haces en quedarte conmigo, como tenemos concertado, te contaré mi nacimiento, mi calidad y mi adversa fortuna. Yo soy hijo natural de Policarpo, rey de Albania, el cual teniendo amor a la duquesa⁶¹⁹ Clori, mujer tan principal que lo pensó ser suya y en esa confianza llegó con él a los brazos, y fue⁶²⁰ mi riguroso padre amándola con tanto extremo que no le faltaba sino dar voces por las calles. Aunque después por algunas razones de Estado le obligaron a casar con Rosimunda, la cual se hizo⁶²¹ preñada en ocasión que también Clori, que era mi madre, lo estaba de mí. ¡Pluguiera⁶²² a Dios no saliera vivo!, porque nacer para desventuras no es nacer, sino empezar a morir. En efeto, tuvo Policarpo en un día dos hijos: uno de su esposa y otro de su dama, y aunque hermanos, con diferente ventura y nobleza, porque Flaminio tuvo mejor madre. Pero ¿quién pensara que amando Policarpo tanto a la mía, me aborreciese a mí? Y no solamente él, sino mi propia madre, como si no la hubiese costado trabajos y dolores ni vivido nueve meses en sus entrañas. Debió de ser, sin duda, influencia de mi estrella, porque llegué a estado que para alcanzar alguna cosa de mi padre me amparaba de la Reina, que con tener obligación de aborrecerme, se lastimaba y me favorecía. Llegamos Flaminio y yo al estado de la juventud; yo más que-

616.- BRU-1626: 'descichas'

617.- BRU-1626: 'pude'

618.- BRU-1626: 'arrayuelo'

619.- BRU-1626: 'Duqueza'

620.- BRU-1626: 'fu'

621.- BRU-1626: 'hiso'

622.- BRU-1626: 'plugiera'

rido del vulgo, por ser menos dichoso, y él más amado de mi padre, por heredero de aquella monarquía. Hasta aquí no puedo decir que soy muy desdichado, porque aquel lo es solamente que vive malquisto y nace sin entendimiento, y por esta parte bien pienso que Flaminio era el menos dichoso. Pero mi mayor tormento fue criarse con nosotros Policena, una hermosa dama, hija del marqués de Sajur, hombre emparentado con el Rey y el más poderoso, sin cuyo consejo no hacía Policarpo cosa de importancia. De su belleza y gracias tratara muy de espacio,⁶²³ si no pareciera pasión lo que sabe el Cielo y yo que es verdad, y también porque hablo con mujer, y ninguna lleva con gusto alabanzas ajenas en su presencia. Finalmente, era la más bella que se hallaba en toda aquella tierra, y desde nuestros tiernos años empezamos a solicitarla, si bien yo con menos esperanzas que Flaminio, por no tener aquellos bríos de príncipe. Pero como el amor se precia de ser niño y de haber nacido sin ojos, como muchacho yerra, y como ciego suele tropezar donde no imagina. Mal hago⁶²⁴ en decirte que nací con poca dicha, pues merecí que Policena pusiese los ojos en mí, y esto tan declaradamente que no hice cosa en servicio suyo que no estimase y agradeciese; y al revés, no intentó cosa mi hermano que no la enojase. En las sortijas y fiestas públicas sus ojos me favorecían y animaban para que acertase en todo, no sin envidia de muchos príncipes que la adoraban, y particularmente de Flaminio. Verdad es que en el agrado, en la modestia, en la cordura, y aun en el talle, le aventajaba; pero pocas mujeres hubiera que miraran en estos accidentes, porque las partes del alma no tienen valor en un hombre abatido. Pero Policena, o por menos ambiciosa o por más desdichada, se inclinó a mí, y esto con tanta fuerza que, andando el tiempo, me dio licencia para merecer sus brazos, y subiendo por una escala a su cuarto, gozaba sus altas prendas. Tenía Flaminio tratado con el padre de Policena ser su esposo, porque cada día se iba empeñando en aquella necia voluntad. Dábale más ocasión para solicitar este deseo ver que yo era su mayor contrario, y ofendíase de que a mí me antepusiese Policena, siendo él heredero de Albania y yo hijo natural y no legítimo;⁶²⁵ y como vía que interesaba tanto en ello que vendría a mirar a su hija con la corona, hablábame con mal semblante y enfadábame de mi voluntad, riñendo a Policena y aconsejándola favoreciese a Flaminio, porque le podía resultar más bien del que presumía. Pero ella ni quería ni podía, y más cuando para confirmar su amor se sintió⁶²⁶ preñada: cosa que a mí me puso en más obligación y a ella en mayor peligro, porque como es enfermedad que se encubre dificultosamente, y su padre no estaba de parecer que fuese mía, ella y yo temíamos lo que podía resultar, y así, cada día esperaba la muerte. Mas sus diligencias fueron tantas para disimular aquella desdicha, que estaba en el último mes y ninguna de cuantas asistían a su servicio lo sospechaba, porque era con tanto exceso lo que se martirizaba⁶²⁷ en el vestirse, que muchas veces⁶²⁸ me parecía milagro que no reventase y saliese más público el encubierto fruto de nuestros amores. El cuidado y el ansia con que me tenía este suceso era como de hombre que la amaba y la vía entre sus enemigos, porque de ninguna se atrevía a fiar para enviarme siquiera el ángel que naciese, porque a todas o las más tenía de su parte Flaminio. Con estos miedos estábamos ella y yo cada instante, hasta que una noche despertó con tan agudos dolores que luego conoció que era parto, y vistiéndose de presto, bajó llena de congojas hasta la puerta falsa de un jardín, cuya llave tenía para esta ocasión, saliéndose por ella con ánimo de irse en casa de un privado y amigo mío que sabía mis cosas; pero apenas dio vuelta a dos calles cuando se sintió tan muerta que no pudo dar más paso, y entrándose en el portal de la primera casa parió una hermosa niña. Y viendo pasar dos hombres arreboza-

623.- MAD-1626: 'despacio.'

624.- BRU-1626: 'halgo.'

625.- BRU-1626: 'legítimo.'

626.- BRU-1626: 'sintia.'

627.- BRU-1626: 'martirisaua.'

628.- BRU-1626: 'veses.'

dos, los llamo y se la dio, diciendo que por ser mujer y sola la hiciesen favor de llevar aquella prenda a Gesimundo, hijo del rey de Albania, que podría ser les diese mejores albricias que imaginaban. Y habiendo alcanzado dellos que no la siguiesen, se volvió a Palacio y dentro de dos horas se halló en su propia cama, donde quejándose de un repentino achaque fue curada y servida como persona a quien miraban todas con esperanza de ser su reina. Mas fue tan desgraciada mi voluntad y el triste honor de Policena, que uno de los hombres a quien llamó para que me entregasen la inocente criatura era Flaminio, mi hermano y enemigo, el cual discurriendo sobre quién podía ser la madre de la recién nacida y viendo que Policena desde aquella noche estaba enferma, se puso a pensar si sería ella, porque del grande amor que me tenía podía creerse cualquier fineza,⁶²⁹ y confirmó también esta malicia la cara de la niña, que, como su traslado, no pudo negar el original verdadero. Y para vengar sus celos y hacer castigar mi osadía se resolvió a contar lo que pasaba a mi padre y al de mi esposa, que así la he de llamar toda mi vida; y primero mandó a un criado que hiciese⁶³⁰ pedazos la criatura y me la llevase de su parte, para cumplir lo que la noche antes había prometido. Y estando una mañana vistiéndome entró cierto caballero privado de Flaminio, y con él un paje que traía en una fuente el pequeño cuerpo de la niña, con tantas puñaladas que apenas podían conocerse distintamente las facciones de su sangriento rostro. Ya puedes considerar, Ismenia, cómo recibiría este recaudo, porque luego me heló el corazón la infame temeridad de Flaminio, y luego penetré mi desdicha, y bañando con lágrimas de padre los rotos miembros y la tierna sangre, que aun sospecho que estaba caliente, disimulé cuanto me fue posible y fui a verme con él y a preguntarle que a qué propósito me enviaba presente tan extraordinario, que podía dar temor y lástima al pecho que se preciara de más cruel en el mundo. Y entonces el traidor hermano, como si me hubiese hecho alguna lisonja, me contó el lastimoso caso y me advirtió de lo que pensaba hacer para destruirme y perseguir a la afligida Policena. *No es posible, repliqué yo, que tenga sangre mía quién se precia de tan bajas costumbres. Pero bien sabes que la causa por que te atreves a ofenderme en la vida y el alma es sólo por verme tan poco valido, que a ser de otra manera yo te hiciera tener más respeto a mis cosas. Mas si acaso te enojaba mi amor y estabas celoso, ¿por qué no me quitabas a mí la vida, pues fuera hecho de hombre, y no tomar la venganza de quien no tuvo manos ni lengua para defenderse? Pero, en efeto, eres tan vil y de tan cobarde corazón, que con estar yo tan desechado y aborrecido me tienes miedo; y de aquí adelante con más justa razón, porque te he de matar cuando menos lo imagines. Aunque tengo creído que el Cielo me quitará deste cuidado y volverá por la sangre de aquel serafín, porque semejantes maldades no las suele guardar para la otra vida.* No tuvo qué responder Flaminio a tan justa queja sino con algunas afrentas de mi madre, diciendo que por lo menos en la suya no podía hallar ninguna infamia. Y como las injurias que se dicen a los padres, aunque sean verdaderas, ofenden tanto el alma de los hijos, yo, que estaba reventando y que cualquiera ocasión bastaba para hacerme salir de juicio, alcé la mano y, dándole un bofetón saqué la espada, y antes que tuviese lugar de dar voces ni de revolverse le dejé herido y envuelto en su sangre. Alborotose con esto el palacio, y llegando las nuevas a los oídos del Rey mi padre, mandó, no solamente que me prendiesen, sino que me hiciesen pedazos; más yo escapándome de mil espadas que me seguían, tomé un caballo y me entré por lo espeso de un monte hasta que me perdieron de vista mis enemigos. Y después de caminar dos días me hallé en esta soledad, donde para defenderme del rigor de la noche me amparé de una profunda cueva, y vencido del sueño dormí hasta la siguiente luz. Y apenas el hermoso Cintio alumbraba con su resplandor esta selva cuando desperté y vi junto a mis pies un fiero león que, o por imaginarme muerto, como me vio dormido, o por cumplir con su generoso ánimo, me concedía la vida mientras estaba suspendiendo mi muerte; que aun en los más crueles animales suele tener imperio la natural piedad. Y no solamente no ofendió mi persona,

629.- BRU-1626: 'finza'

630.- BRU-1626: 'hisiesses'

sino que con halagos y caricias me dio a entender que quería tenerme por amigo, si bien es verdad que era peligrosa conversación, pues, en fin, en cualquier tiempo estaba mi muerte en sus manos. Y entonces dije entre mí que sin duda importaba mi vida para algún grave caso, pues el Cielo volvía por ella en tantas ocasiones; y viendo que hallaba en un león lo que me faltaba en padre y hermano, hice amistad con él; y me cobró tanta voluntad que los más días suele traerme en la boca la caza que mata, para que me sustente, teniéndome más por compañero que por enemigo. Halleme dentro de un año tan dueño deste monte, destos riscos y destas fieras, que todo me obedecía como al primer hombre, y por esta razón no quise salir de aquí, y también porque en cualquiera⁶³¹ parte había de topar con mi muerte, porque las afrentas hechas a poderosos es milagro que vivan sin venganza. Aquí tengo en lugar de palacio un seguro aunque pobre albergue, y en lugar de soldados y lanzas dos leones que me guarden y me defiendan. Esas colmenas me ofrecen miel; esos arroyos, cristales; esos montes, sombra con su presencia, y aquellos árboles, frutas silvestres. Los osos y jabalíes que despedazo me dan vestido; aquel mar me regala con pescados, y ese bosque, con liebres y conejos. Esta es mi vida y mi historia; y así,⁶³² si te resuelves a quedarte conmigo prometo regalarte como si fueras mi esposa Policena, o mi querida hija, cuyo rostro aun no conocí aunque le tuve en las manos. De juncia, espadañas y tomillos tendrás una cama limpia y olorosa; el invierno nos abrigaremos en las entrañas desta abierta peña, y el verano gozarás del saludable céfiro⁶³³ a la sombra de aquellos avellanos. Mi condición es apacible; mi pecho, piadoso; mi cortesía, grande, y mi nobleza, la que te he referido; y desde aquí hago juramento⁶³⁴ a Júpiter de no ofender tu recato aun con el pensamiento. Gastaremos la mañana en alabar al Cielo, viendo el primor con que formó la más humilde florecilla, retratándose en todas las criaturas; visitaremos a la tarde aquesta alameda,⁶³⁵ de donde llevaremos ramos para el fuego y teas para alumbrarnos, y lo que sobrare del sueño⁶³⁶ pasaremos en contar nuestras ya pasadas desdichas. Y yo, por lo menos, engañaré desta suerte mi amor pensando que tengo presente a Policena, porque es tan semejante tu rostro al suyo, que parece que te pintó el Cielo teniendo delante el divino original de su cara.

Aquí se quedó Gesimundo, porque la memoria de su ausente esposa pidió a sus ojos lágrimas; y llegándose a él Ismenia, le consoló, prometiendo no apartarse de su lado un punto, porque, fuera de merecerlo su persona, una inclinación natural la movía a estimarle y a serle tan obediente como si fuese quien la hubiera engendrado. Y así, para divertirle alguna parte del dolor, sacando del zurrón un instrumento, cantó con dulce melodía desta suerte:

Codiciosa de un arroyo
 pisaba Narcisa el prado,
 tan hermoso⁶³⁷ como ella,
 que ella sola es su retrato.
 Cristal en las peñas busca
 a ruego de su cansancio;
 ¿quién vio pedir a las peñas
 lo que pudiera a sus manos?

631.- BRU-1626: 'quaquiera'

632.- BRU-1626 : 'ansí'

633.- BRU-1626: 'refiro', aunque es correcto al reclamo al pie de la plana anterior.

634.- BRU-1626: 'juramente'

635.- MAD-1626: 'alamada'

636.- BRU-1626: 'sueña'

637.- MAD-1626 y BRU-1626: 'hermosa'. Localizo por primera vez la enmienda en la ed. de Sevilla-1641. En la ed. de Giuliani: 'hermoso', y quizá lea así la princeps.

Llegose a un breve arroyuelo,
tan brioso y alentado,
que para armarse⁶³⁸ de flores
no hubo⁶³⁹ menester al mayo.
Y cuando ya prevenía
líquida plata al cuidado,
corriente vidro⁶⁴⁰ al deseo
y húmeda lisonja al labio,
vio que la traviesa nieve
vuelta en cristal condensado,
era marfil oprimido
y perezoso alabastro.
En fin, al curso veloz
el yelo detuvo el paso,
y se quedó el arroyuelo
hecho azucena del campo.
Si no es que el tierno cristal,
de Narcisa enamorado,
grillos pidiese a diciembre
para verla más de espacio.
Bien quisiera dividirse
de los transparentes lazos
para gozar más lascivo
la púrpura de sus labios.
Mas viendo que le esperaba
todo el jazmín de sus manos,
por no mirarse vencido
no se consintió en pedazos.
Y también por que Narcisa
no se viese en su alabastro;
que se preciaba de hermosa,
y era el nombre ocasionado.
Cortés entonces el Sol,
dio comisión a sus rayos
para que el muro de yelo
fuese aljófara desatado.
Penetrole su luz pura,
y el arroyuelo, enojado,
se dejó gozar huyendo,
y se despidió llorando.

De grande consuelo le⁶⁴¹ sirvió a Gesimundo la compañía de Ismenia, porque divertido en su hermosura y entendimiento pasaba las horas y los días con menos ansias, amándose tan cortés y

638.- BRU-1626: 'amarse'

639.- BRU-1626: 'huue.'

640.- MAD-1626: 'vidrio.'

641.- BRU-1626: 'se.'

honestamente que jamás dieron licencia a una imaginación liviana, viviendo entrambos seguros y contentos; y más Ismenia, porque no amaba ni tenía cuidado que la quitase el sueño. Pero no le duró mucho esta vanagloria, porque estando una tarde mirando su hermosura en el cristal de un arroyo cuando ya el sol se iba muriendo, en los desmayos últimos de su luz vio un gallardo mancebo que, cansado de perseguir alguna fiera, se arrojó del caballo, y puesta la mano en la mejilla se quedó dormido sobre las flores a la dulce música que el agua hacía tocando en unas pizarras azules.

Después de haberle mirado con atención, porque la cara era de un ángel; el vestido, de un rey y el talle, de un valiente soldado, quiso irse y no pudo; que el amor castiga libres corazones y suele abrasar de repente como el rayo. En efeto, Ismenia se halló con grillos en los pies para irse y con mucha voluntad en el alma para quedarse; y dejándose vencer de su amor se llegó a él con pasos mudos y le sacó la espada de la cinta, y luego le despertó diciendo que la tomase y conociese que la debía la vida, pues se la pudo quitar tan fácilmente.

Recordó Tancredo (que este era su nombre), y admirado de la singular belleza de Ismenia, la dijo que no la podía agradecer la piedad de no darle la muerte, porque si le esperaban sus ojos era lo mismo; y antes había sido rigor que misericordia,⁶⁴² pues dormido no sintiera los aceros, y despierto era forzoso mirar sus rayos. Pero por mucho que le suspendió su hermosura, más novedad le causó su traje, y así, la pidió con ruegos y promesas le dijese la causa de estar en aquel monte teniendo partes para ser princesa de un reino, si no es que era otra Diana cazadora, que desdeñosa de vivir entre los hombres quería gastar sus años en la soledad. Respondióle Ismenia que la verdad era que vivía en compañía de su padre, hombre de ilustre sangre y de muchas prendas, aunque por accidentes de fortuna había venido a un humilde estado.

Como si muchos años se hubieran tratado, quedaron Ismenia y Tancredo tan amantes y satisfechos el uno del otro que ni Ismenia acertaba a subir al monte para recogerse con Gesimundo ni Tancredo podía bajar al valle a buscar a sus criados, de quien en la caza de aquella tarde se había perdido. Y así, viendo la discreta serrana que la noche iba amenazando y que estaba algo lejos de su cabaña, le dijo en breves razones desta suerte:

—Pluguiera a Dios, señor mío, que como vuestra gallarda persona me parece, tuviera yo partes para mereceros; pero si es verdad que el amor se engendra de una conformación de sangre, bien puede ser que lo que he visto en vuestra suspensión, en vuestros ojos y en vuestras palabras sea voluntad. Y por no quedar en opinión de villana con vos, y porque sé que me lo ha de estimar mi pensamiento, bajaré a este mismo sitio algunas veces, adonde podréis verme; pero con advertencia que no habéis de agraviarme, porque fuera de no ser justo os puede estar muy mal, pues a una voz mía bajaré mi padre, y en su defensa un león que os hará pedazos.

—Bien se echa de ver —respondió Tancredo— que no me conocéis, pues me advertís⁶⁴³ de lo que yo había de hacer, aunque vos no me lo dijéades, por vos y por mí: por vos, porque os adoro, y quien ama ni violenta ni ofende; y por mí porque soy noble, y no lo fuera si tuviera ánimo de usar tiranías con las mujeres. Yo vendré cuando ya la noche vista de estrellas el cielo, tan humilde como enamorado, y me quedaré adorando estas flores porque las pisastes, y este cristal porque os ha servido de espejo.

Despidiéronse con esto entrambos, y fue creciendo el amor de Ismenia cada día, de suerte que se lo echara de ver Gesimundo, si hubiera⁶⁴⁴ en aquella selva más hombres con quien pudiese comunicar. Pero no la quedaba a deber nada Tancredo, porque a todas horas la tenía en los ojos, y las noches se quedaba en el monte aguardándola; aunque ella no podía bajar siempre que quisiera, porque Gesimundo la riñó el venir tan tarde, pensando no que era la causa su amor, sino el des-

642.- BRU-1626: 'miseridordia'

643.- BRU-1626: 'aduertiz'

644.- BRU-1626: 'huiera'

asosiego de la caza.⁶⁴⁵ Y una vez que se descuidó Gesimundo con ella, estando aguardado donde solía a su querido Tancredo volvió los ojos⁶⁴⁶ y en un tafetán carmesí halló un hermoso retrato de una dama con una carta que le servía de cortina, que a la cuenta la noche antes se le había dejado por descuido Tancredo entre unos jazmines. Y viendo Ismenia que el sobrescrito era para él, con curiosidad de mujer celosa leyó turbada, y vio que decía⁶⁴⁷ así:

Señor:⁶⁴⁸ yo llegue a Albania, donde estoy de secreto, y vi a la Infanta, cuya belleza envió copiada en ese pequeño lienzo, si bien es tanta que puede estar sentida de las colores. Vuestra Alteza me avise con brevedad de lo que le parece, para que disponga de mi viaje y del concierto destas felicísimas bodas, con que cesarán⁶⁴⁹ las guerras que por tantos años se han continuado en estos reinos.

No quiso pasar adelante Ismenia; ni pudo, porque los celos son coléricos y para matarla bastaba menos desengaño. Lloró su corta ventura y sintió el perder a Tancredo, pues por tantos inconvenientes no era posible ser suyo; lo primero, por ser hijo de rey y haber tanta diferencia de una parte a otra, y lo segundo, por esperar Tancredo a la Infanta de Albania para esposa y ser su hermosura⁶⁵⁰ tan grande como aquella carta encarecía. Pero sintiendo pasos disimuló sus ansias, y vio junto a sí su enemigo, que venía cantando este soneto:

Con dos estrellas de color celosa
y un alma de zafir en cada estrella,
salió de su cabaña Ismenia bella,
el⁶⁵¹ natural jazmín bañado en rosa.
Consintiose mirar su luz hermosa,
y cuando quise regalarme en ella,
de azules rayos la primer centella
me castigó cual ciega mariposa.
Las alas me quemó para que entienda
que he de llegar con más temor al fuego,
que me puede abrasar la mejor prenda;
mas yo la respondí, turbado y ciego:
*Como tan bello Sol, mí pecho encienda;
mas que empiece a matarme desde luego.*

Cuando los agravios se ven⁶⁵² por los ojos, el mayor dolor de quien pasa por ellos es verse lisonjear del ofensor; y como Ismenia sabía que los amores de Tancredo⁶⁵³ eran tan poco seguros, sintió aun con más fuerza el verse engañada que mal correspondida; porque el desamor de un hombre puede ser natural y no suele estar en su mano, pero el fingimiento no, porque nace de pechos maliciosos. Y

645.- BRU-1626: 'casa'

646.- BRU-1626: 'ajos'

647.- BRU-1626: 'desia'

648.- BRU-1626: 'Señor'

649.- BRU-1626: 'cassaràn'

650.- BRU-1626: 'hermasura'

651.- BRU1626: 'en'

652.- MAD-1626: 'veen'

653.- MAD-1626: 'Taucredo'

para que en ningún tiempo pudiese quedar Tancredo con la gloria de haberla dejado, aunque fuese por la Infanta de Albania, quiso adelantarse Ismenia, y con la razón y los celos que tenía le dijo:

—Aunque me ves, Tancredo, en este monte vestida tan rústicamente, que son mis mayores galas una piel de un tigre manchada a trechos, bien habrás visto que el alma tiene más valor del que promete no mi cara, sino mi traje. Tú dices que me amas con tanto extremo que, con ser de la mejor sangre de Armenia, pondrás a riesgo tu calidad y vida por ser mi esposo, y esta fineza no puede quedar sin agradecimiento, ni en ley de cortesía ni de voluntad, y así, te la pago con quererte más de lo que era menester. Pero como quien ama no sabe mentir, porque engañar a una persona es ofensa y no amor, después que te tengo alguno me ha pesado de haberte callado cierto secreto por cuya ocasión es imposible que nos gocemos. Y no⁶⁵⁴ te admire que ahora te desengañe pudiendo haberlo hecho antes, porque a la primera vista todas las mujeres encubren su cuidado, aunque le tengan, por no decir su flaqueza⁶⁵⁵ a quien no conocen; que no ha de andar una mujer publicando a todos que tiene amor, porque fuera estimarse en poco: Pero cuando se sienten obligadas, toda nuestra ansia es tratar verdad a un hombre, desengañándole⁶⁵⁶ y diciendo el riesgo que tiene para que le huya o le escuse. Todo esto viene a parar en decirte que soy ajena, porque el que te dije que era mi padre no lo es, sino un hombre a quien desdichas han desterrado de Albania y yo he dado palabra de ser su esposa, si bien es verdad que hasta hoy no tiene más prendas mías que haberme tomado una mano y no sé si llevádola a la boca. Y así, procura o quererme menos o resistirte más, porque yo soy noble y he de ser suya, pues lo dije una vez, fuera de que le debo finezas que no pueden pagarse menos que con mi propia persona. Y es tan principal, gallardo y entendido, que a no parecer pasión dijera que te aventajaba.

Apenas la celosa Ismenia acabó estas últimas razones cuando sin escuchar respuesta ni satisfacción se metió por lo más áspero del monte; y como Tancredo no le sabía, a pocos pasos se halló sin ella, haciendo tales extremos que bastaran a enternecer una peña, si tuviera alma para escucharle. Pero todo fue en vano, porque Ismenia no quiso ponerse a peligro de ablandarse oyéndole, porque la condición de las mujeres es tan piadosa, que para llorar ellas no han menester más ocasión que ver llorar a otros. Aunque no por eso escusó el justo sentimiento, pues encerrándose en el más apartado rincón de la cueva lloró lágrimas de amor, y sacando la carta que le escribían a su dueño besaba el sobrescrito, como retrato de quien estaba esculpido en lo mejor de su pecho.

De esta manera pasaron los dos amantes algunos días sin verse, no por descuido de Tancredo, sino por entereza de Ismenia. La cual estando una tarde en la falda del monte, se detuvo a ver un árbol en cuyo pardo papel estaba escrito su nombre y el de Tancredo.

—¿Qué importa —dijo quejándose entre sí misma— que Tancredo se llame mío en los árboles, si en Albania le puede desmentir la infanta Florinda? ¿Qué importa que me diga amores y ternuras en esta selva, si en su palacio espera otra hermosura a quien adore? Y ¿qué importa, finalmente, que en esta soledad le halle el alba, si aguarda la de otros ojos tan brevemente?

Más dijera si no la atajara una voz que al dulce son de una vihuela se oía entre los álamos; y aunque le pareció que era de su ingrato amante, con todo eso, quiso por entonces olvidarse de su aspereza, y escuchó que decía así:

El alma y voluntad tras sí me lleva
de la divina Ismenia la hermosura:
pastora con belleza y sin ventura,
que de su corta dicha es fuerte prueba.

654.— BRU-1626: 'gozemos: no.'

655.— BRU-1626: 'flaqueza'

656.— MAD-1626: 'desengañadole.'

No quiere mi respeto que me atreva
 a su honesta, a su grave compostura;
 que cuando la esperanza se aventura
 no es el morir callando cosa nueva.
 Pero si a su hermosura se debía
 cualquiera libertad, yo restituí
 una que tuve mientras no la vía.
 Ni pretendo el favor ni el amor huyo;
 que aunque ella se desdeñe de ser mía,
 yo me contento con llamarme suyo.

Luego conoció Ismenia en las razones y en la voz que era Tancredo, y procuró esconderse entre las ramas por si podía huir de verle y hablarle, no porque⁶⁵⁷ la pesara, sino por no despertar el fuego de su amor, que con la ausencia parece que se iba durmiendo. Mas sintiendo Tancredo ruido en las hojas buscó la causa, y la dijo que no huyese tanto de un hombre que no tenía culpa en perderla, si no es que del vestido⁶⁵⁸ aprendiese costumbres de fiera, y que supuesto que no podía ser suya, solamente quería que supiese de un papel su sentimiento, para que por lo menos entendiera lo mucho que le debía. Y despidiéndose de su hermosura, le dejó en las manos estos versos, que leyó imprimiéndolos en el alma:

Divina sirena,
 hermosa homicida,
 causa de mi pena,
 dueño de mi vida:
 cuando aquésta escribo
 (si es que acaso acierta
 quien estando vivo
 tiene el alma muerta),
 mi dolor es tanto,
 que aun apenas puedo,
 ni me deja el llanto
 decir cómo quedo.
 Ya es fuerza perderte
 por mi corta dicha,
 y verme sin verte,
 ¿qué mayor desdicha?
 Pero yo confío
 morir y adorarte,
 porque es desvarío⁶⁵⁹
 vivir sin gozarte.
 Tú verás que pierdo
 el juicio, y es justo,
 pues no hay hombre cuerdo
 viviendo sin gusto.

657.- BRU-1626: 'porbue'

658.- BRU-1626: 'vestide'

659.- BRU-1626: 'porque desvario'

No creí mi daño,
y en tan grave calma
llega el desengaño
cuando estoy sin alma.
Otro dueño esperas
que en dicha me excede;
y amando de veras,
¿quién sufrirlo puede?
Y aunque aquestos daños
el alma reciba,
gócesle mil años,
como yo no viva.
Mira cuál me veo
en tan triste pena,
loco de un deseo
cuando eres ajena.⁶⁶⁰
Quiérole en buen hora,
pues no fuera justo
que quien más te adora
te quitase el gusto.
De ti me despido
aunque en ti me quedo;
que aquesto han podido
mi amor y tu miedo.
Y plegue a los Cielos,
pues mi mal se sabe,
que me des más celos
por que antes acabe.
Muera mal pagado
con dolor profundo,
porque un desdichado
no hace falta al mundo.
Mis ansias no tengan
ventura cumplida,
y nuevas te vengan
que perdí la vida.
Pues las horas breves
que por mí lloraras,
de quien tanto debes
quizá te olvidarás.
Y pues has querido,
no hay de qué admirarte;
que un amor perdido
las entrañas parte.
Ruégale⁶⁶¹ tú al Cielo,

660.- BRU-1626: 'ageua'

661.- BRU-1626: 'Ruegala'

de mi amor movida,
 que por mi consuelo
 me quite la vida.
 Y pues me despido,
 ya por lo postrero
 que te acuerdes pido,
 mi bien, que te quiero,
 Y que si viviera
 mil años te amara,
 aunque no te viera
 y otro te gozara.
 Y a Dios, que reviento,
 por que éstos enojos
 con más sentimiento
 mires en mis ojos.

Enternecida acabó Ismenia de leer, y muchas veces pasara por el papel los ojos si no se lo estorbara Gesimundo, que venía a buscarla. Y contento de haberla hallado, la rogó cantase alguna cosa de las que sabía, para divertirle de sus continuos pensamientos. Y más por obedecerle que por estar para ello, cantó, disimulando su pena, desta suerte:

¿Para qué se queja un hombre
 que dice que tiene amor,
 si una ocasión que le dieron,
 de cobarde la perdió?
 Tener el bien a los ojos
 sin gozar de la ocasión,
 o fue tibieza del gusto
 o disculpa del temor.
 ¡Ay de mí, que por cortés
 perdí gusto y opinión!,
 que daña la cortesía
 si está de por medio amor.
 No me mires más, Lisarda,
 bien merezco tu rigor,
 pues quise quedar sin luz
 y en mis brazos tuve el Sol.
 Mas podrán decir mis ojos
 que con tanto resplandor
 fue la suspensión discreta,
 fue justa la turbación;
 que no hay perfeto amor
 donde falta el respeto y el temor.

Amor fue, Lisarda hermosa;
 que quien siempre te adoró
 pudo tenerte respeto,
 pero no quererte, no.

Estar cobarde quien ama
 es la fineza mayor,
 pues no goza por humilde
 lo que galán deseó.
 Guardé a tu honor el decoro,
 que era poca estimación
 amarte tan confiado
 que me faltara el temor.
 Si deste miedo te ofendes,
 ya la venganza te doy,
 pues tus ojos miro y sé
 que esferas de fuego son.
 Pero si ellos me mataren,
 podrá decir tu rigor
 que muero por estimarlos,
 no por⁶⁶² hacerlos traición.
 Pues no hay discreto amor
 donde falta el respeto y el temor.

En acabando de cantar Ismenia dijo Gesimundo que ya era hora de recogerse, y cuando empezaban a subir⁶⁶³ la cumbre del monte por una calle que formaban rosales y álamos blancos, oyeron un gran golpe, que parecía de alguna cosa que caía de alto. Alborotose Ismenia, y deteniéndose Gesimundo sacó el arco, por si era alguna fiera; pero aunque dio vuelta a todo aquel distrito, en todo él no pudo hallar la causa, hasta que llegando al mar vio junto a su orilla una pequeña barca, cubierta toda, sin remos ni marinero que la guiase, Y echando una cuerda fuerte, con el ayuda de Ismenia la sacó a tierra deseoso de saber el misterio que encerraba. Pero apenas rompió los lienzos y cubierta cuando se quedaron Ismenia y él confusos y turbados mirándose el uno al otro, porque dentro no había más riqueza que un hombre bañado en su sangre, y junto a él una hermosa dama, viva, aunque tan desmayada que le faltaba poco para imitar al cadáver que tenía a su lado.

El dolor de entrambos fue grande viendo tan lastimoso caso; y más penetró el corazón de Gesimundo esta desdicha, porque, encendiendo luz y mirando con atención la dama, le pareció que la cara y talle era de su ausente esposa. Y sacando el difunto cuerpo y dándole por sepulcro el mar, pues su vida ya no tenía remedio, la cogió a ella en los brazos y llevó al breve palacio de su cueva, y en ella la regaló de suerte que dentro de pocos días tuvo por cierta esperanza de su vida.

Notable fue la confusión de la dama cuando ya se vio con fuerzas para abrir los ojos y se halló entre un hombre y una mujer que a la primera vista daban miedo, aunque en el trato, en la conversación y en el hospedaje eran más piadosos con ella que lo habían sido sus deudos y su fiero padre. Y viendo que Gesimundo no quitaba los ojos della y que oía su nombre algunas veces en la boca de Ismenia, le dijo:

—Dos cosas me tienen confusa, y de entrambas me has de hacer gusto de desengañarme. La primera es decirme si es verdad que te llamas Gesimundo, y la segunda, qué es la razón porque desde el punto que me trujiste a esta cueva a todas horas me miras suspirando, y muchas veces con lágrimas. Y porque sé que has de preguntarme lo mismo, pues luego que oí tu nombre parece que con él me llevaste toda el alma, digo que la razón que me obliga es haber tenido amor a un caballero de tu mismo nombre, el cual me cuesta tanto que lo de menos importancia es haber visto tan

662.— BRU-1626: 'no por no'

663.— BRU-1626: 'subrir.'

perdida la vida que es milagro del Cielo y de tu clemencia que haya quedado con ella. Y si te digo que era hijo del rey de Albania este Gesimundo que llamo esposo mío, no pienso que me acusará la verdad de mentirosa.

—Pues sí: yo soy —respondió Gesimundo, tan turbado de⁶⁶⁴ contento que apenas acertaba a pronunciar las palabras— el desdichado hijo de Policarpo, el hermano de Flaminio y el dueño tuyo, si acaso eres Policena y no se engañan mis ojos. ¿No quieres que te mire con extremos? ¿No quieres que se me quiebre el corazón viéndote padecer por mi causa tantas desdichas? Gesimundo soy, Policena, aunque tan diferente que sólo de lo que fui tengo el nombre y el alma. Gesimundo soy, y lo he de ser tuyo hasta que me prive el Cielo desta despreciada vida. Aunque, pues merezco tus ojos y tus brazos, desde hoy empezaré a desearla: cosa que no pensé, porque en todo el discurso de años que ha que resido en estas peñas no ha salido vez el sol que no me hallase pidiéndole al Cielo me la quitase, porque la vida en un hombre que tiene qué sentir no es lisonja, sino martirio.

No pudieron decirse los dos amantes con la lengua todo cuanto quisieran (que es corto instrumento para una gran⁶⁶⁵ pasión), y así, con⁶⁶⁶ los ojos y el alma encarecieron su amor y dicha, pues se habían juntado por tan extraño camino. Y aunque la cara de Ismenia y el cuidado que della tenía Gesimundo la podían dar celos, fue tanto el amor que la cobró, que como si fuera su hija la trataba y quería, si bien es verdad que primero se informó de la ocasión que había tenido para vivir con Gesimundo.

Y estando todos tres en esta conformidad, la rogaron les diese parte de las desgracias que habían pasado por ella después que estaba ausente dél. Y como la mala fortuna, referida cuando hay alguna prosperidad más entretiene que desconsuela, por cumplirlos tan justo deseo, dijo:

—Fueron tantas, querido Gesimundo, las penas que cargaron sobre mí con tu ausencia, y todas tan juntas,⁶⁶⁷ que ni entonces fue posible sentirlas según lo que eran ni ahora lo será referirlas según lo que fueron; porque aquella demasía que hiciste con Flaminio yo quedé a pagarla como fiadora tuya, pues viendo que no podía vengarse en ti se vengó en tu retrato, publicando mi flaqueza y diciendo a voces que yo había parido en sus brazos. Y en lugar de castigar mi padre el rigor infame que había usado con el ángel recién nacido, se le agradeció como si no fuera sangre suya, y a mí me mandó encerrar en una torre donde en muchos años no vi la cara al sol ni a persona humana, hasta que el rey tu padre, movido de lástima, dio licencia a que me hablase un hombre de confianza y que se había criado en mí casa, con el cual entretenía mi prisión contándole mis desdichas. Y como un día me dijese que le habían afirmado por muy cierto que tú estabas en una aldea cerca de Albania, le rogué con grandes encarecimientos me trujese secretamente recaudo de escribir, y él por obedecerme lo hizo, y luego me puse a firmar la muerte de entrambos, porque te escribí una carta en que te avisaba del triste estado de mi vida y de lo mucho que te amaba el vulgo, porque te lloraban todos cada día al paso que deseaban la muerte a Flaminio, porque con mil géneros de molestias y tiranías, aun antes de gozar la corona los oprimía. Decíate también que te amparases de algún príncipe con cuyo favor podías emprender tu venganza, y que yo entretanto, si fuera menester, daría veneno al príncipe; y viéndole sus vasallos muerto y teniendo nuevas de que tú estabas vivo, era fuerza que te buscasen, y fueses, después de los días de Policarpo, legítimo sucesor del imperio. Estas y otras cosas de gran peso te escribía en aquella desdichada carta para descansar mi corazón y procurar remedio a tu fortuna; pero como el que la tiene mala no acierta en cosa, fuimos Arnesto y yo tan infelices que, saliendo de mi cuarto con ánimo de buscarte le encontró Flaminio, y preguntándole por mí, fue tanto lo que se turbó que luego tu hermano le

664.— BRU-1626: 'del'

665.— Así en las eds. contemporáneas consultadas ('grande' en la ed. de Barcelona-1640); pero en la de Giuliani: 'una pasión'

666.— BRU-1626: 'y assion con'

667.— BRU-1626: 'iuntas'

tuvo sospechoso, y haciéndole prender le hallaron la carta, con la cual confesó más de lo que sabía. Alborotose con esto la Corte, y mi padre, muypreciado de leal a costa de mi vida, ejecutó en mí la mayor crueldad que ha visto el mundo, porque mandando hacer aquella barca de modo que por ninguna parte pudiese salir la respiración, dio muchas puñaladas al pobre Arnesto y le metió en ella, y a mi junto a él, viva, para que las ansias de verme con un cuerpo muerto y el mal olor me acabaran miserablemente, y arrojándonos al mar con lástima de los presentes, nos⁶⁶⁸ dejaron a la voluntad del agua. Y desta suerte anduve hasta que el Cielo, enternecido a mis ruegos y lágrimas, fue servido de que llegase a esta orilla, donde tu piedad me sacó a ver la luz del día y gozar un bien que desde que nací he querido y me cuesta lo que habéis escuchado entrambos.

Celebraron Ismenia y Gesimundo la suerte de Policena; que cuando tiene tan buen fin, aunque la hayan escurecido trabajos y disgustos no puede llamarse adversa.

Deste modo vivía Gesimundo con su esposa más contento que si fuera señor de todo el orbe, porque desde que el sol bañaba de rayos los montes hasta que esperaba su luz en brazos de la noche estaba gozando su hermosura con menos cuidados y obligaciones, encareciendo dentro de su mismo pecho la dicha que le había guardado el Cielo después de tantos años de penas.

Al revés lo pasaban Ismenia y Tancredo, porque entrambos vivían quejosos de su voluntad: ella porque se desposaba en Albania, y él⁶⁶⁹ porque presumía que ya lo estaba en aquel monte con Gesimundo. Mas cansándose⁶⁷⁰ Ismenia de callar sus celos, no quiso consentir que Tancredo tuviese queja de su liviandad pudiéndola tener ella de su mudanza. Y una vez que le halló entre unos laureles⁶⁷¹ y jazmines, le enseñó el retrato y la carta, y le advirtió que la razón de haberse⁶⁷² levantado a su amor y honestidad aquel testimonio no era porque ella amaba a otro, sino por imaginarle ajeno, pues aquellos dos testigos se lo decían a todas horas; y que, así, no se espantase de su rigor, pues su fingimiento y mala correspondencia le merecían.

—Yo te confieso, hermosa Ismenia —replicó Tancredo—, que antes que te vieses traté casarme con Florinda, infanta de Albania; pero también te aseguro que después que miré tu divina belleza y creí que merecía alguna parte de tu cuidado, estoy tan arrepentido que aunque sea a disgusto de mi padre y vasallos, que desean la ejecución destas bodas por que en estos dos reinos cesen las guerras, por no ofender tu voluntad te doy palabra de no casarme en mi vida si no es que sea contigo, pues no serás la primera reina que se haya criado entre peñas y árboles, si acaso no mienten las historias. Pero esto con prevención de que ese hombre que llamas padre lo sea, porque si acaso me engañas y le gozas por galán, dél y de ti tomaré tal venganza que se espante mi amor de mi riguridad.

Quedó Ismenia tan contenta y agradecida a la promesa de Tancredo,⁶⁷³ que para desengañarle de que era cierto lo que le había dicho le puso en parte donde pudo ver a Gesimundo en brazos de su esposa. Y como entre los que se aman se usa poco tener nada secreto, sin acordarse de que le había dicho que era su padre le contó la verdadera historia de entrambos. La cual escuchó Tancredo con mucho gusto, viendo cuán noble era su querida Ismenia si Gesimundo y Policena eran sus padres, pues venía a ser no menos que nieta del rey de Albania: cosa con que aseguraba su amor y disculpaba su arrojamiento, pues ya que no se casaba con la infanta Florinda, en efeto era con sangre suya.

Con estas alegres esperanzas se despidió Tancredo, y quedó Ismenia afligida considerando cuán mal había hecho en fingirse hija de Gesimundo siendo tan fácil de probar lo contrario; por-

668.- BRU-1626: 'no.'

669.- BRU-1626: 'Albania, y.'

670.- BRU-1626: 'casandose.'

671.- BRU-1626: 'laurales.'

672.- BRU-1626: 'ouerse.'

673.- BRU-1626: 'Tancrado.'

que aunque en el amor y en la cara lo parecía, en el nacimiento era, a su parecer, el suyo tan diferente como el día y la noche. Y lo que desto resultó fue que Tancredo, perdido por ella y resuelto en ser su esposo, después de estar hechas las capitulaciones con la princesa de Albania quebró la palabra y envió a decir a Policarpo que ya estaba casado. El cual sintió como era justo tan mala correspondencia, y presumió que el arrepentirse o era hacer burla dél o despreciarse de ser su yerno; y sin aguardar a cartas ni embajadores se previnieron al punto Policarpo y Flaminio, y salieron de Albania con veinte mil hombres, haciendo primero juramento⁶⁷⁴ entrambos de no volver a ella hasta destruir o matar a Tancredo, pues tan poco había estimado las prendas de Florinda.

No se descuidaba Tancredo en esta ocasión, porque teniendo nuevas de la intención de Policarpo pidió a su padre le dejase a él la comisión de aquella guerra, y buscó de valientes y antiguos soldados hasta ocho mil, de suerte que con los demás hacían número bastante para resistir a los soberbios albaneses; y hablando⁶⁷⁵ a Ismenia, la rogó que, pues su padre Gesimundo era tan gran soldado, recabase con él favoreciese su ejército para dos cosas; la primera, para amparar aquella causa como suya, pues lo era de su hija, y la segunda, para tomar, si quisiese, venganza de Flaminio, que venía arrogante en compañía de Policarpo; y también para que los albaneses supiesen que estaba vivo y que los podía hacer mal con su persona. Confusa se halló Ismenia viendo cuán presto se había de saber su engaño; pero dejándolo todo en manos del tiempo y de su fortuna, se determinó de hablar a Gesimundo y le contó los amores del príncipe Tancredo, la causa de la guerra y la ocasión que le ofrecía el Cielo para volver a su antiguo estado y salir de aquella miserable vida.

No le desagradó a Gesimundo lo que Ismenia le prometía en nombre de Tancredo para enderezar sus cosas al fin que deseaba; y así, se determinó a servirle, no para ofender a su padre (porque, en fin, aunque ingrato, lo era), sino para ser causa de la paz y quitar la vida a su traidor hermano, pues muerto él todo había de parar en volver a Albania y ser dueño de la corona. Avisole Ismenia de que la importaba para la ejecución de su deseo dar a entender por unos días que era su padre, y respondiola Gesimundo que no solamente por unos días, sino por toda su vida si fuese menester, porque lo que la quería y lo que se parecía a Policena era tanto, que si no hubiera nacido de padres humildes fuera cosa fácil hacer creer a todos que lo era. Y llevándole Ismenia a la presencia de Tancredo, se hablaron los dos príncipes con notables muestras de amor, y Tancredo se admiró de verle tan robusto y diferente de lo que en otro tiempo le había conocido. Y preguntándole por Policena, le rogó la trujese consigo para estar en compañía de una hermana suya, y así los vasallos como los grandes de aquel reino los honraron como a personas tan ilustres. Diole el Rey a Gesimundo el bastón de general, y mudando traje salió por la Corte tan gallardo y airoso que ninguno podía persuadirse a que era él a quien el día antes habían visto en forma de bruto o sátiro: tanto es lo que acreditan las galas a la exterior hermosura.

Ya en este tiempo estaban los arrogantes albaneses tan cerca que podía oírse el eco de las cajas y trompetas, que resonaban por todo el monte, y Gesimundo, en anocheciendo, salía con su antiguo vestido a reconocer el campo y a ver el ánimo con que venía su padre; que como sabía tan bien todo aquel distrito estaba seguro de perderse, y como iba en tan extraño hábito también lo estaba de que lo tuviesen por sospechoso. Y bajando una noche desde su cueva al valle para volverse a la Corte, oyó cerca de sí pisadas de personas que estaban hablando en secreto, y escondiéndose entre unas encinas y pinos vio un mozo armado y bien dispuesto a quien los demás miraban con temor y trataban con respeto, dando a entender que era señor de todos. No pudo Gesimundo conocerle, porque la poca claridad de la noche no daba lugar a ello; pero lo que pudo entender de sus palabras, y que le dio harto cuidado, fue una plática que les hizo, levantándose en pie y diciendo desta suerte:

674.- BRU-1626: 'juramente.'

675.- BRU-1626: 'hablado.'

—Aunque sois pocos los que me estáis escuchando, bien puedo decir que es la mayor parte de la nobleza de Albania, porque, fuera de los que miro presentes, no hay quien a mí me pueda igualar en nada ni a vosotros os llegue a competir. Yo soy, como todos sabéis, Flaminio, hijo único de Policarpo, rey de Albania; porque aunque tuve⁶⁷⁶ años ha otro hermano, ya pienso que la tierra o el mar le esconde en sus entrañas, fuera de que aunque viviera no podía hacerme contradicción, por ser hijo natural, no legítimo, y por su madre perdía el derecho que a mí me sobra. Mi padre ya veis que está viejo, y que así a mí como a vosotros trata con demasiada aspereza; y si va a decir verdad, a mí me pesa de que viva tanto, porque me canso de estar sujeto pudiendo ser señor de lo que no gozo viviendo él. Y aunque otras veces he tratado con vosotros estas cosas, la causa principal que me ha movido a juntaros es ver que la ocasión se entra por las puertas y se nos viene a las manos para hacer nuestro hecho; porque mi padre es tan curioso y ha tomado tan por su cuenta esta guerra, que, aunque sus años le pedían otra cosa, suele salirse solo a reconocer su ejército, y aun el ajeno. Yo le he visto esta noche, y sí no me engaño, viene ahora por aquel repecho, y si gustáis de seguirme podremos salir y quitarle la vida. Y haciendo después pedazos sus vestidos, nadie pensará sino que algún león o fiera de las que nacen en estos montes fue el riguroso homicida. Y claro está que los soldados hallándose sin rey, aunque no quieran han de traspasarme la corona; y en viéndome⁶⁷⁷ con ella y el cetro en las manos destruiré poco a poco a todos aquellos que están inclinados a las cosas de Gesimundo, y vosotros seréis no mis vasallos, sino mis amigos y compañeros, en cuyos hombros⁶⁷⁸ fiaré el peso y cuidado de todo el reino.

Apenas creía el piadoso Gesimundo la crueldad y tiranía que intentaba Flaminio contra quien le había dado el ser; pero agradeciendo al Cielo el favor de haberle traído en aquella ocasión para rescatar la vida de su padre, se fue hacia la parte por donde Flaminio señalaba que había de venir, y a pocos pasos le halló, que armado de todas piezas iba informándose de todo el campo. El cual viendo delante de sí aquel monstruo sacó la espada y, cubierto de arneses, le fue a quitar la vida; y arrojando Gesimundo un árbol que traía, en señal de que estaba de paz, le dijo que reparase en que era hombre como él, y que venía solamente a avisarle no pasase de allí, porque le estaban esperando para matarle su hijo y algunos de sus vasallos que debían de ser interesados en su muerte.

—Si acaso quieres —dijo Policarpo— ofender mi persona valiéndote dese⁶⁷⁹ engaño, advierte⁶⁸⁰ que yerras; porque a sola una voz que dé saldrán veinte mil hombres que tengo en campaña, y no te valdrán tus pies ni tu ferocidad, fuera de que yo por mi persona basto a defenderme; no de ti, que es corto vencimiento, sino de cuantas fieras produce esta soledad.

—Pues para que veas —replicó Gesimundo— que ni te engaño ni quiero ofenderte, baja por esa cuesta y verás de quién te fías; y ten por cierto que no te dejara pasar de aquí ni consintiera⁶⁸¹ poner a tan conocido peligro si no tuviera bastante confianza de mi valor para defenderte. Y créeme que puedes estar seguro de mí, porque te amo más de lo que imaginas; aunque no te lo debo, porque has usado en esta vida conmigo algunos rigores que en otra ocasión te diré, si me da lugar mi desdichada estrella.

Admirado escuchó Policarpo las razones de aquel salvaje, y reparando en las malas entrañas de Flaminio y de algunos que le aconsejaban, se inclinó a darle crédito; mas por no volver a su tienda sin satisfacerse descendió hasta lo profundo del valle, y tras él Gesimundo con deseo de que

676.- BRU-1626: 'tune.'

677.- MAD-1626: 'y viendome.' También en la ed. de Sevilla-1641 y en la de Giuliani; pero las de BRU-1626 y Barcelona-1640 leen: 'y en viendome,' como tantas veces en el texto.

678.- BRU-1626: 'hombres.'

679.- BRU-1626: 'de esse.'

680.- BRU-1626: 'aduirte.'

681.- BRU-1626: 'consentiera.'

saliesen los traidores, por obligar a su padre y tomar venganza de tantos disgustos como le había hecho Flaminio. El cual en conociendo a Policarpo avisó a los demás y le acometió, diciendo: ¡Muera el injusto rey de Albania! Entonces Policarpo volviéndose a Gesimundo, le llamó y dijo le cumpliera la palabra que le dio de amparar su vida. Mas no fue menester darle muchas voces, porque en viendo que salía la emboscada se puso a su lado, y esgrimiendo a una y a otra parte el leño que traía empezó a desbaratarlos de manera que ninguno le esperaba que no pagase la osadía midiendo la tierra. Quiso Flaminio probar a repararle con la rodela un golpe, para atravesarle⁶⁸² con la espada; pero fue de suerte la furia con que se dejó caer sobre su enemigo, que le hizo como a los demás besar el suelo. Y en viéndole caído, fue tanto el miedo de los demás traidores que le ayudaban, que lo desampararon y se fueron huyendo de los ojos de Policarpo.

El cual mandó llevar en prisión a Flaminio, aunque por no alborotar los soldados calló la causa; y quedándose solo con Gesimundo le pidió dijese quién era, para pagarle la vida que le había dado. No quiso por entonces dejarse conocer Gesimundo, y así, le respondió que su padre era aquel monte, donde se había criado desde que nació, y que lo que le había obligado a defenderle con tanta ansia era haber sido un tiempo íntimo amigo de cierto hombre que se llamaba Gesimundo y blasonaba de hijo suyo, aunque desgraciado.

—¡Ay! —dijo entonces Policarpo, cubierto de lágrimas⁶⁸³ el rostro—. Si él viviera no intentara este traidor de Flaminio semejante alevosía.

—No solamente vive —respondió Gesimundo—, sino que antes de muchos días te le podría enseñar, tan obediente a tu amor, que no parece que le has tratado mal en toda tu vida.

—Pues créeme —replicó Policarpo— que al momento había de poner en su⁶⁸⁴ cabeza la corona de Albania, y aun presumo que no le pesara a todo el reino; porque aunque piensan que no puede ser heredero viviendo Flaminio, hay mucho que decir en eso. Y porque eres su amigo y te holgarás de lo que te dijere, escúchame y verás a lo que llegó su poca fortuna aun antes de nacer, por que te enterezcas y le busques con más cuidado.

Todas las palabras de su padre notaba Gesimundo con notable suspensión, y dejándole enjugar cantidad de lágrimas que el sentimiento⁶⁸⁵ y el amor habían ocasionado, le oyó que proseguía desta suerte:

—Has de saber que en mi mocedad quise bien a una dama, con amor tan desatinado que me olvidaba por ella del⁶⁸⁶ Cielo y aun de mí mismo; y llegó a tal estado esta ciega pasión, que viendo a la Reina y a ella preñadas y que vinieron a parir en un propio día, por dar a entender lo que estimaba las cosas de aquella mujer, sabiendo que entrambas habían parido hijos, los troqué sin que lo supiese más que yo, el Cielo y un privado mío. De manera que el hijo de mi dama, que es Flaminio, publiqué que era hijo de la Reina, por tener más ocasión de que me heredase y más disculpa para quererle; y a Gesimundo, que verdaderamente era hijo legítimo mío, di por madre a Clori, que en aquellos tiempos era la dama que digo y la prenda que más quería. Y por esta ocasión se admiraba todo el reino de ver que aborreciese a Gesimundo, siendo hijo de quien adoraba, y estimase a Flaminio, teniendo por madre una mujer que aborrecía. No quiero referirte las tiranías que tuve con Gesimundo, porque si le quieres bien es fuerza que te pese; pero baste decir que paró mi desamor en desterrarle de Albania y en que haya vivido muchos años desdichadamente por tierras estrañas, si es que vive, porque allá hemos tenido muchas veces nuevas de su muerte. Pero como ni en los hombres ni en la naturaleza hay cosa constante, el amor que yo tenía a Clori

682.- MAD-1626: 'atreuesarle'

683.- En la ed. de Giuliani se indica que la princeps lee 'lagrimos', errata no declarada en la fe de erratas.

684.- BRU-1626: 'se'

685.- BRU-1626: 'sentimiento'

686.- BRU-1626: 'cel'

se acabó, y mi entendimiento conoció su yerro saliendo del engaño en que había vivido, y luego empecé a desagradarme tanto de Flaminio que quise decir a voces la verdad de su nacimiento, y sólo me detuvo el ver que venía a quedar la corona sin heredero que la sucediese, porque faltaba Gesimundo. Pero pues Flaminio es tan ingrato a lo que me debe que con traiciones y cautelas quiere quitarme la vida y el cetro, y tú dices que me darás vivo a Gesimundo, no hay duda que si lo cumples le verás rey de Albania; lo uno, por darle lo que es suyo, y lo otro por empezar a pagar la deuda de haberme librado de la muerte, pues es cierto que, siendo tan amigo tuyo, su aumento dél viene a resultar en tu provecho.

No pudo resistir Gesimundo el contento, y echándose a los pies de su padre se descubrió diciendo que delante tenía a su hijo Gesimundo, y que estaba muy contento con la triste fortuna que había pasado después que faltaba de sus ojos, solo por tener ocasión en que haber podido defender sus canas. Los extremos que hizo Policarpo entonces, viéndole vivo, fueron tales como pedía la novedad del caso, y abrazándole tiernamente le dijo se volviese con él, porque a otro día había de hacer que le besasen la mano; y serviría⁶⁸⁷ también de animar a los soldados, que como todos le querían bien y conocían su gran esfuerzo, sería cierto el emprender la guerra con más resolución.

No pudo obedecerle en esto Gesimundo, disculpándose con referir los beneficios que había recibido de Tancredo y que era capitán general de sus soldados; aunque haber tomado cargo que parecía contra su padre no era por ofenderle, como se había echado de ver, sino por causa de la paz y sosiego de aquellas provincias. Preguntóle al despedirse Gesimundo por su esposa Policena, y respondióle enternecido que no le tratase della, porque le rasgaría el corazón acordarse de la crueldad que usaron en su muerte su padre y Flaminio.

—No os lastime tanto —dijo Gesimundo—, porque está viva, y aunque parece imposible, ha muchos días que la gozo en este monte. Para que echéis de ver, padre y señor, cómo vuelve el Cielo por la inocencia y guarda las vidas que injustamente persigue el poder y la mala estrella.⁶⁸⁸

Fuese con esto Gesimundo tan alegre como Policarpo lo quedaba de haber hallado su querido hijo, y con él la vida que pudo perder aquella noche, a faltar el socorro de Gesimundo. Y dando parte de tan extraño caso a sus consejeros,⁶⁸⁹ determinó verse con el rey de Armenia y Tancredo su príncipe para tratar las paces, y si fuera posible los casamientos de todos. Y señalando un sitio donde a la siguiente tarde habían de verse los Reyes, lo primero que hicieron fue jurar por rey de Albania a Gesimundo; y él dio luego la mano a Policena, ofreciéndose por sus padrinos los padres de Tancredo.

El cual dijo a Policarpo que la razón de no cumplir los ciertos tratados con la Infanta era por estar casado con una nieta suya, que era Ismenia, hija de Policena y Gesimundo. Entonces los dos le respondieron, desengañándole de la verdad y diciendo que no la conocían de más que haberse criado algunos años en su compañía; y que ya que llegaba ocasión tan fuerte no fuera justo tratarle engaños, porque aunque⁶⁹⁰ Ismenia la amaban por muchas razones como si fuera hija propia, la verdad era que había nacido de gente humilde y grosera.

Cuando Tancredo oyó estas razones hizo sentimiento como si hubiera escuchado la sentencia de su muerte. Y sin comparación fue mayor cuando supo que Ismenia no parecía ni en Palacio ni en toda la Corte, porque viendo que ya llegaba el día en que era fuerza descubrirse su engaño⁶⁹¹ y perder juntamente a Tancredo, no quiso verle con vergüenza suya, y así, se fue a los campos huyendo de lo que adoraba, con pensamiento de acabar su vida en la soledad. Suspendiéronse las

687.- BRU-1626: 'siruiria'

688.- BRU-1626: 'estrello.'

689.- BRU-1626: 'consejeros.'

690.- BRU-1626; 'porque aunque.'

691.- BRU-1626: 'descubrirse engaño.'

fiestas que se habían de hacer, hasta saber de la perdida Ismenia, porque los novios estaban con tanto disgusto viendo que faltaba que a muchos dio que sospechar su sentimiento, porque presumieron que era su hija y por no darla a Tancredo lo negaban. Y lo cierto es que la amaban de manera que si no supiera Gesimundo que Ismenia tenía padres que le pudieran desmentir, a voces dijera que era suya. Tancredo también, por otra parte, andaba loco, ofreciendo a quien le dijese della gran cantidad de dinero.

Mas, acordándose Gesimundo que el primer día que la hallo en el campo, y otros muchos, le había contado sus altos pensamientos y el lugar donde había nacido, hizo despachar a un hombre para que con toda prisa se informase de sus padres, por si acaso se había vuelto con ellos. Y haciéndose averiguación en el lugar sobre el caso los hallaron, y remitiéndolos a la Corte dijeron que Ismenia no era su hija, aunque la habían tenido por tal casi desde el día que había nacido, sino que un caballero natural de Albania, que dijo que se llamaba Lucio Camilo, la trujo a su casa cierta noche para que la criasen, avisándolos primero no revelasen aquel secreto a ninguna persona, porque les costaría la vida, y que habría tres años que, queriéndola casar con un sobrino suyo, el mismo día de la boda se fue, sin que desde entonces muerta ni viva supiesen della.⁶⁹² Creció en todos la admiración, pensando que, pues Lucio Camilo la había llevado a criar, sería suya, y sabiendo que estaba en Albania le hicieron venir luego, para que dijese lo que sabía acerca de Ismenia. Y él rogando le dejasen solo con Gesimundo, le dijo:

—Lo que te puedo afirmar desta dama que llaman Ismenia es tanto, que a nadie como a ti conviene saberlo ni a ninguno admirará tanto el suceso. Y por no tenerte con sobresalto, porque las nuevas que he de darte no son para ello, has de saber que saliendo una noche el príncipe Flaminio y yo a⁶⁹³ pasearnos por Albania, ya que nos volvíamos para entrar en Palacio nos llamó una mujer, cubierto el rostro, y llegándose a ella Flaminio, la dijo, por verla casi difunta,⁶⁹⁴ si quería que la llevase consigo o hiciese por ella alguna cosa. *Lo que os quisiera suplicar*, respondió la dama, poniéndole una niña en los brazos, *es que llevéis este ángel a Gesimundo; que yo sé que por él conocerá al dueño. Y creedme que él y yo podrá ser que os satisfagamos esta merced, porque, en fin, aunque desgraciado, es hijo del Rey.* Y dejándosele a Flaminio, que si le conociera le entregara primero a un león, se partió de nuestra presencia rogándonos que ninguno la siguiese, porque le importaba la vida y la honra. Con notable confusión quedamos Flaminio y yo discurriendo sobre quién podía ser aquella dama, porque como tú amabas tanto a Policena no se persuadía a que tuvieses otro cuidado, y como Policena vivía tan encerrada, tampoco sospechaba que fuese suyo. En efeto, llevamos a mi casa la niña, y a mí me dio orden para que la entregase a un ama. Súpose a otro día la repentina enfermedad de Policena, y consultando la cara de la niña se conoció evidentemente que ella era la madre y tú el galán que gozaba de su belleza; y con la furia de los celos, aconsejado de su rigor y fiado en su potestad, me mandó que se la trujese para verter su sangre y cumplir la palabra que había dado a Policena de enviártela. Prométote, Gesimundo, que cuando entendí su injusta determinación, como si fuera quien la había engendrado lo sentí, porque no tenía cosa que no fuese un retrato del cielo; y halleme, si te digo verdad, confuso y temeroso; porque si no le obedecía perdía para siempre su gracia, que los príncipes, por un disgusto olvidan el servicio de toda la vida, y si me resolvía a obedecerle no cumplía con mi noble piedad; pero, en fin, me dispuse a traérsela por no enojarle. Y cuando ya salía de mi casa para el sangriento sacrificio parece que quiso el Cielo agradecer mi afecto ofreciéndome ocasión en que pudiese lograrle; porque sabiendo que a una criada mía se le acababa de morir una niña que dos noches antes había parido, la tomé, y rompiendo el inocente pecho, bañada en su helada sangre se la llevé a Flaminio. El cual pensando

692.— BRU-1626: 'supiese de ella'

693.— BRU-1626; 'y yo.'

694.— BRU-1626: 'defunta.'

que tenía delante la causa de sus celos, me agradeció la crueldad y acabó de vengar su ira haciendo pedazos la criatura y desta manera te la envió para darte más pena y que te matase el dolor de ver tus prendas tan maltratadas, de lo cual resultaron los disgustos y desdichas que sabes.⁶⁹⁵ En llegando la noche, con el secreto posible salí de Albania, y en un lugar algo apartado busqué un ama y dejé la niña, advirtiéndole lo que importaba que no se supiese que yo la había llevado.⁶⁹⁶ Y dándola docientos escudos me despedí della, y desde entonces no la he visto más de dos veces, por no ponerme a riesgo que lo entendiese Flaminio. Esto es lo que sé de Ismenia y lo que hice movido de la obligación de haber nacido piadoso y noble.

Asombrado escuchaba Gesimundo estas cosas, dudando si era sueño o verdad la prodigiosa historia de su vida y de Ismenia, que, según lo que decía Camilo, era su hija, y cuando no hubiera más información que su cara, era bastante. Echole los brazos al cuello y prometiote tan buena paga que no le pesase de haberle hecho aquella amistad. Y luego contó lo que pasaba a Policarpo, a Tancredo y a Policena, y fue tanto el gusto de todos como era el pesar de que en aquella ocasión faltase Ismenia. A la cual fueron todos los grandes del reino a buscar, y entre ellos Gesimundo y Tancredo; el uno por padre y el otro⁶⁹⁷ por esposo y amante.

Fuese Gesimundo al monte donde había vivido con ella, y al entrar por su verde espesura vio en la falda un hombre arrojado sobre la yerba, y llegándose a él le preguntó qué hacía. Y él respondió que era soldado y pobre (que todo parece que es uno), y que por haber oído un pregón en que prometía Su Majestad doce mil ducados a quien hallase a Ismenia, con el ansia de salir de desdichado pretendía encontrar con ella; y que no estaba muy desconfiado, porque aquel mismo día había visto en lo alto del monte una mujer vestida de varias pieles de animales y sospechaba que era ella, porque al punto que oyó su nombre, como si fuera su muerte, empezó a huir de manera que había sido imposible alcanzarla.⁶⁹⁸

Agradeció Gesimundo al soldado el aviso, y subiendo entrambos a la cumbre no pararon hasta que, junto a un arroyo que guarnecían juncos y espadañas, entre algunos cipreses la hallaron dormida. Entonces se descubrió Gesimundo a su hija y refirió su feliz nacimiento, de que se holgó más por merecer a Tancredo que por ser hija de un príncipe de Albania. Y volviendo todos tres a la Corte, conoció por padres verdaderos a los que hasta entonces había querido como si supiera que lo eran.

Y casándose con Tancredo, hizo su padre y los caballeros de la Corte grandiosas fiestas para celebración de tan deseadas bodas. Y viendo Policarpo la mala intención de Flaminio, y que viendo él no podía tener segura la vida, dio orden para que muriese sin enfermedad, porque en estos casos suele haber muertes tan calladas que el mismo que la padece no la presume ni la escusa. Con que tuvo fin la prodigiosa⁶⁹⁹ historia de Gesimundo y Policena.

695.- BRU-1626: 'sabeis'

696.- BRU-1626: 'llegado'

697.- BRU-1626: 'otto'

698.- BRU-1626: 'alcancarla'

699.- BRU-1626: 'prodigiosa'

*Laus Deo, Beataeque Virgini Mariae,
sine macula originalis⁷⁰⁰ culpae concepta.⁷⁰¹
Sic Ecclesia, veritas et pietas.⁷⁰²*



700.– BRU-1626: 'origilis'

701.– Falta 'concepta' en la ed. de Giuliani.

702.– La ed. de Giuliani añade: «FIN DE LA OCTAVA NOVELA», quizá por leerse así en la princeps.

